SIMON WIESENTHAL

LOS LÍMITES DEL PERDÓN

Dilemas éticos y racionales de una decisión

Con un simposio editado por
Harry James Cargas y Bonnie V. Fetterman

PAIDÓS
Barcelona • Buenos Aires • México

Título original: *The Sunflower. On the Possibilities and Limits of Forgiveness*
Publicado en inglés por Schocken Books Inc.

Traducción de Carlos Ossés Torrón

Cubierta de Víctor Viano

1ª edición, 1998

© 1969, 1970 by Opera Mundi, Paris
© renovado 1997 by Simon Wiesenthal
© del Prefacio y del Simposio 1976, 1997 by Schocken Books Inc.
© de la traducción Carlos Ossés Torrón
© de todas las ediciones en castellano,
Ediciones Paidós Ibérica, S. A.,
Mariano Cubí, 92 - 08021 Barcelona
y Editorial Paidós, SAICF,
Defensa, 599 - Buenos Aires.

ISBN: 84-493-0631-0
Depósito legal: B-46.091/1998

Impreso en Gràfiques 92, s.a.,
Av. Can Sucarrats, 91 - 08191 Rubí (Barcelona)

Impreso en España - Printed in Spain

Sumario

Prefacio, *Bonny V. Fetterman* 9

Primera parte
EL GIRASOL

El girasol 15

Segunda parte
EL SIMPOSIO

Sven Alkalaj 83
Jean Améry 86
Smail Balić 89
Moshe Bejski 90
Alan L. Berger 95
Robert McAfee Brown 97
Harry James Cargas 99
Robert Coles 100
El Dalai Lama 103
Eugene J. Fisher 104
Edward H. Flannery 107

Eva Fleischner 109
Matthew Fox 113
Mark Goulden 116
Hans Habe 119
Yossi Klein Halevi 123
Arthur Hertzberg 124
Theodore M. Hesburgh 126
Abraham Joshua Heschel 127
Cristopher Hollis 128
Rodger Kamenetz 132
El cardenal Franz König 132
Harold S. Kushner 133
Lawrence L. Langer 136
Primo Levi 139
Deborah E. Lipstadt 140
Franklin H. Littell 143
Hubert G. Locke 145
Erich H. Loewy 147
Herbert Marcuse 150
Martin E. Marty 151
Cynthia Ozick 154
John T. Pawlikowski 159
Dennis Prager 162
Dith Pran 166
Terence Prittie 168
Joshua Rubenstein 169
Dorothee Soelle 172
Albert Speer 173
Manès Sperber 174
André Stein 177
Nechama Tec 181
Joseph Telushkin 185
Tzvetan Todorov 187
Arthur Waskow 188
Harry Wu 190

Colaboradores 195

Prefacio

Cuando Schocken Books publicó en 1976 la primera edición americana de *Los límites del perdón* comenzaron a aparecer multitud de cursos sobre el holocausto en los planes de estudios de diferentes universidades, institutos y seminarios. Puesto que *Los límites del perdón* es un libro que invita a la discusión, rápidamente se convirtió en una de las obras de referencia en todos los centros de enseñanza. Simon Wiesenthal narra su experiencia personal sobre un suceso que le ocurrió en un campo de concentración y nos pregunta qué es lo que hubiéramos hecho en su lugar. Diferentes teólogos, políticos, líderes morales y escritores responden a esta cuestión, una cuestión de naturaleza religiosa, política, moral y personal a la vez, cada uno desde su propia perspectiva. Tal y como se esperaba, expresaron una gran variedad de opiniones. Para ello, cada una de las personas que respondieron tuvieron que imaginarse a sí mismas en el lugar de un prisionero de un campo de concentración, enfrentarse a la atrocidad del crimen que tenían ante sus ojos y meditar sobre las consecuencias de su decisión. En este caso aislado, conceder el perdón era una opción pero, ¿qué hubiera supuesto tanto para la víctima como para el autor de esos crímenes?

El vigésimo aniversario de su publicación en América es un buen motivo para una nueva edición de *Los límites del perdón*. Esta segunda edición incluye treinta y dos nuevas respuestas, diez de ellas extraídas de la publicación ante-

rior y una, aportada por Edward H. Flannery, revisada para esta nueva edición. Tres colaboraciones, las de Jean Améry, el cardenal König y la de Albert Speer, se han traducido de la edición alemana de 1981 y aparecen en esta publicación por primera vez.

¿Por qué una nueva edición de *Los límites del perdón*? A la luz de los acontecimientos de los últimos veinte años, creemos que sería interesante escuchar las respuestas de una nueva generación. Por un lado, el tiempo deteriora la memoria. Por otro, nuestro conocimiento y nuestra conciencia de lo que significó el holocausto se ha incrementado a través de la educación. Incluso aquellas personas que no tienen un recuerdo personal del holocausto han comenzado a asimilar lo que significa para un pueblo que perdió a un tercio de su población durante el genocidio, así como su cultura, su idioma y su historia. La particular naturaleza de este acontecimiento finalmente ha empezado a calar en la conciencia de la gente. Además, sospechamos que los grandes cambios acaecidos en las enseñanzas de la Iglesia católica respecto al pueblo judío, así como las diversas colaboraciones y los distintos progresos que se han producido entre ambas religiones, darían lugar a una serie de respuestas diferentes de las aportadas por la primera generación de colaboradores. Por último, el mundo no ha dejado de ver atrocidades que se aproximan a la categoría de genocidio en donde regímenes criminales pretenden exterminar comunidades enteras: en Bosnia, Camboya, China y en otras muchas naciones del mundo que sufren problemas. La cuestión que nos plantea Simon Wiesenthal en este libro todavía tiene vigencia entre nosotros, trascendiendo su contexto original y mostrándose con una serie de características contemporáneas.

Muy pocas personas negarían la necesidad de presentar a los líderes criminales y políticos ante la justicia. El *Wiesenthal's Dokumentationszentrum*, cuyo fin es perseguir a los criminales nazis, ha ayudado a llevar ante los tribunales a más de 1.100 nazis desde el fin de la guerra. Por este trabajo, Wiesenthal ha sido condecorado por los gobiernos de los Estados Unidos, Holanda, Italia e Israel. Comprometido con la necesidad de aplicar la ley internacional, Wiesenthal escribió al presidente Clinton instándole a condenar a los líderes del terror en la antigua Yugoslavia: «Los acontecimientos en Bosnia, tal y como los relatan los medios de comunicación, con todos sus crímenes contra la humanidad (limpieza étnica, matanzas a la población civil sin considerar su edad, violaciones a mujeres musulmanas) si bien no constituyen un verdadero holocausto, repiten muchas de las atrocidades que allí se cometieron... Estoy seguro de que expresar una condena inicialmente verbal hacia Karadzic y hacia Mladic así como la advertencia de conducirlos ante un tribunal, surtiría efecto. Tengo la esperanza de que los Estados Unidos, al anunciar públicamente que esos crímenes no quedarán impunes, podrían poner fin a los actos

que cada día llevan a cabo estos señores y sus soldados». La importancia de que el mundo haga responsables de sus crímenes a estos individuos es incuestionable.

Pero la cuestión que se plantea en *Los límites del perdón* es más delicada y, en cierto sentido, más compleja. ¿Qué ocurre con los soldados, los seres anónimos que llevaron a cabo los crímenes contra la población por orden de sus superiores? ¿Qué sucede con la responsabilidad individual del pueblo alemán, cegado y coaccionado por la ideología dominante de aquella época, y con esas personas que desde sus diferentes ambientes políticos podrían haber condenado sus actos o haber repudiado a los que los cometieron? Todos alabamos a esos héroes individuales que se oponen y actúan contra los actos inmorales de sus gobiernos a pesar del peligro mortal que entraña su resistencia, pero ¿qué ocurre con los demás?

Además, cuando concluye la matanza, ¿cómo puede la gente vivir en paz con aquellos a los que momentos antes consideraba como sus enemigos mortales? ¿Dónde están los límites del perdón? ¿Es suficiente con mostrar arrepentimiento, ya sea de tipo religioso o secular? ¿Es posible perdonar y no olvidar? ¿Cómo pueden las víctimas estar en paz con su pasado y a la vez mantener su humanidad y su moralidad?

Todas estas cuestiones se plantean en este libro simple y sin pretensiones, basado en un encuentro excepcional entre dos individuos cuyos caminos se cruzaron de manera extraña y, a la vez, trágica.

BONNY V. FETTERMAN
Octubre de 1996

PRIMERA PARTE

El girasol

¿Qué fue lo que dijo Arthur la pasada noche? Intenté recordarlo por todos los medios. Sabía que era muy importante. ¡Ojalá no estuviera tan agotado!

Me encontraba en la plaza de armas, donde los prisioneros se iban formando en grupos. Acababan de «desayunar» un brebaje amargo y oscuro al que el cocinero del campo tenía el valor de llamar café. Los prisioneros todavía lo engullían con avidez mientras se agrupaban para ser llamados a filas, intentando no retrasarse.

Yo no había acudido a por mi ración de café ya que no quería ir a empujones entre la multitud. El espacio que se hallaba enfrente de la cocina era el campo de tiro favorito de algunos sádicos de las SS. Solían esconderse detrás de los barracones y cada vez que les apetecía se precipitaban como aves de rapiña contra los indefensos prisioneros. Todos los días había heridos, era parte del «programa».

Mientras nos agrupábamos lánguida y silenciosamente esperando la orden de alinearnos mis pensamientos no se dirigían hacia los peligros que siempre acechaban en estas ocasiones, sino que se centraban completamente en la conversación de la pasada noche.

¡Sí, ahora lo recuerdo!

Ya estaba bien entrada la noche. Estábamos acostados. Sólo se escuchaban pequeños quejidos, leves susurros y algún crujido fantasmal cuando alguien se movía en su lecho de madera. Apenas se podían distinguir los rostros, pero resultaba fácil identificar a alguien por su voz. Durante el día, dos de los compañeros de nuestro barracón habían estado en el gueto. El oficial de guardia les había dado permiso para salir. ¿Tal vez fue un capricho irracional o acaso estaba inspirado por algún soborno? No lo sabía. Lo más probable es que fuera por algún capricho. ¿Con qué iba a poder sobornar un prisionero a un oficial?

Y ahora los compañeros nos informaban de cómo iban las cosas.

Arthur se acurrucó junto a ellos para no perderse una palabra. Traían noticias del exterior, noticias sobre la guerra. Yo escuchaba medio dormido.

Los habitantes del gueto disponían de mucha información y nosotros, los que estábamos en el campo de concentración, apenas teníamos un leve conocimiento de ella. Por eso, lo poco que sabíamos lo obteníamos de las escasas noticias que nos llegaban de los compañeros que durante el día trabajaban fuera y que acertaban a oír a los polacos y a los ucranianos, ya fueran hechos o rumores. Incluso la gente de la calle a veces les susurraba alguna noticia motivados por la simpatía o por su afán de proporcionar algún consuelo.

Las noticias casi nunca eran buenas y cuando lo eran, uno se preguntaba si realmente serían ciertas o si sólo eran producto de nuestro deseo. Las malas noticias, en cambio, las aceptábamos ciegamente. Estábamos acostumbrados a ellas. Las noticias de hoy eran peores que las de ayer, y las de mañana lo serían aún más.

La atmósfera sofocante del barracón parecía ahogar el pensamiento, ya que una semana tras otra dormíamos amontonados con las mismas ropas sudorosas que llevábamos en el trabajo. Muchos nos sentíamos tan agotados que ni siquiera nos quitábamos las botas. De vez en cuando, por la noche, un hombre gritaba en sueños, tal vez producto de una pesadilla o porque su compañero de lecho le había dado una patada. El barracón era un antiguo establo y por el tragaluz no entraba el aire suficiente como para proporcionar oxígeno a los ciento cincuenta hombres que se tendían sobre las filas de literas.

Entre aquella políglota masa de humanidad había miembros de diferentes estratos sociales: ricos y pobres, cultos e incultos, hombres religiosos y agnósticos, bondadosos y egoístas, valerosos y cobardes. Un destino común los había convertido en seres iguales. Sin embargo, inevitablemente, se habían formado pequeños grupos, comunidades que en otras circunstancias jamás habrían convivido juntas.

En el grupo al que yo pertenecía se encontraba mi viejo amigo Arthur y un judío llamado Josek, que había llegado al campo hacía poco. Ellos eran mis compañeros más cercanos. Josek era una persona sensible y profundamente re-

ligiosa. Su fe podía deteriorarse por el ambiente del campo de concentración y por los insultos o las insinuaciones de los demás, pero en ningún caso podría quebrantarse. Por ese motivo yo le envidiaba. Siempre tenía una respuesta para todo, mientras que los demás buscábamos explicaciones en vano y en seguida caíamos presa de la desesperación. Su paz mental a veces nos desconcertaba, especialmente a Arthur, cuya actitud hacia la vida era irónica y a menudo se sentía irritado por la placidez de Josek, llegando incluso a mofarse o a enfadarse con él.

Yo le llamaba en broma «rabino». Él no lo era, desde luego. Sólo era un hombre de negocios, pero la religión llenaba toda su vida. Josek sabía que era superior a nosotros, que nuestra falta de fe nos convertía en seres inferiores, pero siempre estaba dispuesto a darnos fuerzas y a compartir toda su sabiduría y piedad con nosotros.

Pero ¿qué consuelo podíamos encontrar en saber que no éramos los primeros judíos en ser perseguidos? ¿Qué alivio podíamos hallar cuando Josek, rebuscando entre su inagotable catálogo de anécdotas y leyendas, nos demostraba que el sufrimiento es el compañero de cada hombre desde el primer día de su vida?

En cuanto Josek empezaba a hablar se olvidaba o ignoraba completamente todo lo que le rodeaba. Teníamos la sensación de que no era consciente de su situación. Por ese motivo, una vez casi llegamos a discutir.

Era domingo por la tarde. Habíamos dejado de trabajar a mediodía y nos sentamos en nuestras literas a descansar. Alguien estaba comentando las noticias, que eran tan malas como siempre. Josek parecía no escuchar. Al contrario de los demás, él no hacía preguntas sino que, de repente, se incorporó y su rostro adquirió un tono resplandeciente. Entonces empezó a hablar.

Los sabios dicen que durante la Creación del hombre cuatro ángeles ejercían de padrinos. Los ángeles de la Misericordia, de la Verdad, de la Paz y de la Justicia. Durante largo tiempo discutieron sobre si Dios debería crear al hombre. El ángel que se opuso más firmemente fue el de la Verdad. Esto enfadó a Dios y como castigo lo envió desterrado a la Tierra. Pero los otros ángeles suplicaron a Dios que lo perdonara y finalmente readmitió al ángel de la Verdad en el Cielo. El ángel trajo consigo un pedazo de tierra regado con sus lágrimas, lágrimas que había vertido cuando fue desterrado del Cielo. De ese pedazo de tierra el Señor nuestro Dios creó al hombre.

El irónico Arthur se sintió molesto e interrumpió el discurso de Josek.

Josek —dijo—, estoy dispuesto a creer que Dios creó a un judío de un trozo de tierra regado con lágrimas pero, ¿cómo esperas que crea que Él también hizo a nuestro comandante de campo, Wilhaus, con la misma materia?

Te olvidas de Caín —replicó Josek.

-Y tú te olvidas de dónde estás. Caín mató a Abel en un acto de ira, pero nunca lo torturó. Caín tenía un vínculo personal con su hermano, pero nosotros somos unos extraños para nuestros asesinos.

En seguida observé que Josek se sentía profundamente herido y para evitar una disputa me introduje en la conversación.

-Arthur -dije- te olvidas de los miles de años de evolución. Lo que se conoce como progreso.

Los dos se limitaron a reír amargamente: en aquellos tiempos esos tópicos no tenían sentido.

La pregunta de Arthur no era injustificada, después de todo. ¿Estamos todos los hombres hechos realmente de la misma materia? Si eso fuera así, ¿por qué unos son asesinos y otros víctimas? ¿Existía realmente alguna relación personal entre nosotros, entre los asesinos y sus víctimas, entre nuestro comandante de campo Wilhaus y un judío torturado?

La pasada noche estaba recostado en mi litera, medio dormido. Me dolía la espalda. Me sentía un poco mareado cuando, de repente, escuché unas voces que parecían provenir de lejos. Escuché algo sobre una noticia que dieron en la BBC de Londres, o en Radio Moscú.

De pronto Arthur me agarro por el hombro y me sacudió.

-¿Lo has oído, Simon? -gritó.

-Sí -murmuré- lo he oído.

-Espero que lo hayas escuchado bien, porque observo que tus ojos están medio cerrados. Tienes que escuchar lo que ha dicho esa anciana.

-¿Qué anciana? -pregunté-. Creía que hablabas de algo que habías oído en la BBC.

-Eso fue antes. Debes de haberte quedado dormido. La anciana decía que...

-¿Qué puede haber dicho? ¿Sabe ella cuándo saldremos de aquí o cuándo nos van a matar?

-Nadie puede responder a eso. Pero ella dijo otra cosa, algo en lo que deberíamos pensar en momentos como éste. Ella creía que Dios estaba de permiso.

Arthur se detuvo un instante para dejar que sus palabras me produjeran algún efecto.

-¿Qué te parece, Simon? -preguntó-. Dios está de permiso.

-Déjame dormir -repliqué-. Avísame cuando regrese.

Por primera vez desde que llegamos al establo escuché a mis amigos reírse. ¿O tal vez lo soñé?

Todavía estábamos esperando a que nos dieran la orden de alinearnos. Se produjo una especie de interrupción, así que tuve tiempo para pregun-

tar a Arthur sobre si lo que habíamos hablado ayer fue un sueño o fue realidad.

Arthur —pregunté— ¿De qué hablábamos anoche? ¿De Dios? ¿De que «Dios estaba de permiso»?

Josek estuvo ayer en el gueto. Le pidió a una anciana que le diera alguna noticia, pero ella se limitó a mirar al cielo y a decir: «Oh Dios Todopoderoso, regresa de tu permiso y mira otra vez a Tu tierra».

—De modo que ésas eran las noticias: vivimos en un mundo al que Dios ha abandonado —comenté.

Conocía a Arthur desde hacía muchos años, desde que yo era un joven arquitecto y él era mi consejero y amigo. Éramos como hermanos, él era un abogado y escritor que siempre mostraba una eterna sonrisa irónica en su boca mientras que yo me había resignado poco a poco a la idea de que ya nunca más construiría casas en las que la gente pudiera vivir libre y feliz. Nuestros pensamientos en el campo de concentración a menudo iban por caminos distintos. Arthur todavía vivía en otro mundo e imaginaba cosas que probablemente no sucederían en muchos años. Él no creía que pudiera sobrevivir, pero estaba convencido de que, en última instancia, los alemanes no escaparían sin recibir su castigo. Puede que se salieran con la suya y que nos mataran a todos, así como a millones de inocentes más, pero sabía que finalmente serían destruidos.

Yo vivía más en el presente: hambre, agotamiento, inquietud por mi familia, humillaciones... casi todo eran humillaciones.

Una vez leí en alguna parte que es imposible romper las creencias firmes de un hombre. Si alguna vez llegué a pensar que eso era cierto, la vida en el campo de concentración me enseñó que estaba equivocado. Es imposible creer en nada viviendo en un mundo que ha dejado de considerar al hombre como tal, que constantemente «demuestra» que uno ya no es un hombre. Así que uno empieza a dudar, empieza a dejar de creer en que existe un orden mundial en el que Dios ocupa un lugar definido. Uno realmente empieza a pensar que Dios está de permiso. De otro modo, todo lo que está ocurriendo sería imposible. Dios debe haberse marchado. Y Él no tiene un sustituto.

Lo que dijo la anciana no me afectó. Simplemente expuso lo que yo pensaba desde hacía tiempo.

Llevábamos una semana sin salir del campo de concentración. Los guardias para los que trabajábamos en los Ferrocarriles del Este habían llevado a cabo un nuevo «alistamiento». Eso significaba una serie de peligros que serían totalmente inimaginables en un mundo normal. Cuantas más veces nos alistaban menos prisioneros quedábamos. En el lenguaje de las SS, el alistamiento

no era un mero recuento. Significaba mucho más: redistribuir el trabajo, matar a los hombres que ya no eran trabajadores esenciales y deshacerse de los que ya no eran útiles (normalmente llevándolos a la cámara de la muerte). Por propia experiencia desconfiábamos de algunas palabras cuyo significado natural parecería inofensivo. Sospechábamos de todo y teníamos razones para ello.

Hasta hace unos días doscientos de nosotros trabajábamos en los Ferrocarriles del Este. Aquella tarea estaba lejos de resultar ligera, pero en cierto modo allí nos sentíamos libres y no teníamos la obligación de regresar cada noche. Nos traían la comida del campo de concentración, cuyo sabor era inconfundible. Pero como los guardias que nos vigilaban pertenecían a la policía de ferrocarriles no estábamos continuamente expuestos a los impredecibles caprichos de los soldados de las SS.

Los alemanes veían a la mayoría de los inspectores y de los capataces como ciudadanos de segunda clase. A los alemanes étnicos se les trataba mejor, pero los polacos y los ucranianos formaban un estrato especial entre los autodenominados superhombres alemanes y los infrahumanos judíos, y hacían votos para que no llegara el día en que ya no quedaran más judíos. Sabían que cuando eso sucediera, la perfecta maquinaria de exterminación apuntaría hacia ellos. Los alemanes étnicos no siempre se sentían conformes con lo que estaba pasando y algunos de ellos demostraban su inconformidad siendo «más alemanes» que los propios alemanes. Unos pocos nos mostraban simpatía dándonos algunos pedazos de pan a escondidas, convencidos de que eso demostraba que no trabajábamos para morir.

Entre aquellos que necesitaban una ración diaria de crueldad se encontraba un viejo borracho llamado Delosch que, cuando ya no le quedaba bebida, pasaba el tiempo golpeando a los prisioneros. El destacamento que dirigía solía sobornarle con dinero para comprar bebidas y a veces algún prisionero solía intentar granjearse su simpatía relatándole el destino final de los judíos. Aquello funcionaba cuando estaba «bajo la influencia». Su abuso de autoridad era tan evidente como su agudeza. Cuando se enteraba de que en el gueto habían matado a algún familiar de un prisionero la respuesta de Delosch era: «Siempre quedará un millar de judíos para acudir al entierro del último judío en Lemberg». Le escuchamos pronunciar esa sentencia varias veces al día y veíamos como Delosch se sentía tremendamente orgulloso de su particular sentido del humor.

Los grupos se alinearon ante la orden de formar y nosotros, que durante tanto tiempo habíamos trabajado fuera del campo de concentración, ya nos habíamos resignado a la idea de permanecer dentro de él. Dentro del campo los trabajos de construcción seguían sin cesar y cada día había varios muertos. A los judíos se les ahorcaba, se les pisoteaba, les soltaban perros adiestrados, se les azotaba y se les humillaba de todas las maneras que uno pueda imaginar.

Muchos de ellos no lo podían soportar por más tiempo y decidían poner fin a sus vidas. Sacrificaban varios días, semanas o meses de vida, pero al menos así se libraban de innumerables brutalidades y torturas.

Vivir dentro del campo de concentración significaba que uno no estaba bajo el dominio de un único miembro de las SS sino de muchos y a menudo éstos se divertían yendo de un taller a otro, azotando a los prisioneros indiscriminadamente o acusándolos ante el comandante de intento de sabotaje, algo que siempre daba lugar a terribles castigos. Si un miembro de las SS alegaba que un prisionero no trabajaba adecuadamente se aceptaba su palabra, sin importar si éste podía demostrar que había hecho bien su trabajo. La palabra de un miembro de las SS era incontestable.

Ya casi se había terminado de asignar la tarea a los prisioneros y los que trabajábamos en los Ferrocarriles del Este nos quedamos un tanto abatidos. En cierto modo, parecía que ya no nos querían en los ferrocarriles. De repente, un cabo se acercó y eligió a cincuenta de nosotros. Yo me encontraba entre ellos, pero no escogieron a Arthur. Nos formaron por tríos y marchamos hacia la puerta de entrada, donde seis guardias «askaris» nos esperaban. Los askaris eran desertores o prisioneros rusos que se habían alistado para servir a los alemanes. El término «askari» se empleó durante la Primera Guerra Mundial para designar a los soldados de color que Alemania utilizó para su campaña en el este de África. Por alguna razón las SS usaron ese nombre con los auxiliares rusos. Trabajaban asistiendo a los guardias en los campos de concentración y sabían perfectamente lo que los alemanes esperaban de ellos. Y la mayoría de ellos estaban a la altura de sus expectativas. Su brutalidad sólo se mitigaba con su corruptibilidad. Mantenían una estrecha relación con los «kapos» (capitanes del campo de concentración) y los capataces, ya que les proporcionaban alcohol y cigarrillos. Por tanto, los prisioneros que trabajaban fuera del campo gozaban de un grado mayor de libertad bajo la custodia de los askaris.

Por extraño que pudiera parecer, los askaris eran magníficos músicos. La música, en general, era muy importante dentro de la vida del campo de concentración. Incluso había una banda. Entre sus miembros se incluían algunos de los mejores músicos de Lemberg y sus alrededores. Richard Rokita, el teniente de las SS que fue violinista del café Silesian, estaba como realmente satisfecho de «su» banda. Este hombre, que a diario asesinaba prisioneros por el simple placer de matar tenía, a la vez, sólo una ambición: dirigir una banda de música. Buscó un alojamiento adecuado para sus músicos y los agasajó de diferentes maneras, pero nunca les permitió salir del campo de concentración. A media tarde interpretaban obras de Bach, Wagner y Grieg. Un día, Rokita trajo a un compositor llamado Zygmund Schlechter y le ordenó que escribie-

ra un «rango de la muerte». Y cada vez que la banda interpretaba esa melodía los ojos de Rokita se llenaban de lágrimas.

A primera hora de la mañana, cuando los prisioneros abandonaban el campo de concentración para ir a trabajar, la banda tocaba alguna pieza y los oficiales de las SS insistían en que debíamos marchar llevando el compás de la música. Cuando cruzábamos la puerta comenzábamos a cantar.

Las canciones del campo de concentración eran especiales, con una mezcla de melancolía, humor negro y procacidad, en una extraña amalgama entre ruso, polaco y alemán. Las obscenidades encajaban perfectamente con la mentalidad de los askaris, que siempre pedían una canción en concreto. Cuando la escuchaban esbozaban amplias sonrisas y su aspecto perdía algo de su brutal apariencia.

Una vez que se cruzaba por debajo del alambre de espino, daba la sensación de que el aire era más fresco. Las casas ya no aparecían a través de una malla de alambre ni tampoco se ocultaban entre las torres de vigilancia.

Los transeúntes se paraban y nos observaban con curiosidad e incluso a veces nos hacían señales con la mano, pero en seguida se contenían, temerosos de que las SS se dieran cuenta de sus gestos de amistad.

La guerra no parecía afectar al tráfico. El frente estaba a más de mil kilómetros y sólo la presencia de unos cuantos soldados recordaba que no eran tiempos de paz.

Un askari comenzó a cantar y el resto nos unimos a él, aunque muy pocos estaban de humor para el canto. Las mujeres que se encontraban entre los transeúntes volvían la cabeza ruborizadas cuando escuchaban los obscenos pasajes que relataba la canción algo que, naturalmente, provocaba el regocijo de los askaris. Uno de ellos abandonó la columna y corrió a abordar a una muchacha. No conseguimos escuchar lo que le dijo, aunque pudimos imaginarlo al ver cómo la chica se sonrojaba y se marchaba con rapidez.

Nuestra mirada recorrió a la multitud que se agolpaba sobre la acera buscando desesperadamente algún rostro que pudiéramos reconocer, aunque algunos llevaban la mirada fija en el suelo por temor a encontrarse con algún conocido.

Podías leer en las caras de los transeúntes que estábamos condenados. Los habitantes de Lemberg se habían acostumbrado a presenciar torturas contra los judíos y nos observaban como si fuéramos el ganado cuando lo conducen al matadero. En aquellos tiempos yo estaba obsesionado con la sensación de que el mundo había conspirado contra nosotros y de que aceptaban nuestro destino sin protestar, sin un solo gesto de solidaridad.

Por una vez ya no deseaba mirar los rostros indiferentes de los espectadores. ¿Alguno de ellos reflejaba que todavía había judíos y que mientras éstos continuaran allí, mientras los nazis estuvieran ocupados con los judíos dejarían en paz a los ciudadanos? En aquel momento recordé una experiencia que tuve días atrás, no muy lejos de allí. Un día, mientras regresábamos al campo de concentración, un hombre al que conocía pasó a nuestro lado. Había sido un compañero de estudios y ahora era un ingeniero polaco. Tal vez, comprensiblemente, no se atrevió a saludarme abiertamente, pero pude comprobar por la expresión de sus ojos que se sorprendía de verme todavía vivo. Para él yo ya estaba muerto, todos nosotros portábamos nuestro certificado de defunción. Solamente faltaba añadir la fecha.

De repente, nuestra columna se detuvo en un cruce.

No alcancé a ver nada que pudiera detenernos pero luego me di cuenta de que a la izquierda de la calle había un cementerio. Estaba cercado por una pequeña alambrada de espino. Los alambres se enredaban por entre los arbustos, pero a través de ellos se podían ver las sepulturas alineadas en varias columnas.

Y en cada tumba había plantado un girasol, recto y firme como un soldado en un desfile.

Me quedé mirándolos hechizado. Recorrí con mi mirada a un girasol que se elevaba desde la tumba. La cabeza de la flor parecía absorber los rayos de Sol como espejos y los atraía hacia la oscuridad del suelo. Parecía emerger desde el interior de la tierra y se asomaba al exterior como si fuera un periscopio. Estaba pintado de vivos colores y a su alrededor las mariposas volaban de flor en flor. ¿Llevaban mensajes de un tumba a otra? ¿Acaso susurraban a cada flor que le dieran un mensaje al soldado que yacía bajo ella? Sí, eso era exactamente lo que hacían: los muertos estaban recibiendo luz y mensajes.

En ese momento envidié a los soldados muertos. Cada uno tenía un girasol que los unía al mundo exterior, y mariposas que visitaban su tumba. Para mí no habrá ningún girasol. Me enterrarán en una fosa común en la que los cuerpos se apilarán sobre mí.

Ningún girasol traerá luz a mi oscuridad ni ninguna mariposa bailará sobre mi espantosa tumba.

No recuerdo cuánto tiempo estuve allí. El prisionero que iba detrás de mí me dio un empujón y la procesión reanudó su marcha. Mientras caminábamos no podía quitarme de la cabeza los girasoles. Había cientos de ellos y era imposible distinguir a unos de otros. Sin embargo, los hombres que se encontraban enterrados debajo de ellos no habían perdido el contacto con el mundo exterior. Incluso muertos eran superiores a nosotros ...

Yo casi nunca pensaba en la muerte. Sabía que me estaba esperando y que debería llegar tarde o temprano así que, poco a poco, me fui acostumbrando a su proximidad. Ni siquiera sentía curiosidad por saber cómo llegaría. Había demasiadas posibilidades. Lo único que esperaba es que llegara rápidamente. Sobre cómo iba a ser, era algo que se lo reservaba el destino.

Pero por alguna extraña razón, la escena de los girasoles me hizo ver las cosas de otra manera. Sentía que necesitaba verlos de nuevo, que eran un símbolo que encerraba un significado especial para mí.

Cuando llegamos a la calle Janowska y dejamos atrás el cementerio, volví mi cabeza para mirar los girasoles por última vez.

Todavía no sabíamos a dónde nos llevaban. Mi vecino me susurró:

Tal vez hayan construido nuevos talleres en el gueto.

Era posible. Los últimos rumores apuntaban a que se estaban abriendo nuevos talleres. Cada vez se asentaban en Lemberg más hombres de negocios alemanes. Y no porque buscaran enriquecerse. Para ellos era más importante mantener sus empleados y librarse del servicio militar, algo que era relativamente fácil de conseguir en la pacífica Lemberg, a muchos kilómetros del frente. Lo único que traían de Alemania era papel de escribir, una licencia, unos cuantos capataces y algunos muebles de oficina. Hasta hacía poco tiempo Lemberg estaba en manos de los rusos, que habían nacionalizado la mayoría de las empresas, muchas de las cuales habían pertenecido a los judíos. Cuando los rusos se replegaron no pudieron llevarse consigo las máquinas ni las herramientas. Por lo tanto, todo lo que dejaron fue considerado como «botín de guerra» y se dividió entre las nuevas fábricas alemanas que se establecieron allí.

En cualquier caso, encontrar trabajadores no era un problema. Mientras todavía hubiera judíos, uno siempre podía disponer de mano de obra barata, por no decir casi gratuita. La concesión de un taller no sólo tenía importancia para la guerra, sino que también era la manera de conseguir cierto grado protección y algún que otro soborno. Los que tenían contactos conseguían licencias para abrir nuevas sucursales en los territorios ocupados, se les proporcionaba mano de obra en forma de cientos de judíos y disponían de toda la maquinaria que los rusos habían abandonado. Los hombres que traían desde Alemania estaban exentos del servicio activo. Se les asignaba hogares en el cuartel alemán de Lemberg, unas casas preciosas abandonadas por polacos y judíos acaudalados para hacer sitio a la raza dominante.

Para los judíos era una ventaja que tantos empresarios alemanes establecieran sus empresas en Polonia. El trabajo no era particularmente duro y los directores normalmente luchaban por conservar a «sus» judíos, cuya mano de obra barata hacía que el taller no tuviera que trasladarse hacia el este, cerca del frente.

Sólo se oían los susurros de mis compañeros preguntando:

-¿Dónde vamos?

La palabra «ir» normalmente significa trasladarse hacia donde tu cerebro ha decidido dirigirse, pero en nuestro caso nuestros cerebros no tomaban decisiones. Nuestros pies se limitaban a imitar lo que hacía la persona que teníamos delante. Se paraban cuando él se paraba y se movían cuando él se movía.

Giramos a la derecha, hacia la calle Janowska. ¡Cuántas veces había pasado cuando era estudiante, e incluso cuando ya era arquitecto, por aquella calle! Durante un tiempo hasta me alojé allí con un compañero de estudios de Przemysl.

Ahora marchábamos mecánicamente por aquella calle formando una columna de hombres condenados.

Todavía no eran las ocho pero ya había mucho tráfico. Los campesinos llegaban a la ciudad para canjear sus productos. Tal y como sucede en tiempos de guerra y crisis, ya no confiaban en el dinero. Los campesinos no prestaban atención a nuestra columna.

Cuando salimos de la ciudad, los askaris, roncos de tanto cantar, se tomaron un descanso. Los militares que llegaban en tren con sus equipajes caminaban de prisa por la calle Janowska, los soldados de las SS pasaban de largo mirándonos con desprecio y, en un punto de la calle, un oficial del ejército se paraba a mirar. De su cuello colgaba una cámara, pero no acababa de decidirse a usarla con nosotros. La pasaba de una mano a otra y después la soltaba. Puede que tuviera miedo a los oficiales de las SS.

Al final de la calle Janowska alcanzamos a divisar la iglesia con su grandiosa estructura de ladrillo rojo y sus firmes sillares. ¿Qué dirección tomaría el askari que dirigía la columna? ¿A la derecha, hacia la estación o a la izquierda, hacia la calle Sapiehy, en donde se encuentra la famosa prisión Loncki?

Torcimos hacia la izquierda.

Conocía perfectamente el camino. En la calle Sapiehy se encontraba el Instituto Tecnológico. Durante años pasaba a diario por esta calle, cuando estaba sacando mi licenciatura. Ya incluso entonces, la calle Sapiehy estaba maldita para los judíos. Tan sólo unas cuantas familias judías vivían allí y cuando había disturbios evitábamos pasar por ella. La mayoría de los que vivían allí eran polacos: oficiales, profesionales, artesanos y funcionarios. A sus hijos se les conocía como «la juventud dorada» de Lemberg y formaban el grueso de los estudiantes del Instituto Tecnológico y de la Escuela de Agricultura. Muchos de ellos eran alborotadores, gamberros y antisemitas. Los judíos que caían en sus manos siempre acababan golpeados y sangrando sobre el suelo. Colocaban cuchillas de afeitar en el extremo de unos palos que usaban como armas contra los estudiantes judíos. Por la noche era peligroso caminar por esa calle, tan só-

lo por tener apariencia judía, especialmente cuando los jóvenes de la Nacional Democracia o los Nacionales Radicales decidían poner en marcha sus teorías antisemitas y pasar a la acción. No era frecuente ver a la policía protegiendo a sus víctimas.

Lo que ya era incomprensible es que cuando Hitler llegó a la frontera de Polonia dispuesto a conquistar su territorio esos «patriotas» polacos sólo tenían una cosa en la mente: los judíos y su odio hacia ellos.

En aquella época se estaban creando en Alemania nuevas fábricas para aumentar el potencial armamentístico. Estaban construyendo nuevas carreteras que condujeran directamente a Polonia y reclutando cada vez a más jóvenes para el servicio militar. Pero el parlamento polaco no prestó atención a esa amenaza. Tenía cosas más «importantes» que hacer (nuevas regulaciones a las carnicerías judías, por ejemplo) y estaba ocupado en hacer la vida más difícil a los judíos.

A los debates parlamentarios siempre le seguían disturbios callejeros: la mentalidad judía siempre había sido una espina clavada en el corazón de los antisemitas.

Dos años antes de que se declarara la guerra, los elementos radicales habían creado «el día sin judíos», en el cual esperaban reducir el número de licenciados judíos interfiriendo en sus estudios e imposibilitando que se presentaran a los exámenes. Durante esos días señalados, en la entrada del instituto se reunía una fraternidad de estudiantes luciendo unos lazos en los que se podía leer la inscripción «el día sin judíos». Siempre coincidía con las fechas de los exámenes. De ese modo, «el día sin judíos» se convirtió en una fiesta sin día fijo y, como el campus del Instituto Tecnológico poseía su propia jurisdicción, la policía no podía intervenir salvo expresa petición del rector. Esa petición casi nunca se producía. Aunque los Radicales apenas representaban el veinte por ciento de los estudiantes, eran una minoría reinante gracias a la cobardía y a la pereza de la mayoría. La gran masa de estudiantes no reparaba en los judíos, ni siquiera en el orden y la justicia. No estaban dispuestos a exponerse al peligro, carecían de fuerza de voluntad y estaban sumidos en sus propios asuntos, completamente indiferentes a la suerte que pudieran correr los estudiantes judíos.

Entre los profesores había aproximadamente la misma proporción. Algunos proclamaban abiertamente su condición de antisemitas, pero hasta los profesores que no lo eran ponían trabas a los estudiantes judíos para cambiar la fecha de los exámenes que se perdían por culpa de los disturbios del «día sin judíos». Para los judíos que procedían de familias humildes la pérdida de un trimestre significaba el final de sus estudios. De modo que tenían que acudir al instituto el día de las celebraciones antisemitas, dando lugar a situaciones

bastante desagradables. A ambos lados de la calle las ambulancias aguardaban pacientemente, ya que sabían que los días de exámenes había mucho trabajo. La policía también se apostaba en la calle y se desplegaba por el exterior del campus tratando de prevenir cualquier estallido de violencia. De vez en cuando arrestaban a algunos de los estudiantes más agresivos y los llevaban a prisión, pero éstos en seguida salían de cárcel aclamados como héroes y portando con orgullo en sus solapas la insignia de la prisión. ¡Habían sufrido por la causa de su país! Sus compañeros los reverenciaban, algunos profesores les concedían privilegios especiales y nunca se planteaba la posibilidad de expulsarlos.

Todos esos recuerdos ocupaban mi mente cuando, bajo la guardia de los askaris, pasamos por delante de los apartamentos. Examiné los rostros de los transeúntes. Tal vez podría encontrarme con un antiguo compañero de estudios. Estaba seguro de que lo habría reconocido en seguida, ya que siempre demostraba abiertamente el odio y el desprecio que evidenciaba cada vez que tenía ante sí a un judío. Durante mi época de estudiante vi esa expresión demasiadas veces como para olvidarla.

¿Dónde están ahora todos esos patriotas que soñaban con «una Polonia sin judíos»? Puede que ese día no esté tan lejos y que sus sueños pronto se hagan realidad. ¡Lo malo es que tampoco quedarán polacos!

Nos detuvimos delante del Instituto Tecnológico. Tenía aspecto de que nada en él había cambiado. El edificio principal, con su estructura neoclásica de terracota y amarillo, estaba situado al otro lado de la calle y entre ambos se levantaba un pequeño muro rematado con una valla de acero. Cuando había exámenes solía pasar por esa valla mientras miraba a través del pasamanos cómo los estudiantes radicales esperaban a sus víctimas. Más allá de la entrada había una pancarta que rezaba: «El día sin judíos». Desde la entrada hasta la puerta se formaba un cordón de estudiantes armados que examinaban a todo aquél que quisiera entrar en el edificio.

Y ahí me encontraba de nuevo, otra vez de pie fuera de la puerta. Esta vez no había pancartas, no había estudiantes dispuestos a echar el guante a los judíos. Sólo había unos cuantos soldados alemanes y, en la entrada, un cartel que rezaba: «Hospital de la Reserva». Un oficial de las SS tuvo unas palabras con el centinela y entonces se abrió la puerta. Marchamos por el cuidado césped, torcimos a la izquierda y rodeamos el edificio en dirección al patio. Allí reinaba la penumbra. Las ambulancias entraban y salían y más de una vez tuvimos que apartarnos para que pudieran pasar. Después nos confiaron a un sargento del cuerpo médico que se encargó de asignarnos la tarea. Aunque había pasado varios años allí, tenía una curiosa sensación de extrañeza. Intenté recordar

si alguna vez había estado en ese patio. ¿Qué podría haberme hecho venir aquí? Normalmente nos conformábamos con poder entrar y salir del edificio sin ser molestados, o sin tener que explicar a nadie nuestro itinerario.

Colocaron por el patio grandes contenedores de cemento que parecían estar llenos de vendajes teñidos de sangre. El suelo estaba cubierto con cajas vacías, sacos y material de embalaje que un grupo de prisioneros cargaba en los camiones. El aire estaba impregnado de una mezcla de medicamentos, desinfectantes y putrefacción.

Las hermanas de la Cruz Roja y los médicos asistentes iban de un lado a otro. Los askaris habían abandonado el pestilente y lúgubre patio y estaban tomando el Sol sobre la hierba, a poca distancia de nosotros. Algunos liaban cigarrillos con papel de periódico disecado y tabaco, tal y como solían hacer en Rusia.

Algunos heridos leves y unos cuantos convalecientes se sentaban en los bancos y miraban a los askaris, cuyo aspecto delataba su origen ruso a pesar del uniforme alemán que llevaban. Oímos cómo también les preguntaron por nosotros.

Un soldado se levantó del banco y se acercó a nosotros. Nos miró con frialdad, como si fuéramos animales en un zoo. Probablemente se preguntaba cuánto tiempo íbamos a vivir. Entonces señaló su brazo, que llevaba en cabestrillo, y gritó:

-Cerdos judíos, esto es lo que vuestros hermanos, los malditos comunistas, me han hecho. Pero muy pronto os vamos a dar pasaporte a todos.

Los otros soldados no parecían compartir su punto de vista. Nos miraban con benevolencia y uno de ellos sacudió la cabeza en un gesto de desaprobación, pero ninguno se atrevió a decir nada. El soldado que se dirigió a nosotros profirió unos cuantos insultos más y se volvió a sentar al Sol.

Pensé que algún día esta vil criatura tendría un girasol sobre su tumba. Le miré fijamente y lo único que pude ver fue un girasol. Mi mirada pareció molestarle, ya que cogió una piedra y la arrojó contra mí. La piedra erró su objetivo y el girasol desapareció. En aquel momento me sentí terriblemente solo y deseaba que hubieran incluido a Arthur en mi grupo.

El asistente que estaba a nuestro cargo finalmente nos llevó a otra parte del instituto. Nuestro trabajo consistía en sacar del edificio los contenedores de basura. Su contenido parecía proceder de los quirófanos y el hedor que desprendían nos contraía la garganta.

Cuando salí a tomar un poco de aire fresco, reparé en una enfermera pequeña y rolliza que llevaba un uniforme grisáceo con solapas blancas y la reglamentaria cofia. Me miró con curiosidad y luego se acercó.

¿Eres judío? preguntó.

La miré sorprendido. ¿Por qué me preguntaba una cosa así? ¿No podía averiguarlo por mis ropas y por mi aspecto? ¿Intentaba insultarme? ¿Para qué quería saberlo?

Tal vez sea un alma caritativa, pensé. Tal vez quería pasarme algún pedazo de pan y no se atrevía a hacerlo delante de todos.

Dos meses atrás, cuando trabajaba en los Ferrocarriles del Este cargando depósitos de oxígeno, un soldado descendió de un vagón que se encontraba en una vía muerta y se acercó a mí. Me dijo que nos había estado observando durante un tiempo y que teníamos aspecto de no comer bien.

En mi mochila tengo un trozo de pan. Ve y cógelo.

¿Por qué no me lo das tú mismo? le pregunté.

Está prohibido dar alimentos a un judío.

Ya lo sé respondí . De todas formas, si quieres que lo coja me lo tendrás que dar.

El soldado sonrió.

No, cógelo tú. Así podré jurar con la conciencia tranquila que yo no te lo di.

Recordé este suceso mientras seguía a la enfermera hacia el interior del edificio, tal y como ella me había indicado.

El espesor de las paredes hacía posible que el interior del edificio se mantuviera fresco. La enfermera caminaba rápidamente. ¿Dónde me llevaba? Si su intención era darme algo, podía hacerlo allí y ahora, enfrente de la escalera, ya que nadie podía vernos. Pero ella sólo se giró hacia mí una vez, para asegurarse de que todavía la seguía.

Subimos por las escaleras y, por extraño que parezca, no recordaba haber estado antes allí. En el piso siguiente vi cómo algunas enfermeras se acercaban hasta nosotros y un doctor me miraba como si dijera: ¿Qué hace este tipo aquí?

Llegamos al vestíbulo superior donde, no hacía mucho tiempo, me habían entregado mi diploma.

La enfermera se detuvo e intercambió algunas palabras con una compañera. Me preguntaba a mí mismo si hubiera sido mejor fugarme. Me encontraba en un piso que conocía perfectamente y sabía hacia dónde conducía cada pasillo, por tanto, me hubiera resultado fácil escapar. Quisiera lo que quisiera, sería mejor que se buscara a otro.

De repente olvidé por qué estaba allí. Olvidé a la enfermera y hasta me olvidé del campo de concentración. Torciendo a la derecha se encontraba el pasillo que conducía al despacho del profesor Bagierski y girando a la izquierda estaba el del profesor Derdacki. Ambos se distinguían por su aversión hacia los estudiantes judíos. Hice mi proyecto de fin de carrera con Derdacki (un di-

seño para un sanatorio). Y Bagierski había corregido muchos de mis trabajos. Cuando tenía que tratar con un estudiante judío parecía como si le faltara la respiración y tartamudeaba más de lo habitual. Todavía podía ver su mano tachando mis dibujos con un grueso lápiz. Recuerdo que en esa mano llevaba un anillo.

Entonces la enfermera me indicó que esperara y regresé a la tierra. Me apoyé en la balaustrada y bajé mi mirada hacia la multitud que pasaba por el vestíbulo. Vi como traían en camilla a los heridos. Había un ajetreo constante. Los soldados pasaban con sus muletas y un oficial que estaba tendido sobre una camilla me miró con el rostro desencajado por el dolor.

Entonces me vino a la memoria otro suceso del pasado. Fue durante los disturbios de los estudiantes en 1936. Las bandas antisemitas arrojaron por la barandilla a un estudiante judío que fue a caer sobre el vestíbulo inferior. Recuerdo que mientras estaba tendido tenía la misma postura que ese soldado. Posiblemente cayó en el mismo sitio en que ahora estaba él.

Pasando la balaustrada había una puerta que llevaba al despacho del decano de arquitectura. Allí era donde esperábamos con nuestros libros de ejercicios a que los profesores los corrigieran. El decano que había en mi época de estudiante era un hombre reservado, muy educado y muy correcto. Nunca supimos si estaba a favor o en contra de los judíos. Siempre respondía a nuestros saludos con una cortesía distante. Casi se podía sentir físicamente su frialdad. Tal vez teníamos un exceso de susceptibilidad que nos hacía dividir a la gente en dos grupos: los profesores a los que les gustaban los judíos y los que no. Los constantes acosos a los judíos nos hacían ver las cosas de esa manera.

La enfermera regresó y me rescató de nuevo del pasado. Pude ver por el brillo de sus ojos que se alegraba de que todavía siguiera allí.

Caminó con rapidez bordeando el vestíbulo y se paró delante del despacho del decano.

–Espera aquí hasta que te llame.

Asentí con la cabeza y luego miré hacia la escalera. Los asistentes traían una figura inmóvil en una camilla. Nunca hubo ascensor en ese edificio y los alemanes tampoco instalaron uno. Momentos después, la enfermera salió del despacho del decano, me agarró por el brazo y me hizo pasar por la puerta.

Busqué con la mirada cualquier objeto que me resultara familiar (el escritorio, los armarios donde guardaban nuestros papeles), pero todas esas reliquias del pasado habían desaparecido. Ahora sólo había una cama blanca con una mesilla negra al lado. Algo blanco me observaba por fuera de las mantas. Al principio no pude comprender la escena.

Luego, la enfermera se inclinó sobre la cama y susurró. Escuché una especie de quejido profundo, aparentemente una respuesta. Aunque la habitación

estaba en penumbra vi a una figura toda envuelta de blanco que estaba inmóvil sobre la cama. Intenté trazar con la mirada el contorno del cuerpo que yacía bajo las sábanas y busqué su cabeza.

La enfermera se enderezó y dijo serenamente:

—Quédate aquí.

Después salió de la habitación.

Desde la cama se escuchaba una voz débil y rota que exclamaba:

—Por favor, acércate. No puedo gritar.

Ahora podía distinguir la figura sobre la cama de forma más clara. Sus pálidas manos descansaban sobre la colcha y su cabeza estaba completamente recubierta con una venda que sólo dejaba unas aberturas para la boca, la nariz y las orejas. Todavía persistía en mí la sensación de que estaba viviendo una fantasía. Era una situación extraña: aquellas manos cadavéricas, los vendajes y el lugar en que estaba teniendo lugar este insólito encuentro.

No sabía quién era ese herido, pero estaba claro que era alemán.

Con alguna reticencia, me senté al borde de la cama. El enfermo se dio cuenta de ello y dijo con suavidad:

—Por favor, acércate un poco más. Es agotador hablar en voz alta.

Yo obedecí. Su pálida mano se aferró a la mía mientras intentaba incorporarse un poco en la cama.

Mi perplejidad era intensa. No sabía si esa extraña escena era en realidad un sueño. Me encontraba con mi raído uniforme del campo de concentración en el despacho del antiguo decano del Instituto de Lemberg (ahora convertido en un hospital militar), en la habitación de un enfermo que en realidad debía ser una cámara de la muerte.

A medida que mis ojos se iban acostumbrando a la penumbra pude distinguir que los blancos vendajes tenían unas manchas amarillas. Tal vez aquellas manchas las producía algún ungüento. ¿O acaso era pus? El vendaje de la cabeza era estremecedor.

Me senté hechizado sobre la cama. No podía apartar los ojos del herido y tenía la sensación de que las manchas amarillentas de los vendajes se movían e iban adoptando diferentes formas.

—No me queda mucho tiempo de vida —susurró con una voz apenas perceptible—. Sé que se acerca el final.

Entonces guardó silencio. ¿Estaba pensando en lo siguiente que iba a decir o acaso el presentimiento de que iba a morir le asustaba? Lo observé más fijamente. Era extremadamente delgado y sus huesos asomaban bajo su camisa, casi atravesando su reseca piel.

Sus palabras no me conmovieron. El modo de vida que me obligaban a llevar en el campo de concentración había acabado con cualquier sentimiento o con cualquier temor hacia la muerte.

La enfermedad, el sufrimiento y la muerte eran los compañeros constantes de los judíos. Esas cosas ya no nos asustaban.

Dos semanas antes del encuentro con el moribundo tuve la ocasión de visitar un almacén que guardaba sacos de cemento. Escuché unos quejidos y fui a investigar. Encontré a un prisionero echado entre los sacos. Le pregunté qué le ocurría.

—Me muero —respondió con voz cortada—. Voy a morir. Nadie puede ayudarme ni nadie lamentará mi muerte.

Entonces añadió con indiferencia:

—Tengo veintidós años.

Salí corriendo del almacén y encontré al médico de la prisión. El médico se encogió de hombros y volvió la cara.

—Aquí trabajan unos doscientos hombres. Seis de ellos están a punto de morir.

Ni siquiera me preguntó dónde estaba el enfermo.

—Por lo menos deberías ir a ver qué le ocurre —protesté.

—No puedo hacer nada por él —respondió.

—Pero como médico tienes más libertad para moverte por la prisión. Puedes explicar tu ausencia a los guardias mejor que yo. Es terrible que un hombre muera solo y abandonado. Al menos ayúdale en sus últimas horas.

—De acuerdo, de acuerdo —dijo.

Pero yo sabía que no acudiría. Él también se había hecho insensible a la muerte.

Cuando pasaron lista por la noche, había seis cadáveres. Anotaron sus nombres en la lista sin ningún comentario. Las predicciones del médico eran correctas.

—Yo sé —murmuró el enfermo— que en este mismo momento están muriendo miles de hombres. La muerte está por todas partes. No es nada extraño ni extraordinario. Estoy resignado a morir pronto, pero antes de eso quiero hablar de un suceso que me tortura continuamente. De otro modo, no podré morir en paz.

Respiraba con dificultad. Tenía la sensación de que podía mirarme a través de los vendajes. Tal vez podía ver por entre las manchas amarillas, aunque no tenía ninguna cerca de los ojos. Yo ni siquiera podía mirarlo.

—Oí decir a una de las hermanas que en el patio estaba trabajando un grupo de prisioneros judíos. Previamente, me trajo una carta de mi madre... Me

la leyó y luego se marchó. Llevo aquí tres meses. Luego tomé una decisión. Después de pensar durante mucho tiempo...

Cuando la hermana regresó le pedí que me ayudara. Quería que me trajera a un prisionero, pero le advertí que tuviera cuidado, que nadie debería verla. La enfermera, que desconocía el motivo de mi demanda, no me respondió y se marchó. Perdí toda esperanza de que tomara un riesgo tan grande por mí. Pero poco tiempo después regresó, se inclinó sobre la cama y me susurró que afuera había un judío. Lo dijo como si estuviera complaciendo el último deseo de un moribundo. Ella sabe muy bien lo que me ocurre. Estoy en una cámara de la muerte, lo sé. Aquí dejan morir solos a los desahuciados. Tal vez lo hacen para no preocupar a los demás.

¿Quién era este hombre al que escuchaba? ¿Qué me intentaba decir? ¿Acaso era un judío disfrazado de alemán y ahora, en su lecho de muerte, quería volver a ver a uno de su raza? Por el gueto, y más tarde por el campo de concentración, corría el rumor de que había judíos que tenían apariencia «aria» y que se habían alistado en el ejército con papeles falsos. Algunos hasta ingresaron en las SS. Ésa era su forma de sobrevivir. ¿Este hombre era uno de esos judíos? ¿O tal vez era medio judío, fruto de un matrimonio mixto? El enfermo hizo un leve movimiento y observé que en su otra mano descansaba una carta que resbaló entre sus dedos y fue a caer al suelo. Me agaché y la dejé sobre el cobertor.

No toqué su mano, ni tampoco pudo haberme visto. Sin embargo, el hombre reaccionó.

Gracias. Es la carta de mi madre — las palabras salían de sus labios con suavidad.

Y de nuevo tuve la sensación de que me observaba.

Su mano buscó a tientas la carta y se la acercó a su cuerpo, como si esperara adquirir un poco de fuerza y de coraje con el contacto del papel. Me acordé de mi madre, que nunca más volvería a escribirme una carta. Hacía cinco semanas se la habían llevado del gueto durante una redada. El único artículo de valor que poseíamos tras el saqueo era un reloj de oro que le entregué para que pudiera sobornar a los soldados cuando vinieran a detenerla. Un vecino que tenía papeles legales me contó después lo que ocurrió con el reloj. Mi madre se lo entregó a un policía ucraniano que vino a llevársela. El policía se marchó, pero regresó poco después, metió a mi madre y a otros cuantos más dentro de un camión y los condujeron hasta un lugar desde donde ya no se envían más cartas...

Mientras escuchaba los gruñidos del moribundo el tiempo parecía detenerse.

Mi nombre es Karl... Me alisté en las SS como voluntario. Cuando se pronuncia la palabra SS estoy convencido de que tú...

Se detuvo. Su boca pareció secarse y se le hizo un nudo en la garganta.

Ahora ya sabía que no podía ser un judío o un medio judío escondido en un uniforme alemán. ¿Cómo pude haber imaginado una cosa así? Sin embargo, en aquellos tiempos todo era posible.

Tengo que decirte algo terrible... Algo inhumano. Sucedió hace un año... ¿Ya ha pasado un año? Eso último se lo dijo casi a sí mismo.

Sí, hace ya un año —prosiguió—. Un año desde que cometí aquél crimen. Necesito contárselo a alguien. Puede que eso me ayude.

Entonces me cogió la mano. Sus dedos apretaron los míos con fuerza, como si sintiera inconscientemente que yo iba a retirar mi mano al escuchar la palabra «crimen». ¿De dónde había sacado tanta fuerza? ¿O es que yo estaba tan débil que ni siquiera podía retirar mi mano?

—Tengo que hablarte de ese terrible suceso. Tengo que contártelo porque... porque eres judío.

¿Existe acaso algún horror que no conozcamos?

Todas las atrocidades y torturas que una mente enferma pueda crear me resultan familiares. Las he padecido todas en mi propia persona y las he visto en el campo de concentración. Cualquier cosa que pueda contarme este enfermo no puede superar las terribles historias que por las noches cuentan mis compañeros de prisión.

No sentía ninguna curiosidad por conocer su relato y en mi interior sólo esperaba que la enfermera no se hubiera olvidado de comunicar al askari dónde estaba. De otro modo, me deberían estar buscando. Tal vez pensarían que me había fugado...

Me sentía intranquilo. Oía voces detrás de la puerta, pero entre ellas reconocí a la de la enfermera y eso me calmó. La voz ahogada continuó:

—Pasó un tiempo antes de darme cuenta de lo que había hecho.

Me quedé mirando a la cabeza vendada. No sabía qué era aquello que quería confesarme, pero estaba seguro de que cuando muriera tendría un girasol sobre su tumba. Tuve la sensación de que entraba un girasol por la ventana, la ventana por donde los rayos de Sol penetraban en la cámara de la muerte. ¿Por qué había ya un girasol? Porque tenía que acompañarle hasta el cementerio, quedarse en su tumba y mantenerle en contacto con la vida, pensé. Por esa razón le envidiaba. También le envidiaba porque en sus últimas horas podía pensar en una madre viva que lloraría su muerte.

—Yo no nací siendo un asesino... —jadeó.

Respiró profundamente y luego guardó silencio.

—Nací en Stuttgart y tengo veintiún años. Es muy pronto para morir. Apenas he disfrutado de la vida.

Yo también pensaba que era muy pronto para morir. ¿Acaso preguntaron ellos si nuestros hijos, a los que enviaron a la cámara de gas, habían disfrutado

de la vida? ¿Les preguntaron si era demasiado pronto para morir? Evidentemente, a *mí nadie me hizo nunca esa pregunta.*

Aquél hombre respondió como si hubiera leído mi pensamiento:

Sé lo que piensas y lo entiendo. Pero ¿acaso no puedo decir que todavía soy muy joven...?

Después, en un arranque de coherencia, prosiguió:

Mi padre, que trabajaba como director de una empresa, era un socialdemócrata convencido. Después de 1933 tuvo algunos problemas, pero eso le ocurrió a mucha gente. Mi madre me educó en la religión católica y, de hecho, durante un tiempo ayudé en la iglesia, siendo uno de los favoritos de nuestro párroco, quien esperaba que algún día estudiara teología. Pero los acontecimientos dieron un vuelco radical. Me afilié a la Juventudes Hitlerianas[1] y ahí, por supuesto, dejé de tener contacto con la iglesia. Mi madre se disgustó mucho, pero al final dejó de reprochármelo. Yo era el único hijo que tenía. Mi padre nunca comentó una palabra de todo aquello...

»Él tenía miedo de que yo pudiera contar en las Juventudes Hitlerianas todo lo que escuchaba en casa... Nuestro líder nos obligaba a defender la causa en todas partes... incluso en casa... Nos decía que si alguien las criticaba se lo contáramos. Muchos así lo hicieron, pero yo no. A pesar de todo, mis padres tenían miedo y dejaban de hablar cuando estaba cerca. Su desconfianza me molestaba pero, por desgracia, en aquellos días no había lugar a la reflexión.

»En las Juventudes Hitlerianas hice muchos amigos. Mis días siempre estaban ocupados. Después del colegio, la mayoría de nosotros corríamos hacia las sedes o hacia los centros deportivos. Mi padre casi nunca me hablaba y cuando tenía algo que decirme, lo hacía con suma cautela y con reservas. Ahora me doy cuenta de cómo le disgusté. A menudo le veía sentarse en su sillón durante horas, meditando tristemente sin pronunciar una sola palabra...

»Cuando estalló la guerra yo me alisté voluntario en las SS, por supuesto. No era ni mucho menos el único de nuestra pandilla que lo hizo. Casi la mitad de ellos se enrolaron voluntariamente en el ejército, sin pensar, como si se apuntaran a un baile o a una excursión. Mi madre lloró amargamente cuando partí. Mientras cerraba la puerta tras de mí, escuché cómo mi padre decía: "Nos apartan de nuestro hijo. Esto no puede traer nada bueno".

»Sus palabras me indignaron. Deseaba regresar y discutir con él. Quería decirle que su problema era que no entendía los nuevos tiempos. Pero lo dejé estar, para no empeorar mi partida con una escena desagradable.

1. **Juventudes Hitlerianas** (*Hitler Jugend*): Organización juvenil del Partido Nacionalsocialista Alemán. Fue fundada en 1926 por Baldur von Schirach con el fin encuadrar a la juventud entre los 10 y los 18 años, a la que formaba ideológica, política y militarmente. Participó en misiones de vigilancia y de tipo paramilitar. *(N. del t.)*

»Aquellas palabras fueron las últimas que escuché pronunciar a mi padre... A veces añadía unas cuantas líneas a las cartas que mi madre me escribía, aunque casi siempre ella solía excusarlo diciéndome que mi padre aún no había vuelto del trabajo y que tenía prisa por echar la carta al correo.»

Hizo una pausa y buscó a tientas el vaso de la mesilla. Aunque no podía verlo, sabía donde estaba. Bebió un sorbo de agua y volvió a colocarlo sobre la mesilla antes de que yo pudiera hacerlo por él. ¿Realmente se encontraba tan mal como decía?

-Primero nos enviaron a hacer la instrucción a una base militar donde escuchábamos con fervor las noticias que daba la radio sobre la campaña en Polonia. Devorábamos los artículos de los periódicos y nos preocupaba que nuestros servicios no fueran a ser necesarios. Yo anhelaba tener experiencias nuevas, conocer mundo y así poder relatar luego mis aventuras... Mi tío nos había contado muchas historias apasionantes sobre la guerra en Rusia, sobre cómo habían obligado retroceder a Iván hacia los lagos de Mazuria. Yo quería tomar parte en ese tipo de acontecimientos...

Me senté como un gato sobre ladrillos calientes e intenté quitar mi mano de la suya. Quería marcharme, pero era como si quisiera hablarme con sus manos, además de con su voz. Cada vez me apretaba con más fuerza... como si me rogara que no le abandonase. Tal vez su mano hacía las veces de ojos.

Recorrí la habitación con la mirada y me asomé por la ventana. Vi una parte del patio iluminado por el Sol y observé que la sombra del tejado lo atravesaba diagonalmente, formando una frontera entre la luz y la sombra. Una frontera que no tenía transición.

Entonces, el soldado moribundo me habló de su experiencia en la campaña de Polonia y mencionó un nombre. ¿Había dicho Reichshof? No pregunté.

¿Por qué hacía un preludio tan largo? ¿Por qué no me decía lo que quería contarme? No había necesidad de narrarlo tan pausadamente.

En ese momento su mano comenzó a temblar y tuve la oportunidad de soltar la mía, pero la volvió a asir y susurró:

-Por favor.

¿Acaso quería coger fuerzas? ¿Qué pasaba conmigo? ¿Para qué me hizo venir?

-Y entonces... entonces sucedió algo terrible... Pero déjame primero que te cuente algo más de mí.

Parecía detectar mi intranquilidad. Debió darse cuenta de que yo estaba mirando hacia la puerta porque, de repente, dijo:

-Nadie va a entrar. La enfermera prometió que se quedaría fuera vigilando...

Heinz, mi compañero de clase que estuvo también conmigo en Polonia, siempre decía que yo era un soñador. En realidad no sabía por qué, tal vez por-

que siempre estaba alegre y feliz (al menos hasta que llegó aquel día y sucedió todo eso...). Me alegro de que Heinz no pueda escucharme. Mi madre nunca debe saber lo que hice. No quiero que deje de pensar que soy un buen hijo. Eso es lo que siempre decía de mí. Ella siempre debe verme tal y como ella quería que fuera.

»Solía leer mis cartas a todos los vecinos... y éstos decían que estaban orgullosos de que mis heridas de guerra las consiguiera luchando por el Führer y por mi patria... ya sabes lo que se dice en estos casos...

Su voz se tornó amarga, como si quisiera herirse o castigarse a sí mismo.

–Para mi madre yo todavía soy un muchacho feliz que no tiene ninguna preocupación en la vida... Un chico lleno de alegría. ¡Cómo solíamos bromear...!

Mientras hablaba de su juventud y de sus amigos yo también recordé los tiempos en los que me entretenía gastando bromas. Me acordé de mis viejos amigos... de mis compañeros de Praga. Nos pasábamos el día bromeando. Éramos jóvenes y teníamos toda una vida por delante.

¿Que tenían en común mi juventud y la suya? ¿Acaso no procedíamos de mundos diferentes? El campo de concentración o tal vez una anónima fosa común... ¿Y dónde estaban sus amigos? Todavía están vivos o al menos tienen un girasol sobre su tumba y una cruz con su nombre inscrito en ella.

Empezaba a preguntarme por qué un judío tenía que escuchar la confesión de un soldado nazi. Si en realidad había descubierto su fe cristiana, entonces debería llamar a un sacerdote para que le ayudara a morir en paz. Si yo estuviera a punto de morir, ¿a quién iba a confesarme si, en realidad, no tengo nada que confesar? En cualquier caso, yo no dispondré de tanto tiempo como él. Mi final será violento, igual que el de millones de personas. Tal vez llegará de forma inesperada y no tendré tiempo para prepararme a recibir la bala. El hombre todavía seguía hablando de su juventud, como si estuviera leyendo en voz alta, pero lo único que conseguía con ello era que yo también recodara la mía. Pero todo aquello ocurrió hace tantos años que ahora me parece irreal. Es como si llevara toda la vida encerrado en campos de concentración, como si sólo hubiera nacido para ser maltratado por bestias con forma humana que necesitan desahogar sus frustraciones y sus odios raciales sobre víctimas indefensas. El recuerdo del pasado me hacía sentir más débil y necesitaba por todos los medios mantenerme fuerte, ya que en aquellos terribles días sólo la fuerza podía darme esperanzas para sobrevivir. Todavía creía que algún día el mundo se tomaría cumplida venganza de esos salvajes, a pesar de todas sus victorias, del júbilo que sentían cuando vencían una batalla y de su ilimitada arrogancia. Estoy seguro de que llegará el día en que las cabezas de los nazis rodarán como rodaron las de los judíos...

Mi instinto se negaba a seguir escuchando ese arrepentimiento tardío. Quería salir de allí. Aquel hombre debió darse cuenta de ello, ya que soltó la carta y me agarró por el brazo. Ese gesto fue tan patéticamente desesperado que, de repente, sentí lástima por él. Me quedaría, aunque quisiera marcharme. Luego siguió hablando reposadamente.

La primavera pasada vimos que se estaba tramando algo. Nos insistieron repetidas veces que debíamos prepararnos para realizar grandes proezas. Nos dijeron que teníamos que demostrar que éramos hombres... que debíamos ser valientes. No había lugar para tonterías humanitarias. El Führer necesitaba hombres de verdad. En ese momento, esas palabras nos causaron una gran impresión.

»Cuando comenzó la guerra con Rusia, antes de partir al frente escuchamos por la radio un mensaje de Himmler. Hablaba de la victoria final de la misión del Führer... de exterminar a los infrahumanos... Nos dieron muchos libros sobre los bolcheviques y los judíos, devoramos con fervor el *Sturmer* y muchos recortaban las caricaturas y las prendían en la cabecera de la cama. Pero ése no era el tipo de cosas que yo buscaba... Por la noche, nos atiborrábamos de cerveza en la cantina y hablábamos del futuro de Alemania. Al igual que sucedió en Polonia, pensábamos que la guerra con Rusia iba a ser una campaña rápida gracias al ingenio de nuestro líder. Nuestra frontera se extendería cada vez más hacia el este. Los alemanes necesitaban espacio para vivir.

Se paró un instante como si estuviera cansado.

–Ya puedes ver qué tipo de vida había emprendido.

Sentía lástima de sí mismo. Sus palabras tenían un poso de resignación y amargura.

Miré de nuevo por la ventana y observé que la separación entre la luz y la sombra ascendió por las otras ventanas de la fachada. El Sol había ascendido. Una de las ventanas cortaba los rayos y los reflejaba cuando se cerraba. Por un instante, el destello me pareció como una señal heliográfica. En esos días estábamos dispuestos a ver señales por todas partes. Era una época proclive al misticismo y a la superstición. A menudo mis compañeros del campo de concentración contaban historias fantásticas. Para nosotros todo era irreal e insustancial: la tierra estaba poblada por figuras místicas. Dios estaba de permiso y durante su ausencia, otros habían pasado a tomar el control con el fin de darnos signos e indicios. En una época normal, nos habríamos reído de cualquiera que creyera en poderes sobrenaturales. Pero en aquellos días esperábamos que éstos intervinieran en el curso de los acontecimientos. Escuchábamos con atención cada palabra que decían los supuestos adivinos y los videntes. A menudo nos aferrábamos a interpretaciones que carecían de sentido con el fin de adquirir un rayo de esperanza en unos tiempos tan amargos. El eterno op-

timismo de los judíos sobrepasaba los límites de la razón pero, en aquella época, la propia razón carecía ya de sentido. ¿Había algo razonable y lógico en este mundo nazi? Te perdías en fantasías sólo para poder evadirte de la terrible realidad. En esas circunstancias la razón no habría sido más que un obstáculo. Nos sumergíamos en sueños de los que no queríamos despertar.

Por un instante olvidé dónde estaba y entonces escuché un zumbido. Una mosca, probablemente atraída por el olor, revoloteaba sobre la cabeza del herido, que no podía verla, como tampoco podía verme apartarla con mi mano.

Gracias –suspiró a pesar de todo. Y por primera vez, me di cuenta de que yo, un indefenso subhumano, había ayudado a aliviar el sufrimiento de un igualmente indefenso superhombre. Así, sin pensar; sin darle la menor importancia.

La narración prosiguió:

A finales de junio nos unimos a una unidad de asalto y nos trasladaron al frente en camiones. Atravesamos inmensos campos de trigo que se extendían más allá de la mirada. El jefe de nuestro pelotón dijo que Hitler había comenzado la campaña contra Rusia en ese mes con el fin de que nos diera tiempo a recoger su cosecha. Aquello nos pareció muy inteligente. Durante los largos días de viaje veíamos a ambos lados de la carretera los cadáveres de los rusos, tanques incendiados, camiones averiados, caballos muertos. También había rusos heridos, yaciendo indefensos, sin nadie que cuidara de ellos. Durante el camino podíamos oír sus gritos y sus lamentos.

»Uno de mis compañeros les escupió y yo protesté. Él se limitó a contestar citando una frase que siempre pronunciaba nuestro líder: "Sin piedad con Iván...".

»Sus palabras sonaron como una simple orden militar. Hablaba como si fuera un corresponsal de guerra. Pronunciaba las palabras como un loro, sin pensar en lo que decía. Su conversación estaba llena de estúpidas frases que había extraído de los periódicos.

»Por fin llegamos a un pueblo de Ucrania y allí tuve mi primer contacto con el enemigo. Atacamos una granja abandonada donde los rusos se habían hecho fuertes. Cuando conseguimos entrar sólo encontramos unos cuantos heridos que yacían en el suelo y de los que no nos ocupamos. Bueno, quiero decir que yo no me ocupé de ellos. Pero nuestro jefe de pelotón... él les dio el golpe de gracia...

»Desde que ingresé en el hospital todos esos detalles me vienen constantemente a la memoria. Los vuelvo a vivir de nuevo, solo que esta vez con más precisión e intensidad... Ahora dispongo de mucho tiempo.

»El combate fue encarnizado. Muchos de los nuestros apenas podían soportarlo. Cuando nuestro comandante se dio cuenta de ello nos gritó: "Escu-

chadme bien lo que os digo. ¿Acaso pensáis que los rusos actúan de manera diferente con nuestros hombres? No tenéis más que ver cómo se comportan con su propia gente. Todos esos soldados con los que nos hemos cruzado tienen muchos asesinatos sobre sus espaldas. Se limitan a acabar con sus prisioneros cuando no pueden llevárselos consigo. Él, que ha sido elegido para hacer historia, no puede entretenerse en esas tonterías".

»Una noche, un compañero me llevó aparte para confesarme su horror, pero después de pronunciar la primera frase se detuvo. No confiaba en mí.

»Continuamos haciendo historia. Día tras día escuchábamos las crónicas de nuestras victorias y a todas horas nos repetían que la guerra acabaría pronto. Hitler se lo dijo a Himmler... y ahora para mí ya se ha acabado todo...

Respiró profundamente. Luego tomó un sorbo de agua. Escuché un ruido a mis espaldas y me volví a mirar. No me había dado cuenta de que la puerta estaba abierta. Pero él sí lo había advertido.

—Hermana, por favor...

—Está bien. Sólo quería echar un vistazo...

Volvió a cerrar la puerta.

—Un caluroso día llegamos a Dnepropetrowsk. Por todas partes había armas y coches abandonados. Muchos de ellos todavía estaban intactos. Obviamente, los rusos se habían marchado precipitadamente. Los edificios ardían y las calles estaban bloqueadas por barricadas que habían levantado a toda prisa, pero no quedaba nadie para defenderlas. Entre los muertos también había civiles. Vi el cuerpo de una mujer tendido sobre el asfalto y enroscado en él había dos niños llorando...

»Cuando se dio la orden de romper filas dejamos nuestros rifles contra la pared de las casas, nos sentamos y encendimos un cigarrillo. De repente escuchamos una explosión y miramos hacia el cielo, pero no había ningún avión a la vista. Entonces vimos que un bloque de edificios había estallado.

»Los rusos habían minado muchos edificios antes de retirarse para que explotaran en cuanto nuestras tropas entraran en ellos. Un compañero declaró que los rusos habían aprendido esa táctica de los finlandeses. Me alegré de que en ese momento estuviéramos descansando. Habíamos vuelto a escapar de la muerte.

»De pronto, un coche oficial se detuvo cerca de nosotros. Un comandante se apeó y mandó llamar a nuestro capitán. Entonces aparecieron varios camiones que nos llevaron a otra parte de la ciudad. Allí la escena era igual de espantosa que la anterior.

»Nos bajamos en una gran plaza y miramos a nuestro alrededor. En el otro lado de ella había un grupo de prisioneros custodiado por unos cuantos guardias. Me imaginé que eran civiles a los que había que llevar fuera de la ciudad,

donde todavía continuaba la batalla. Y entonces, el rumor se propagó por nuestro grupo como la pólvora: «Son judíos...». Durante mi juventud no tuve la oportunidad de ver a muchos judíos. No dudo de que antes hubiera algunos, pero la mayoría emigraron cuando Hitler subió al poder. Los pocos que quedaron desaparecieron tiempo después. Me dijeron que los habían enviado al gueto. Allí los olvidaron. Mi madre a veces hablaba de nuestro médico de cabecera, que era judío y cuya muerte le afectó mucho. Ella conservaba cuidadosamente todas sus recetas, ya que confiaba plenamente en sus conocimientos médicos. Pero un día, el farmacéutico le dijo que tenía que llevarle recetas prescritas por otro doctor, que no estaba permitido elaborar recetas de médicos judíos. Mi madre se puso furiosa, pero mi padre se limitó a mirar y se mordió la lengua.

»No hace falta que te cuente lo que los periódicos decían de los judíos. Más tarde, en Polonia, vi judíos que eran completamente diferentes a los que había en Sttutgart. Algunos todavía trabajaban en la base militar de Debicka y a menudo les daba algo de comer. Pero dejé de hacerlo cuando el jefe del pelotón me descubrió. Los judíos tenían que limpiar nuestros cuarteles y yo a veces dejaba a propósito algo de comida sobre la mesa, ya que sabía que iban a encontrarla.

»Aparte de eso, todo lo que sabía de los judíos provenía de lo que decían por los altavoces o de lo que nos daban para leer. Nos dijeron que eran los culpables de todas nuestras desgracias... Dijeron que intentaban acabar con nosotros, que eran los causantes de la guerra, de la miseria, del hambre, del desempleo...

Observé que su voz tenía un trasfondo afectuoso cuando hablaba de los judíos. Nunca encontré un tono de voz parecido en un miembro de las SS. ¿Acaso este hombre era mejor que los demás o es que la voz de los oficiales de las SS cambia cuando están a punto de morir?

Nos dieron una orden continuó , y marchamos hacia donde se encontraban los judíos. Allí había ciento cincuenta o quizá doscientos, entre los que se incluían muchos niños que nos miraban con ojos suplicantes. Unos cuantos lloraban en silencio. Había niños a los que sus madres cogían en brazos, pero entre ellos apenas se encontraba ningún joven. La mayoría eran mujeres y ancianos.

»A medida que nos acercamos a ellos, pude ver la expresión de sus ojos: miedo, miedo indescriptible... al parecer sabían lo que les esperaba...

»Llegó un camión con bidones de gasolina que descargamos y los introdujimos en el edificio. Ordenaron a los judíos más fuertes que llevaran los bidones a los pisos superiores. Obedecieron con indiferencia, sin el menor asomo de voluntad, como si fueran autómatas.

»Después empezamos a conducir a los judíos hacia el interior de la casa. Un sargento que llevaba un látigo ayudaba a aquéllos que no caminaban con rapidez. Hubo una lluvia de maldiciones y patadas. La casa no era muy grande, sólo tenía tres pisos. Nunca creí que fuera posible que todos pudieran entrar. Pasados unos minutos, ya no quedaba ningún judío en la calle.

Guardó silencio y mi corazón comenzó a latir con violencia. Podía imaginarme la escena. Me resultaba demasiado familiar. Yo mismo podía haberme encontrado entre esos que entraron en la casa con los bidones de gasolina. Podía sentir cómo se apretaban unos contra otros. Podía escuchar sus gritos de rabia cuando se dieron cuenta de lo que les iba a ocurrir.

El nazi moribundo prosiguió su relato:

–Entonces apareció otro camión con más judíos y también los condujeron al interior de la casa con los demás. Después cerraron la puerta y apostaron una metralleta al otro lado de ella.

Sabía cómo iba a acabar la historia. Mi propio país había sido ocupado por los alemanes desde hacía más de un año y habíamos escuchado que algo similar había ocurrido en Bialystok, Brody y Gródek. El método siempre era el mismo. Podía ahorrarse el resto de aquel escabroso relato.

Por tanto, me levanté dispuesto a marcharme, pero él me suplicó:

–Por favor, quédate. Tengo que contarte el resto.

Realmente no sabía qué era lo que me retenía. Había algo en su voz que me impedía zanjar el encuentro. Tal vez deseaba escuchar en su propia voz, con sus propias palabras, todo el horror de la crueldad nazi.

–Cuando nos dijeron que todo estaba preparado retrocedimos unos metros, recibimos la orden de retirar las anillas de seguridad de nuestras granadas de mano y las arrojamos por las ventanas hacia el interior de la casa. Se escuchó una detonación tras otra... ¡Dios mío!

Guardó silencio y se incorporó un poco en la cama. Todo su cuerpo temblaba.

Sin embargo, después continuó:

–Oímos gritos y vimos cómo las llamas ascendían piso a piso... Teníamos preparados los rifles para disparar a todo aquél que intentara escapar de ese infierno...

»Los gritos que provenían del interior de la casa eran horribles. Un humo denso que nos sofocaba invadió el ambiente...

Su mano estaba húmeda. Estaba tan afectado por su relato que comenzó a sudar y eso hizo que aflojara mi mano. Pero en seguida la volvió a asir y la sujetó con fuerza.

–Por favor, por favor –balbuceó– no te vayas. Tengo algo más que decirte.

Ya no me quedaba dudas de cómo iba a ser el final. Observé que cogía fuerzas para hacer un último esfuerzo y contarme el resto de la historia con su amargo final.

...Por la ventana del segundo piso vi a un hombre que llevaba a un niño en brazos. Sus ropas estaban ardiendo. A su lado había una mujer, sin duda la madre del niño. Con la mano que tenía libre tapó al niño los ojos... y después saltaron por la ventana. Segundos más tarde la madre les siguió. Por otras ventanas cayeron cuerpos ardiendo... Nosotros disparamos... ¡Dios mío!

Puso su mano sobre sus ojos vendados como si quisiera borrar la escena de su mente.

No sé cuántos intentaron saltar por la ventana, pero había una familia que nunca olvidaré, especialmente al niño. Tenían el pelo negro y los ojos oscuros...

Volvió a guardar silencio, completamente agotado.

El niño de ojos oscuros del que hablaba me recordó a Eli, un muchacho de seis años del gueto de Lemberg que tenía unos ojos enormes. Ojos que interrogaban, ojos que no entendían y acusaban. Ojos que nunca podré olvidar.

Los niños del gueto crecían con rapidez, como si se dieran cuenta de lo breve que iba a ser su existencia. Para ellos los días eran meses y los meses, años. Cuando los veía pasar con sus juguetes, presentaban un aspecto desconocido, extraño, como si fueran ancianos jugando con cosas de niños.

¿Cuándo fue la primera vez que vi a Eli? ¿Cuándo hablé con él por primera vez? Era incapaz de recordarlo. Vivía en una casa cercana a la puerta del gueto. A veces se paseaba por allí. En una ocasión escuché a un policía judío hablando con él y así es como supe su nombre: Eli. No era frecuente que un niño se atreviera a acercarse a la puerta del gueto. Eli lo sabía. Lo sabía de modo instintivo, sin comprender por qué.

«Eli» era el diminutivo de Elías: Eliyahu Havani, el profeta.

Recordar su nombre me trajo a la memoria la época en la que yo también era niño. Recuerdo que durante la Pascua Seder[2] colocábamos sobre la mesa una enorme copa de vino que nadie podía tocar. El vino era en honor

2. **Pascua Seder**: Día de la Pascua Judía correspondiente a las dos primeras noches de la misma. La Pascua conmemora el éxodo de Egipto de los judíos a través de las aguas del Mar Rojo. La Pascua comienza después de la puesta de Sol del decimocuarto día de Nisán, primer año eclesiástico judío. Según la Ley Judía, los judíos que vivan fuera de los límites de la antigua Palestina han de celebrar la Pascua durante ocho días, así como una comida ceremonial conocida como Seder durante las dos primeras noches. El Seder consiste en una serie de alimentos prescritos, donde cada uno de ellos simboliza algún pasaje de las penosas experiencias que sufrieron los judíos durante su esclavitud en Egipto. Durante el Seder se repasan los pasajes del Éxodo y se ofrece una Acción de Gracias a Dios por su protección. *(N. del t.)*

de Eliyahu Havani. Después de pronunciar una oración especial ordenaban a uno de los niños que abriera la puerta: se suponía que el Profeta entraba en la habitación y bebía un trago del vino que habíamos reservado para él. Los niños mirábamos la puerta con asombro. Aunque, por supuesto, nadie entraba. Pero mi abuela siempre me aseguraba que el Profeta sí que había bebido de la copa y cuando yo miraba en su interior y veía que ésta seguía llena ella siempre afirmaba: «¡Sólo ha bebido una lágrima!».

¿Por qué decía una cosa así? ¿Era una lágrima todo lo que le podíamos ofrecer al Profeta Elías? Durante muchas generaciones, desde el éxodo de Egipto, hemos celebrado la Pascua en su memoria y desde entonces se practica la costumbre de reservar una copa de vino a Eliyahu Havani.

Los niños veíamos a Elías como nuestro protector y en nuestra imaginación adoptaba todas las formas posibles. Mi abuela me contaba que era difícilmente reconocible. Podía aparecer con la forma de un campesino, como un tendero, como un mendigo o incluso como un niño. Y en gratitud por la protección que nos proporcionaba, en el servicio Seder le ofrecíamos la mejor copa de la casa repleta del mejor vino. Pero no bebía de ella más que una lágrima.

El pequeño Eli sobrevivía en el gueto de milagro, tras todas las redadas de niños que hubo, ya que se les consideraba «bocas inútiles que no pueden trabajar». Los adultos trabajaban fuera del gueto durante todo el día y en su ausencia los miembros de las SS acorralaban a los niños y se los llevaban. Unos pocos siempre conseguían escapar, ya que aprendieron a esconderse. Sus padres construían cavidades bajo el suelo, bajo las cocinas o en los armarios con paredes falsas y llegaban a desarrollar un sexto sentido para intuir el peligro, sin importar lo pequeños que fueran.

Pero las SS siempre acababan por descubrir los escondrijos más ingeniosos y siempre salían victoriosos de ese juego del escondite mortal.

Eli era uno de los últimos niños que vi en el gueto. Cada vez que dejaba el campo de concentración y me acercaba al gueto (ya que durante un tiempo tuve permiso para entrar en él) buscaba a Eli. Si lo veía sabía que por el momento no había peligro. Por entonces ya había escasez en el gueto y en la calle había mucha gente que se moría de hambre. Los policías judíos constantemente avisaban a los padres de Eli para que lo mantuvieran alejado de la puerta, pero todo era inútil. Los policías alemanes que la custodiaban a menudo le daban algo de comer.

Un día, cuando entré en el gueto, Eli no estaba cerca de la puerta, aunque pude verlo más tarde. Estaba cerca de una ventana y su pequeña mano estaba cogiendo algo del alféizar. Luego se acercó sus dedos a la boca. Mientras me acercaba, me di cuenta de lo que hacía y se me llenaron los ojos de lágrimas:

estaba recogiendo las migas que alguien había dejado para los pájaros. Sin duda pensaba que los pájaros podrían encontrar alimento fuera del gueto, que algún alma caritativa de la ciudad les daría de comer, esas mismas almas que no se atrevían a dar un pedazo de pan a un judío hambriento.

Al otro lado de la puerta a menudo había mujeres con sacos de pan o de harina que intentaban canjear con los habitantes del gueto. Pedían comida a cambio de ropa, de una vajilla de plata o de alfombras. Pero quedaban pocos judíos que poseyeran algo para canjear.

Los padres de Eli no tenían nada que ofrecer, ni siquiera a cambio de una rebanada de pan.

El jefe de las SS, Katzmann (el célebre Katzmann), sabía que a pesar de sus repetidas búsquedas todavía tenían que quedar niños en el gueto, así que su malvado cerebro concibió un plan: ¡abriría una guardería! Prometió al Consejo Judío que si podían encontrar un lugar para construirla y una institutriz que la dirigiera crearía una guardería. Así los niños estarían atendidos mientras los mayores trabajaban fuera. Los judíos, eternos e incorregibles optimistas, vieron en ello un gesto de humanidad. Incluso se corrió la voz de que había una nueva ley que prohibía los fusilamientos. Alguien dijo haber escuchado en la radio americana que Roosevelt había amenazado a los alemanes con tomar represalias si mataban a algún judío. Por ese motivo, los alemanes iban a ser más benévolos en el futuro.

Otros hablaban de una Comisión Internacional que iba a visitar el gueto. Los alemanes querían enseñarles la guardería como prueba de su tratamiento considerado hacia los judíos.

Un oficial de la Gestapo de pelo cano llamado Engels vino con un miembro del Consejo Judío para comprobar si efectivamente se estaba construyendo una guardería en un lugar adecuado. Afirmó estar seguro de que en el gueto todavía quedaban niños suficientes como para poner en marcha una guardería y prometió una ración extra de comida. Incluso la Gestapo envió latas de cacao y leche.

Y así, los padres de los niños que quedaban se convencieron poco a poco de que sus hijos deberían ir a la guardería. Esperaban con impaciencia a una comisión de la Cruz Roja. Pero la comisión nunca apareció. Por contra, una mañana llegaron tres camiones de las SS a la guardería y se llevaron a los niños a la cámara de gas. Esa noche, cuando los padres regresaron del trabajo, se vivieron escenas desgarradoras en la desierta guardería.

A pesar de todo, unas semanas más tarde vi de nuevo a Eli. Su instinto había hecho que se quedara en casa aquella desafortunada mañana.

Para mí, el niño de ojos oscuros del que hablaba el moribundo era Eli. Su pequeña carita se había grabado en mi memoria para siempre. Era el último niño judío que había visto.

Hasta ese momento, mis sentimientos hacia aquel hombre eran de compasión: ahora, esos sentimientos habían cambiado. El tacto de su mano sobre la mía casi me causaba dolor físico y decidí retirarla.

Pero todavía no pensaba en marcharme. Aún faltaba algo más por llegar: de eso estaba seguro. Su historia debía continuar...

Murmuró algo que no alcancé a comprender. Mis pensamientos estaban lejos de aquel lugar, aunque permanecía allí con la idea de escuchar lo que aquel hombre tenía que decirme. Me daba la impresión de que había olvidado mi presencia, de igual modo que yo había olvidado la suya por un tiempo. Hablaba consigo mismo en un tono monótono. Los enfermos a menudo lo hacen cuando se encuentran solos. ¿Iba a seguir relatando su historia o acaso quería decirme algo y no se atrevía a manifestarlo abiertamente? ¿Quién sabía lo que aún tenía que contar? Era algo inimaginable. Había aprendido una cosa: ningún hecho es tan horrible como para que resulte imposible superar su crueldad.

–Sí, ahora los veo justo delante de mí... –murmuró.

¿De qué me hablaba? ¿Cómo podía verlos? Su cabeza y sus ojos estaban cubiertos por los vendajes.

Veo al niño y a su padre y a su madre –prosiguió.

Gimió y su respiración se entrecortó.

–Quizá ya estaban muertos cuando se golpearon contra el asfalto. Aquello era horrible. Los gritos se mezclaron con una salva de disparos que probablemente intentaban apagar los quejidos. Nunca lo olvidaré. Su recuerdo me persigue continuamente. He tenido mucho tiempo para pensar, aunque quizá no el suficiente...

¿Era yo el que ahora escuchaba los disparos? Estábamos tan acostumbrados a los tiroteos que nadie les prestaba atención. Pero yo los escuchaba de forma clara. En el campo de concentración siempre había disparos. Cerré los ojos y me imaginé la escena con todos sus espantosos detalles.

Mientras avanzaba la narración, que a menudo consistía en frases breves y entrecortadas, podía ver y escuchar la escena como si realmente hubiera estado allí. Vi cómo conducían a aquellos desgraciados al interior de la casa, escuché sus gritos, oí cómo rezaban por sus hijos y los vi saltar por las ventanas envueltos en llamas.

Poco después proseguimos la marcha. Durante el camino nos dijeron que la masacre de los judíos era en venganza por las bombas rusas que nos habían costado unos treinta hombres. A cambio, habíamos matado a trescientos judíos. Nadie preguntó qué tenían que ver los judíos con las bombas rusas.

»Por la noche corrió el brandy. El brandy ayuda a olvidar... Por la radio llegaban noticias del frente, la cifra de barcos torpedeados, de prisioneros tomados o de aviones derribados, y el área de territorios conquistados... Estaba oscureciendo...

»Enardecidos por el brandy nos sentamos y comenzamos a cantar. Yo también canté. Hoy me pregunto cómo pude haber hecho aquello. Tal vez quería anestesiarme a mí mismo. Durante un tiempo fui capaz de conseguirlo. Los acontecimientos parecían desvanecerse en mi memoria cada vez más. Pero durante la noche se me presentaban otra vez...

»Peter, un compañero que dormía junto a mí también era de Stuttgart. Mientras dormía, jamás hallaba descanso, dando vueltas sobre su cama y murmurando en sueños. Me incorporé y me quedé mirándolo, pero estaba demasiado oscuro para ver su cara y sólo pude escucharle decir: "¡No, no!" y "¡No lo haré!". Por la mañana se podía observar en los rostros de algunos compañeros que ellos tampoco habían tenido una noche descansada. Pero nadie hablaba de ello. Se evitaban unos a otros. Incluso el jefe de nuestro pelotón se dio cuenta de ello.

»"¡Vosotros y vuestro sentimentalismo! Señores, no podéis seguir así. ¡Esto es la guerra! ¡Los judíos no son seres humanos! ¡Los judíos son los culpables de todas nuestras desgracias! Disparar a uno de ellos no es como disparar a uno de los nuestros. No importa si son hombres, mujeres o niños: son distintos a nosotros. Debemos eliminarlos sin vacilar. Si hubiéramos sido blandos con ellos ahora seríamos sus esclavos, pero el Führer..."

»Sí, ya lo ves — comenzó, pero luego se detuvo.

¿Qué me iba a decir? Tal vez algo que le reconfortara. Algo que justificara por qué me contaba la historia de su vida. No obstante, no volvió a tocar el tema.

Nuestro descanso no duró mucho tiempo. A mediodía continuamos avanzando, ya que ahora formábamos parte de las tropas de asalto. Nos subíamos a los camiones y nos llevaban al frente, pero allí tampoco quedaban muchos enemigos. Habían evacuado los pueblos y las pequeñas ciudades. Los habían abandonado sin luchar. De vez en cuando había algunas escaramuzas mientras el enemigo retrocedía. Hirieron a Peter, Karlheinz murió. Después tuvimos otro descanso para lavarnos y escribir cartas. Hablábamos de cientos de cosas, pero nadie decía una palabra de los sucesos en Dnepropetrovsk.

»Fui a ver a Peter. Le habían disparado en el abdomen pero todavía estaba consciente. Me reconoció y me miró con lágrimas en los ojos. Me senté a su lado y me dijo que pronto le darían de alta. Dijo: "La gente de aquella casa, ya sabes de lo que hablo...". Entonces se desvaneció. Pobre Peter. Murió con el recuerdo de la experiencia más terrible de su vida.

Oí pasos en el pasillo. Miré hacia la puerta, que en ese momento debía estar abierta, y me levanté. Él me detuvo.

-Quédate, la enfermera espera fuera. Nadie va a entrar. No te retendré durante mucho tiempo, pero todavía tengo algo importante que decirte...

Volví a sentarme con desgana, aunque decidí marcharme tan pronto como la enfermera regresara.

¿Qué era lo que tenía que decirme? ¿Que no era la única persona que había matado judíos? ¿Que sólo era un asesino más entre todos los asesinos?

Luego siguió haciendo examen de conciencia:

-En las siguientes semanas avanzamos hacia Crimea. Corría el rumor de que allí había una lucha encarnizada, de que los rusos estaban bien pertrechados. Aquello ya no iba a ser un paseo, sino que habría combates cuerpo a cuerpo...

Se paró a respirar. Las pausas se iban haciendo cada vez más frecuentes. Se veía que estaba haciendo un gran esfuerzo. Su respiración era irregular y su garganta estaba seca. Buscó a tientas el vaso de agua.

Yo no me moví. Parecía conformarse con mi presencia.

Finalmente encontró el vaso y bebió un trago de él.

Después suspiró y susurró:

-Dios mío, Dios mío.

¿Estaba hablando de Dios? Pero si Dios estaba ausente... de permiso, como dijo la señora del gueto. Sin embargo, todos lo necesitábamos. Todos queríamos ver signos de Su omnipresencia.

Sin embargo, para este hombre y para los tipos como él, no debe haber ningún Dios. El Führer había ocupado Su lugar. Y el hecho de que todas sus atrocidades quedaran sin castigo reforzaba aún más su convencimiento de que Dios era una ficción, una odiosa fantasía de los judíos. Nunca se cansaban de intentar «demostrarlo». Pero ahora este hombre, que se encontraba en su lecho de muerte, imploraba la presencia de Dios.

Instantes después prosiguió:

-Los combates en Crimea duraron varias semanas. Sufrimos gran cantidad de bajas. Por todas partes brotaban cementerios militares. Escuche que estaban bien atendidos y que en cada tumba crecían flores. Me gustan las flores. En el jardín de mi tío hay muchas. Solía echarme sobre la hierba y contemplar las flores...

¿Ya sabía que cuando lo enterraran le pondrían un girasol? El asesino poseería algo, incluso después de muerto. ¿Y yo?

-Nos acercamos a Taganrog. Estaba tomado por los rusos. Nos encaramamos entre las colinas, apenas a cien metros de ellos. El fuego de artillería era incesante. Nos refugiamos en las trincheras e intentamos superar el miedo bebiendo de unos frascos de brandy que pasábamos de mano en mano. Espera-

mos a que nos dieran la orden de atacar. Cuando ésta llegó, saltamos de nuestras trincheras y cargamos. Pero, de pronto, me paré como si me hubiera quedado inmovilizado. Algo me agarrotaba. Mis manos, que sujetaban el rifle con la bayoneta calada, comenzaron a temblar.

»En ese momento vi a la familia envuelta en llamas, al padre con el niño y tras él, a la madre: venían a mi encuentro. "No, no puedo volver a dispararles". Aquel pensamiento recorrió mi mente... Y entonces un obús explotó a mi lado. Perdí el conocimiento.

»Cuando desperté en el hospital me di cuenta de que había perdido la visión. Mi rostro, así como la parte superior del cuerpo estaban hechos trizas. La enfermera me contó que el cirujano había sacado de mi cuerpo una palangana llena de metralla. Era un milagro que todavía siguiera vivo. Incluso ahora estaría mejor muerto..."

Suspiró. Su mente volvía a centrarse en sí mismo y le invadía la autocompasión.

El dolor se hizo cada vez más insoportable. Todo mi cuerpo estaba lleno de señales por los analgésicos que me inyectaban... Me llevaron de un hospital a otro, pero nunca me enviaron a casa... Ése era mi auténtico castigo. Quería ir a casa y ver a mi madre. Sabía que mi padre me diría algo con su inflexible severidad. Pero mi madre... ella me vería con otros ojos.

Noté que se estaba torturando. Estaba dispuesto a no perdonarse nada.

De nuevo agarró mi mano, pero yo ya la había retirado y me había sentado sobre ella, lejos de su alcance. No quería que me tocara la mano de un muerto. Se dio cuenta de que sentía compasión por él. Pero ¿tenía algún derecho a que los demás sintieran piedad? ¿Una persona así merece que alguien sienta compasión por ella? Tal vez pensaba que al sentir lástima de sí mismo encontraría compasión en los demás...

Mira —dijo—, esos judíos murieron rápidamente, no sufrieron como yo. Aunque no eran tan culpables como yo.

En ese punto me levanté dispuesto a irme. Yo, el último judío de su vida. Pero rápidamente me agarró con su pálida mano. ¿De donde puede sacar tanta fuerza un hombre desangrado?

Me llevaron de un hospital a otro, nunca me enviaron a casa. Pero eso ya te lo he contado... Soy perfectamente consciente del estado en que me encuentro y mientras estaba aquí nunca he dejado de pensar en los terribles sucesos de Dnepropetrovsk. Ojalá no hubiera sobrevivido al obús. Pero todavía no puedo morir, aunque a menudo lo deseo con vehemencia... A veces tengo la esperanza de que el doctor me aplique una inyección que acabe con todas mis desgracias. Incluso le he pedido que me duerma. Pero él no siente compasión de mí, aunque sé que ha ahorrado sufrimientos a otros desahuciados por

medio de una inyección. Tal vez mi juventud le refrena. En la tablilla que se encuentra al pie de mi cama no sólo está anotado mi nombre, sino también mi fecha de nacimiento y puede que eso le contenga. De modo que aquí me tienen, esperando a la muerte. Tengo unos dolores terribles, pero lo peor de todo es mi conciencia. Nunca deja de recordarme la casa en llamas y la familia que saltó por la ventana.

Guardó silencio, tratando de encontrar las palabras. Quería algo de mí, pensé, ya que no podía creer que me hiciera ir hasta allí sólo para escuchar su historia.

—Cuando todavía era un niño creía firmemente en Dios y en los mandamientos de la Iglesia. Después todo fue más fácil. Si todavía conservara esa fe estoy seguro de que la muerte no me resultaría tan difícil.

»No puedo morir... sin lavar mi conciencia. Ésta debe ser mi confesión. Pero ¿qué clase de confesión es ésta? Una carta sin respuesta...

Sin duda se refería a mi silencio. ¿Qué podía decir? Ahí estaba un hombre desahuciado, un asesino que no quería serlo pero que se había convertido en un asesino por culpa de una ideología asesina. Estaba confesando su crimen a un hombre que quizá mañana muera en manos de los mismos asesinos. En su confesión había un sincero arrepentimiento, aunque no lo llegó a confesar abiertamente. Tampoco era necesario, dada la manera en que se dirigió a mí, ya que el hecho de que hablara *conmigo* era la prueba de su arrepentimiento.

Créeme, estaría dispuesto a sufrir dolores aún más terribles y penosos si de ese modo pudiera devolver la vida a los muertos de Dnepropetrovsk. Muchos jóvenes alemanes mueren a diario en los campos de batalla. Lucharon contra un enemigo armado y cayeron en el combate, pero yo... yo estoy postrado aquí, con mi culpa. En las últimas horas de mi vida tú te encuentras a mi lado. No sé quién eres, sólo sé que eres judío y para mí eso es suficiente.

No dije nada. Lo cierto era que en su campo de batalla también había «luchado» contra hombres, mujeres, niños y ancianos indefensos. Podía imaginarlos envueltos en llamas y saltando por la ventana hacia una muerte segura.

Se incorporó y juntó sus manos como si fuera a rezar.

—Quiero morir en paz, y por eso necesito...

Observé que las palabras no podían salir de sus labios. Pero no estaba dispuesto a ayudarle. Me mantuve en silencio.

—Sé que lo que te he contado es terrible. En las largas noches, mientras espero que venga la muerte, he deseado una y otra vez hablar de ello con un judío y rogarle que me perdone. Aunque no sabía si quedaban judíos vivos...

»Sé que te estoy pidiendo demasiado, pero sin tu respuesta no puedo morir en paz.

Se hizo un extraordinario silencio en la habitación. Miré por la ventana. El Sol inundaba la fachada de los edificios. Estaba en lo alto del cielo. Sólo se veía una pequeña sombra triangular sobre el patio.

¡Qué contraste entre la gloriosa luz del exterior y la sombra de este espantoso momento aquí, en la cámara de la muerte! En su interior yacía un hombre que deseaba morir en paz pero que no podía, ya que el recuerdo de su horrendo crimen no le dejaba descansar. Y a su lado se sentaba otro hombre que también estaba condenado a morir pero que no quería, ya que deseaba ver el final de todo el horror que cegaba al mundo.

El Destino había unido a dos hombres que no se conocían. Uno pedía ayuda al otro. Pero el otro no podía hacer nada por él.

Me levanté y miré hacia él, a sus manos cruzadas. Entre ellas parecía descansar un girasol.

Por último, tomé una decisión y salí de la habitación.

La enfermera no se encontraba al otro de la puerta. Olvidé dónde estaba y no regresé por la escalera por donde la enfermera me había llevado. Tal y como solía hacer en mis tiempos de estudiante, bajé por la entrada principal y hasta que no vi las miradas de extrañeza de los médicos y las enfermeras no me di cuenta de que había tomado un camino equivocado. Pero no di marcha atrás. Nadie me detuvo, por lo que seguí caminando hacia la puerta principal y regresé con mis compañeros... El Sol brillaba con fuerza.

Mis compañeros estaban sentados en la hierba tomando sopa de una vieja lata. Yo también estaba hambriento y afortunadamente conseguí llegar a tiempo para tomar la última ración. El hospital nos había obsequiado con algo de comer.

Pero en mi cabeza todavía estaba presente el recuerdo del nazi moribundo. El encuentro con él había sido una gran responsabilidad para mí y su confesión me había incomodado profundamente.

¿Dónde has estado todo este tiempo? preguntó alguien. No sabía su nombre. Había marchado a mi lado durante todo el trayecto hasta el hospital.

»Empezaba a creer que te habías fugado, lo que hubiera significado que habríamos tenido una agradable recepción en el campo de concentración.

No respondí.

¿Has traído algo? preguntó mientras buscaba dentro del saco de pan que, al igual que todos los prisioneros, llevaba sobre mis hombros. Me miró sospechosamente, como si quisiera decir: tienes algo, pero no lo quieres admitir para no tener que compartirlo con nosotros.

Dejé que pensara lo que quisiera y no dije nada.

¿Estás molesto conmigo? preguntó.

No dije.

No quería hablar con él, al menos en ese momento.

Después de una breve pausa reanudamos el trabajo. Parecía que los contenedores no se acababan nunca. Los camiones que transportaban la basura que había que quemar no cesaban de llegar. ¿De dónde sacaban tantos desperdicios? Realmente no me importaba. Lo único que deseaba era salir de ese lugar.

Horas después nos dijeron que dejáramos de trabajar y que volviéramos al día siguiente para llevarnos más basura. Cuando oí eso palidecí.

En el camino de regreso nuestros guardias, los askaris, no estaban de humor para cantar. Marchaban a nuestro lado en silencio y ni siquiera nos ordenaban que camináramos más rápido. Todos estábamos cansados, incluso yo, que había pasado todo el día en aquella habitación. ¿Realmente pasaron tantas horas? Una y otra vez mis pensamientos volvían a aquel macabro encuentro.

En la acera contraria a la que íbamos la gente se detenía a mirarnos. No pude distinguir una cara de otra, todas parecían ser exactamente iguales, probablemente porque les resultábamos completamente indiferentes, a pesar de sus miradas. De todas formas, no veo por qué había de ser de otro modo. Hace mucho tiempo que se han acostumbrado a nosotros. ¿Qué tenemos que ver con ellos? Puede que algunos sufrieran remordimientos de conciencia por haber mirado a unos condenados de manera tan cruel.

No caminábamos deprisa, ya que una carreta tirada por un caballo nos lo impedía. Tuve tiempo para deducir que entre toda esa gente debía haber muchos que antaño se divirtieron durante el «día sin judíos» y me preguntaba si éramos los *únicos* a los que los nazis perseguían. ¿No resultaba malévolo que la gente mirara en silencio sin protestar ante la humillación que tenían que soportar unos seres humanos? ¿Acaso para ellos no éramos seres humanos?

Dos días antes los nuevos prisioneros del campo de concentración nos contaron una triste pero peculiar historia. Habían ahorcado públicamente a tres judíos. Los habían dejado allí, colgados de sus horcas y un ocurrente muchacho tuvo la feliz idea de pegar sobre cada cuerpo un pedazo de papel que rezaba: «Carne kosher».[3] Los espectadores se morían de risa ante aquella brillante broma, y cada vez se sumaba más gente para compartir su regocijo. Una mujer que protestó por aquella vil obscenidad recibió una paliza.

3. **Kosher** (del hebreo *kasher* «justo», «apropiado»). Término hebreo que se emplea para denominar lo que es «apropiado según la Ley Judía». Se aplica especialmente a los alimentos que se permiten tomar a los judíos. Según la Biblia, sólo se considera kosher a los animales que tengan las patas hendidas y sean rumiantes. (Véase Deuteronomio 14:3–21.) *(N. del t.)*

Todos sabíamos que en las ejecuciones públicas los nazis se tomaban la molestia de llevar a muchos espectadores. Con esto esperaban atemorizar al pueblo y así sofocar cualquier posible resistencia. Por supuesto, antes se aseguraban de los sentimientos antisemitas de la mayoría de ellos. Esas ejecuciones correspondían al «pan y circo» de la antigua Roma, y en modo alguno nadie se oponía las terribles escenas que presenciaban. En el campo de concentración no nos cansábamos de describir hasta el último detalle los horrores que habíamos presenciado. Algunos hablaban como si acabaran de llegar a casa después de ver un espectáculo circense. Tal vez, algunos de esos que ahora nos miraban boquiabiertos desde la acera acostumbraban a acudir a las ejecuciones de los judíos. Escuché algunas risas. Tal vez el espectáculo que estaban presenciando, un desfile de carne kosher, les hacía gracia.

Al final de la calle Grodezka torcimos a la izquierda, hacia la calle Janowska e hicimos un alto para dejar pasar a un tranvía lleno de gente. Los pasajeros se sujetaban a la puerta como si fueran racimos de uvas. Iban cansados pero felices, ansiosos de llegar a casa junto a sus familias y pasar con ellos la noche, jugar a las cartas, discutir de política y escuchar la radio (hasta incluso puede que oyeran emisoras prohibidas). Todos tenían una cosa en común: tenían sueños y esperanzas. Nosotros, por el contrario, teníamos que formar para el recuento de la noche y hacer gimnasia sobre la tierra según el estado de ánimo del oficial al mando. A menudo hacíamos innumerables flexiones de rodillas hasta que el oficial se cansaba de la broma. O teníamos que hacer el ejercicio denominado «vitamina B», que consistía en transportar tablones a través de una hilera de soldados de las SS. A los trabajos nocturnos los denominaban «vitaminas» pero, al contrario de las auténticas, éstas mataban en lugar de curar.

Si un hombre no acudía al recuento nos contaban una y otra vez y luego, en lugar del desaparecido, solían sacar de la fila a diez de sus compañeros y ejecutarlos con el fin de disuadir al resto de futuras ausencias.

Y lo mismo sucedería mañana, y tal vez pasado mañana, hasta que estuviéramos todos muertos.

Pensar en mañana... me ha hecho acordarme del soldado de las SS que tenía la cabeza vendada. Mañana, o tal vez pasado mañana, tendrá un girasol. Mañana o tal vez pasado mañana me esperará una fosa común. De hecho, en cualquier momento puede llegar la orden de limpiar el barracón donde vivimos mis compañeros y yo, o puedo ser uno de los diez elegidos como método de disuasión.

Un día corrió el rumor de que iban a traer nuevos prisioneros de las provincias. Si eso fuera así, no habría sitio para todos en los barracones y si los oficiales del campo de concentración no podían construir nuevos acomodos para ellos, les harían sitio de otra manera. Era una tarea sencilla: simplemente liquidarían a los

antiguos prisioneros, barracón por barracón, para hacer sitio a los recién llegados. Eso hacía que se acelerara el descenso de nuestra población y que el objetivo de una Galicia y una Lemberg «libre de judíos» estuviera cada vez más cerca.

Las estrechas casas de la calle Janowska estaban sucias y presentaban señales de guerra: había impactos de bala en las fachadas y las ventanas estaban entabladas, a veces con un simple cartón. La calle Janowska era una de las principales arterias de Lemberg y cuando los alemanes tomaron la ciudad se produjeron allí violentos combates.

Al final de las casas pasamos de nuevo por el cementerio militar con sus largas hileras de tumbas. Pero, en cierto modo, los girasoles presentaban ahora un aspecto diferente. Miraban hacia otra dirección. El Sol de la media tarde les daba una tonalidad rojiza y se mecían suavemente con la brisa. Parecía que se susurraban unos a otros. ¿Se incomodaban ante la visión de esos andrajosos que pasaban ante ellos con paso cansino? Los colores de los girasoles (naranja y amarillo, oro y pardo) danzaban ante mis ojos. Crecían sobre un suelo cobrizo y fértil, sobre unas cuidadas lomas. Tras ellos se elevaban unos árboles nudosos formando un fondo oscuro y, sobre todos, se alzaba un cielo claro y azul.

Cuando nos acercamos al campo de concentración, los askaris nos dieron la orden de cantar y de formar guardando el paso. El comandante podía estar observando el regreso de sus prisioneros y siempre insistía en que éstos debían marchar cantando y (aparentemente) felices y que debían regresar de igual modo.

Los askaris tenían que ayudarle a mantener el engaño. Debíamos irradiar felicidad, y cantar formaba parte del juego.

¡Ay de nosotros si nuestra actuación no era del agrado del comandante! Pagábamos por ello. Los askaris tampoco tenían motivos para reír: a fin de cuentas sólo eran un puñado de rusos.

Afortunadamente, el comandante no vigilaba nuestra entrada, así que entramos en el campo sin ser vistos, detrás de otro grupo de trabajadores y nos alineamos en el patio de armas para que hicieran el recuento.

Vi a Arthur en otra columna y le saludé con la mano furtivamente. Me moría de ganas de contarle a él y a Josek mi experiencia en el hospital.

Me preguntaba qué es lo que dirían dos personas tan distintas. También quería hablarles de los girasoles. ¿Por qué no nos habíamos fijado antes en ellos? Hacía ya varias semanas que debían haber florecido. ¿Nadie reparó en ellos? ¿Sólo tenían significado para mí?

Tuvimos suerte. El recuento terminó antes de lo habitual. Le toqué en el hombro a Arthur.

Bien. ¿Cómo fue todo? ¿Tuviste mucho trabajo? —preguntó sonriendo amistosamente.

No estuvo mal. ¿Sabes dónde estuve?

No. ¿Cómo iba a saberlo?

En el Instituto Tecnológico.

¿De veras? Supongo que ahora su aspecto debe ser diferente.

Y que lo digas.

Pareces deprimido observó Arthur.

No contesté. Los prisioneros se agolpaban hacia la cocina y pronto estuvimos en la cola esperando nuestra comida.

Josek pasó junto a nosotros con su ración de rancho. Nos saludó con la cabeza.

Nos sentamos a comer en los escalones de la entrada del barracón mientras en la plaza de armas se formaban otros grupos de prisioneros que se iban contando los sucesos del día. Tal vez algunos se habían hecho con unas baratijas durante el trabajo y ahora las estaban canjeando con los demás prisioneros.

Mi mirada se posó en la «tubería», un estrecho pasillo con vallas que se extendía alrededor del campo de concentración y que iba a dar a las dunas, donde normalmente se llevaban a cabo las ejecuciones.

A veces los prisioneros esperaban en la «tubería" durante dos o tres días antes de que los mataran. Las SS los sacaban de los barracones o los arrestaban en la ciudad, donde solían esconderse. Desarrollaban un sistema «racional» para ejecutar a un grupo de gente, de modo que a veces los judíos tenían que pasar allí varios días hasta que el número de prisioneros era lo suficientemente amplio como para garantizar que al ejecutor de las SS le había merecido la pena hacer el esfuerzo de ir hasta allí.

En aquella tarde en particular no había nada que ver en la «tubería». Arthur me explicó por qué.

Hoy había cinco prisioneros, pero no tuvieron que esperar mucho. Kauzor los fue a buscar. Un muchacho de nuestro barracón los conocía y dijo que estaban en un buen escondrijo subterráneo de la ciudad.

Arthur habló con calma y tranquilidad, como si estuviera hablando de algo muy frecuente.

Había un niño entre ellos continuó después de un tiempo, y ahora su voz tenía un tono algo más emotivo . Tenía un precioso pelo rubio. No parecía judío en absoluto. Si sus padres lo hubieran dejado con una familia aria nadie se habría dado cuenta del engaño.

Pensé en Eli.

Arthur, tengo que hablar contigo. En el instituto, que ahora se utiliza como hospital militar, me ocurrió un suceso que me obsesiona. Puede que te rías de mí cuando lo oigas, pero me gustaría conocer tu opinión. Confío en tu juicio.

Adelante —dijo.

No. Ahora no. Hablaremos de ello más tarde. Quiero que Josek esté presente.

¿Haría bien en contarles lo que había pasado? Pensé en los cinco hombres de la «tubería» que habían fusilado ese día. ¿Significaba más para mí ese soldado de las SS que ellos? Tal vez sería mejor mantener la boca cerrada y no decir nada de lo que pasó en la cámara de la muerte.

Tenía miedo de que Arthur, siempre tan irónico, pudiera decir: «¡Mírale. Es incapaz de olvidar a un hombre de las SS mientras a cada hora matan y torturan a miles de judíos!». Luego podría añadir: «Has dejado que los nazis te contagien. Empiezas a creer que los nazis son, en cierto modo, superiores y por eso te preocupas por ese soldado».

Eso podría herirme y entonces seguro que Arthur me contaría los crímenes inenarrables que cometieron los nazis. Yo me avergonzaría de mí mismo. Así que tal vez sería mejor no decir nada de lo que sucedió en el hospital.

Deambulé por la plaza de armas y hablé con algunos conocidos.

De repente uno de ellos siseó:

—¡Seis!

Ésa era la señal de que los SS se acercaban. Corrí hacia donde estaba Arthur y me senté a su lado mientras los oficiales de las SS se dirigían hacia el barracón de los músicos.

—¿Qué era eso que nos tenías que contar? —preguntó Arthur.

He estado dándole vueltas al asunto y me parece que no quiero hablar de ello. Puede que no lo entendierais o ...

—¿O qué? Cuéntanoslo —insistió Arthur.

Guardé silencio.

—De acuerdo, como quieras —Arthur se levantó—. Parecía contrariado.

Pero dos horas después les conté la historia. Estábamos sentados en las literas de nuestro maloliente barracón. Les relaté nuestra marcha por la ciudad y les hablé de los girasoles.

¿Os fijasteis en ellos alguna vez?

—Claro que sí —dijo Josek—. ¿Qué tienen de especial?

No quise contarles la impresión que me habían causado los girasoles. No podía decirles que sentía envidia de los alemanes muertos y de sus girasoles ni que me invadió el infantil deseo de tener un girasol propio.

Arthur intervino en el debate:

—Bien, los girasoles son gratos a la vista. Después de todo, los alemanes son unos grandes románticos. Pero los girasoles no sirven de mucho a los que se pudren bajo la tierra. Los girasoles se corromperán como ellos y el

año que viene no quedará ni rastro de ellos, a no ser que alguien plante unos nuevos. Pero ¿quién sabe lo que pasará dentro de un año? añadió con desdén.

Yo proseguí la historia. Les describí cómo la enfermera se me acercó y me llevó al despacho del decano. Luego les narré al detalle mi encuentro con el soldado de las SS. Les dije que me senté junto a su cama durante horas y después les conté su confesión. Al niño que se había precipitado hacia la muerte con su padre le asigné el nombre de Eli.

¿Cómo podía saber el soldado el nombre del niño? preguntó uno de ellos.

No lo sabía. Yo le puse ese nombre porque me recordaba a un muchacho del gueto de Lemberg.

Parecían fascinados por mi historia y cuando me detenía para ordenar las ideas ellos me apremiaban para que prosiguiera.

Cuando finalmente les expliqué que el moribundo me rogó que le perdonara su crimen y que me marché sin decir palabra noté que una leve sonrisa aparecía en el rostro de Josek. Estaba seguro de que eso significaba que aprobaba mi actitud y le hice un gesto con mi cabeza.

Arthur fue el primero en romper el silencio:

¡Uno menos! exclamó.

Aquellas palabras resumían perfectamente lo que sentíamos en esos días, pero la reacción de Arthur en cierto modo me molestó. Uno de los prisioneros, Adam, que apenas hablaba, dijo pensativamente:

-De modo que viste agonizar a un asesino... Me gustaría poder hacer eso diez veces al día. Todas las visitas a ese hospital me parecerían pocas.

Comprendí su sarcasmo. Adam había estudiado arquitectura, pero tuvo que abandonar su profesión cuando estalló la guerra. Durante la ocupación rusa trabajaba en un proyecto de construcción. Todas las posesiones de su familia fueron expropiadas por los rusos. Durante el verano de 1940 comenzó la gran ola de deportaciones a Siberia, que abarcaban todos las «clases sociales nocivas» (esto es, especialmente las clases más acomodadas), y él y su familia tuvieron que esconderse durante varias semanas.

Durante nuestro primer encuentro tras su llegada al campo de concentración dijo:

-Como verás, mereció la pena haberme escondido de los rusos. Si me hubieran atrapado ahora estaría en Siberia. De este modo, todavía permanezco en Lemberg. Si esto puede ser una ventaja...

Le traía sin cuidado lo que había a su alrededor. Su prometida estaba en el gueto, pero pocas veces tenía noticias de ella. Debía estar metida en alguna formación armada.

Sus padres, de quienes era un gran devoto, habían fallecido en los primeros días de la ocupación alemana. A veces, en su indiferencia hacia todo lo que ocurría a su alrededor, me parecía un sonámbulo. Su actitud cada vez era más distante y al principio yo no podía entender por qué. Pero poco a poco todos comenzamos a parecernos a él. También habíamos perdido a la mayoría de nuestros familiares.

Aparentemente, mi historia había despertado un poco a Arthur de su apatía, pero durante mucho tiempo ninguno de mis colegas dijo nada más.

Después Arthur se levantó y se dirigió a una litera donde un amigo suyo relataba las noticias de la radio. Y los demás fueron a ocuparse de sus asuntos.

Sólo Josek se quedó conmigo.

—¿Sabes? —comenzó—. Cuando nos contaste tu encuentro con el soldado de las SS al principio tuve miedo de que le hubieras perdonado. No tenías ningún derecho a hacerlo en nombre de unas personas que no te dieron su autorización. Si quieres, puedes perdonar y olvidar lo que los demás te hayan hecho. Eso es cosa tuya. Pero habría sido un terrible pecado haber tenido que cargar sobre tu conciencia con los sufrimientos de los demás.

—Pero ¿acaso no somos un comunidad con un mismo destino y uno debe responder por el otro? —respondí.

—Ten cuidado, amigo mío —continuó Josek—. En la vida de cada persona se dan momentos históricos que rara vez ocurren, y hoy has vivido uno de ellos. Para ti no es un simple problema... observo que no estás completamente satisfecho contigo mismo. Pero te aseguro que yo hubiera hecho lo mismo que tú. Tal vez la única diferencia está en que yo le hubiera negado el perdón de manera abierta y consciente. Tú actuaste de un modo más inconsciente y ahora no sabes si hiciste bien o mal. Créeme, hiciste lo correcto. No has tenido que sufrir directamente por su culpa, por lo tanto, no estás en situación de perdonarle por lo que hizo a los demás.

La cara de Josek había cambiado.

—Creo en Haolam Emes, en la vida después de la muerte, en un mundo mejor donde todos nos encontraremos después de morir. ¿Qué pasaría si le hubieras perdonado? ¿Acaso no irían a tu encuentro los muertos de Dnepropetrovsk y te preguntarían: «Quién te dio permiso para perdonar a nuestro asesino»?

Sacudí mi cabeza pensativamente.

—Josek —dije— haces que todo suene muy simple, probablemente porque tu fe es fuerte. Podría discutir contigo durante horas, pero no me gustaría cambiar mi actitud aunque pudiera. Sólo diré una cosa, y deseo saber lo que opinas: el joven mostró un profundo y sincero arrepentimiento, en ningún momento trató de excusarse por lo que había hecho. Vi que estaba realmente atormentado...

Josek me interrumpió:

Ese tormento no es más que una pequeña parte de su castigo.

—Pero —proseguí—, no le quedaba tiempo para arrepentirse o para expiar sus crímenes.

—¿Qué quieres decir con «expiar»?

Ahora me tenía donde él quería: me quedé sin respuesta. Abandoné el razonamiento e intenté otra estrategia.

Ese moribundo me veía como un representante, como un símbolo de todos los demás judíos con los que no podía hablar ni contactar. Y además, mostró su arrepentimiento por voluntad propia. Él, naturalmente, no nació siendo un asesino ni quería serlo. Fueron los nazis los que le hicieron matar a gente indefensa.

¿De modo que crees que deberías haberle perdonado?

En ese momento Arthur regresó. Sólo había oído la última frase de Josek y dijo con violencia:

—Un superhombre le pide a un subhumano que haga algo sobrehumano. Si le hubieses perdonado, no te lo habrías perdonado en toda tu vida.

Arthur —dije—. No pude conceder el último deseo de un moribundo. ¡No respondí a su última pregunta!

Pero seguramente debes saber que hay demandas que uno no puede ni debe atreverse a satisfacer. Debería haber pedido que le trajeran a un sacerdote de su propia Iglesia. Pronto habrían llegado a un acuerdo.

Las palabras de Arthur eran delicadas, con una ironía casi imperceptible.

—¿Por qué? —pregunté—. ¿No existe una ley universal que juzga las faltas y su expiación? ¿O es que cada religión tiene su propia ética, sus propias respuestas?

—Probablemente sí.

No había más que decir. Todo lo que se pudiera añadir en aquellas terribles circunstancias, en aquellos terribles tiempos, ya estaba dicho. Decidimos zanjar la cuestión.

Para distraer nuestra atención, Arthur nos contó las noticias que había escuchado, pero sus palabras no despertaron mi interés.

Mi pensamiento todavía se hallaba en la cámara de la muerte del hospital alemán.

Tal vez Arthur estuviera equivocado. Tal vez su argumento del superhombre que le pide a un subhumano que haga algo sobrehumano no era más que una frase que sonaba muy ingeniosa pero que, en realidad, no era una auténtica respuesta. La actitud del soldado de las SS hacia mí no había sido la de un superhombre arrogante. Probablemente yo no me había sabido explicar: un subhumano condenado a muerte estaba en el lecho de muerte de un soldado

de las SS condenado a muerte... Quizá no supe expresar con la misma claridad que él la atmósfera del lugar y la desesperación que le provocaba su crimen.

Y, de pronto, me asaltó la duda de si efectivamente el encuentro ocurrió en realidad. ¿Realmente estuve aquel día en el despacho del decano?

Todo me parecía confuso e irreal, como nuestra propia existencia... aquello no podía ser cierto. Era un sueño provocado por el hambre y la desesperación... nada tenía sentido, como nuestra propia vida.

A los prisioneros que vivíamos recluidos en los campos de concentración nos ordenaban lo que teníamos que hacer y teníamos que aprender a obedecer las órdenes sin expresar nuestra propia voluntad. En nuestro mundo, ya nada obedecía a las leyes de la vida. Aquí todo tenía su propia lógica. ¿Qué normas tienen validez cuando se está en cautividad? La única regla que seguía manteniendo una base fiable de enjuiciamiento era la ley de la muerte. Esa ley, por sí misma, era lógica, cierta e irrefutable. Todas las demás carecían de sentido y nos hacían caer en una pasividad general. Constantemente nos recordábamos a nosotros mismos que ésa era la única ley inevitable, que no podíamos hacer nada para cambiarla. El resultado de todo ello era una pasividad mental y el abatimiento que nos dominaba era la clara expresión de nuestra desesperación.

Durante la noche vi a Eli. Su rostro estaba más pálido que nunca y sus ojos expresaban la eterna pregunta sin respuesta: ¿Por qué?

Su padre me lo trajo en brazos. Mientras se acercaba, cubrió su rostro con sus manos. Detrás de ambos, emergía un mar de llamas del que trataban de escapar. Quería coger a Eli, pero la muerte y la confusión lo invadían todo...

«¿Por qué gritas? Vas a hacer que vengan los guardias.»

Arthur me sacudió los hombros. Vi su cara a través de la tenue bombilla que colgaba del techo.

Todavía no estaba completamente despierto. Delante de mí se agitaba algo semejante a una cabeza cubierta de vendajes y manchas amarillas. ¿Eso también era un sueño? Presencié todo aquello como a través de un cristal alcorzado.

—Puede que tengas fiebre. Te traeré un vaso de agua —dijo Arthur mientras me volvía a sacudir—. Y entonces pude ver su rostro completamente.

—Arthur —tartamudeé—. Arthur, mañana no quiero ir a trabajar al hospital.

—En primer lugar —replicó—, ya ha amanecido y, en segundo lugar, puede que te asignen otro grupo de trabajo. Yo iré al hospital por ti.

Arthur intentaba calmarme. Hablaba como si yo fuera un niño.

—¿De repente te asusta mirar a la muerte a los ojos, sólo porque has visto agonizar a un soldado de las SS? ¿A cuántos judíos has visto morir? ¿Te hicie-

ron ellos gritar por la noche? La muerte es nuestra fiel compañera. ¿Lo habías olvidado? Ni siquiera perdona a los SS.

Te has debido quedar dormido justo cuando los guardias entraron y se llevaron a uno de los nuestros (al hombre que duerme ahí detrás, junto a la esquina). Sólo lo condujeron hasta la puerta. Después se desvaneció. Estaba muerto. Despabílate y ven conmigo. Míralo y entonces comprenderás que estás concediendo demasiada importancia a tu soldado de las SS.

¿Por qué recalcó «tu soldado de las SS»? ¿Acaso pretendía herirme?

Arthur se dio cuenta de que me invadía el miedo.

Los buenos sentimientos son un lujo que ni tú ni yo no nos podemos permitir.

Arthur —repetí—, no quiero volver al hospital.

Si te piden que vayas tendrás que ir: no puedes hacer nada. Muchos se alegrarían de no tener que quedarse en el campo de concentración durante todo el día.

Arthur era incapaz de comprenderme.

No te he contado lo de la gente de la calle. No quiero volver a verlos, ni tampoco quiero que me vean. No quiero su compasión.

Arthur se rindió. Se dio la vuelta en su litera y siguió durmiendo. Yo tenía miedo de volver a tener pesadillas. Pero, de pronto, vi de nuevo a los transeúntes y me di cuenta de que mi ruptura con el mundo era total. Ellos no querían a los judíos, aunque eso no era nada nuevo. Nuestros padres habían salido silenciosamente al mundo exterior desde los confines del gueto. Habían trabajado muy duro, habían hecho todo lo posible para que la gente los reconociera. Pero todo fue inútil. Si los judíos se cerraban al resto del mundo se convertirían en criaturas irreconocibles. Si acordaban abandonar su propio mundo y ajustarse al que habían creado los demás se convertirían en inmigrantes indeseables que serían odiados y rechazados por todo el mundo. Cuando era joven ya sabía que no era más que un ciudadano de segunda clase.

Un sabio dijo una vez que los judíos eran la sal de la vida. Pero los polacos pensaban que su tierra se arruinaría por la saturación. Por eso, comparados con los judíos de otros países, tal vez estábamos mejor preparados para soportar lo que los nazis nos tenían reservado. Y aquello puede que nos hiciera más resistentes.

Desde el día que nací he vivido con los polacos, he crecido con ellos, he ido a la escuela con ellos, pero para ellos siempre he sido un extranjero. Era raro que hubiera alguna relación de mutuo entendimiento entre un judío y otra persona que no lo fuera. Y en ese respecto nada ha cambiado, aunque los polacos ahora también estuvieran subyugados. A pesar de compartir las mismas desgracias, todavía existían barreras entre nosotros.

Ya no quería volver a ver a los polacos. A pesar de todo, prefería quedarme en el campo de concentración.

A la mañana siguiente, nos volvimos a reunir para el recuento. Tenía la esperanza de que Arthur me acompañara en caso de tener que volver al hospital y así, si la enfermera me buscaba de nuevo, le pediría a Arthur que acudiera en mi lugar. Después vino el comandante. No siempre estaba presente mientras pasaban lista. Ayer, por ejemplo, no apareció. Trajo consigo a un gran doberman negro atado con una correa. A su lado estaba el oficial (que era el que hacía el recuento) y otros miembros de las SS.

Lo primero que hicieron fue contar los prisioneros. Afortunadamente la cifra era correcta.

Después el comandante ordenó:

Que se formen las mismas partidas de trabajo que ayer.

Se formó una gran confusión. Se suponía que los prisioneros debían formar de acuerdo a los barracones que ocupaban, y no según su grupo de trabajo. La rapidez con la que se formaron los grupos no fue del agrado del comandante y en seguida comenzó a vociferar.

Aflojaron la correa del perro. El comandante podría soltarlo en cualquier momento. Pero volvimos a tener suerte. Un oficial se acercó al comandante con un mensaje. Fuera lo que fuera, éste se marchó con el perro, y por esa vez nos salvamos de las habituales escenas de pánico y de que hubiera heridos o, tal vez, algunos muertos.

Mientras salíamos, la banda de músicos de la puerta tocaba una animada marcha. Los oficiales de las SS miraban atentamente a las filas. De vez en cuando se llevaban a algún hombre porque, de algún modo u otro, les llamaba la atención. Tal vez no guardaba el paso. O quizá parecía más débil que los demás. Después lo enviaban a la «tubería».

Nos escoltaron los mismos askaris de ayer. Un soldado de guardia de las SS se colocó al frente de nuestra columna. Por el camino, me preguntaba dónde me podría esconder en caso de que la enfermera volviera a buscarme.

Alcanzamos a ver de nuevo el cementerio con los girasoles. El soldado moribundo del hospital pronto se uniría a los camaradas que estaban allí enterrados. Intenté imaginar el lugar que le habían reservado.

Ayer mis compañeros vieron los girasoles como si estuvieran embelesados, pero hoy no les prestaban atención. Sólo unos pocos los observaban. Pero mi mirada atravesaba una fila tras otra, hasta el punto de que casi me tropecé con los pies del hombre que caminaba delante de mí.

En la calle Grodezska los niños jugaban despreocupados. A fin de cuentas, ellos no necesitaban esconderse cada vez que se acercaba alguien de uniforme. Qué afortunados eran.

Mi vecino me llamó la atención sobre un transeúnte.

¿Ves aquel individuo que lleva un sombrero tirolés? El que tiene una pluma.

Seguro que es alemán —dije.

Algo así. Ahora es un alemán étnico, pero hace tres años era un farmacéutico polaco. Lo conozco muy bien. Vivía cerca de él. Cuando saquearon las tiendas judías él estaba allí y también estaba presente cuando linchaban a los judíos en la universidad. Es más, se sabe que se alistó voluntario cuando los rusos buscaban colaboradores. Es de esa clase de tipos que siempre están en el bando de los poderosos. Probablemente se ha sacado de la manga algún antepasado alemán. Pero apostaría que hasta hace pocas semanas no sabía decir una palabra de alemán. Los nazis necesitan a gente como él. Estarían perdidos sin tipos así.

De hecho, constantemente se escuchaba que los alemanes étnicos se esforzaban por aparentar ser un ciento cincuenta por ciento alemanes. En los grupos de trabajo uno tenía que cuidarse de evitarlos. Siempre estaban dispuestos a demostrar que se ganaban la cartilla de racionamiento. Muchos intentaban ocultar su imperfecto conocimiento del alemán comportándose de forma particularmente violenta con los polacos y los judíos y recibían con entusiasmo la libertad de poder torturarlos.

Cuando entramos en el patio del instituto los askaris en seguida se echaron sobre la hierba y liaron sus gruesos cigarrillos. Nos estaban esperando dos camionetas. De nuevo los contenedores estaban llenos a rebosar. Había unas cuantas palas apoyadas contra la pared y cada uno de nosotros cogió una.

Intenté conseguir un ocupación cerca de los camiones, donde la enfermera no pudiera encontrarme, pero un encargado ya había elegido a otros cuatro hombres para el trabajo.

Entonces vi a la enfermera caminando entre los prisioneros, examinando a cada uno de ellos. ¿Iba a repetirse la escena de ayer? ¿El soldado había olvidado algo? De repente se detuvo ante mí.

Por favor —dijo—. Ven conmigo.

Tengo que trabajar aquí —protesté.

Se volvió hacia el encargado y tuvo unas palabras con él. Después me señaló y se acercó.

Deja la pala —dijo secamente— y ven conmigo.

La seguí aterrorizado. No podría soportar oír otra confesión. Era superior a mis fuerzas. Lo que más temía es que el moribundo me volviera a suplicar perdón. Quizás ahora fuera lo suficientemente vulnerable como para concedérselo y así acabar con este desagradable asunto.

Pero para mi sorpresa, la enfermera tomó un camino diferente. No tenía ni idea de adónde me llevaba. ¿Tal vez al depósito de cadáveres? Buscó entre un

manojo de llaves y abrió una puerta. Entramos en una habitación que tenía aspecto de ser un almacén. Sobre los estantes de madera, que se extendían casi hasta el techo, se apilaban cajas y fardos.

Espera aquí —ordenó— vuelvo en un momento.

Permanecí quieto.

Momentos después regresó. En su mano llevaba un fardo envuelto en una sábana verde. Llevaba cosido un pedazo de tela con una dirección.

Alguien se acercaba por el pasillo. Miró a su alrededor nerviosamente y me empujó hacia el interior del almacén. Después me miró y dijo:

—El hombre con el que hablaste ayer murió la pasada noche. Tuve que prometerle que te entregaría todas sus pertenencias, excepto el reloj de su confirmación, que se lo tengo que enviar a su madre.

—Hermana, no quiero nada. Mándeselo a su madre.

Sin mediar palabra, trató de dármelo por la fuerza, pero yo no quise cogerlo.

—Por favor, envíeselo a su madre. La dirección está escrita ahí.

La enfermera me miró con extrañeza. Di media vuelta y me marché. No intentó hacerme volver. Al parecer ella desconocía lo que el soldado me había contado el día anterior.

Retomé el trabajo en el patio. Un coche fúnebre pasó a nuestro lado. ¿Ya se llevaban al soldado?

—¡Eh! ¡El de allí! ¡Estás dormido! —gritó el encargado.

Un askari lo escuchó y se acercó agitando un látigo. En sus ojos había un destello de sadismo. Pero el encargado le pidió que se fuera.

Esta vez el hospital no nos preparó el almuerzo. Trajeron la comida habitual del campo de concentración: un maloliente y oscuro brebaje al que denominaban sopa. La engullimos con voracidad. Los soldados nos miraban como si estuvieran alimentando a los animales.

Durante el resto del día trabajé hipnotizado. Cuando regresamos al patio de armas por la tarde apenas podía recordar el camino de vuelta. Ni siquiera me fijé en los girasoles.

Más tarde les comuniqué a mis amigos la muerte del soldado, pero no les interesó. El incidente había acabado para ellos ayer, cuando terminé de contarles la historia. Pero todos estaban de acuerdo conmigo en que había hecho bien al rechazar las pertenencias de aquel hombre. Josek dijo:

—En la historia que nos contaste ayer había puntos que necesitaban una reflexión más profunda. Me hubiera gustado haberlos podido discutir con Reb Schlomo, pero por desgracia está muerto. Él podría haber demostrado fácilmente que actuaste de manera correcta... Pero, a pesar de todo, me temo que seguirás preocupado por ese asunto. No te devanes los sesos. No tienes dere-

cho a perdonarle, no podrías perdonarle y actuaste muy bien al no aceptar sus cosas —dijo Josek.

Momentos después añadió:

—El Talmud[4] nos dice que...

Arthur perdió algo de su inquebrantable serenidad. Dijo a Josek:

—No le vuelvas loco con ese asunto. Todavía tiene pesadillas y por la noche sueña en voz alta. La próxima vez puede traernos alguna desgracia. Sólo falta que uno de los guardias le oiga gritar y lo atraviese con una bala. Ya ha sucedido más veces.

—Y tú —dijo Arthur dirigiéndose a mí— deja de hablar de ese tema. Todos los gritos y los lamentos no conducen a nada. Si sobrevivimos a este campo de concentración (cosa que no creo que ocurra) y si el mundo recupera el juicio y lo habita gente que ve a sus semejantes como seres humanos, entonces tendremos mucho tiempo para discutir el asunto del perdón. Habrá voces a favor y voces en contra, habrá gente que nunca te perdone por no haberle perdonado... pero, en cualquier caso, nadie que no haya pasado por nuestra experiencia podrá entenderlo completamente. Mientras estamos aquí discutiendo este asunto nos estamos dando un lujo que, en nuestra posición, simplemente no nos podemos permitir.

Arthur tenía razón, me di cuenta de ello. Aquella noche dormí profundamente sin soñar con Eli.

Después del recuento de la mañana, el inspector de los Ferrocarriles del Este nos estaba esperando. Podíamos volver a nuestro antiguo trabajo.

Pasaron más de dos años. Años llenos de sufrimientos y de muerte. Una vez estuve a punto de que me dispararan, pero me salvé de milagro. La experiencia me sirvió para descubrir el tipo de pensamientos que le vienen a la cabeza a los hombres momentos antes de morir.

Arthur ya no vivía. Murió en mis brazos, víctima de una epidemia de tifus. Lo sostuve con fuerza mientras luchaba contra la muerte y le enjugué la espuma de su boca con un paño. Afortunadamente para él, la fiebre le había dejado inconsciente en sus últimas horas.

4. **Talmud**: colección de textos tradicionales del judaísmo tardío (S. I al V). Sus materiales proceden en buena parte de la diáspora judía. Se divide en dos secciones. La primera, *Mishná*, recoge los preceptos transmitidos oralmente y que no fueron codificados hasta el S. II. La segunda edición, *Gemara*, consta de compilaciones y sentencias rabínicas procedentes de Babilonia y Palestina, transcritas en los S. IV y V. El Talmud babilónico recoge la Gemara babilónica y el Talmud palestino recoge la de Palestina. *(N. del t.)*

Un día Adam se torció un tobillo en el trabajo. Como caminaba fuera de la formación un guardia advirtió que cojeaba. En seguida lo enviaron a la «tubería», donde tuvo que esperar dos días hasta que lo fusilaron junto con otros prisioneros más.

Josek también había muerto. Pero esa noticia la supe más tarde. Nuestro grupo se había incorporado a los Ferrocarriles del Este y hacíamos noche allí. Un día, devolvieron a algunos trabajadores al campo de concentración, ya que sus servicios no eran necesarios. Entre ellos se encontraba Josek. En esa época podría haber cuidado un poco más de él. Teníamos algún contacto con el mundo exterior y conseguíamos algo de comida. Le pedí a nuestro «jefe de los judíos» que hiciera lo posible para que Josek se quedara entre nosotros, pero aquello era algo casi imposible de conseguir. Después intentamos convencer a uno de los vigilantes para que pidiera más trabajadores fijos en los ferrocarriles. Pero aquello tampoco resultó.

Un día llegaron del campamento todos los trabajadores que sobraban, pero Josek no se encontraba entre ellos. Había enfermado y le habían asignado un nuevo trabajo dentro de la prisión. Tenía fiebre y a menudo, cuando le fallaban las fuerzas, tenía que descansar. Los compañeros le avisaban cuando un soldado de las SS se acercaba, pero Josek estaba tan débil que ni siquiera podía levantarse. Acabaron con él de un tiro, como castigo por ser un «gandul».

De todos los hombres que conocí durante aquellos años apenas quedaba uno vivo. Por lo visto, todavía no había llegado mi hora o tal vez ya ni siquiera la muerte me quería.

Cuando los alemanes se retiraron ante el avance del Ejército Rojo evacuamos el campo de concentración. Trasladaron a toda una columna de prisioneros y de guardias de las SS hacia otras prisiones del oeste. Sufrí los horrores de Plazsow, conocí Gross-Rossen y Buchenwald y finalmente, después de incontables periplos por diferentes campos de concentración, aterricé en Mauthausen.

En seguida me alojaron en el Bloque 6, el bloque de la muerte. Aunque la cámara de gas funcionaba sin descanso, no daba abasto con la gran cantidad de candidatos que la visitaban. Una gran nube de humo se elevaba día y noche sobre los hornos crematorios, prueba inequívoca de que la maquinaria de exterminio se mantenía en plena actividad.

No era necesario acelerar el proceso «natural» de la muerte. ¿Por qué motivo tenían que producir tantos lotes de cadáveres? La desnutrición, el agotamiento y las enfermedades a menudo eran inofensivas pero, sin embargo, podían llevar a la tumba a los prisioneros más débiles y proporcionar así a los hornos crematorios un lento, continuo y, a la vez, seguro flujo de cadáveres.

Los prisioneros del Bloque 6 ya no teníamos que trabajar. Apenas veíamos a las SS. Allí sólo había cadáveres que de vez cuando se llevaban los compañe-

ros a los que aún les quedaba un gramo de fuerzas. Y veíamos a otros prisioneros que llegaban a ocupar su lugar.

Padecíamos un hambre casi insoportable. Prácticamente no nos daban nada de comer. Cada día, cuando nos dejaban salir un momento del barracón, nos echábamos al suelo, arrancábamos el escaso césped que quedaba y lo devorábamos como si fuéramos ganado. Después de ese «paseo» los encargados de retirar los cadáveres tenían un duro trabajo por delante, ya que muy pocos eran capaces de digerir ese «alimento». Los cuerpos se apilaban sobre las carretillas formando una interminable procesión.

En esta prisión tuve tiempo para pensar. Resultaba evidente que el fin de los alemanes estaba próximo. Sin embargo, nosotros todavía seguíamos allí. La engrasada maquinaria de asesinatos funcionaba de forma automática, liquidando a los últimos testigos de sus inexplicables crímenes. Yo ya imaginaba que sucedería algo que más tarde se confirmó: habían planeado acabar con todos nosotros antes de que se acercaran los americanos.

Sólo media hora para la libertad, pero sólo un cuarto de hora para la muerte decía uno de los prisioneros.

Me eché sobre mi litera, hecho un manojo de huesos. Todo lo veía a través de una tenue cortina que, suponía, era consecuencia del hambre. Después me solía vencer un agitado sueño. Una noche, mientras comenzaba a dormirme, se me volvió a aparecer el soldado del hospital de Lemberg. Lo había olvidado hacía tiempo, ya que estaba ocupado en otros asuntos más importantes y, en cualquier caso, porque el hambre embota el pensamiento. Me di cuenta de que sólo me quedaban unos cuantos días de vida o, en el mejor de los casos, unas cuantas semanas y sin embargo, todavía me acordaba de aquel hombre y de su confesión. Sus ojos ya no estaban completamente escondidos, sino que me miraban a través de unos pequeños agujeros que aparecían entre los vendajes. Mostraban una expresión de enfado. Sus manos sujetaban algo: el fardo que me negué a aceptar de la enfermera. Debí haber gritado. Un médico, un joven judío de Cracovia con quien a veces conversaba, estaba de guardia aquella noche.

Aún hoy desconozco por qué había un médico en el Bloque 6. No podía hacer nada por nosotros, ya que todo su arsenal médico consistía en unas inclasificables pastillas rojas y en un poco de algodón. Pero para las autoridades del campo era todo un privilegio contar con un médico al cuidado de los 1.500 prisioneros que se hacinaban en el Bloque 6.

¿Qué te ocurre? preguntó el doctor al que encontré junto a mi litera. Cuatro de nosotros teníamos que dormir en una litera simple y, naturalmente, los otros tres se habían despertado.

¿Qué te ocurre? repitió.

Sólo estaba soñando.

—¿Soñando? Ojalá yo fuera capaz de volver a soñar —dijo consolándome—. Cuando me voy a acostar siempre deseo tener un sueño que me haga escapar de este sitio. Pero nunca se cumple. Duermo bien, pero nunca tengo un sueño. ¿El tuyo era agradable?

—Soñaba con un soldado de las SS —dije.

Sabía que no entendería mis palabras y me encontraba demasiado cansado para contar toda la historia. ¿Que sentido tendría? Ninguno de nosotros iba a escapar de ese barracón de la muerte.

Por tanto, me limité a guardar silencio.

Esa misma noche murió uno de los prisioneros de nuestra litera. Había ejercido como juez en Budapest... Su muerte significaba que habría más sitio en nuestra litera, y por eso nos planteamos la posibilidad de no dar parte de su «marcha», aunque al final decidimos que no iba a ser posible ocultar por mucho tiempo que había un sitio libre.

Dos días más tarde, cuando llegó un nuevo contingente de prisioneros, colocaron en nuestra litera a un joven polaco. Su nombre era Bolek y venía de Auschwitz, que había sido evacuado ante la amenaza del avance ruso.

Bolek tenía una fuerte personalidad y nada podía afectarle. Pocas cosas le incomodaban y en las peores situaciones siempre mantenía la sangre fría. En cierto modo me recordaba a Josek, aunque no guardaban ningún parecido físico. Al principio lo tomé por un inteligente campesino.

En Mauthausen nadie preguntaba a un compañero de dónde era o a qué se dedicaba. Aceptábamos cualquier cosa que nos dijera de sí mismo. El pasado ya no tenía importancia. No había diferencia de clases, todos éramos iguales excepto en una cosa: en la hora de nuestra cita con la muerte.

Bolek nos habló de dos hombres que fallecieron en el trayecto de Auschwitz a Mauthausen. Murieron por el hambre que padecieron en los dos días de viaje por tren, o puede que cayeran fulminados por la fatiga tras varios días de caminata. A los prisioneros que ya no podían caminar se les ejecutaba en el acto.

Una mañana escuché a Bolek murmurar sus oraciones en polaco, algo que era completamente inusual. Ya casi nadie rezaba. Las personas que continuamente sufren torturas a pesar de su inocencia pronto pierden su fe...

Paulatinamente me fui enterando de que Bolek, que había estudiado teología, había sido detenido fuera del seminario de Varsovia. En Auschwitz tuvo que soportar el trato más inhumano, ya que las SS sabían que se estaba preparando para ser sacerdote y nunca se cansaban de idear nuevas humillaciones para él. Pero su fe nunca se quebrantó.

Una noche, mientras descansaba despierto en nuestra litera, le conté mi experiencia en el hospital de Lemberg.

Después de todo, no todos son exactamente iguales —señaló después de que hubiera terminado—. Entonces se incorporó y miró al frente en silencio.

Bolek —insistí—. Tú, que ahora serías un sacerdote si los nazis no hubieran invadido Polonia, ¿qué crees que tenía que haber hecho? ¿Debería haberle perdonado? ¿Tenía, en cualquier caso, derecho a perdonarle? ¿Qué dice tu religión al respecto? ¿Que hubieras hecho en mi lugar?

Alto. Espera un momento —protestó—. Me abrumas con tus preguntas. Cálmate. Observo que aunque has vivido multitud de experiencias todavía tienes grabado en la memoria este asunto y veo que tu subconsciente no está completamente satisfecho de la actitud que tomaste en ese momento. Por lo que dices, creo que es así.

¿Era eso cierto? ¿Venía mi inquietud de mi subconsciente? ¿Era eso lo que me llevaba a pensar una y otra vez en el encuentro del hospital? ¿Por qué nunca conseguí borrarlo de mi memoria? ¿Por qué el problema no estaba zanjado para *mí*? Esa pregunta me parecía la más importante.

Durante unos minutos guardamos silencio, aunque los ojos de Bolek nunca se apartaron de los míos. Él también parecía haberse olvidado del tiempo y de dónde estábamos.

No creo que el concepto del perdón sea muy distinto en cada una de las grandes religiones. Si existe alguna diferencia, se observa más en la práctica que en la teoría. Una cosa es cierta: sólo puedes perdonar las ofensas que se cometen contra ti. Pero, por otro lado: ¿a quién podía haber acudido el soldado? Ninguno de los que había ofendido seguía vivo.

¿De modo que pidió algo que no se podía satisfacer?

Probablemente acudió a ti porque veía a los judíos como una sola comunidad condenada. Para él eras un miembro más de esa comunidad y, por tanto, su *última oportunidad*.

Lo que Bolek decía me hizo recordar la sensación que tuve durante la confesión: en ese momento yo era su única oportunidad de recibir absolución.

Había intentado explicar este punto cuando hablé del tema con Josek pero se las arregló para convencerme de lo contrario. ¿O sólo fue una ilusión?

No creo que te mintiera. Uno no miente cuando se enfrenta cara a cara con la muerte. Parece que en su lecho de muerte recuperó la fe de su infancia y murió en paz porque escuchaste su confesión. Para él aquello fue una auténtica confesión, aunque no hubiera ningún sacerdote... —continuó Bolek.

»Como sabrás, por medio de su confesión (aunque no fuera una confesión formal) su conciencia se liberó y murió en paz porque le escuchaste. Había re-

cobrado la fe. Había vuelto a ser el muchacho que, como dijiste, tenía un estrecho vínculo con la Iglesia.

—Parece que todos estáis de su parte —protesté—. Muy pocos SS eran ateos, pero ninguno conservó las enseñanzas de su Iglesia.

—Ésa no es la cuestión. Pensé mucho sobre ello cuando estaba en Auschwitz. Tuve fuertes discusiones con los judíos que estaban allí y si sobrevivo a esta prisión y algún día me ordeno sacerdote tendré que reconsiderar todo lo que he dicho de los judíos. Sabes muy bien que la Iglesia polaca siempre ha sido particularmente antisemita... Pero volvamos al asunto. Así que ese muchacho de Lemberg dio muestras de arrepentimiento; un genuino y sincero arrepentimiento por sus fechorías, ya que las describes así.

—Sí —respondí—. Todavía estoy convencido de ello.

—Entonces —Bolek habló solemnemente—, entonces se merecía la merced del perdón.

—Pero ¿quién debía perdonarle? ¿Yo? Nadie me ha dado autoridad para hacerlo.

—Olvidas una cosa: a este hombre no le quedaba el tiempo necesario para reparar su crimen. No tenía la oportunidad de expiar los pecados que había cometido.

—Tal vez. Pero, ¿había acudido a la persona adecuada? Yo no podía perdonarle en nombre de otros. ¿Qué esperaba conseguir de mí?

—En nuestra religión, el arrepentimiento es el elemento más importante para obtener perdón... Y, ciertamente, él lo sentía. Deberías haber tenido en cuenta una cosa: estaba a punto de morir y no fuiste capaz de satisfacer su última voluntad —respondió sin dudar Bolek.

—Eso es lo que me inquieta. Pero hay peticiones que simplemente no se pueden conceder. Aunque admito que sentí lástima por el muchacho.

Hablamos durante largo tiempo, pero no llegamos a ninguna conclusión. Por contra, Bolek comenzó a dudar de si yo debía haberle perdonado y yo, por mi parte, cada vez estaba menos convencido de que hubiera actuado correctamente.

A pesar de todo, la conversación nos recompensó a los dos. Él, un candidato al sacerdocio católico y yo, un judío, habíamos expuesto nuestros argumentos y habíamos aprendido a comprender mejor los puntos de vista del otro.

Cuando por fin llegó la hora de la libertad, ya era demasiado tarde para muchos de nosotros. Los supervivientes volvieron a su tierra. Bolek también fue a casa y dos años más tarde me enteré de que había enfermado, pero nunca supe lo que finalmente pasó con él.

Para mí no había un hogar donde regresar. Polonia era un cementerio y si tenía la intención de comenzar una nueva vida no podía hacerlo en un cementerio donde cada árbol, cada piedra, me recordaba la tragedia de la que apenas había logrado sobrevivir. Tampoco quería volver a ver a los culpables de nuestro sufrimiento.

Por tanto, poco después de la liberalización me alisté a una comisión que investigaba crímenes nazis. Los años de sufrimiento habían dejado profundas heridas en mi creencia de que existiera justicia en el mundo. Me resultaba imposible retomar mi vida en el punto en que había sido tan bruscamente interrumpida. Pensé que trabajando en la comisión recuperaría la fe en la humanidad y en todas las cosas esenciales de la vida que se apartan de lo material.

En el verano de 1946 viajé con mi esposa y unos amigos a las cercanías de Linz. Extendimos una manta sobre una ladera y contemplamos el soleado paisaje. Yo tomé unos prismáticos y con ellos estudié la naturaleza. Así, al menos podía llegar con la mirada allá donde no me permitían mis débiles piernas.

Mientras miraba a mi alrededor, descubrí que detrás de mí había un arbusto y detrás del arbusto, un girasol. Me levanté y caminé lentamente hacia él. Según me acercaba veía a su lado más girasoles y en seguida me perdí en mis pensamientos. Recordaba el cementerio militar de Lemberg, el hospital y el soldado muerto sobre cuya tumba se levantaría un girasol...

Cuando regresé, mis amigos me miraron con impaciencia.

¿Por qué estás tan pálido? preguntaron.

No quería contarles el desagradable episodio del hospital de Lemberg. Hacía mucho tiempo que no pensaba en ello y, sin embargo, un girasol hizo que lo recordara. ¿Recordar qué? ¿Tenía algo que reprocharme?

Mientras rememoraba los detalles del extraño encuentro pensé en el cariño con el que había hablado de su madre. Incluso recordé el nombre y la dirección que venía apuntada en el fardo que contenía sus pertenencias.

Dos semanas más tarde, de camino a Munich, tuve la oportunidad de visitar Stuttgart. Quería ver a la madre del soldado de las SS. Pensé que si conseguía hablar con ella, tal vez tendría una visión más clara de su personalidad. No era la curiosidad la que me inspiraba, sino un incierto sentido del deber... y tal vez la esperanza de conjurar una de las experiencias más desagradables de mi vida.

En aquellos días, el mundo trataba de adquirir una conciencia más profunda de los crímenes nazis. Lo que al principio nadie podía creer, principalmente porque la mente humana es incapaz de comprenderlo en toda su enormidad, lo fueron demostrando las pruebas. Poco a poco vieron que los nazis habían cometido crímenes demasiado terribles como para ser ciertos.

Pero en poco tiempo los sacerdotes, los filántropos y los filósofos instaron al mundo a que perdonara a los nazis. A la mayoría de esos altruistas ni siquiera les dieron un tirón de orejas y, sin embargo, pedían compasión para los asesinos de millones de inocentes. De hecho, los sacerdotes dijeron que los criminales tendrían que presentarse ante el Juez Supremo y que, por tanto, podíamos eximirlos de los juicios terrenales, algo que les convenía sumamente a los nazis. Como no creían en Dios, no temían al Juez Supremo. Sólo temían a la justicia terrenal.

Stuttgart estaba en ruinas. Había escombros por todas partes y la gente vivía en los sótanos de las casas bombardeadas para poder tener un techo sobre su cabeza. Recuerdo que tras la «Noche de los Cristales Rotos», cuando quemaron las sinagogas, alguien dijo:

–Hoy han quemado las sinagogas, pero algún día sus casas se reducirán a escombros y cenizas.

Sobre las paredes y las columnas de la ciudad la gente colocaba carteles tratando de encontrar a sus familiares. Los padres buscaban a los hijos y los hijos buscaban a los padres.

Pregunté por la calle en la que supuestamente vivía la madre del soldado. Me dijeron que esa parte de la ciudad había sido arrasada por las bombas y que sus habitantes habían sido evacuados. Como no existía el transporte público, caminé a pie en busca del lugar. Finalmente, me detuve delante de una casa en ruinas, en donde sólo los pisos inferiores parecían ser parcialmente habitables.

Subí por unas escaleras derruidas y polvorientas y llamé a la quebrantada puerta de madera. No recibí una respuesta inmediata y me preparé para recibir la decepción de una misión incumplida. De pronto, la puerta se abrió ásperamente y una pequeña y débil anciana apareció en el umbral.

¿La señora María S? –pregunté.

Sí –respondió.

–¿Puedo hablar contigo y con tu marido?

Soy viuda.

Me hizo pasar y examiné la habitación. Las paredes estaban resquebrajadas y la escayola del techo se había caído. Sobre el aparador colgaba, no del todo recta, una fotografía de un atractivo muchacho de ojos brillantes. Alrededor de sus esquinas había colocado una banda negra. No tenía ninguna duda de que era la fotografía del joven que solicitó mi perdón. Era hijo único. Me acerqué a la foto y observé aquellos ojos que nunca había visto.

Es mi hijo, Karl –dijo la anciana con voz rota–. Lo mataron en la guerra.

–Lo sé –murmuré.

Todavía no le había explicado el motivo de mi visita. De hecho, todavía no sabía qué era lo que quería contarle. En el camino hacia Stuttgart me pasaron

por la cabeza muchos pensamientos. Al principio quería hablar con su madre para comprobar la veracidad de su historia. ¿Acaso esperaba secretamente escuchar algo que demostrara su falsedad? Eso, desde luego, haría que las cosas fueran mucho más fáciles para mí. En ese caso, el constante sentimiento de compasión que sentía hacia él desaparecería. Me reprochaba a mí mismo por no haber preparado las palabras con las que abrir la conversación. Ahora que estaba frente a su madre no sabía por dónde empezar.

Me quedé en silencio frente al retrato de Karl. No podía quitar los ojos de él. Su madre lo advirtió:

Era mi único hijo, un muchacho encantador. Muchos jóvenes de su edad están muertos. Pero ¿qué podemos hacer? Todavía existe mucho dolor y sufrimiento y yo me he quedado sola.

Muchas otras madres también se han quedado solas, pensé. Me invitó a que tomara asiento. Me fijé en su apesadumbrado rostro y dije:

Te traigo saludos de tu hijo.

¿Es eso cierto? ¿Lo conocías? Ya casi han pasado cuatro años desde que murió. El hospital me dio la noticia. Ellos me enviaron sus cosas.

Se levantó y abrió una vieja cómoda de donde sacó el mismo fardo que la enfermera intentó entregarme.

Aquí conservo todas sus pertenencias: su reloj, su agenda y unas cuantas cosas más... Dime, ¿cuándo lo viste?

Por un instante dudé. No quería destrozar el recuerdo de su «buen hijo».

Hace cuatro años, yo trabajaba en los Ferrocarriles del Este en Lemberg - comencé -. Un día, mientras estábamos trabajando, un tren hospital llegó con heridos del frente oriental. Uno de ellos me pasó una nota con tu dirección y me pidió que, si fuera posible, te transmitiera saludos de parte de uno de sus camaradas.

Estaba muy satisfecho con mi rápida improvisación.

De modo que en realidad nunca llegaste a verlo - preguntó.

No - respondí -. Probablemente estaba tan malherido que no pudo acercarse a la ventana.

¿Cómo pudo entonces escribir? - se preguntó -. Había perdido la vista y tenía que dictar las cartas a las enfermeras.

Tal vez le pidió a uno de sus compañeros que anotara su dirección - dije dubitativamente.

Sí - afirmó -. Eso debió pasar. Mi hijo me quería mucho. No se llevaba especialmente bien con su padre, aunque él lo amaba tanto como yo.

Rompió a llorar por un instante y luego miró alrededor de la habitación.

Por favor, perdona que no te pueda ofrecer nada - se disculpó -. Me gustaría mucho poder hacerlo, pero ya sabes cómo están las cosas. No me queda nada en casa y las tiendas están casi vacías.

Me levanté y me acerqué de nuevo al retrato de su hijo. No sabía cómo retomar la conversación sobre él.

Puedes descolgar la fotografía si lo deseas —sugirió—. La bajé con cuidado y la coloqué sobre la mesa.

—¿Era ese el uniforme que llevaba? —pregunté.

Sí, ahí tenía dieciséis años y pertenecía a las Juventudes Hitlerianas —respondió—. A mi marido aquello no le gustaba en absoluto: era un social demócrata convencido y pasó por muchas dificultades por no haberse afiliado al Partido. Ahora me alegro de que no lo hiciera. En aquella época nunca consiguió un ascenso. Siempre lo postergaron. Luego, en plena guerra, por fin le hicieron gerente, ya que todos los jóvenes estaban en el frente. Unas semanas más tarde, justo el día en que nos notificaron la muerte de nuestro hijo, la fábrica fue bombardeada. Muchos perdieron la vida, incluido mi marido.

Cruzó sus manos en un gesto de desesperación e impotencia.

De modo que me quedé sola. Sólo vivo para el recuerdo de mi marido y de mi hijo. Podría trasladarme a vivir con mi hermana, pero no quiero dejar esta casa. Mis padres vivieron aquí y aquí nació mi hijo. Todo lo que hay en ella me recuerda a los buenos tiempos y si me marchara sentiría que estoy renegando de mi pasado.

Mis ojos se posaron en un crucifijo que colgaba de la pared. La anciana advirtió mi interés.

—Encontré esa cruz entre las ruinas de una casa. Estaba enterrada entre los escombros y un brazo asomaba apuntando hacia el cielo. Como nadie parecía quererlo, lo guardé para mí. Así me siento un poco menos abandonada.

¿También pensaba ella que Dios estaba de permiso y que regresó al mundo cuando vio todas las ruinas? Antes de que pudiera sumergirme en ese pensamiento prosiguió:

—Todo lo que nos ha pasado es un castigo de Dios. Cuando Hitler subió al poder mi marido dijo que aquello terminaría en tragedia. Sus palabras eran proféticas: siempre pienso en ellas...

Un día, nuestro hijo nos sorprendió con la noticia de que se había afiliado a las Juventudes Hitlerianas, aunque yo le había dado una educación religiosa. Supongo que te habrás fijado en los cuadros de santos que hay en la habitación. Muchos de ellos los tuve que descolgar después de 1933: mi hijo me pidió que lo hiciera. Sus compañeros se reían de él por ser un devoto de la Iglesia. Me lo dijo en tono de reproche, como si fuera culpa mía. Ya sabes que en aquellos tiempos ponían a los chicos en contra de Dios y de sus padres. Mi marido no era muy religioso. Muy pocas veces iba a la iglesia porque no le gustaban los sacerdotes, pero no permitía que dijeran una palabra en contra de

nuestro párroco, que adoraba a Karl. A mi marido siempre le hacía feliz escuchar los elogios que le dedicaba el párroco...

Los ojos de la anciana se llenaron de lágrimas. Cogió el retrato y lo examinó con detenimiento. Las lágrimas caían sobre el cristal...

Una vez vi en un museo un viejo cuadro de una madre que sujetaba un retrato de su hijo perdido. Ahora, ese cuadro había cobrado vida ante mí.

Ah —suspiró—. Si supieras lo buen chico que era. Siempre estaba dispuesto a ayudar a todo el mundo sin preguntar. En el colegio era un alumno modelo, hasta que se apuntó a las Juventudes Hitlerianas y eso lo cambió completamente. Desde entonces, se negó a ir a la iglesia.

Por un instante guardó silencio mientras recordaba el pasado.

Todo aquello produjo una especie de ruptura en nuestra familia. Mi marido no hablaba mucho, como era su costumbre, pero yo me di cuenta de lo disgustado que estaba. Por ejemplo, si quería hablar de alguien que había sido arrestado por la Gestapo, primero se aseguraba de que no estuviera escuchando nuestro propio hijo... Yo me encontraba entre ambos sin saber qué hacer.

De nuevo se perdió en sus pensamientos.

Entonces estalló la guerra y en seguida llegó Karl con la noticia de que se había alistado voluntario. En las SS, por supuesto. Mi marido se escandalizó. Nunca se lo reprochó, pero prácticamente dejó de hablar con él... hasta el mismo día de su partida. Karl se fue a la guerra sin escuchar una sola palabra de su padre.

»Durante la instrucción nos enviaba fotografías, pero mi marido siempre las apartaba. No quería ver a su hijo portando un uniforme de las SS. Una vez le dije: "Tenemos que aprender a vivir con Hitler, como hacen muchos millones de personas. Ya sabes lo que los vecinos piensan de nosotros. Si no cambias de actitud vas a tener problemas en la fábrica".

»Él se limitó a responder: "No puedo disimularlo. Hasta nos han apartado de nuestro hijo". El día que se fue Karl dijo lo mismo. Era como si ya no lo considerara su hijo.

Yo la escuchaba atentamente y de vez cuando sacudía la cabeza para animarla a que continuara. Todo lo que me dijera me parecía poco.

Ultimamente había hablado con algunos alemanes y austríacos que me hicieron comprender la forma en la que el Nacionalsocialismo había afectado a sus vidas. Muchos decían que estaban en contra, pero que tenían miedo de sus vecinos. Y, de igual modo, sus vecinos también tenían miedo de ellos. Y si unimos todos esos temores obtenemos una espantosa acumulación de desconfianza.

Había muchos que pensaban como los padres de Karl. Pero ¿qué pasaba con esa gente que no necesitaba someterse porque, en realidad, apoyaba al

nuevo régimen? El Nacionalsocialismo era la culminación de sus mejores sueños. Los sacaba de su insignificancia. No les preocupaba el hecho de que llegaran al poder a costa de millones de víctimas. Estaban en el bando de los vencedores y decidieron romper cualquier relación con los derrotados. Expresaban el desprecio del fuerte hacia el débil, la arrogancia del superhombre hacia el subhumano.

Miré a la anciana, que era un ser bondadoso, una buena madre y una buena esposa. No me cabe duda de que a menudo sentía compasión por el oprimido, pero la felicidad de su familia era lo más importante de su vida. Había millones de familias a las que sólo les preocupaba la paz y la tranquilidad de sus propios hogares. Ése era el soporte sobre el que los criminales habían basado su ascensión al poder y eso les permitía mantenerse allí.

¿Debería contarle la verdad desnuda? ¿Debería decirle lo que había hecho su «buen» hijo en nombre de sus líderes?

¿Qué vínculo había entre ella, una mujer solitaria que en medio de las miserias de su gente se lamentaba por las desgracias de su familia y yo, que debería encontrarme entre las víctimas de su hijo?

Vi el dolor que sentía y después pensé en el mío. ¿Nuestro vínculo común era, tal vez, la tristeza? ¿Puede servir el dolor como lazo de unión?

Desconocía las respuestas a esas cuestiones.

De repente, la anciana retomó sus recuerdos.

—Un día se llevaron a los judíos. Entre ellos se encontraba nuestro médico de cabecera. Según la propaganda, los judíos ocuparían otras tierras. Decían que Hitler les daría toda una provincia para que pudieran vivir con su gente sin ser molestados. Por aquel entonces, mi hijo estaba en Polonia y la gente hablaba de las cosas terribles que ocurrían allí. Un día mi marido dijo: "Karl está allí con las SS. Tal vez han cambiado las tornas y ahora es nuestro hijo el que se ocupa de nuestro doctor".

»Mi marido no pretendía decir lo que dijo, pero supe que estaba disgustado. Se sentía muy deprimido.

Entonces la anciana me miró atentamente.

—No eres alemán —dedujo.

—No —repliqué—. Soy judío.

Se sintió un poco avergonzada. En esa época, todos los alemanes se avergonzaban cuando conocían a un judío.

Se apresuró a decir:

—En este distrito siempre hemos vivido en paz con los judíos. No somos responsables de su desgracia.

—Sí —dije—. Eso es lo que ahora dicen todos. Y en tu caso creo que es cierto, pero hay otras personas a las que no puedo creer. El problema de encontrar

culpables entre los alemanes nunca se resolverá. Pero una cosa es segura: ningún alemán puede negar su responsabilidad. Aunque no sea directamente culpable de lo que ocurrió, debería compartir la vergüenza de lo que hicieron. Como miembro de una nación culpable no puede desentenderse del problema, fuera cual fuera su conducta. El deber de los alemanes es encontrar a los culpables. Y aquellos que no lo sean deben rechazar públicamente a los asesinos.

Me di cuenta de que mi tono era severo. La viuda me miró con tristeza. Ella no era la persona apropiada para debatir sobre los pecados y la responsabilidad de los alemanes.

Esta mujer destrozada, profundamente abatida por el dolor, no era el destinatario de mis reproches. Sentía lástima de ella. Quizás no debería haber sacado el tema de los culpables.

No puedo creer las historias que cuentan —prosiguió—. No puedo creer lo que les pasó a los judíos. Durante la guerra circulaban diferentes historias. Mi marido era la única persona que parecía conocer la verdad. Algunos de sus compañeros se habían marchado al este para instalar maquinaria y cuando regresaron contaban historias que ni siquiera mi marido podía creer, aunque sabía que el Partido era capaz de cualquier cosa. No me decía todo lo que había escuchado. Probablemente porque tenía miedo de que inconscientemente se lo contara a alguien y eso nos acarreara problemas con la Gestapo, que sospechaba de nosotros y vigilaba todo lo que hacía mi marido. Pero mientras nuestro Karl estuviera en las SS no nos harían nada. Algunas personas tuvieron problemas: sus mejores amigos les habían denunciado.

—Mi marido me dijo una vez que un oficial de la Gestapo había ido a verle a la fábrica donde trabajaban los extranjeros. Investigaba un caso de sabotaje. Habló con él durante largo tiempo y finalmente le dijo: "Eres sospechoso. Tienes suerte de que tu hijo esté en las SS".

»Cuando volvió a casa y me contó lo que había sucedido comentó amargamente: "Han puesto el mundo al revés. La cosa que más detesto en este mundo se ha convertido en mi protección". No podía entenderlo.

Miré a esa solitaria mujer que se sentaba tristemente con sus recuerdos. Me formé una imagen de cómo vivía. La imaginaba sujetando entre sus brazos el fardo como si estuviera abrazando a su propio hijo.

Creo firmemente todo lo que la gente cuenta. Han pasado tantas cosas terribles... Pero una cosa es cierta: Karl nunca hizo nada malo. Siempre fue un joven muy honrado. Le echo tanto de menos, ahora que mi marido ha muerto...

A menudo pienso en todas esas madres que también han perdido a sus hijos.

Su hijo no me había mentido. Su vida familiar era tal y como me la había descrito. Sin embargo, mi problema estaba lejos de resolverse...

Me despedí sin quebrantar en absoluto el último consuelo de la anciana: su fe en la bondad de su hijo.

Tal vez fue un error no haberle contado la verdad. Tal vez sus lágrimas podrían haber ayudado a desvelar alguno de los misterios del mundo.

Aquél no era el único pensamiento que me rondaba. Sabía perfectamente que no podía contarle mucho sobre lo que hizo Karl ya que cualquier cosa que hubiera dicho sobre los crímenes de su hijo lo habría negado.

Habría preferido pensar que yo era un calumniador antes que reconocer los crímenes de Karl.

Siguió repitiendo una y otra vez las mismas palabras: «Era un gran muchacho». Como si pretendiera convencerme de ello. Pero yo no podía creerlo. ¿Seguiría pensando igual si supiera toda la verdad?

Durante su infancia Karl había sido, en efecto, un «buen muchacho». Pero una etapa desgraciada de su vida le había convertido en un asesino.

Mi imagen de Karl casi se había completado. Ya sabía cómo era su aspecto físico, ya que en casa de su madre había visto por fin su rostro.

Lo sabía todo sobre su infancia y conocía a fondo el crimen que había perpetrado. Estaba satisfecho de no haber hablado con la anciana de sus malévolos actos. Me convencí de que había obrado correctamente. Dadas las circunstancias, probablemente habría sido también un crimen arrebatarle lo único que le quedaba.

Todavía hoy pienso a veces en el joven soldado. Cada vez que entro en un hospital, cada vez que veo a una enfermera o a un hombre con la cabeza vendada, me acuerdo de él.

O cuando veo un girasol...

Y pienso que todavía nace gente como él, gente que puede ser adoctrinada para hacer mal. La humanidad, supuestamente, se esfuerza por evitar las catástrofes. Los progresos en la medicina nos dan la esperanza de que un día se vencerá a las enfermedades. Pero ¿seremos capaces alguna vez de prevenir la aparición de asesinos de masas?

Mi trabajo me pone en contacto con muchos asesinos. Los persigo, escucho a los testigos, presento pruebas ante los tribunales ... y observo su comportamiento cuando son acusados.

En el juicio de criminales nazis que tuvo lugar en Stuttgart sólo uno de los acusados demostró arrepentimiento. De hecho, confesó crímenes de los que ya no quedaban testigos. Todos los demás negaron tajantemente la evidencia.

Muchos de ellos sólo se arrepintieron de una cosa: de que hubiera supervivientes que pudieran contar la verdad.

A menudo traté de imaginarme la reacción del joven soldado de las SS si le hubieran juzgado veinticinco años más tarde.

¿Habría hablado ante el juez de la misma manera que ante mí momentos antes de morir? ¿Habría reconocido abiertamente todo lo que me confesó en su lecho de muerte?

Tal vez, el concepto que me hice de él era más magnánimo que la realidad. Nunca lo vi en el campo de concentración, con el látigo en la mano. Sólo lo conocí en su lecho de muerte, rogándome que lo absolviera por sus crímenes.

¿Era, pues, una excepción?

No tengo una respuesta para esta cuestión. ¿Cómo puedo saber si habría cometido más crímenes en caso de haber sobrevivido?

Tenía un conocimiento casi detallado de la vida de muchos asesinos nazis. Muy pocos de ellos nacieron siendo unos asesinos. La mayoría habían sido *campesinos, artesanos, tenderos o funcionarios, gente* que uno se puede encontrar cada día. En su juventud recibieron una educación religiosa y ninguno de ellos poseía un historial delictivo. Sin embargo, se convirtieron en asesinos, en expertos asesinos, por sus ideales. Era como si hubieran sacado su uniforme de las SS del armario y lo hubieran sustituido no sólo por su vestuario civil, sino también por su conciencia.

Probablemente no podría conocer cuál fue su reacción ante sus primeros crímenes, pero sé muy bien que todos y cada uno de ellos habían sido asesinos a gran escala.

Cuando recuerdo las insolentes respuestas y las sonrisas burlonas de los acusados me resulta difícil creer que el joven soldado también hubiera reaccionado igual... Sin embargo, ¿debería haberle perdonado? Todavía hoy el mundo pide que perdonemos y olvidemos los terribles crímenes que cometieron contra nosotros. Nos piden que hagamos borrón y cuenta nueva como si nada hubiera pasado.

A los que sufrimos en aquellos espantosos días, a los que no podemos apartar de la mente el infierno que soportamos, continuamente se nos aconseja que guardemos silencio.

Pues bien, guardé silencio cuando el joven nazi, en su lecho de muerte, me rogó que fuera su confesor. Y luego, cuando visité a su madre, volví a guardar *silencio en lugar de echar por tierra* todas sus ilusiones sobre la bondad de su hijo. ¿Cuántos espectadores guardaban silencio cuando veían que los hombres, mujeres y niños judíos eran conducidos a los mataderos de toda Europa?

Hay muchos tipos de silencio. En realidad, éste puede ser más elocuente que las propias palabras y se puede interpretar de diferentes formas.

¿Mi silencio junto al lecho del nazi moribundo fue correcto o incorrecto? Existe una profunda cuestión moral que provoca una disyuntiva en la conciencia del lector de esta historia, tal y como una vez la provocó en el interior de mi corazón y de mi mente. Habrá algunos que puedan comprender mi dilema y aprueben mi actitud y habrá otros que me condenarán por haberme negado a confortar los últimos momentos de un asesino arrepentido.

El punto más importante es, por supuesto, la cuestión del perdón. Perdonar es algo que sólo el tiempo puede conceder, pero también el perdón es un acto de voluntad y sólo la víctima tiene autoridad para tomar la decisión.

Tú, que acabas de leer este lamentable y trágico episodio de mi vida, puedes ponerte mentalmente en mi lugar y preguntarte a ti mismo: «¿Qué habría hecho yo en su lugar?»

SEGUNDA PARTE

El simposio

SVEN ALKALAJ

Al leer *Los límites del perdón* he sentido un profundo interés y una gran conmoción por los acontecimientos que se describen en el libro. Escribo desde mi condición de bosnio y de judío y, por tanto, puedo afirmar que me encuentro enfrentado a la misma cuestión y al mismo dilema que se plantea en *Los límites del perdón*.

Después de la Segunda Guerra Mundial y de los Juicios de Nuremberg pensamos que lo que le ocurrió a los judíos de Europa no se repetiría nunca más. «Nunca más.» Sin embargo, esos hechos han vuelto a ocurrir en el mismo corazón de Europa. Los acontecimientos acaecidos durante los últimos tres años en Bosnia-Herzegovina, que guardan algunos paralelismos con el holocausto, pueden arrojar cierta luz sobre la búsqueda de una respuesta a la cuestión del perdón. No pretendo, en absoluto, comparar el genocidio en Bosnia-Herzegovina con el holocausto, ni tampoco quiero sugerir que sean idénticos. Sin embargo, me gustaría señalar que entre ambos existen algunas similitudes en lo que concierne a la dignidad de la vida humana. En Sarajevo, nos obligaron a vivir como ratas, buscando comida entre la basura. Nuestro acceso al mundo exterior se abría a lo largo de un oscuro y turbio túnel de 160 por 180 centímetros. Y hasta nuestro presidente tuvo que realizar esa arriesgada migración. Nos forzaron a vivir con el temor de no ver el mañana, sabiendo que podríamos ser las próximas víctimas de la campaña de ex-

terminio «indiscriminado» mejor ideada de la historia. Nos obligaron a soportar ese infierno de vida durante casi cuatro años y ahora nos sentimos orgullosos por haber sobrevivido al asedio más largo de la historia de las guerras modernas.

Fuimos testigos de la matanza de Srebrenica, donde asesinaron a 8.000 inocentes que se hallaban bajo la protección de las Naciones Unidas. En Bosnia-Herzegovina vimos morir a familias enteras (mataron, torturaron y violaron deliberadamente a los niños) y comprobamos cómo la violación se convirtió en una herramienta de guerra. Más de 10.000 personas, incluidos 1.700 niños, fueron asesinados sólo en Sarajevo, y más de 200.000 personas perdieron la vida en todo el país. Se puede encontrar sus tumbas por toda la ciudad: en los antiguos parques, en los patios y en los jardines.

Esta generación de bosnios, al igual que la generación que vivió durante el holocausto, son los únicos que tienen autoridad para dar una respuesta a la cuestión del perdón. De hecho, parafraseando a un colega de Simon, nadie que no lo haya padecido personalmente podrá entenderlo en toda su magnitud.

Si este punto puede parecer tangencial al tema del perdón, puedo asegurar que no lo es. Aunque Simon no está seguro de que su respuesta al soldado moribundo fuera la correcta, no existe ninguna duda sobre si debería olvidar los crímenes. Eran los recuerdos de Eli y la figura del asesino arrepentido la que permanecía en la mente de Simon. Olvidar los crímenes puede ser peor que perdonar al asesino que solicita perdón, ya que eso sería un desprecio a toda la humanidad que pereció víctima de sus atrocidades. Y, como acertadamente señalaron los colegas de Simon, no tenía ningún derecho a perdonar en nombre de las víctimas. En este punto es donde entra en escena el problema de la culpabilidad individual o colectiva y su relación con las víctimas.

¿Podemos o debemos perdonar a los asesinos que todavía viven? Esto también es una cuestión que atañe directamente a la rapidez y a la facilidad de cada individuo para perdonar a un asesino de masas. ¿Quién está autorizado para hablar en nombre de las víctimas? ¿Debe uno olvidar antes de perdonar? ¿Puedo perdonar a un asesino nacionalista serbio que, entre los vapores del licor de cerezas, arrojaba granadas contra las colas de gente que acudía a por pan y agua? ¿O puedo perdonar al criminal que aguardaba fumando y bebiendo alcohol a que una madre, un padre, un hermano, una hermana, un hijo o una hija estuvieran en su punto de mira? La simple respuesta es no.

Pero ése no era el dilema al que se enfrentó Simon. Su conflicto no sólo se presenta porque un SS moribundo le pide que le perdone, sino también porque el asesino reconoce su crimen y su culpabilidad. Este reconocimiento, por sí mismo, supone un importante primer paso.

El problema del perdón, al igual que la culpabilidad, debe definirse en términos individuales o colectivos. En Bosnia-Herzegovina, el fanático líder

serbio había alimentado a su pueblo con una propaganda tan venenosa que algunos serbios inocentes todavía no saben lo que ocurrió en los últimos cuatro años. Otros lo saben, pero como el padre de Karl, creen que no pueden actuar más allá de lo que suponen unos ideales que compartían la mayoría del pueblo sometido, tanto en la Alemania nazi como en la Bosnia-Herzegovina ocupada por serbios. Por tanto, al igual que en el caso de la madre de Karl, todavía hoy no existe entre algunos serbios e incluso entre los croatas una conciencia general de lo que realmente sucedió. Pero si no se reconoce lo que sucedió, nunca podrá haber perdón. Por eso los tribunales de guerra son tan importantes. No sólo impartirán justicia castigando al culpable, sino que también demostrarán lo que ocurrió en los últimos cuatro años y podrán finalmente absolver a los inocentes. De ese modo, se sentarán las bases de la reconciliación.

La pregunta que plantea Simon no sólo atañe al problema de la reconciliación, sino que también incluye la cuestión del perdón. A pesar de todo, no puede existir perdón sin reconciliación y no puede haber reconciliación sin, al menos, un átomo de perdón. Este perdón no va dirigido a aquellos que matan u orquestan los asesinatos en masa y luego, en su lecho de muerte, tratan de limpiar su conciencia, sino que se dirige a aquellos que de un modo sincero se sienten colectivamente culpables por los terribles crímenes que sus «hermanos» étnicos/políticos/religiosos cometieron en nombre de su «hermandad». Como dijo Simon a la madre del SS moribundo, aunque un miembro de la sociedad no llegue a tomar parte de los crímenes debe, al menos, compartir la vergüenza de los mismos.

Rechazo explícita y enfáticamente la idea de culpabilidad colectiva, pero creo sinceramente que existe algo llamado responsabilidad nacional o estatal por el genocidio, por los asesinatos en masa y por fomentar el odio de manera artificial entre los pueblos, valiéndose de diferentes medios, para así poder llevar a cabo el genocidio con mayor facilidad. No me cansaré de afirmar que es absolutamente necesario que exista un castigo para los culpables y un cierto grado de justicia para considerar la posibilidad de que se obre el perdón o la reconciliación. Si el genocidio queda impune, sentará un precedente para genocidios futuros. Sin justicia nunca podrá haber reconciliación ni auténtica paz.

Pero cuando hablamos de los crímenes contra la ley internacional de la humanidad, de la Convención de Ginebra y de la Convención del Genocidio (los auténticos instrumentos basados en el Derecho Internacional y erigidos sobre las cenizas del holocausto), debemos recordar que cada crimen contra el Derecho Internacional es un crimen contra toda la humanidad y no sólo contra la persona o la sociedad que lo sufre. Éste es el elemento sobre el que se sustenta el Derecho Internacional. También debemos recordar que cada una de las víc-

timas forma parte de *nuestro* colectivo, ya sean los judíos europeos de 1940 o los musulmanes europeos de la década de los noventa.

Respecto a la cuestión original, tanto cada uno de los lectores como yo debemos responder por nosotros mismos. Sin embargo, admito que puede haber posibilidad de conceder perdón si existe un sincero reconocimiento de su culpa. Pero insisto en que es imposible olvidar, tanto en lo que se refiere al holocausto como en lo concerniente a Bosnia. Por último, me gustaría señalar que la reconciliación debe ser el objetivo final para el restablecimiento de un inherente modo de vida pacífico.

Por tanto, en el umbral del siglo XXI, cabría preguntarse: ¿qué hemos aprendido del pasado en lo concerniente a la crueldad del hombre con el resto de la humanidad? Aparentemente, muy poco. Después de conocer lo que sabemos del Holocausto, el genocidio de Bosnia-Herzegovina debería avergonzarnos a todos. Es evidente que la vergüenza no va a devolver la vida a las personas que perecieron en Auschwitz o Treblinka, Sarajevo o Srebrenica, pero sí que nos compromete a responsabilizar de esos crímenes a aquellos que con arrogancia e inmoralidad consideraron que sus vidas tenían más valor que las de sus prójimos.

JEAN AMÉRY

Mi gran respeto por tus actividades durante las últimas dos décadas, unas actividades en las que te volcaste a pesar del peligro que entrañaban a tu persona, me obligan a satisfacer tu petición de hacer un comentario sobre los problemas que planteas en tu historia, *Los límites del perdón*. Un soldado de las SS que participó en el exterminio estaba a punto de morir. En su lecho de muerte su conciencia cristiana, que había persistido durante su instrucción como soldado, le atormenta y en su último aliento decide pedir «absolución» a un judío. Tú, por aquel entonces un prisionero de un campo de concentración que te encontrabas rodeado de los miles de rostros de la muerte que asolaban a tus hermanos y te amenazaban continuamente, no quisiste conceder al moribundo las palabras de perdón que te rogó con tanta vehemencia, incluso juntando las manos en actitud suplicante. Lo dejaste sin concederle absolución. Murió sin consuelo. Aquello parece que te atormenta o, al menos, que te preocupa. Con sumo acierto, buscas la opinión de tus contemporáneos, de aquellos que sufrieron contigo, y de aquellos que, según tu criterio y por varias razones, los consideras como autoridades morales.

En cuanto a mí, yo soy uno de ésos que, al igual que tú, escaparon de casualidad de esa gran emboscada. Un superviviente. No soy una autoridad moral, eso desde luego. Mi opinión es meramente personal, sólo me concierne a mí y no tiene en modo alguno ninguna importancia pública. Eso me proporciona una gran libertad. Puedo hablar sin temor a que mis palabras se conviertan en normas de comportamiento para nadie, independientemente del reducido alcance que puedan tener.

Querido señor Wiesenthal, mis comentarios inevitablemente te van a decepcionar. Lo que consideras como un problema no lo es para mí. Me explico. No concediste la absolución al SS moribundo por ser judío. Si me hubiera encontrado en esa situación, quizás hubiera sido más complaciente. Tanto tu intransigencia como mi magnanimidad (que es posible, pero en ningún modo cierta) no significan nada para mí o, mejor dicho, no habrían significado nada para mí. Tal y como lo veo, el problema de perdonar o no perdonar que se desprende de este caso tiene dos perspectivas: una psicológica y otra política. Psicológicamente, perdonar o no perdonar en este caso específico no es más que una cuestión de temperamento o de sentimientos. No quisiera imponerte ningún tipo de conducta, pero me imagino que si te hubieras encontrado en unas circunstancias algo más diferentes, lo habrías perdonado. Supónte que hubieras podido ver sus ojos suplicantes, algo que hubiera influido en tu decisión mucho más que su áspera voz o sus manos cruzadas. O imagina que momentos antes del encuentro hubieras estado con uno de esos SS «decentes» que todos conocimos y que te hubiera tratado con mucha más amabilidad, haciendo que tu actitud fuera más tolerante. O supón que te hubieras enterado de que algunos alemanes habían ayudado a escapar a un pariente cercano. Como sabrás mejor que yo, esas cosas realmente ocurrieron. En ese caso, le habrías perdonado: tal y como yo lo veo, eso hubiera tenido tan poca importancia como tu rechazo (o posiblemente el mío). Ya hemos hablado lo suficiente de la perspectiva psicológica.

Hablemos ahora de la política. En este punto, en ese crítico aunque único caso y, por tanto, sin ningún alcance universal, perdonar o no perdonar también se me antoja irrelevante. Tanto si eres creyente o agnóstico, cosa que desconozco, tu problema se centra en la esfera de la culpa y la expiación. De modo que, aunque lo planteemos desde un punto de vista agnóstico, el problema sigue siendo *teológico* y como tal, no existe para mí, un ateo que es indiferente y rechaza cualquier interpretación metafísica de la moralidad. Creo que la moral no concierne al perdón o a la intransigencia individual. Uno puede decir: tu soldado de las SS tomó parte en la exterminación, sabía muy bien lo que estaba haciendo. Puede ponerse en paz con su Dios, si es que cree en uno, y del mismo modo puede morir sin hallar consuelo. Pero también puede decir: ¿y

eso que importa? Déjale que descanse en paz, en nombre de Dios o del Diablo y si mi perdón es tan importante para él, se lo daré. *Políticamente, eso no tiene la menor importancia.*

Dado que yo sólo veo la cuestión desde el punto de vista político y sólo puedo tratar el problema desde esa perspectiva, debo abstenerme de aprobar o de reprochar tu comportamiento. (La teoría axiomática de mi pensamiento político puede partir de la moralidad, pero ésa no es aquí la cuestión y analizarla nos llevaría a otro debate.) Sin embargo, no creas que quiero quitar importancia al asunto o evitar entrar en terrenos escabrosos trasladando tu problema al campo político y apartándome de la base del problema de tu historia. Políticamente hablando, no quiero oír nada que tenga que ver con perdonar. Creo que tú, que has dedicado tu vida a investigar el alcance político de los crímenes nazis, entenderás mi postura. ¿Por qué debería importarme? Por una simple razón: lo que tú y yo hemos tenido que soportar no debe *suceder nunca más, en ninguna parte.* Por tanto, y esto lo he dicho y escrito reiteradas veces, niego cualquier tipo de reconciliación con los criminales, con aquellos que sólo por casualidad no llegaron a cometer atrocidades y, finalmente, con aquellos que con sus palabras ayudaron a preparar todos los inexplicables actos que se perpetraron. Sólo si los crímenes nazis como el genocidio contra los judíos europeos se ajustan ahora o en el futuro a unas prescripciones estatutarias y sólo si se persigue y se arresta a cada uno de los que cometieron aquellas atrocidades, sólo así se impedirá que los posibles asesinos del mañana lleven a cabo todo su potencial criminal. Estoy de acuerdo contigo en lo que dijiste en tu extraordinario artículo de *Le Monde* de que existen muchos asesinos que están libres por culpa de la ley, de que hay demasiados criminales vestidos de uniforme, de que muchos jueces sangrientos del pasado descansan tranquilamente en libertad. Tu causa, si es que la entiendo correctamente, es únicamente política. De igual modo que yo dejo que los ángeles y los gorriones vuelen por el cielo, también dejo la cuestión moral filosófica y teológica de la respuesta (cosa que, entre nosotros, no debe existir) en manos de los licenciados, es decir, en manos de la especulación de los profesores universitarios.

No te atormentes, señor Wiesenthal. No le perdonaste y tenías todo el derecho a no hacerlo. Y si en un momento de debilidad le hubieras dedicado unas palabras de perdón, también habrías tenido derecho a hacerlo. Tu soldado de las SS era un diablo, tal vez un *pobre* diablo. Él y su muerte no importan, de igual modo que no importan las respuestas del compañero de Wiesenthal. Lo que resulta verdaderamente trascendente es la actividad del director y fundador del *Dokumentationszentrum.* Él no tiene nada que ver con ese criminal que murió en el hospital de campaña, sino con los otros criminales que viven entre nosotros y, en muchos casos, mejor que muchos de nuestros viejos com-

pañeros. El director del *Dokumentationszentrum* no debería permitir que vivieran su dulce vida, sino que debería asegurarse de que el brazo de la justicia mundial, aunque débil e inútil, les alcance. Eso es lo que realmente espero. Muchas gracias por tu trabajo y un cordial saludo...

SMAIL BALIĆ

Ahora que han pasado casi treinta años desde que se escribió *Los límites del perdón*, podemos recordar los terribles acontecimientos de su autobiográfica historia con un cierto grado de objetividad. Dicha objetividad permite formarse una opinión mucho más moderada de los problemas que desprende la historia respecto al arrepentimiento y al perdón. En la época en que se desarrollaron esos dramáticos sucesos, el propio autor estaba perseguido y su existencia amenazada por la maquinaria destructiva de un régimen monstruoso. Cuando un soldado de la SS atormentado por su mala conciencia le suplica perdón, no vio otra alternativa que la negación. Con toda probabilidad, yo hubiera hecho lo mismo en su situación. Sin embargo, mucha gente habría argumentado que el arrepentimiento sincero y el ferviente deseo del moribundo invitaría a lo contrario, especialmente si uno no ha sufrido daño directo de él. El autor, Simon Wiesenthal, no se habría degradado a sí mismo por haber concedido el perdón, aunque le habría costado un gran esfuerzo. En esa situación, el perdón hubiera sido sólo en nombre propio, descartando de ese modo la idea de una absolución general. Sin embargo, hubiera cumplido su propósito.

Personalmente, la tradición me obliga a sentir compasión (*merhamet*, como decimos los bosnios) por los que sufren. Este deseo es, por supuesto, puramente teórico. No obstante, para poder comprender a una persona que ha soportado la carga de la injusticia y el sufrimiento, tenemos que imaginarnos a nosotros mismos en la misma situación. En palabras de una fábula oriental: «Ningún doctor puede atender a una persona que se haya caído por un minarete si él mismo no ha sufrido la misma caída». Sin embargo, para aportar un juicio a este suceso se necesita una gran dosis de prudencia.

En cualquier caso, debemos interpretar el tardío arrepentimiento del joven soldado de la historia como un signo de esperanza y de una nueva democracia que emergía en Alemania. Poco después de la guerra, Alemania se convirtió en un fuerte defensor y amigo de los judíos. Al confesarse y al mostrar su arrepentimiento, el moribundo da fe de que es consciente de la gravedad de sus crímenes. De ese modo, durante el tiempo que le quedaba de vida, se con-

virtió en un hombre nuevo. Este cambio radical en su vida en términos religiosos se llamaría una conversión.

Es cierto que cada uno es responsable de sus propios actos y nadie tiene poder para absolver la deuda que una persona tiene contraída. Nadie carga con las responsabilidades de los demás. No existe eso que se llama culpabilidad colectiva, ya que dicha culpabilidad señalaría tanto a los inocentes como a los culpables. Sólo podemos hablar con propiedad de una culpabilidad general si una sociedad tolera el desarrollo de un concepto corrompido del hombre.

Rectificar un delito es un asunto que sólo se debe saldar entre el que lo perpetra y su víctima. Las terceras personas sólo pueden representar el papel de mediadores. Cuando no existe un auténtico arrepentimiento el mal no puede compensar al bien.

Hay crímenes cuya enormidad no se puede medir. Los creyentes opinan que solamente Dios, en su infinita misericordia, puede purgar los pecados de los autores de las faltas.

Los límites del perdón también aborda muchas otras cuestiones relacionadas con el crimen y el castigo. Una de los temas centrales de la historia es la impasividad social ante el genocidio. Todas esas personas que aparentemente no estaban implicadas en los crímenes, pero que toleraban las torturas, las humillaciones y los asesinatos también son culpables. Apartar la mirada de todos esos hechos puede ser una postura cómoda pero, a largo plazo, resulta una medida funesta de efectos incalculables.

La historia también realiza un examen a todos los prejuicios, clichés y estereotipos históricos que forman la opinión de las masas. Una de las tareas más importantes que ha de emprender la educación es aceptar su legado. En este punto, Wiesenthal y su obra, *Los límites del perdón* , se convierten en una magnífica referencia por su reflejo de los defectos y las desgracias de la humanidad.

MOSHE BEJSKI

El problema que me piden que analice resulta complejo y complicado, no sólo porque trata cuestiones que afectan a la consciencia, a la moralidad, a la psicología, a la religión y a los ideales, sino también porque el conflicto se centra en dos individuos que se conocieron bajo unas circunstancias y condiciones anómalas y que se comportaron y reaccionaron de una forma casi racional basada en el principio ético de que los seres humanos se crearon a imagen de Dios.

Es más, me pidieron que analizara unos acontecimientos que tuvieron lugar hace cincuenta años. ¿Se puede analizar las creencias y los comportamientos después de tantos años y bajo unas condiciones de paz y de bienestar que permiten controlar las emociones espontáneas motivadas por unos acontecimientos inesperados? O puede que tal vez la distancia que nos da el tiempo y las diferentes condiciones en que vivimos hagan más difícil, si no imposible, examinar el tipo de comportamiento que nos habría brindado nuestro estado emocional, la terrible presión psicológica y todas las circunstancias imposibles de reflejar, puesto que nunca existieron anteriormente y porque la mente humana nunca había ideado nada igual.

De hecho, el nazi, Karl, es un ser humano que cayó gravemente herido y que se encontraba en el umbral de la muerte. Como tal, y de acuerdo a los criterios racionales, se merecía no sólo la compasión y la comprensión por su sufrimiento y por su estado, sino también el perdón por sus crímenes pasados, ya que los había confesado, y asumiendo que la confesión no fue meramente formal sino que se basaba en un arrepentimiento sincero que emanaba de su remordimiento de conciencia.

Sin embargo, para Wiesenthal y para otras personas que vivieron en sus mismas circunstancias, Karl era un representante del nazismo alemán o, al menos, era un ejemplo de los cientos de miles de soldados de las SS y de los Sonderkommando que se alistaron de forma voluntaria y sabiendo perfectamente lo que hacían. Ellos, junto con todos los demás, no sólo perpetraron de forma rutinaria los más abominables crímenes de opresión, hambre, humillación y trabajos forzados hasta la muerte contra la población judía, sino que también participaron en exterminios colectivos utilizando métodos que ninguna mente humana había ideado hasta entonces. Solamente la consciencia de una muerte inmediata y cierta indujo a pensar a Karl que había cometido crímenes contra la humanidad y contra Dios. De no haber caído mortalmente herido, habría seguido cometiéndolos, casi con toda seguridad, junto a esos compañeros que en grandes cantidades se habían alistado voluntariamente motivados por los dictados de su propia conciencia y que nunca se arrepentían de sus fechorías, sino que las justificaban aduciendo que sólo obedecían órdenes.

Cuando ocurrieron todos esos sucesos, Wiesenthal sólo era un individuo, un prisionero más de un campo de concentración al que se aterrorizaba, trabajaba hasta la muerte, pasaba hambre y sufría humillaciones. Toda su familia ya había sido aniquilada en Belzec o Treblinka y sabía que le esperaba una muerte segura, en cualquier hora, en cualquier día o en cualquier semana. Él, Wiesenthal, también era un testigo. Había visto con sus propios ojos los fusilamientos públicos de gente desnuda junto a los fosos, así como las ejecuciones

públicas. Había visto morir a demasiada gente. Había visto cómo asesinaban a todos sus parientes y amigos. Desde este punto de vista, es un testigo que representa a todos los que vivieron o a los que ya no siguen vivos y mientras siguieron cometiéndose esas atrocidades no podía liberarse de la repulsa y la profunda angustia que sentía hacia los actos del soldado de las SS, Karl, y de todos sus camaradas que seguían cometiendo esos crímenes. En su confesión, Karl describía a una madre y a un padre que saltaban con su hijo por un edificio que las tropas nazis habían incendiado y que hizo que Wiesenthal recordara a un chico del gueto de Lvov, Eli, que había conocido bien y que cuidó hasta el día de su desaparición.

Sólo había dos personas en la cámara de la muerte pero cada una representaba a un mundo diferente: una representaba a todo el mal, a los horribles crímenes contra la humanidad que, hasta el día en que le hirieron, había llevado a cabo y a esos crímenes que sus compañeros y su régimen continuaban perpetrando; y la otra, la víctima de esos crímenes destrozada física y moralmente, cuyo dolor por todo lo que le habían infligido a él, a su familia y a su gente era demasiado grande como para soportarlo. Uno solicitaba al otro su perdón, el perdón de un judío cuyo destino ya había sido sellado por unos compañeros del moribundo que nunca sintieron, y muy probablemente nunca sentirán, ningún tipo de remordimiento.

Nunca tuve un encuentro con un SS moribundo, tal y como le ocurrió a Wiesenthal, pero comparto sus experiencias en todo lo demás. Mi familia también fue deportada a Belzec junto con los demás habitantes de mi ciudad. Soporté durante años todas las infernales pesadillas de la guerra en campos de trabajo, en campos de concentración y en campos de exterminio. Presencié muchas muertes, muchas ejecuciones. Me mataron de hambre, me degradaron, me hicieron sentir un humano de segunda clase y no he olvidado una sola de las atrocidades que el régimen nazi cometió contra los judíos.

Me temo que cualquiera que hubiera estado allí y hubiera pasado por aquello no se habría comportado de un modo diferente al de Wiesenthal, y no sólo porque las circunstancias le impedían pensar y reaccionar de manera racional y deliberada, basada en unos principios morales, religiosos, humanitarios o filosóficos. Pero ¿cómo puede pedirse perdón a un hombre cuya sentencia de muerte pronto va a ser ejecutada por los compañeros de crímenes del moribundo, que son parte del mismo régimen, ya que el propio moribundo admite que también perpetró esos mismos crímenes contra los judíos y sólo se detuvo cuando le sorprendió la mano de Dios?

Incluso aunque Wiesenthal hubiera creído que estaba autorizado para concederle perdón en nombre de todos los que fueron asesinados, ese acto de caridad habría supuesto una especie de traición y de desprecio a la memoria de mi-

llones de víctimas inocentes que fueron injustamente asesinados (entre ellos, los miembros de su propia familia).

Aunque la reacción de Wiesenthal fue instintiva y estaba dictada por el profundo dolor que sentía por lo que él, su familia y toda su gente habían soportado, me cuesta creer que la ética de sus religiones (judía o cristiana) o una conciencia altruista pudiera llevar a un ser humano a un nivel de misericordia y autosacrificio que fuera más allá de sus propias posibilidades, con la excepción de los santos y los clérigos que actúan en el nombre de Dios.

De hecho, durante esa época las creencias religiosas experimentaron un gran declive por culpa del silencio de Dios. Un pariente mío que era muy observador y que antes de la guerra se estaba preparando para ser rabino estuvo conmigo en el campo de concentración de Plaszow. El día de la selección, en mayo de 1944, cuando los últimos doscientos ochenta niños que quedaban en el campo de concentración fueron deportados a Auschwitz junto con los ancianos y los enfermos, mi primo afirmó: «Ya no creo en Dios». No volvió a recuperar su fe hasta el mismo día de su muerte. Tampoco se podía conceder perdón en nombre de Dios.

En cierto modo, en mi testimonio durante el juicio de Eichmann[1] en Jerusalén, cuando estuve cara a cara con la encarnación del diablo, declaré ante los jueces que, después de tantos años, resultaba enormemente complicado transcribir con exactitud en un juzgado el miedo, el dolor, la impotencia, la depresión y el abatimiento que todos sentimos entonces. Esto mismo sucede con el dilema en cuestión. No obstante, me convencí a mí mismo de que sólo debía ajustarme a los sucesos, los sentimientos y las conductas que se mencionan en la historia y en las circunstancias y condiciones que existieron entonces. De esta manera, conseguí llegar a la conclusión anteriormente expuesta.

Sólo podemos agradecer que el paso del tiempo en cierta manera mitiga el dolor y cicatriza las heridas abiertas, permitiendo que veamos los hechos con una perspectiva más amplia. Sin embargo, los crímenes que cometió el régimen nazi fueron tan bárbaros y destructores para las víctimas que aquéllos que de algún modo lograron sobrevivir nunca han podido olvidarse definitivamente de los horrores que tuvieron que soportar. Además, los pocos supervivientes que hubo se encontraron a sí mismos sin familia y sus hijos crecieron

1. **Eichmann, Karl Adolf** (1906-1962): oficial nazi responsable de la muerte de millones de judíos durante la Segunda Guerra Mundial. Eichmann se unió a la policía secreta nazi en 1934 y durante la guerra se encargó de «solucionar el problema judío» enviando a los judíos que vivían en los territorios europeos ocupados por Alemania a los campos de exterminio. Tras la guerra desapareció, pero en 1960 los agentes israelíes lo capturaron en Argentina y lo llevaron a Jerusalén, donde fue juzgado y acusado de crímenes contra la humanidad. Murió ahorcado dos años más tarde. *(N. del t.)*

sin abuelos. De ese modo, además de todas las injusticias que cometieron, los nazis impidieron que olvidaran sus crímenes. Los supervivientes han sido sentenciados a cargar con su dolor y su desdicha hasta la tumba. Si no se puede olvidar, no se puede perdonar.

Resulta verdaderamente cierto que no sólo los alemanes están interesados en que todos esos crímenes caigan en el olvido. El mundo también empezó a olvidarlos demasiado pronto. Incluso en los países que padecieron la ocupación de ese régimen sádico y a pesar del número de criminales nazis que se encontraron, se juzgaron y se castigaron, incluso como medida disuasoria ante posible criminales futuros, el interés va disminuyendo. Y así, cientos y quizá cientos de miles de alemanes que participaron y cometieron genocidio y crímenes contra la humanidad regresaron a sus hogares y a sus tranquilas y pacíficas vidas sin el menor remordimiento de conciencia. Esa gente no necesita que nadie les perdone: ni las víctimas, ni Dios.

¿El arrepentimiento por sí solo justifica y garantiza el perdón permitiendo que se olviden los crímenes?

En criminología y en ciencia penal ordinaria sólo se puede considerar como atenuante para rebajar una condena el arrepentimiento sincero acompañado de un comportamiento reformado, e incluso en ese caso, no siempre se consigue en condenas por falta grave. No importa lo que hayan hecho: el arrepentimiento no los exime del delito, excepto cuando el gobierno declara una amnistía, generalmente motivada por razones políticas.

Todos recordamos el acalorado debate de los años sesenta sobre el proyecto de aprobar un estatuto que limitara las persecuciones a los criminales nazis por cometer genocidio y crímenes contra la humanidad. En esos años pensábamos que, como los crímenes en cuestión fueron tan terribles que la humanidad nunca antes había conocido nada igual, no había nada que justificara la imposición de un límite de tiempo para su persecución, ya que con ello se permitiría que el paso del tiempo expiara los crímenes que no se podían perdonar.

Otro punto acerca de la reacción de Wiesenthal, también demostrado *a posteriori*: ya señalé con anterioridad que cuando Wiesenthal abandonó la habitación después de la confesión, o dicho más correctamente, después de la declaración de Karl, se comportó de la única manera posible, de acuerdo a los lógicos sentimientos de un hombre en su situación. No deseaba vengarse de la persona que tan cruelmente le había hecho tanto daño a él y a su gente ni se alegraba de lo que le ocurría al soldado. Se tomó la molestia de ir a visitar a su madre, pero se abstuvo de contarle la verdad de los crímenes que su hijo había cometido mientras servía a las SS si con ello le ayudaba a preservar la buena imagen que tenía de él.

Me parece que ese gesto va más allá de lo que se espera de un ser humano.

Pienso que si consideramos la distancia en el tiempo y analizamos el problema con la lógica perspectiva, estoy seguro de que la conciencia de Wiesenthal no debería sentirse perturbada por la manera en la que se comportó durante aquel macabro encuentro.

ALAN L. BERGER

Durante años, el libro de Simon Wiesenthal, *Los límites del perdón*, ha servido como materia de estudio en mi programa. Las cuestiones que plantea permanecen aparentemente insolubles. Los alumnos no acaban de llegar a una conclusión definitiva sobre el problema del perdón. ¿Actuó Simon correctamente? ¿Qué significado tiene su silencio? ¿Era sincero el arrepentimiento de Karl? Además, si el holocausto fue único, ¿como se puede reaccionar de manera racional, y considerar la posibilidad de perdonar, ante una situación tan monstruosa? Estamos comprometidos con el dilema hasta los más profundos niveles de significado y de correspondencia.

En términos literarios, el silencio es el principal rasgo de este cuento moral. Y Simon guardó silencio en dos ocasiones: una vez en la cámara de la muerte del nazi moribundo y otra en presencia de la madre del muerto. ¿Eran los dos silencios iguales? ¿Encerraban distintos significados? El primer silencio no era más que confusión. Aturdido, asustado y confundido, Simon no sabe qué decisión tomar. Está atrapado entre la doctrina ética del judaísmo y la terrible realidad de un holocausto cuyo único objetivo era exterminar a los judíos. Por contra, el segundo silencio es fruto de una decisión consciente. Es un rasgo de gentileza hacia la madre. ¿Qué ganaría, se podría debatir, con contarle la verdad de su hijo? Permitir que conservara su recuerdo fue un auténtico acto de misericordia, el único que está en su justo lugar en esta historia. Perdonar a su hijo hubiera supuesto una profanación tanto de la memoria de las víctimas como de la santidad del perdón.

¿Qué hubiera hecho yo si hubiera estado en el lugar de Simon? Esta pregunta nos conduce a otra más importante. ¿Estoy autorizado a perdonar en nombre de los que han sido asesinados? Mi respuesta es que no perdones a los que tienen prohibido el perdón. El judaísmo nos enseña que hay dos tipos de pecado. Uno es el que cometen los hombres contra Dios, *beyn adam le-makon*. El segundo consiste en el pecado que cometen los hombres contra otros hombres, *beyn adam le-adam*. Yo puedo perdonar a alguien que haya pe-

cado contra mí, pero no puedo perdonar a alguien que le haya quitado la vida a otro.

Mi opinión es firme. Simon no podía ni debía perdonar en nombre de todos los que murieron de una manera tan cruel. Además, al pedir a un judío que escuchara su confesión, Karl estaba representando a la perfección el estereotipo nazi. Los judíos no eran personas con alma, sentimientos, aspiraciones ni emociones, sino que los veían como seres informes, como una masa anónima. Traédme a un judío, fue la petición de Karl. Cualquier judío valía. Karl no había aprendido nada. Su único deseo era «limpiar» su alma a expensas de un judío.

¿Su arrepentimiento era sincero? Arrepentimiento, en hebreo, viene de la palabra teshuvah, que significa rechazar el mal y acogerse a la Torah[2]. Es un proceso, más que un simple acto. Cuando perpetró su crimen, cuando disparó a los judíos que saltaban del edificio en llamas, Karl demostró no tener ninguna moral. Se ha demostrado en estudios recientes que había algunos nazis que desobedecían las órdenes, adoptaban una postura moral y no eran castigados. Resulta mucho más difícil actuar de manera moral que de manera inmoral. El arrepentimiento es formulario: es un ritual aprendido que alivia el alma atormentada del asesino pero que no hace nada por los que ha asesinado. ¿Es moralmente posible afirmar: «Lamento mucho que ocurriera el holocausto»? ¿O disculparse por cada uno de los asesinatos cometidos cuyo número total alcanzaba la cifra de millones de judíos muertos?

Toda la controversia del perdón fácil, de perdonar y olvidar, se encierra en esta historia. Presumiblemente, Karl lograría ir al Cielo si pudiera conseguir el perdón. Mientras que Simon y los demás judíos, incluyendo especialmente a las víctimas de las matanzas de la ciudad polaca, no lo conseguirían. Si los mandamientos de la Iglesia Católica fueron tan deficientes que no consiguieron desarrollar en Karl una responsabilidad moral, qué lástima de Iglesia. Qué lástima de asesinos. Y qué lástima de todos esos que claman perdón exigiendo de ese modo a los demás una integridad de la que ellos mismos carecen.

Asumamos por un momento que Karl no estuviera herido y que no fuera a morir. ¿Habría tenido remordimientos de conciencia? ¿Se hubiera encontrado tras la guerra entre los penitentes? ¿O tal vez estaría entre los nazis que a menudo añoran los «buenos viejos tiempos» o, para resumir su vida de manera sencilla, entre los nazis que se casan, forman una familia, prosperan y se sienten enojados por todo el jaleo que armaron los judíos tras el holocausto?

2. Torah (en hebreo «ley» o «doctrina»): la Torah es el Pentateuco del judaísmo, especialmente si va enrollado en un pergamino. Cuando está escrita contiene los cinco libros de Moisés: *Génesis*, *Éxodo*, *Levítico*, *Números* y *Deuteronomio* y es la piedra angular de la religión y la ley judía. El término *Torah* también incluye la ley oral y los comentarios del *Talmud* y del *Mishnah*. *(N. del t.)*

Una última reflexión. La conciencia judía de Simon sufrió una profunda alteración por los acontecimientos. Habló de ello con sus compañeros y el problema persiste en él de manera evidente. Cuando el autor recordaba los asesinatos que cometieron contra los judíos y la indiferencia que demostraban los polacos hacia su sufrimiento, parecía como si Simon tuviera que presentar esa prueba ante el jurado de su propia conciencia, de una conciencia que había entrado a formar parte de esta lucha titánica. ¿No dependía Karl de la conciencia? Después de todo, Hitler acusaba a los judíos de aplicar la conciencia a la historia. Conceder el perdón habría supuesto la victoria final del nazismo. Si hubiera perdonado a Karl, Simon habría firmado su propia condena.

ROBERT McAFEE BROWN

Varsovia, 1979. Nos encontramos frente al monumento a los judíos que perdieron sus vidas defendiendo el gueto de Varsovia. Llueve. Un amigo que sobrevivió a la batalla está ofreciendo un apasionado discurso en polaco. Varios días más tarde me da una copia de la traducción. La pasión de sus palabras traspasa las barreras del idioma y se refleja en inglés. El tema es claro: *Nunca olvidar, nunca perdonar.*

Nunca olvidar es tal vez la lección más clara que nos ha enseñado el holocausto, ya que si olvidamos llegará el día en que se cometerán atrocidades aún peores contra los judíos y contra todos aquéllos a los que los poderosos quieran destruir.

Que no debemos *nunca perdonar* parece que debería seguir la misma lógica, ya que si perdonamos, para algunos será una señal de que en el futuro podrán actuar sin temor al castigo y de que el mundo tiene una válvula de escape moral a la que llaman «perdón» que permite hacer el mal no sólo para sobrevivir, sino también para medrar. Aplicando esta lectura, el perdón se convierte en una virtud «débil», que los cristianos parecen estar dispuestos a apoyar y que siempre ofrece la posibilidad de absolver, en lugar de desterrar, la propagación del mal.

Y sin embargo, me sigue inquietando la segunda creencia.

Pongámonos en el peor de los casos. Estamos en Auschwitz, en un día en que las cámaras de gas no pueden atender a tantos prisioneros. Para acelerar el ritmo, forman varias filas de niños y los arrojan a las llamas. Los que se encuentran al final de la hilera saben perfectamente que en cuestión de minutos el destino de los primeros también será el suyo. Y no pueden hacer nada por evitarlo.

Esta historia tiene muchos puntos en común con la que Wiesenthal nos presenta en su libro, en la que judíos de todas las edades son encerrados en una casa a la que prenden fuego.

Ambos episodios desterrarían cualquier argumento a favor de la posibilidad de conceder perdón en tales circunstancias. Si Dios perdonara tales atrocidades, ¿no echaría asimismo por tierra la creencia de que el universo que creó Dios es un universo moral? Una divinidad maligna tomaría ese tipo de decisiones, pero seguramente no lo haría un dios misericordioso y compasivo.

Y si Dios no está autorizado para perdonar, se podría utilizar el mismo argumento moral con los hijos de Dios. Perdonar a los nazis que arrojaban a los niños al fuego y los encerraban en edificios para ser incinerados es convertirse en un nazi, aprobando crímenes perniciosos en lugar de combatirlos y, por consiguiente, convirtiéndonos en cómplices de sus actos.

Los judíos y los cristianos solucionan el dilema afirmando que Dios, en lugar de apartarse del mal, se encuentra en medio del mal, identificándolo con las víctimas y no con los malhechores. Así lo declara la metáfora judaica del «Criado Doliente» que se recoge en el Libro de Isaías y así también lo atestigua la metáfora cristiana del Cristo que sufre en la cruz. Pero, como Elie Wiesel[3] sugiere en Ani Maami, esa liberación llega demasiado tarde (seis millones de muertos tarde) y ese Dios parece que no tiene capacidad para ser más que una divinidad arrepentida que puede resistir, pero no puede actuar.

Sin embargo, hay situaciones en las que el sacrificio por amor, en el que se incluye el perdón, *puede* ser muy importante e, incluso, puede dar poder. Uno piensa en Nelson Mandela, liberado tras veintisiete años de cárcel, con todos los argumentos para vengarse por su sufrimiento y que

responde perdonando a los que le encerraron. O uno piensa en Tomás Borge, un guerrillero sandinista que fue capturado por las contras y torturado brutalmente, confrontándose con su verdugo después de la guerra. El tribunal le permitió asignar el castigo apropiado a su verdugo. Borge respondió: «Mi castigo es mi perdón».

Estos ejemplos demuestran una capacidad moral que podríamos seguir: supongamos, sólo supongamos, que una muestra de perdón por nuestra parte pudiera inclinar la balanza hacia la compasión en lugar de hacia la crueldad...

3. **Wiesel, Elie** (1929): escritor franco-americano nacido en Sighet, Rumanía. Sus obras recogen las experiencias que sufrieron los judíos en los campos de concentración nazis durante la Segunda Guerra Mundial. Entre ellas destacan *La noche*, *Dawn* o *Twilight*. En 1944 fue deportado a Auschwitz y tras la guerra se nacionalizó estadounidense. En 1985 recibió la Medalla de Honor del Congreso. En 1987 fundó la *Elie Wiesel Foundation for Humanity* y en 1986 obtuvo el Premio Nobel de la Paz por su labor en defensa de los derechos humanos. *(N. del t.)*

Podemos presentar éstos y otros ejemplos que mitigaran en alguna medida la severidad del imperativo *Nunca olvidar* pero, en todo caso, sólo estaríamos examinando las excepciones de la regla. Uno no puede permitir, como axioma humano, una postura como la del poeta y filósofo Heinrich Heine, que afirmaba: «Dios te perdonará. Para eso está aquí».

Por tanto, si hubiera estado en el lugar de Simon Wiesenthal, y con miedo a negar demasiado o a prometer muy poco, creo que le hubiera exhortado al joven soldado que dirigiera sus súplicas directamente a Dios y que se pusiera a disposición de su Misericordia Divina, algo que yo no puedo adjudicar en ningún modo.

¿Cómo podría justificar esta respuesta, negándome a conceder una misericordia sentimental o un juicio severo? Vuelvo a citar a Elie Wiesel, para ofrecer dos respuestas en forma de preguntas:

1. No creo que podamos aportar una respuesta a la primera cuestión, «¿Que pinta Dios en todo esto?», una pregunta que está en boca de todos los personajes de las novelas de Wiesel. Cuanto más me acerque a lo que se podría considerar como una «respuesta», más juicioso debería ser. Es algo que debo intentar, debo intentar seguir siendo juicioso. Nunca lo seré lo suficiente.

2. Por otro lado, lo que podemos hacer es responder a otra pregunta y hacerla efectivamente nuestra. En la obra de Wiesel *The Gates of the Forest*, un rabino, enfrentado con el mal y con la clara responsabilidad de actuar según los preceptos de Dios, preguntaba angustiado: «¿Qué más podemos hacer?»

Eso es lo que debemos rebuscar entre los escombros de nuestras inexactas «respuestas». Lo que ellas encierran no emanará de las fuentes de nuestra mente, sino de los dominios del corazón. Se presentarán en forma de hechos y no como especulaciones y aprenderemos de ellas allá hasta donde nos permitan aprender.

«¿Que más podemos hacer?» Sólo actuar con justicia, con bondad y caminar humildemente junto a Dios para estar así con las víctimas y los oprimidos. Y si somos capaces de conseguirlo quizás, sólo quizás, comenzará un nuevo mundo en el que ya no tendremos que buscar respuestas a preguntas que no se pueden responder.

HARRY JAMES CARGAS

Me temo que no perdonaría por temor a no ser perdonado. Cuando llegue el día del Juicio Final rogaré misericordia, no justicia. Algunos teólogos afirman que, en un último análisis, la misericordia y la justicia deben ir de la mano.

Pero ¿quién de nosotros estaría convencido de poder afirmar: «Me opongo al examen de la justicia»?

Analicemos el dilema de Simon Wiesenthal considerándolo desde una especie de final lógico, casi como si fuera un problema reducido al absurdo: ¿Deberíamos perdonar a Adolf Hitler? Recuérdese que durante años se celebraba (¡esa es la palabra!) en España una misa católica anual por el descanso del alma del Führer. Uno no puede evitar preguntarse si era un sentimiento de caridad o un acto de antisemitismo (curiosamente, en una nación cuyo líder fascista *no* deportó a los judíos a los campos de exterminio).

El perdón, visto como un acto de bondad, puede ser malinterpretado por los demás, incluida la persona que concede el perdón. Si se examina en profundidad, mi acto de caridad podría convertirse en un acto de arrogancia. Quizás cuando perdono me sitúo por encima del otro. Hago que la otra persona esté en deuda conmigo. Debería preguntarme: «¿Quién soy yo para perdonar?».

Sin embargo, el perdón es una virtud, eso no se puede negar. Para ello es necesario poseer una integridad Espiritual. Pero ¿hace falta poseerla en todos los casos? En las Escrituras Cristianas se hace referencia a un pecado imperdonable. Se han dado diferentes explicaciones a este misterio, aunque muchas de ellas no son satisfactorias ni clarificadoras.

Para mí la cuestión no es si podemos o debemos perdonar a Karl, sino que más bien la pregunta sería: ¿Tenemos *valor* para hacerlo? Si existen crímenes que no se pueden perdonar, esos son los que cometieron Hitler y sus secuaces. Mi cuerpo se estremece cuando les acuso y les hago completamente responsables de sus actos, pero así es como pienso. El perdón no es algo que dependa de los demás. Debemos ganárnoslo. Los encuentros en el lecho de muerte son muy dramáticos pero, en muchos casos, son *demasiado fáciles*.

Si Dios decide perdonar a Karl, es cosa suya. Simon Wiesenthal no pudo, ni yo tampoco. Por lo que a mí respecta, Karl murió sin ser perdonado. Que Dios se apiade de mi alma.

ROBERT COLES

Al final de esta provocativa fábula moral (¿me atrevería a afirmar que la enorme fantasía del autor se convirtió en una apología de su propia vida?) nos cuentan que el núcleo de la historia es la «cuestión del perdón». ¿Pero el perdón de quién? De ese modo, se plantea al lector: «El perdón es algo que sólo

el tiempo puede conceder, pero también es un acto de voluntad y sólo la víctima tiene la autoridad para tomar la decisión».

Con esa observación, la mayoría de los que hemos leído *Los límites del perdón* nos sentimos en la obligación de guardar un necesario y confuso silencio (un silencio que uno espera que no sea incompatible con la reflexión ética). Sin embargo, después de afirmar lo anterior, el autor nos plantea una pregunta y nos pide que nos pongamos en su lugar: «¿Que habrías hecho en su lugar?». Esta petición, que nos exige que empleemos toda la imaginación moral que podamos reunir, que intentemos realizar una gran pirueta en beneficio de la contemplación (como en la obra de Conrad, *El corazón de las tinieblas*) de «el horror, el horror», y nos autoriza y nos anima a que al menos intentemos encontrar lo que, después de todo (y después de todo lo que ocurrió en aquellos inexplicables años que, en suma, se convirtieron en el Holocausto) debería ser una respuesta adecuada al reto moral que encierra la historia.

Seguramente, el tema principal que plantea la pregunta final de la obra tiene que ver con la palabra «yo», lo que cada uno nos sugiere: una serie de experiencias personales que influyen en gran medida en lo que creemos y en lo que defendemos, en lo que dudamos y en lo que negamos. Cuando Wiesenthal pregunta «¿Mi silencio junto al lecho del nazi moribundo fue correcto o incorrecto?» presumiblemente se está haciendo la pregunta a sí mismo, no a nosotros, examinando sus propios principios morales mientras nos pide a nosotros que hagamos lo mismo que él. Obviamente, está convencido de que su silencio fue «correcto»: era la única respuesta decente y honrada que su particular estilo de vida le permitía adoptar. Para nosotros, en la actualidad, la pregunta nos desvela otro problema: no nos sugiere la vida que se describe en la historia, sino unas vidas que se apartan de las que nos narra y que por medio de esta historia las evocamos con un detalle y una fuerza desconcertantes y, por desgracia, con la autoridad que concede el hecho de que uno, inolvidablemente estuvo *allí*. Sin embargo, podemos intentar hacer un esfuerzo personal, un gesto de solidaridad humana con aquellos que, al igual que el autor, lograron sobrevivir para pasar factura a la época más terrible de la historia de la humanidad.

Con gran inquietud y sin ninguna convicción de haber tenido la más mínima esperanza de haber podido sobrevivir (ya sea física o moralmente) al continuo terror y las constantes humillaciones que se relatan en *Los límites del perdón*, me dispongo a ponerme en su lugar y a penetrar en esta confusa e incluso contradictoria especulación: si hubiera sobrevivido, como hizo el autor, para experimentar el «incidente» que se vierte en este drama moral (la petición de perdón del nazi que se encontraba en el umbral de la muerte), me habría marchado presa de la ira, incluso cuando yo (es decir, la persona que soy por mi

educación) habría rezado para que el Señor le concediera el perdón a ese aparentemente arrepentido nazi. Hubiera rezado por él tal y como me enseñaron que había que hacer para que cada uno de los que, en cierto modo, son conscientes de la maldad de sus actos encuentre el perdón de Dios.

No quisiera comparar (necia e impúdicamente) a cualquiera de los «pecadores» comunes con los monstruos nazis, ya sean sus líderes o sus secuaces. La diferencia, por contra, está en las limitaciones que tenemos: sólo podemos imaginarnos a nosotros mismos, en toda nuestra amplitud, en esta mesa, en este simposio que en realidad es un mero comentario a la terriblemente trágica y melancólica odisea del siglo veinte: nuestra opinión (como diría Shakespeare: «Palabras, palabras, palabras») sobre cómo deberían haber actuado los demás bajo unas circunstancias trágicamente familiares para ellos pero, he de confesarlo, absolutamente inconcebibles para nosotros. No obstante, hago la advertencia, he de expresar lo que mi madre nos enseñó a mi hermano y a mí: que deberíamos aprender a comprender y que deberíamos aprender a perdonar. Comprender los errores de nuestros actos con la esperanza de poder mejorarlos; y perdonarnos a nosotros mismos para que no mostremos la cara equivocada o malvada que continuamente nos proporciona la negación al perdón. No resulta sencillo mantener ese principio moral, incluso en esta cómoda y privilegiada vida que el destino me ha reservado: cuántas veces muchos de los que profesamos la ética cristiana del perdón sucumbimos a la soberbia, a la arrogancia, a la altivez, a una vanidad engreída que resulta completamente incompatible con la absolución y la reconciliación que implica el acto del perdón: no se trata de exculpar al que ha errado, sino de reconocer que una profunda y tenazmente crítica mirada interior justifica una sincera respuesta llena de gracia misericordiosa, que es el fin de todo aquel que reza.

Por tanto, yo rezaría a Dios para que perdonara al nazi, que proclamaba estar arrepentido (yo, el hijo de mis padres. La persona que soy ahora). Me reitero en lo que he manifestado, aunque sin ninguna convicción de estar obrando justamente, sin la menor intención de ser fariseo (el Señor nos libre). Quién soy yo (¡*debo* hacer la pregunta retórica!) para decir, ni siquiera a mí mismo, y no digamos ya a este autor que tan generosamente ha hecho una reflexión moral en nombre de todos nosotros, lo que habría de hacer en unas circunstancias, asumámoslo, en donde la conciencia de cada uno de nosotros (la misma conciencia, con todos sus principios, que nos disfraza de una especie de personas «civilizadas» que a veces somos, o que intentamos ser) sin duda se marchitaría antes de que el corazón dejara de latir.

Los que tenemos la fortuna de que el destino nos conceda la gracia de leer y reflexionar sobre *Los límites del perdón*, debemos plantearnos sus inolvidables, provocativos y absolutamente sugestivos argumentos morales a nosotros mis-

mos, no sólo tratando de encontrar diferentes respuestas, sino considerando en profundidad lo que finalmente puede ser la intención del autor: que nunca olvidemos lo que le sucedió a él y a otros millones de personas, que sus experiencias se conviertan (a través de un ejercicio mental y espiritual que se realiza por medio de la lectura y la escritura) también en nuestras y que sea un legado introspectivo que, por nuestro propio interés y por consideración a todos los que sufrieron, haga que nunca lleguemos a olvidar a las personas que nos dejaron dicho legado.

EL DALAI LAMA

Creo que se debería perdonar a la persona o personas que hayan cometido atrocidades contra uno mismo o contra la humanidad. Pero esto no significa necesariamente que esos crímenes se tengan que olvidar. De hecho, uno siempre debe ser consciente y recordar esas experiencias para que en el futuro se puedan tomar las medidas oportunas con el fin de controlar la repetición de esos crímenes.

Creo que esa actitud es especialmente práctica a la hora de afrontar el problema del gobierno chino respecto a la lucha emprendida por el pueblo tibetano para recuperar su libertad. Desde la invasión de China al Tíbet en 1949 y 1950, más de 1.2 millones de tibetanos, un quinto de su población, han perdido la vida víctimas de la masacre, las ejecuciones, el hambre y los suicidios. Sin embargo, durante más de cuatro décadas hemos luchado para mantener viva nuestra causa y conservar nuestra cultura budista de la no violencia y la piedad.

Sería fácil enojarse ante estos trágicos acontecimientos y ante tantas atrocidades. Si etiquetásemos al pueblo chino como nuestro enemigo, podríamos condenarlo hipócritamente por su brutalidad y tildarlo de indigno de mayor consideración. Pero ésa no es la manera de comportarse de un budista.

En este punto me gustaría relatar un incidente de gran interés. Hace tiempo, un monje tibetano que había estado durante dieciocho años en una prisión china en el Tíbet vino a verme después de huir a la India. Yo lo conocía cuando vivía en el Tíbet y recuerdo que la última vez que lo vi fue en 1959. Durante el curso de nuestro encuentro le pregunté cuál fue el momento en el que sintió más cerca el peligro mientras estuvo en la prisión. Su respuesta me sorprendió. Fue extraordinaria e incitante. Yo esperaba que contestara alguna otra cosa; en su lugar, declaró que lo que más temía era perder su compasión por los chinos.

EUGENE J. FISHER

Los límites del perdón de Simon Wiesenthal encarna una de las cuestiones morales más conmovedoras que han aparecido tras la Segunda Guerra Mundial. Su reedición desafía a una nueva generación de judíos y cristianos a resolver el dilema. Eso siempre es un ejercicio agradable, aunque la búsqueda de una solución resulta extremadamente difícil para la mayoría de nosotros.

Cuando *Los límites del perdón* apareció por primera vez publicado en inglés, todavía no había comenzado a desempeñar mi actual cargo en la coordinación de las relaciones judeocatólicas para la Conferencia Nacional de Obispos Católicos. Recuerdo que me sentí muy aliviado de que entonces nadie me pidiera una respuesta a esa pregunta. No habría encontrado la manera de comenzar. En cierta manera, todavía no puedo. Tal y como manifestaron algunos de los autores que respondieron originariamente, nadie puede saber en realidad lo que hubiera hecho en esa situación. Uno sólo puede teorizar sobre lo que *esperaría* haber hecho. Ningún cristiano puede especular, tal y como algunos autores reconocieron, con lo que un judío debería haber hecho en la situación descrita. Los cristianos no tienen una base experimental sobre la que realizar un juicio moral de cómo tendría que comportarse un judío con respecto al Shoah.[4]

Los que escribimos hoy nuestras respuestas tenemos cierta ventaja sobre los que contestaron entonces. Una, por supuesto, es que podemos inspirarnos en sus reflexiones, las cuales abarcaron toda la profundidad del tema desde diferentes ángulos. Las que mostraban su apoyo al silencio del narrador y negaban el perdón fueron expresadas, según mi criterio, de manera muy convincente. Muchas de esas respuestas provenían de autores judíos. Sin embargo, tanto en los judíos como en los cristianos se puede observar una especie de disconformidad con una respuesta «a favor/en contra», ya que el arrepentimiento y la reconciliación son dos aspectos fundamentales en la liturgia de ambas tradiciones, tal y como se desprende de los días sagrados del Yom Kippur[5] o del Viernes Santo. La diferencia de comportamientos, pues, no puede proceder tanto de la teología como de una postura existencial.

La agrupación de personalidades que contribuyeron en la edición original fue tan incisiva y completa, que tengo la sensación de que quedan pocas cosas

4. **Shoah** (Hebreo *sho'ah*): término hebreo empleado para designar el holocausto. También llamado *Hurban*. *(N. del t.)*

5. **Yom Kippur**: una de las mayores solemnidades de la religión judía que se celebra diez días después del Año Nuevo judío, es decir, entre los meses de septiembre y octubre. El Yom Kippur es el día de la expiación o del gran perdón, día del arrepentimiento por las faltas cometidas. *(N. del t.)*

importantes que añadir. Sin embargo, en las últimas dos décadas han sucedido muchos acontecimientos en el marco del diálogo entre los judíos y los cristianos y, en igual medida, se han producido muchas controversias. Podemos entonces encontrar en esta segunda recopilación una diferencia de tono y, quizás, de esencia respecto a los autores anteriores. Si eso fuera así, esta obra podría servirnos como un valioso barómetro de los cambios que se han producido en las relaciones entre ambas tradiciones a lo largo de los años.

Desde que apareció la primera edición de este libro hemos visto al presidente Reagan visitar Bitburg, la elección de Kurt Waldheim, así como las controversias entre Edith Stein, el cardenal Glemp y la Convención de Auschwitz. Uno de los *leitmotivs* que repasaban, a menudo en forma de acusación por la parte cristiana, era la cuestión: ¿Por qué no pueden (los judíos) perdonar? Los cristianos lo hacemos. ¿Por qué no se olvidan de todo y siguen viviendo? En otras palabras, la cuestión que tan precisa y profundamente planteó Wiesenthal se convirtió en un elemento crítico en las relaciones entre los judíos y los cristianos.

Por lo que respecta a Bitburg y a Waldheim, yo participé personalmente en lo que se dio a llamar «El debate del perdón», con dos colegas cristianos británicos que pensaban que sería positivo para la comunidad judía si no perdonar, al menos empezar a perdonar. Yo argumenté que, por un lado, era demasiado pronto para eso, ya que la auténtica señal de arrepentimiento implica un «rechazo» (*teshuvah*) del mal y un acercamiento al bien. Aunque soy cristiano, creo que si fuera judío esperaría aproximadamente una generación hasta ver si los documentos y las declaraciones que hacen las dos Iglesias producen, en efecto, el cambio que pretenden.

En segundo lugar, creo que la arrogancia de los cristianos es la que los lleva a pedir a los judíos que les perdonen. ¿En qué se basan? Podemos arrepentirnos, como demuestra la evidencia de un cambio en las enseñanzas y en el comportamiento, y trabajar hacia una mutua *reconciliación* con los judíos. Pero no tenemos derecho a poner a los judíos supervivientes en la situación moral de ofrecer perdón, de manera implícita, en nombre de los seis millones de víctimas (como algunos de los autores originales señalaron con acierto). Colocar a un judío en esa angustiosa situación lo victimiza aún más. Por lo que a mí respecta, ése fue el pecado final del nazi moribundo.

Bitburg fue un caso típico de esa conducta. Allí, el líder cristiano de los victoriosos aliados se encontró en un cementerio nazi con el líder cristiano de los derrotados alemanes para «perdonarse» unos a otros por todo lo que los cristianos habían hecho y por lo que habían permitido que los nazis hicieran a los judíos. Los judíos que mostraban reticencias eran acusados de ser «implacables» y «vengativos». Fue una triste repetición de los antiguos estereotipos que más han contribuido a que el problema nunca desaparezca.

Durante años, he seguido manteniendo la misma discusión con mis colegas cristianos. Y todavía sigo discrepando con ellos. También algunos católicos y judíos virtuosos me han planteado la siguiente pregunta: ¿La Iglesia ya se ha disculpado oficialmente con los judíos y les ha pedido su perdón? «La Iglesia ha hecho más que eso», les contesto, esperando que una respuesta teológica satisfaga una cuestión sociológica y psicológica. Ha expresado su arrepentimiento ante Dios y ante toda la humanidad. Se ha abstenido de pedir «perdón» a los judíos (¿cuál de ellos puede hablar en nombre de todos?) ya que eso podría considerarse como una «absolución fácil».

En 1990, en la reunión del Comité Internacional de Relaciones Católico-Judías (ILC) celebrada en Praga, a la cual tuve el honor de asistir, el cardenal Edward I. Cassidy, de la Comisión para las Relaciones con los Judíos de la Santa Sede, habló oficialmente a la Iglesia universal de que la actitud apropiada después del holocausto es «arrepentirse» (*teshuvah*). Se utilizó el término bíblico hebreo para que nadie pudiera confundir sus intenciones. En diciembre de 1990, durante el ILC celebrado en Roma que conmemoraba el vigésimo quinto aniversario de *Nostra Aetate*, la declaración del Concilio Vaticano Segundo sobre las relaciones con los Ojudíos, el papa Juan Pablo II hizo suyas las palabras del cardenal Cassidy. En 1992, una representación de la jerarquía española declaró su arrepentimiento delante de un grupo de rabinos americanos asistentes a un acto en Madrid que conmemoraba la expulsión de los judíos de España que tuvo lugar quinientos años atrás. A finales de mayo de 1992, el cardenal Cassidy repitió su declaración como representante de la Iglesia Católica en el ILC celebrado en Baltimore.

Estas declaraciones de la Iglesia reflejan un sentimiento que yadesde el Concilio Vaticano Segundo se habían expresado en las conferencias de los obispos católicos y en las de sus homónimos protestantes en Estados Unidos, Europa, Latinoamérica y Australia. Por tanto, no cabe duda de la naturaleza de las enseñanzas oficiales de los católicos sobre esta cuestión. Representan un tipo de respuesta diferente al dilema que, de forma tan cáustica, nos plantea *Los límites del perdón*. En la persona de sus representantes oficiales, la comunidad cristiana pide perdón, a través de un sincero arrepentimiento (prueba del cual es el cambio de actitud), no a los judíos (ya que eso los colocaría en una situación moralmente intolerable) sino a Dios. Pero debemos hacerlo públicamente, tal y como el Papa hizo, ya que la ofensa no sólo es contra los judíos, sino también es contra Dios y contra toda la humanidad.

Y después, las Iglesias deberán seguir revisando sus libros de texto, mejorar las traducciones del Nuevo Testamento, ofrecer mejores sermones desde los púlpitos e impartir mejores lecciones desde las aulas. Ya que el púlpitos y las aulas son los «centros de distribución» de la doctrina de la Iglesia, en los pró-

ximos años habrá que emprender una dura tarea hasta conseguir realizar los cambios necesarios. Tal vez la comunidad judía podría ofrecer a un sacerdote o dos para que los esfuerzos en esta dirección que iniciaron los líderes eclesiásticos tras la Segunda Guerra Mundial y, especialmente, tras el Concilio Vaticano Segundo den sus frutos y consigan cambiar de manera radical y permanente la imagen que muestra el cristianismo a los judíos.

EDWARD H. FLANNERY

La historia que nos cuenta *Los límites del perdón* presenta una importante cuestión moral: ¿se puede negar el perdón a un malhechor sinceramente arrepentido? La cuestión encaja dentro de una situación real en la que Simon, nuestro autor, un antiguo interno de un campo de concentración durante la Segunda Guerra Mundial, se niega a conceder el perdón solicitado por Karl, un soldado de las SS que estuvo activamente implicado en una repugnante acción militar pero que, en el umbral de la muerte, se muestra arrepentido de sus actos.

Simon mostró su negativa abandonando a Karl. Pero aparentemente no fue algo tan simple para él. Algo más tarde, Arthur, un interno compañero suyo, reprende a Simon con dureza por ello:

> Y tú [...] deja de hablar de ese tema. Todos los gritos y los lamentos no conducen a nada. Si sobrevivimos a este campo de concentración (cosa que no creo que ocurra) y si el mundo recupera el juicio y lo habita gente que ve a los demás como seres humanos, entonces tendremos mucho tiempo para discutir el asunto del perdón. Habrá voces a favor y voces en contra, habrá gente que nunca te perdone por no haberle perdonado... pero, en cualquier caso, nadie que no haya pasado por nuestra experiencia podrá entenderlo completamente... Arthur tenía razón, me di cuenta de ello. Aquella noche dormí profundamente. (pág. 65)

El sueño de Simon no iba a ser tranquilo por mucho tiempo. Antes de que concluya la historia podemos ver a Simon luchando por resolver el problema.

Su comportamiento subsiguiente refleja la ambivalencia que le invade. La decisión de visitar a la madre de Karl demuestra su sentimiento de duda y de culpa. Y su encuentro con ella aporta una prueba más de todo esto. Se negó a revelarle las atrocidades que Karl había cometido, aunque estaba tentado a hacerlo. Resulta difícil no interpretar esas vacilaciones como una tendencia hacia la expiación.

¿Qué debemos colegir finalmente de la negación de Simon a conceder el perdón que solicitaba Karl?

Puedo comprender la negación de Simon, pero me resulta imposible defenderla. No puedo ponerme en esa situación tan fácilmente. Aquellos que sientan lealtad hacia la herencia judeocristiana y aquellos para los que tenga algún sentido los horrores de la Shoah y la brutalidad de los nazis que la perpetraron, no podrán llegar fácilmente a una conclusión sobre el doloroso dilema de Simon.

Para comprenderlo de forma adecuada hay que tener en cuenta dos componentes básicos: los aspectos psicológicos o emotivos de la situación y su significado ético y religioso. Los factores emotivos o psicológicos son de suma importancia y deberían influir de manera fundamental a la hora de tomar una decisión al respecto, pero cuando estos factores entran en conflicto con los principios éticos y religiosos deben ceder el paso a estos últimos, tal y como, desde mi punto de vista, ocurrió en este caso. Lo eterno y milenario siempre transciende a lo efímero y a lo terrenal.

Hay un concepto básico en la ética judeo-cristiana que dice que siempre se debe conceder perdón a los que se arrepienten sinceramente. La única excepción aparente a este principio que se recoge en la escrituras hebreas y cristianas se encuentra en el Nuevo Testamento y alude al «pecado imperdonable contra el Espíritu Santo» (*Marcos* 3:29). Pero este pecado se produce cuando una persona rechaza a Dios y eso excluye, por tanto, cualquier posibilidad de perdón a los humanos. Por contra, en el mismo evangelio nos encontramos con una respuesta que dio Jesús a la pregunta de cuántas veces hay que perdonar. ¿Deberían ser «setenta veces»? Respondiendo según su tradición judaica, Él responde: «Setenta veces siete», una manera metafórica de decir «siempre».

Simon se acoge a este principio, aunque de manera indirecta. Cuando habla de los espectadores que veían pasivamente las atrocidades de los nazis, escribe: «¿No resultaba malévolo que la gente mirara en silencio sin protestar ante la humillación que tenían que soportar unos seres humanos?» ¿No veía en ese nazi moribundo que en su última agonía rogaba piedad una reproducción exacta de su descripción de la inhumanidad?

La historia que recoge *Los límites del perdón* presenta la interrogante de si Simon tenía derecho a perdonar a Karl en nombre de todos los judíos. Esta cuestión es, a mi juicio, irrelevante. El soldado de las SS no le pedía que hablara en nombre de todos los judíos o por todo el daño que se había hecho a los judíos, sino únicamente por lo que él había hecho. La relación fue entre personas y el derecho a hablar en nombre de todos los judíos es un concepto público y jurídico, algo que no es aplicable a esta situación. Se puede ir más allá y preguntar: ¿si Karl ampliara el alcance del perdón a proporciones de colectividad y muriera feliz con esa ilusión, dónde estaría el daño?

La última interrogante que se extrae de *Los límites del perdón* es si las normas fundamentales de ética y moralidad son excepcionales en ciertas circunstancias especiales. En este punto, se suelen dar dos respuestas. La primera, la tradicional y religiosa, se acoge a la universalidad y a la permanencia de leyes morales básicas y, por tanto, se interpretan como intachables y sin excepción. La segunda niega lo anterior y en su lugar relativiza las normas morales para que puedan depender de las necesidades y deseos sociales e individuales. Ambas posturas derivan de diferentes premisas religiosas, éticas e ideológicas que explican por qué en nuestras sociedades secularizadas es extraño, si es que alguna vez sucede, que exista unanimidad de criterios.

¿Qué hubiera hecho yo si me hubiera encontrado en la situación de Simon? Me gustaría pensar que lo habría perdonado y, como creyente obstinado que soy, le habría sugerido que estuviera en paz con Dios, que le pidiera perdón y, aprovechando la situación, que rezara una oración por el descanso de su alma y por la de las víctimas de su comportamiento inhumano.

EVA FLEISCHNER

La historia de Simon Wiesenthal concluye invitando al lector a ponerse en su lugar: «Pregúntate a ti mismo: "¿Qué habría hecho yo en su lugar?"». Me resulta imposible responder a esta cuestión. Como persona doblemente ajena que soy al Shoah (primero, porque no estuve allí y, segundo, porque no soy judía) ni la imaginación más vívida ni la empatía más profunda me permiten experimentar, ni siquiera remotamente, el horror en el que las víctimas vivieron y también murieron. La habilidad con la que Wiesenthal cuenta esta dramática historia tampoco puede salvar esa distancia. Por tanto, mi testimonio se limitará a dar respuesta a la reacción de Simon ante el deseo del soldado.

Algunos podrían calificarlo como *falta* de respuesta, ya que Simon abandona la habitación en silencio. Pero yo encuentro que él sí le responde una y otra vez: permitiendo que el soldado de las SS le coja la mano, permaneciendo sentado junto a su cama mientras la repulsión (y a veces el miedo) le impulsan a querer marcharse, apartando la mosca del cuerpo del moribundo. Simon se vio forzado a entrar, no tenía opción. Pero eligió quedarse y escuchar a Karl. Y años más tarde, cuando visitó a la madre de Karl en Stuttgart, tomó la decisión de no destrozar a la solitaria anciana el recuerdo de su «buen» hijo. Todo esto, desde mi punto de vista, constituye por su parte una respuesta significativa y humana.

Y sin embargo, después de abandonar la habitación, y durante repetidas veces, Simon está obsesionado por la duda de si debería haber satisfecho la voluntad de Karl y haberle perdonado. Para mí la cuestión no es si *debería* haberlo perdonado, sino si *podía* haberlo perdonado. ¿Tenía autoridad para perdonar?

A lo largo de los últimos veinte años, he utilizado *Los límites del perdón* como libro de texto en mis cursos sobre el holocausto. El libro ha dado pie a innumerables discusiones. Una característica sorprendente de todos estos debates es que, casi sin excepción, los estudiantes cristianos estaban a favor del perdón, mientras que los estudiantes judíos pensaban que Simon actuó correctamente al no conceder el deseo al moribundo.

¿Qué se deduce de todo esto? ¿Existe una diferencia fundamental entre los judíos y los cristianos en lo que se refiere al perdón? No debemos olvidar que el perdón no es un invento cristiano. Al igual que muchos otros conceptos de nuestra tradición, lo hemos heredado del judaísmo: la imagen de un Dios misericordioso y lleno de amor que con los brazos abiertos espera anhelante el regreso del pecador (véase *Isaías* 55.6-7; *Joel* 2.12-13; *Salmos* 130.7-8, etc.) Estos textos que pertenecen a la tradición bíblica, y que podrían multiplicarse varias veces, también se reflejan en las enseñanzas de los rabinos. Por citar sólo un ejemplo:

> Un rey tenía un hijo que había abandonado el hogar de su padre y había emprendido un viaje de cien días. Sus amigos le decían: «Regresa junto a tu padre». Pero él les contestaba: «No puedo». Entonces su padre le envió un mensaje que rezaba: «Regresa hasta donde puedas y yo haré el resto del camino a tu lado». De igual modo el Señor nos dice: «Regresa a mi lado y yo volveré a ti».
>
> (*Pesikta Rabbati*, 184b-185a,
> extraído de la obra de Harriet Kaufman,
> *Judaism and Social Justice*, pág. 29)

La conocida parábola del hijo pródigo que relató Jesús se recoge de manera casi exacta en este pasaje de la tradición judía. La única condición que se necesita para que Dios nos perdone es el sincero arrepentimiento (*teshuvah*, metanoia). Este requisito es necesario tanto en la tradición cristiana como en la judía. Sin arrepentimiento no hay perdón.

Si esto es así, si ambas tradiciones creen en un Dios misericordioso, si ambas ponen énfasis en la necesidad de arrepentirse, ¿por qué hay respuestas diferentes entre mis alumnos? Yo atribuyo este hecho a dos factores.

El primero es lo que yo creo que supone una interpretación errónea por parte de los cristianos del tan señalado consejo que Jesús dirigió a sus discí-

pulos en el Sermón de la Montaña, exhortándoles a «poner la otra mejilla» (*Mateo* 5.39). Jesús aquí se refiere a las ofensas que se cometen *contra mí*, y *me* pide que no tome represalias. No nos dice que si alguien me ofende, la otra persona debe «poner la otra mejilla» o que si alguien es ofendido, debo perdonar al agresor. En otras palabras, el mensaje se dirige a *mí*, para que perdone el mal que me han hecho a *mí*. El mensaje es el mismo en el Padrenuestro: «Perdónanos nuestras ofensas, así como nosotros perdonamos a los que nos ofenden» (y no: «a los que ofenden a los demás»).

Creo que los cristianos (y también los no cristianos) interpretan mal, y lo siguen haciendo, estos textos y piensan que lo que Jesús pretende enseñarnos es que debemos perdonar a todo el mundo, sin importar el daño que hayan causado a los demás. El elemento que se esconde es que Jesús *me* desafía a que perdone el mal que me hacen a *mí* (algo que, en sí mismo es todo un desafío). En ningún pasaje se recoge que yo tenga que perdonar las ofensas que otros han cometido a los demás. Sin embargo, la ideología más extendida entre los cristianos es que, para ser un auténtico cristiano, debemos perdonar, simple y llanamente, sin tener en cuenta contra quién se ha pecado.

Aplicando estos principios a la historia de Wiesenthal: Karl pide a Simon que le perdone por el terrible asesinato de mujeres, niños y hombres judíos indefensos e inocentes en el que él, Karl, participó dos años antes y cuyo recuerdo le torturaba hasta el punto de no poder morir en paz. Pero, pregunto otra vez: ¿podía Simon satisfacer la demanda de Karl? Y respondo enfáticamente: no. Solamente las víctimas estaban en disposición de perdonar, y estaban *muertas*, habían conocido la muerte de la manera más inhumana que se puede concebir.

El segundo factor que puede explicar la diferencia de actitud entre mis alumnos se refiere al concepto de expiación o restitución. Mientras escribo estas líneas nos aproximamos al Yom Kippur, el día más sagrado del año judío. Hace tiempo, unos amigos judíos me enseñaron que una de las mejores formas de preparar el Yom Kippur es haciendo un repaso del año anterior, pedir perdón a los que hayamos ofendido y compensarlos de alguna manera. Sólo entonces, según la creencia judaica, pueden presentarse ante Dios y esperar que les perdone. Tal y como dice el *Mishnah*:

> A los pecados contra Dios, el Día de la Expiación les otorgará el perdón. A los pecados contra nuestros vecinos, el Día de la Expiación no les concederá nada hasta que no se hayan reconciliado con ellos.
>
> (*Yoma* 8.9, *Mishnah*,
> extraído de la obra de Harriet Kaufman
> *Judaism and Social Justice*, pág. 30)

Recuerdo que una amiga escribió cuarenta cartas entre el Rosh Hashanah[6] y el Yom Kippur a la gente que ella creía haber herido de alguna manera. Es un rito muy diferente a la «penitencia» que normalmente se impone a los católicos cuando acuden al confesionario: «Reza un Padrenuestro o un Ave María». Aunque el origen de esta costumbre pudo haber sido la expiación, en la actualidad apenas queda un leve vestigio de ella.

Volviendo de nuevo a la historia: Karl no podía reparar su daño, ya que sus víctimas estaban muertas. Y Simon no podía perdonarle en su nombre. En este sentido, sería conveniente leer la respuesta de Abraham Heschel (véanse págs. 127-128).

Una reflexión final. Quizá Simon podría haber dicho a Karl: «Me resulta imposible perdonarte, ya que no puedo, ni me atrevo, a hablar en nombre de los judíos asesinados. Pero tu Dios, que es también el mío, es infinitamente misericordioso y sólo nos pide que nos arrepintamos de nuestros pecados. Si tu sentimiento es sincero, como creo que es, y puesto que no puedes reparar tu daño, te aconsejo que te encomiendes a la misericordia de Dios».

¿No era pedir mucho (demasiado, tal vez) a Simon, dadas sus circunstancias? Unas circunstancias de completa incapacidad y de terror constante, totalmente desprovisto de esperanza y con la sombra de la muerte acechándolo en todo momento. De hecho, cuando repaso la historia de nuevo, me siento impresionada no sólo por la agonía del moribundo, sino porque no repara en el sufrimiento, en la posición inhumana en la que se encuentran Simon y sus compañeros judíos. El mero hecho de haber llevado a Simon hasta su cuarto expone a éste al peligro de recibir un castigo, cuando no la muerte. Sin embargo, Karl insiste en ver a «un judío», a cualquier judío, con la esperanza de poder morir en paz. Su propio sufrimiento le ciega completamente hasta el punto de no advertir el sufrimiento de los judíos, no de los judíos en cuyo asesinato participó y que tanto le obsesionan, sino el de los judíos que, como Simon, todavía viven en campos de concentración y en guetos.

Aunque es un gesto que humanamente se puede comprender dada su agonía, me quedo con la siguiente duda: ¿Podía Karl haber hecho algo para mejorar el destino de al menos unos cuantos judíos, como hablar con sus colegas de las SS, en lugar de pedir que le trajeran a un pobre, indefenso y condenado judío a su lecho de muerte? ¿Podría ese acto haber supuesto una especie de reparación?

6. **Rosh Hashanah** (del hebreo «comienzo de año») corresponde al Año Nuevo judío y se celebra los días primero y segundo del mes judío de Tishri (meses de septiembre u octubre). En esos días comienzan los Diez Días de la Penitencia que concluyen con el Yom Kippur, que es el día más solemne del calendario judío. Al Rosh Hashanah y el Yom Kippur se los conoce como los Días Más Sagrados. *(N. del t.)*

MATTHEW FOX

Simon Wiesenthal es un cronista de su tiempo cuya labor sacude nuestra conciencia. Como muchos rabinos de antaño, incluido Jesús, no se detiene a *distinguir* lo que está bien de lo que está mal. En su lugar, nos lleva a un terreno en el que nuestra conciencia debe tomar una decisión. Y se lo agradecemos. ¿Qué hubiéramos hecho o qué deberíamos haber hecho si hubiéramos estado en su nada envidiable situación en aquel hospital con el SS moribundo?

Recordemos sus circunstancias. Simon no sabía si iba a seguir vivo al final del día, o al final de la semana, o al final del mes. (De hecho, muchos de sus amigos no sobrevivieron al campo de concentración y ochenta y nueve familiares suyos perecieron.) Y, sin embargo, este joven de las SS, como si estuviera dando una especie de orden, pidió que le trajeran a un judío para confesarse. Pretendía que, de algún modo, Simon le aliviara de su culpa. Debemos recordar que el pecado que le atormentaba a Karl (observar y participar en la matanza de inocentes en una casa incendiada) no era su único pecado. Las pesadillas le mantenían despierto durante toda la noche, pero ése no era en modo alguno su único pecado. Mucho antes de esa fatal noche, ese hombre participó repetidas veces en el histerismo colectivo y en el odio racial que se vivía en los campos de exterminio durante la guerra así como en muchas otras muertes de inocentes antes de que se produjeran los acontecimientos de Dnepropetrovsk. No mostró arrepentimiento por los sabe Dios cuántos actos de odio, sadismo y antisemitismo que cometió en otras ocasiones cuando ejercía como soldado de las SS y sí lo demuestra por el único incidente desagradable que le interrumpió el sueño.

Este joven participó como un entusiasta nazi, entre otras cosas, en la muerte de ochenta y nueve familiares de Simon. De hecho, en parte es responsable por la construcción del mismísimo campo de concentración en el que diariamente Wiesenthal veía la muerte. Y, por tanto, la confesión que le hizo a Simon Wiesenthal en su lecho de muerte sólo fue parcial. Estaba muy lejos de ser toda la historia.

Cuando un católico confiesa sus pecados, y este hombre era un católico no practicante, no sólo debe contar toda la historia sino que también debe sufrir una penitencia y demostrar su pena y su contrición. Me parece que a ese respecto Simon actuó como un confesor ideal. Le impuso la única penitencia que le podía conceder: el silencio. La penitencia de Karl fue tener que quedarse a solas con su conciencia antes de morir. Simon no le concedió su perdón como judío. ¿Cómo podía perdonar ni siquiera en el nombre de uno solo de los cientos de judíos que incineraron en esa casa o en el nombre de los millones de

muertos de los campos de concentración? Pero Simon, requerido para hacer las veces de confesor, dejó que el hombre abriera su corazón. Algunos pecados son demasiado graves como para perdonarlos, incluso para un sacerdote. Se necesita una penitencia pública. Este hombre no recibió una penitencia pública, pero su penitencia privada fue muy importante, ya que tuvo que morir mientras el silencio de la verdad le miraba a los ojos. La decisión de Simon de abandonarle en silencio lo interpreto como una victoria rotunda. Simon actuó según los dictados de su alma y el soldado podía haber salvado la suya. Alivió su espíritu con la persona más adecuada: no con un sacerdote, que le habría concedido el perdón de forma sencilla e inmediata por sus indescriptibles pecados, sino con un pariente de sus propias víctimas.

Llamémoslo amor severo o compasión insensible, pero lo cierto es que Simon ofreció a Karl una respuesta moralmente responsable y adulta: el silencio. Quédate a solas con tu pecado. Quédate en la oscuridad de la Vía Negativa, donde yacen tantas de tus víctimas y los parientes de tus víctimas. Quédate con tu conciencia. Quédate con tus víctimas. Quédate con tu Dios. Tengo la impresión de que Karl apreció la fuerza de la respuesta de Simon y por ese motivo cedió sus escasas pertenencias a Simon a modo de regalo de agradecimiento. Pero Simon, de nuevo acertadamente, se negó a aceptarlas.

Pero Simon cogió la mano del soldado y la sujetó. Pero Simon apartó las moscas que molestaban al moribundo aunque culpable soldado. Al sujetar su mano, Simon se hizo presente y se hizo humano. Aunque tras el horror de la historia que le había revelado le producía repulsión coger su mano, se quedó en la habitación y le escuchó. Aquello fue su regalo, su acto de compasión. Este inusitado vínculo entre dos jóvenes, un asesino y un condenado cuya único delito era su raza, esa unión de manos, de historias, de corazones representaba una especie de rito iniciático en una cultura donde no existían auténticos rituales para sus jóvenes. Ambos eran víctimas de las decisiones que tomaban sus mayores, pero uno era el que ejecutaba los macabros proyectos de éstos y el otro era el objetivo final de los mismos. Fue la compasión de Simon la que le hizo quedarse y escuchar, e incluso fue la que le hizo guardar silencio y negarse a conceder un fácil perdón a tan espantoso crimen. Hay pecados que ni Dios ni los humanos pueden perdonar. Y nadie ungió a Simon con la merced de poder perdonar en nombre de Dios.

Era como si una especie de gracia divina se hubiera cruzado entre los dos jóvenes. De hecho, me pregunto si Simon recibió su vocación del SS moribundo. ¿Por qué digo esto? Porque, en cierta manera, el compromiso vital de Simon desde que abandonó el campo de concentración se puede entender como un drama representado fuera de la escena y transportado a la cama del hospital. Creo que Simon ha seguido persiguiendo nazis con el fin de darles la

oportunidad de que realicen una confesión en su lecho de muerte, para que experimenten allí una conversión. Sin su captura, ni esos pecadores ni sus víctimas podrán descansar en la otra vida. Sin su recuerdo, la justicia muere. Simon fue justo con el soldado y, más que justo, yo diría que fue compasivo. Y desde entonces se ha comprometido con la causa de alcanzar justicia y, por tanto, compasión, ya que no puede haber compasión sin justicia. Simon no condena a los criminales que encuentra, esa tarea la reserva para los jueces. Sólo proporciona los testigos, el testimonio, las pruebas. Ellos se condenan a sí mismos, al igual que hizo Karl.

Y en esta vocación de contar la verdad Simon conserva el legado que Karl le dejó. Y se produce un extraño intercambio, un extraño vínculo entre esos dos hombres. Los resultados son conmovedores. Simon concedió su atención a Karl en su lecho de muerte y Karl concedió a Simon una vocación para el resto de su vida.

Otro acto de compasión por parte de Simon fue visitar a la madre de Karl sin haberlo concebido de antemano. Allí creó otro vínculo con Karl: vio su rostro por primera vez en una fotografía y sintió el dolor de una familia rota. Dejó que la madre de Karl siguiera pensando que su hijo era inocente y eso fue un acto que supera los límites de la justicia y de la compasión. Se dio cuenta de que no haría ningún bien contando la verdad a la destrozada viuda. Era demasiado tarde para eso.

Sin embargo, se puede decir que la obstinación por negar la realidad constituyó *el pecado después del pecado* de los horrores nazis. ¿Cuántos ciudadanos alemanes (y clérigos y obispos) sabían que algo malvado sucedía y vivieron dando la espalda a la realidad? La ignorancia deliberada es un pecado. En este caso, un catastrófico pecado que hizo posible el holocausto. Simon trató a la madre de igual manera que había tratado al hijo: escuchó a ambos y en ambos casos se marchó en silencio. Que cada uno muera con su verdad, aunque ésta fuera sólo parcial. Pero desde entonces, la tarea de Simon ha sido romper el silencio, mantener viva la llama de la verdad de todo lo que ocurrió. Y en su labor, ha seguido realizando actos de compasión a gran escala.

Creo que el motivo de que esta historia, al igual que cualquier otra historia moral basada en la realidad, nos conmueva tanto es que se puede aplicar al presente más que al pasado. La capacidad humana de hacer el mal no se basa en decisiones o en hechos de carácter individual o aislado. Esta historia, toda la historia del nazismo, pone al descubierto *los pecados de complicidad y los pecados de omisión y negación* que demuestran de forma manifiesta y clara nuestra colaboración en la ejecución del mal. Estos pecados se producen con frecuencia en la sociedad cuando las mentiras y el poder se propagan rápidamente a través de toda la propaganda que difunde la prensa, los políticos y los intereses

comerciales. Según se desprende de la actitud de la madre de Karl, la negación de esos pecados favorece su implantación y su propagación. Es algo que todavía sucede hoy en día. Los pecados de complicidad están arrasando el planeta y acabando con muchos jóvenes mientras nosotros vivimos negando que construimos prisiones para encerrar a jóvenes cuya violencia es fruto de la desesperación y el desempleo y mientras devastamos los bosques, el agua, la tierra y hasta el mismo aire con nuestro modo de vida consumista. ¿En qué se diferencia nuestra negación y la de la madre de Karl? ¿Cuánto mal se lleva a cabo a nuestro alrededor y en nuestro nombre? ¿Preferimos la negación a la verdad? Éstas son las preguntas, las eternas preguntas morales, que Simon nos devela en su historia.

Perdonar y olvidar son dos actos distintos. Siempre se debería perdonar, no por altruismo, sino por la necesidad de ser libres de poder seguir viviendo nuestra vida, pero no se debe olvidar. Simon no olvidó, y por eso nos ha honrado con el mayor de los regalos: una vida dedicada a la justicia y a la compasión. Una vida divina. Su historia nos pone en alerta para que nunca olvidemos. Si fuéramos capaces de recordar, entonces tal vez elegiríamos vivir la vida más allá de la muerte.

MARK GOULDEN

Los límites del perdón es extraordinario en muchos aspectos. Por derecho propio, es una historia conmovedora, lamentable y terrible que, a medida que va describiendo los acontecimientos, consigue cautivar la atención del lector.

Narra una trágica experiencia de la vida del autor, Simon Wiesenthal, cuyo memorable libro (*The Murderers Among Us*) relataba la historia de los criminales de guerra alemanes que intentaron escapar al castigo. Pero además de su propio valor, *Los límites del perdón* es extraordinario porque plantea una delicada cuestión que desafía a la conciencia moral del lector.

El autor nos plantea la cuestión del perdón, concretamente el perdón a los alemanes por los crímenes que cometieron hace menos de treinta años. Algunos podrán argumentar que hoy en día ese tema resulta insustancial, ya que parece evidente que el mundo ha conspirado para olvidar las terribles atrocidades que avergonzaron a la humanidad y ridiculizaron a la religión y a todos los hombres, aunque éstas permanecen vivas en nuestra memoria.

Siempre me resulta difícil mantener la calma cuando escribo o pienso sobre esos espantosos crímenes. Mi mente empieza a fluctuar ante la enormidad

de aquellos hechos. Uno se llega a preguntar si es cierto que seres humanos civilizados construyeron enormes y complejas cámaras de la muerte con el expreso propósito de destruir a millones de hombres como si fueran alimañas.

¿Pudieron realmente los soldados alemanes obedecer las órdenes de ametrallar hileras enteras de gente situadas en el borde de enormes fosas y en cuyo interior se amontonaban los cuerpos acribillados por las balas?

¿Realmente los alemanes llevaron a las cámaras de gas a 960.000 niños inocentes, una cifra que, si se quiere una referencia visual, equivale a diez estadios de Wembley abarrotados de niños menores de trece años?

¿Acaso nuestros ojos nos engañan cuando vemos esos reportajes en los que aparecen esqueletos vivientes deambulando por montañas de cuerpos marchitos de los campos de Belsen, Auschwitz, Birkenau, Treblinka, etc.? ¿Esos hombres fueron alguna vez seres humanos normales como tú y como yo?

Meditar sobre todas estas cuestiones es como sumergirse en el interior de una pesadilla insoportable. La mente humana es incapaz de comprender la magnitud y las cifras de esa matanza. Pero, por esa misma razón, lo que ocurrió en aquella terrible época no es una pesadilla. Todo es pavorosamente cierto y está recogido al detalle en la vasta literatura sobre el tema que existe en la actualidad.

Reflexiona por un momento sobre este dato: en los recientes juicios de Auschwitz que tuvieron lugar en Francfort surgió una disputa por la estimación del número exacto de víctimas que fueron masacradas en los campos de exterminio. Finalmente, se consiguió demostrar que de los 4.400.000 hombres, mujeres y niños (aproximadamente la población total de Dinamarca) que fueron enviados a Auschwitz, sólo seguían vivos 60.000 cuando el campo fue liberado. Lo que significa que el 98,5 por ciento de los deportados fueron exterminados metódicamente por los alemanes. Este cálculo de la carnicería, esta cosecha de muerte que ya consternaría a cualquiera que calculara cadáveres de ratas, resulta mucho más espantoso cuando se habla de seres humanos.

Bien, ésa fue la carga que tuvieron que soportar los alemanes cuando concluyó la guerra y sin embargo no han hecho ningún acto de expiación de su culpa como nación. En los primeros días uno se preguntó si la gente que había hecho eso, ya sea mediante una participación activa o mediante un silencio aquiescente, podría borrar algún día todo ese inhumano legado. ¿Se atreverían de nuevo a levantar la mirada ante la sociedad civilizada? ¿Quedaría la marca de Caín grabada en la frente alemana de igual forma que la estrella de David permaneció imborrable sobre los brazos de muchas de las víctimas que lograron escapar?

Ésas eran cuestiones que sólo el tiempo podía resolver y, de hecho, el tiempo ha acabado por responderlas. Es un hecho evidente que, en cuestión de tres

décadas, esa nación que perpetuó la mayor masacre de seres humanos de la historia (virtualmente, ante los mismos ojos del mundo), ha podido retomar un lugar en el mundo con total confianza en sí misma y completa serenidad, e incluso siendo saludada por el presidente de Estados Unidos como «nuestra fiel, firme y honorable aliada».

En la actualidad, la gente ya no habla del asesinato en masa de seis millones de seres humanos. Ya ni siquiera quieren leer nada sobre ello. Los libros que tratan ese tema están catalogados despectivamente como «cosas de campos de concentración» y ya prácticamente no se venden. El mundo parece haber acordado «olvidar el asunto» y nadie ha promocionado con asiduidad esta campaña como los propios alemanes. No por ninguna razón en particular, sino simplemente «para recuperar nuestro buen nombre», tal y como Adenauer declaró ingenuamente una vez. Incluso intentaron recientemente aprobar una ley para que se detuvieran los juicios contra los criminales nazis, ya que sólo servían para perpetuar la leyenda de las cámaras de gas, los hornos crematorios y las torturas.

A lo largo de los años, la propia nomenclatura de los crímenes de Alemania se ha modificado mediante una especie de acuerdo tácito, de modo que los eufemismos como «El holocausto», «La solución final», «Genocidio», etc. ahora se usan para enmascarar el inherente y pavoroso horror de lo que sencillamente es una masacre, una matanza y una bestialidad. Y siempre debemos recordar que fueron los nazis, una horda mítica de infrahumanos que vinieron del espacio exterior, los que las perpetraron. Descendían, de manera espontánea, de la nación que poseía la Kultur[7] más sofisticada de la tierra y ejecutaron unas órdenes que no se atrevieron a desobedecer, no pudieron desobedecer y no desobedecieron. Aparentemente, ningún alemán vivo fue un nazi; muy pocos de ellos vieron alguna vez a alguno y, cualesquiera que fueran las atrocidades que cometieron, aquello sucedió durante lo que se conoce como la «Era Hitler» (o «en la época de los nazis»), que es la mayor coartada colectiva jamás concebida.

¿Resulta sorprendente, pues, que el mundo olvidara tan rápidamente los crímenes (que nadie vio) que cometieron unos criminales que vinieron del espacio (a los que nadie nunca conoció)?

Olvidarlo todo puede resultar sencillo, pero para perdonarlo se necesita algo más que una simple frase hecha. En primer lugar, debemos preguntarnos a quién pertenece el privilegio de poder conceder perdón. Podemos decir, por

7. **Kultur**: Nombre despectivo utilizado en los años de la Segunda Guerra Mundial para calificar la cultura alemana del racismo, la violencia y el antisemitismo proclamada especialmente por los nazis y por los seguidores de las ideas expansionistas de la dinastía de los Hohenzollern. *(N. del t.)*

supuesto, que lo tienen los clérigos, que la misericordia y el perdón pertenecen completamente a Dios, en cuyo caso, no cabe más que zanjar inmediatamente la discusión. O podemos suscribir las palabras del poeta Dryden: «El perdón sólo está en manos del ofendido». Pero, por desgracia, aquí los ofendidos (seis millones de mártires muertos) no pueden disfrutar de su prerrogativa o ni siquiera pueden expresar opinión alguna.

Y si los muertos no pueden perdonar, tampoco pueden los vivos. ¿Cómo se puede perdonar a unos monstruos que quemaron a gente viva en público, en ceremonias, al aire libre, con su típica pompa y precisión teutónica? ¿Podemos siquiera esperar que el Todopoderoso los dispense? Crímenes como éstos son, precisamente, el centro de la inquietante cuestión que plantea *Los límites del perdón*: ¿hizo bien Wiesenthal al negarse a perdonar al nazi moribundo? Puedes ignorar la cuestión, o evadirla, o adornarla con palabrería casuística, pero la pregunta siempre sigue ahí: ¿qué habrías hecho en el lugar de Wiesenthal? No existe una respuesta genérica. Es un dilema individual que requiere una respuesta personal.

Yo, como persona individual, no habría tenido dudas al solventar el problema. Me lo imagino así: el propio Wiesenthal está a punto de morir (de manera ignominiosa y completamente olvidado) como consecuencia de todos los «ideales» y «valores» que el nazi moribundo y millones como él se enorgullecían de defender y de luchar por ellos. Me habría preguntado en lo que se hubiera convertido el joven nazi si hubiera logrado sobrevivir o, es más, si Alemania hubiera ganado la guerra. Habría intentado imaginarme la compasión y la pena «cristiana» que los victoriosos alemanes habrían concedido a los millones de Wiesenthals que ahora estarían bajo su dominio. Y reflexionando sobre esas cuestiones, habría abandonado en silencio el lecho de muerte no sin antes haberme asegurado de que quedaba un nazi menos en el mundo.

HANS HABE

Al leer *Los límites del perdón* sentí, al igual que cualquiera que lea tu historia, una gran excitación. Sin embargo, no me has pedido una crítica literaria, sino mi opinión sobre el problema del perdón. Me interesan de manera especial las dos preguntas tácitas que aparecen en tu relato: ¿Quiénes somos para perdonar? ¿Cuándo debemos perdonar? Imagino que perdonaste al hombre al que llamas Karl S. Sin embargo, me temo que es una respuesta demasiado simple. No somos un tribunal de apelación de Dios. Él revisa nuestros juicios, pero

nosotros no podemos revisar los Suyos. El castigo de Dios alcanzó al soldado de las SS, traspasando todos los tribunales terrenos. Aquellos a los que los hombres castigan, todavía pueden recibir la absolución de Dios, y aquellos a los que los hombres absuelven todavía pueden recibir Su castigo. Pero no podemos exonerar a los que Dios ha castigado, ni tampoco debemos aumentar el castigo divino. Y menos aún a través del odio. Todo aquel que haya sido castigado ya no pertenece a nuestra jurisdicción, y hasta las palabras *Requiescat in pace* no son más que una mera sugerencia. Podemos esperar que una persona descanse en paz, pero no podemos asegurarlo.

Inmediatamente surge un interrogante. ¿Debemos y podemos perdonar a los demás, a asesinos que siguen vivos?

En este punto también debemos ser más precisos. ¿A quién entendemos por «nosotros»? Si nos referimos a los judíos, padres y madres, parientes y amigos de toda la gente martirizada y masacrada, entonces el problema cambia de manera ostensible. El asesinato ni es perdonable ni es imperdonable. La moral no se limita sólo a las víctimas. Yo siempre he tenido mis dudas respecto a los abogados que aparecen en los casos de asesinato representando a individuos privados. Juzgar crímenes contra la humanidad es asunto de la humanidad. Victor Gollancz, el editor inglés que después de la guerra escribió la palabra «perdón» sobre la bandera judía, es para mí tan sospechoso como los judíos que toman la espada de la venganza de la mano de la humanidad. Por «nosotros» yo entiendo «la humanidad», no sólo los judíos.

¿El asesinato es imperdonable? Sí, sin ninguna duda. ¿Se puede perdonar al asesino? Ésa es la cuestión que aparece íntimamente ligada al conjunto del castigo. El deseo de castigar al asesino es el mandamiento de la Justicia. Perdonar al asesino después de haber sufrido el castigo es el mandamiento del Amor. Escribes que Karl «no nació siendo un asesino y no quería morir siendo un asesino». ¿Qué tiene eso que ver con el problema del perdón? Es algo que no resulta pertinente y, en ningún caso, puede esgrimirse como excusa. Prácticamente nadie ha nacido siendo un asesino. Los que han nacido como tales son excepciones patológicas: sus crímenes, como tales, son más perdonables que los de los nacidos «sanos». La muerte de Cristo en la cruz es el símbolo de una decisión humana. El que decide cometer un asesinato tiene más culpa que el que se vuelve un criminal por causa de un ambiente anómalo. En cualquier caso, hay muy poca gente que quiera morir como un asesino y hasta los propios ateos tienen miedo al Más Allá cuando les llega su hora.

Por tanto, no podemos perdonar a los asesinos, mientras no se repare el asesinato, ya sea por medio de los hombres como miembros de un jurado o por medio del Juez Supremo. Cada sociedad (cada sociedad, repito) descansa sobre una serie de principios morales, a cuya cabeza se encuentra la expiación de los

crímenes capitales. Y eso me lleva a la siguiente pregunta tácita: ¿Puede haber alguna circunstancia atenuante del asesinato?

Es evidente que debe haber circunstancias atenuantes (de otro modo, los juicios no tendrían sentido), por tanto debemos examinarlas. En varios pasajes, en particular tu conversación con la madre del SS, describes el camino que siguió Karl hasta llegar al asesinato. Eso es algo lógico, aunque bastante complicado de hacer. No debemos confundir la cuestión del perdón con la cuestión del castigo. Si Karl fuera juzgado por un tribunal terrenal, habría muchas circunstancias atenuantes a su favor, tales como la juventud, el entorno, la época, la atmósfera en general y las condiciones de la guerra. No obstante, estamos analizando este caso desde dos dimensiones distintas. El perdón es una materia espiritual, mientras que el castigo es una materia legal. El veredicto del tribunal está influenciado por las circunstancias atenuantes. Dichas circunstancias inducen a rebajar la sentencia, pero en ningún modo significa que perdonemos al asesino. La libre voluntad que posee un hombre no se limita a elegir entre cometer un crimen o abstenerse de hacerlo. La libre voluntad del hombre también le dicta si debe permitir que la justicia siga su curso o si prescinde de ella. Cuando se concede la amnistía a un asesino y queda en libertad sin castigo se está creando una forma de complicidad con el crimen. Con ello no se promueve el perdón, sino que se imposibilita. ¿Quién debe ser el objeto de nuestro perdón o de nuestra venganza?

Eres un hombre de principios y, aunque aquí nos cuentas la historia del soldado de las SS y de sus víctimas, tus acusaciones que en un principio se dirigían directamente contra el asesino acaban por acusar al sistema nazi. En este punto nuestros caminos se separan.

Para el *régimen* del que hablamos no existe el problema del perdón. Sus crímenes fueron imperdonables y su gobierno ha sido juzgado y destruido. Por tanto, no nos estamos enfrentando a Mefistófeles, sino a Fausto. La corrupción, aunque nunca podrá desterrarse completamente, no puede existir sin la colaboración de los que padecen su corrupción que, a su vez, no son víctimas de los corruptos, sino colaboradores. Con las palabras «¡Terrible visión!». Fausto lo rechaza, pero el fantasma rápidamente se defiende: «Tú me invitaste cordialmente y durante largo tiempo disfrutaste de mi poder [...] Deseaste con toda tu alma verme, escuchar mi voz, contemplar mi rostro...».

Fundaron la compañía Fausto y Cía. o, si lo prefieres Mefistófeles y Cía., ya que eran socios, al igual que Hitler y Karl S. Los actos de uno dependen del otro. El demoniaco régimen nazi no corrompió a todos, y muchos de los que se corrompieron se negaron a asesinar. No puedo aceptar la excusa de que el sistema exime del cumplimiento de la responsabilidad individual. Walt Whitman dice: «A las naciones, o a cualquier nación individual, o a cualquier

ciudad de cualquier nación, ofrécele resistencia y poca obediencia». La resistencia al mal no es un acto heroico, sino un deber. Cualquiera que piense que puede despojar el mal del mundo «en sí mismo» es víctima de la megalomanía, y quién sabe si la megalomanía no contiene el germen del mal. Lo importante es fortalecer la resistencia al mal.

Según mi opinión, aquí radica el auténtico problema del perdón y con ello quizás nos acercamos a la respuesta de quién y cuándo se debe perdonar.

La humanidad no conseguirá avanzar, lo que supone una terrible expectativa, si los principios de amor y justicia siguen separados en lugar de complementarse. Viéndolo desde esta perspectiva, encontraremos que en la historia del hombre desde el principio de la Creación, el amor y la justicia se han contrapuesto continuamente. Por un tiempo, la justicia fue el ideal humano, durante otro lo era el amor. La humanidad ha dejado en manos del Creador la idea divina de justicia en el amor, de amor en la justicia.

Perdonar es imitar a Dios. El castigo también es una imitación Suya. Dios castiga y perdona, en ese orden. Pero Dios nunca odia. Ése es el valor moral por el que merece la penar luchar, aunque puede que sea un objetivo inalcanzable.

Al final de *Los límites del perdón* escribes: «Sé que muchos me comprenderán y aprobarán mi actitud con el SS moribundo. Pero también sé que otros tantos me condenarán porque me negué a aliviar las últimas horas de un asesino arrepentido».

No pertenezco a ninguna de esa clase de lectores. Me parece que carece de importancia si perdonaste o no al SS, ya que la Providencia le privó de la vida y del castigo y alivió a tu conciencia de la carga de tomar la decisión. Pero al menos, no sentiste odio por el asesino, y eso es un primer paso. Perdonar sin justicia es una debilidad propia de la autosuficiencia. La justicia sin amor no es más que una imitación de la fuerza.

Uno de los peores crímenes del régimen nazi fue pedirnos con insistencia que les perdonásemos. Eso nos colocó en el interior del laberinto de nuestras almas. Debemos hallar una salida al laberinto, no por el bien de los asesinos, sino por el nuestro propio. Por una parte, ni el amor expresado en forma de perdón, ni por otra parte la justicia expresada en forma de castigo, nos sacará del enredo. Tratar de pedir la expiación y el perdón no es una contradicción. Cuando un hombre quita voluntariamente la vida a otro, la expiación representa un paso previo al perdón. Si se hace con amor y justicia, la expiación y el perdón sirven para un mismo fin: una vida sin odio. Ése es nuestro objetivo final. Yo no veo otro.

YOSSI KLEIN HALEVI

El encuentro de Wiesenthal con Karl se produce en una dimensión que va más allá de nuestro entendimiento y de nuestro propio juicio. Presumir de que tenemos derecho a juzgar a Wiesenthal, el prisionero del campo de concentración, revela una enorme falta de humildad. Nos arriesgaríamos a repetir el mismo error que cometieron los que no vivieron el holocausto pero que en seguida condenaron a los supervivientes por no ofrecer resistencia, por supuesto colaboracionismo, por seguir vivos. Incluso el hecho de que Wiesenthal y sus compañeros debatieran la cuestión de perdonar a Karl va más allá de lo que podríamos esperar de ellos.

Pero nos permiten juzgar al Wiesenthal superviviente de guerra. Cuando decidieron reincorporarse a nuestro mundo en lugar de vivir apartados, tanto él como los demás supervivientes asumieron la carga de la normalidad moral: desde 1945 en adelante, se les mediría con los mismos patrones que al resto de nosotros. Todo el sufrimiento que padecieron durante la guerra no podría servir como *refugio* cuando se les examinara sus actos en la posguerra.

Por tanto, y respondiendo a la historia de Wiesenthal, comenzaré por donde estoy autorizado a empezar: con su encuentro con la madre de Karl en 1946. En él no existe ninguna ambigüedad moral. En lugar de contarle la verdad sobre Karl, permite que esa mujer, que lo había perdido todo, al menos conserve su orgullo de madre. Rechaza aprovechar la oportunidad de vengarse indirectamente de un inocente. Lo que sucedió «allí» no puede justificar la crueldad de «aquí». Negarse a perdonar es algo que pertenece a esa época y a ese lugar, no a la nuestra.

Me llevó mucho tiempo asimilar un mensaje tan simple. Aunque nací después de la guerra, fui uno de esos judíos que trataron de aislar a Alemania en un círculo cerrado. Me negué a visitar a Alemania o a comprar productos alemanes. Cuando conocía a alemanes de mi edad, los trataba con desprecio y me regocijaba cuando veía que se sentían turbados. Quería que los alemanes (todos los alemanes, a los que identificaba con esa venenosa cultura) padecieran el exilio de la humanidad.

Finalmente, viajé a Alemania en noviembre de 1989 obligado por mi trabajo de periodista. Acababa de caer el Muro de Berlín. Durante las frías noches me unía a la multitud que avanzaba lentamente por Ku'damm, la principal avenida de Berlín occidental y eso me recordaba a la consternación que sentí en Jerusalén durante las semanas posteriores a la Guerra de los Seis Días: la misma sensación de confusa alegría, la misma sensación incrédula de cruzar

una frontera inviolable. Excluirme de las celebraciones alemanas, pensé, era negarme una experiencia humana, exiliarme de la humanidad.

En ese mismo viaje, visité un club de jóvenes protestantes en Berlín occidental. Se llamaba «Meerbaum House» en honor a un judío alemán que murió durante el holocausto. Un cartel en la pared anunciaba un viaje a Polonia para ayudar a limpiar los terrenos donde se ubicaban los antiguos campos de concentración. Otros carteles apoyaban varias causas liberales y no gubernamentales que iban desde mítines antirracistas de Amnistía Internacional hasta ayudas a los sandinistas. Se podía sentir que el judío Meerbaum dominaba aquel lugar con su presencia, que aquellos jóvenes ofrecían su política altruista a su memoria.

Pregunté a esos jóvenes si se sentían orgullosos de ser alemanes. Se rieron. ¿Se emocionaron cuando cayó el Muro? Miradas vagas. Pensé en el entusiasmo con el que reaccionarían los israelíes de su edad ante un triunfo nacional: el rescate de una comunidad de la Diáspora en peligro, un ataque exitoso contra un líder terrorista... y me parecía que, como seres humanos, hemos surgido del holocausto con una fuerza vital mayor que la de los alemanes. Los jóvenes de la Meerbaum House parecían sentirse tan intimidados por el holocausto que no se podían permitir compartir las celebraciones con su gente. Pero, en lugar de alegrarme por su vergüenza, tuve la sensación de que ya no podía vengarme de los culpables. De hecho, les urgí a que no dejaran que el pasado condicionara su presente, a que Auschwitz no les impidiera disfrutar de un merecido amor propio.

No creo que los alemanes o los judíos deban ocultar los recuerdos del pasado. Pero desde aquel encuentro en Berlín, cada vez estoy más comprometido con la reconciliación entre alemanes y judíos. El gesto humano que Wiesenthal tuvo hacia la madre de Karl viene a ratificar mi postura de que, al igual que nos piden que recordemos todos nuestros Egiptos, hay veces en las que también debemos saber superarlos. Wiesenthal, el superviviente, para poder comportarse misericordiosamente con la madre de un oficial de las SS necesitó mucha fuerza moral. Nosotros, para comportarnos decentemente con una nueva generación, sólo necesitamos sentido común moral.

ARTHUR HERTZBERG

Esta historia personal del soldado moribundo hace que su culpabilidad, lejos de disminuir, aumente todavía más. Nadie empujó a este joven a caer en el nazismo, ya que tuvo una madre que era una ferviente católica y un padre que siempre mostró su repulsa a Hitler y a sus seguidores. Cuando decidió unirse

a las Juventudes Hitlerianas su madre no presentó demasiada disconformidad, pero su padre se opuso completamente. El joven, a sus catorce años, no quiso escuchar e incluso se volvió más insolente cuando se alistó a las SS, pero en su lecho de muerte recordó que había recibido una buena educación. No podía, como algunos nazis convencidos hicieron, «arrojarse alegremente sobre su tumba» sabiendo que, al menos, había participado en la destrucción de casi todos los judíos de Europa. Eligió hacer el mal cuando estaba seguro de que los asesinos a los que se había unido lograrían conseguir su objetivo. El régimen nazi permitía a los soldados más «retraídos» elegir otros destinos. Si hubiera hecho caso a sus impulsos, podía haberse evitado participar en los horribles crímenes que cometió con sus propias manos, pero eligió aniquilar a gente inocente. Aunque no estaba completamente seguro de que había que exterminar a la «raza inferior», sabía que asesinando a los «subhumanos» obtendría beneficios especiales de un *régimen victorioso*.

Tal vez Simon Wiesenthal no recordó, en el tenso momento que vivió junto al lecho de muerte del soldado, las enseñanzas del *Talmud* de que nadie tiene derecho a asesinar aunque estemos seguros de que nos matarán por no cumplir esa orden. En el *Talmud* se recoge la siguiente explicación: «¿Cómo sabes que tu sangre es más valiosa?» El soldado moribundo debería haberse arriesgado a perder su vida en lugar de convertirse en un asesino racista o en un asesino arribista. Había pedido a un judío, a uno cualquiera, que fuera junto a su lecho para que pudiera quedar en paz con sus víctimas y con Dios.

Wiesenthal no dijo nada, e hizo bien. Los crímenes en los que había tomado parte el soldado van más allá del perdón del hombre, e incluso de Dios, ya que Él mismo se encuentra entre los acusados.

Cuando Él propuso, según el libro del *Génesis*, destruir Sodoma y Gomorra porque sus habitantes eran pecadores, Abraham protestó: «¿Mataría Dios a los justos y los corruptos?» En el *Génesis*, Dios acuerda que si hubiera diez justos en esas ciudades de pecadores, los perdonaría, pero Abraham no pudo encontrar siquiera esa pequeña cifra. Pero, en este diálogo con Abraham, el Juez de toda la tierra acordó que Él también debía actuar justamente. Aceptó la premisa de que *no tenía derecho a matar a los justos*. En nuestra época, debemos hacer la pregunta de Abraham: entre las víctimas había mucha gente justa y bondadosa, y muchos millones de niños que no conocían el pecado. Por lo que se desprende del «debate» del *Génesis*, Abraham no podía haber perdonado a Dios por desear o permitir tal crueldad. Quizá Dios podía defenderse con la respuesta que le dio a Job: los designios divinos van más allá del entendimiento humano. No puedo aceptar toda la amplitud de este argumento, que los nazis eran instrumentos creados por Dios con el fin de ayudarle a realizar sus insondables designios. Seguramente, su poder le permite conseguir lo que quiera en este mundo sin que por

ello haya que asesinar a casi todo un pueblo. ¿Puede alguien atreverse a perdonar a los nazis, y a sus colaboradores, en nombre del silencioso y oculto Dios que se encontraba en el holocausto? Sin duda, tal y como los católicos apuntaron un vez, el soldado de las SS aprendió que las palabras de contrición le reportarían la absolución divina. Quizás, después de marcharse Wiesenthal, se confesó con un sacerdote, le aplicaron la extrema unción y le aseguraron el perdón divino. Pero el Dios que había permitido el holocausto no tenía, ni tiene, derecho a perdonar a los monstruos que cometieron los asesinatos.

Por otro lado, cuando años más tarde Simon Wiesenthal visitó en Stuttgart a la madre del soldado muerto actuó correctamente al no privarla de sus ilusiones sobre su hijo. No descargaría sus pecados sobre ella. Wiesenthal obedeció el mandamiento de la Biblia de que cada uno de nosotros morimos por nuestros propios pecados, y no por los de nuestros padres o los de nuestros hijos. No podía contar la verdad a su madre, ya que eso la hubiera destrozado, aunque hubiera seguido viviendo como un ser humano.

Estas reflexiones no las he extraído al meditar sobre la conmovedora historia que ha contado Wiesenthal. Yo nací en Lubaczów, Galicia, en 1921 y escapé del holocausto porque en 1926 mi familia se encontraba en Estados Unidos. No puedo quedar en paz con mi generación de alemanes y con sus colaboradores de los países satélites, porque mis contemporáneos podían haberse negado a unirse a los nazis, pero la mayoría aclamó a Hitler hasta el día de su derrota y muerte. Recuerdo a mis propios parientes (un abuelo, muchos tíos y tías y sus hijos) y no puedo comprender la mentalidad de los que los asesinaron por el mero hecho de ser judíos. A aquellos que aseguran estar consternados y aver gonzados sólo puedo dejarlos con su propia culpa. Me duele mucho escuchar a la gente que intenta «explicar» el holocausto. Esos escritos pueden, a veces, estar llenos de conocimientos históricos o incluso pueden desprender una teología brillante, pero lo cierto es que encubren una cuestión que nunca se podrá responder: ¿Cómo pudo Dios y cómo pudo el hombre errar de esa manera? Al igual que Wiesenthal, que no dijo nada cuando estuvo en el lecho de muerte del soldado, nosotros sólo podemos guardar silencio.

THEODORE M. HESBURGH

¿Quién soy yo para aconsejar a una persona de otra religión que ha sufrido increíblemente más que yo? No suelo presumir de hacerlo pero, ya que me lo han pedido, me dispongo a responder.

Mi instinto me dice que yo perdonaría, tal vez porque soy un sacerdote católico. En cierto modo, mi trabajo consiste en perdonar. Me siento en un confesionario durante horas y perdono a todo aquél que entra y se muestra arrepentido.

Mi concepto de Dios es el del gran perdonador de la humanidad pecadora. La parábola más lograda de Jesús es la del hijo pródigo. ¿Podemos aspirar a perdonarnos los unos a los otros como Dios hace con nosotros?

En este caso el pecado es, por supuesto, monumental. Sin embargo, es un pecado finito y la misericordia de Dios siempre es infinita.

Si me piden que perdone, a cualquiera y por cualquier causa, yo perdonaría, ya que Dios hubiera perdonado. Si hubiera tenido que sufrir lo que muchos otros han padecido, resultaría mucho más complicado, aunque espero que también fuera capaz de perdonar, no desde mi insignificante posición, sino como vicario de nuestro Dios Todopoderoso y Misericordioso.

ABRAHAM JOSHUA HESCHEL

Hace más de cincuenta años, el rabino de Brisk, un sabio de extraordinario renombre admirado también por su carácter afable, tomó un tren en Varsovia con destino a su ciudad. El rabino, un hombre de corta estatura y sin una apariencia física destacada, se sentó en un compartimiento. A su lado se sentaron varios viajantes que, en cuanto el tren se puso en marcha, comenzaron a jugar a las cartas. A medida que progresaba el juego, la excitación iba en aumento. El rabino se mantuvo apartado y sumido en sus pensamientos. Su desinterés molestó al resto de los viajeros y uno de ellos sugirió al rabino que se uniera al juego. El rabino contestó que nunca jugaba a las cartas. A medida que pasaba el tiempo, la indiferencia del rabino se hizo cada vez más molesta para sus compañeros de viaje y uno de los presentes dijo:

O te unes a nosotros o dejas el compartimiento.

Poco después, cogió al rabino por el cuello y lo echó al pasillo. Durante varias horas, el rabino tuvo que viajar de pie hasta que llegaron a Brisk.

Brisk también era el destino de los viajantes. El rabino se bajó del tren y en seguida lo rodearon los admiradores saludándolo y estrechándole la mano.

¿Quién es ese hombre? preguntó el viajante.

¿No lo conoces? El famoso rabino de Brisk.

El corazón del viajante dio un vuelco. No se había dado cuenta de a quién había ofendido. Rápidamente se acercó al rabino para pedirle perdón, pero és-

te se negó a perdonarle. En la habitación de su hotel, el viajante no podía descansar. Fue a casa del rabino y consiguió que le recibieran en su estudio.

Rabino dijo, no soy rico. Sin embargo tengo ahorrados trescientos rublos. Te los daré para que los entregues a la caridad si me perdonas.

NO contesxtó el rabino concisamente.

La ansiedad del viajante era insoportable. Luego fue a la sinagoga a buscar consuelo. Cuando compartió su angustia con algunas personas de la sinagoga, éstos se sorprendieron profundamente. Cómo podía el rabino, una persona tan amable, ser tan inclemente. Le aconsejaron hablar con el hijo mayor del rabino y explicarle la sorprendente actitud de su padre.

Cuando el hijo del rabino escuchó la historia no pudo comprender la obstinación de su padre. Al ver la angustia que sentía aquel hombre, prometió discutir el asunto con él.

De acuerdo con la ley judía, no es oportuno que un hijo critique a su padre directamente. De modo que el hijo entró en el despacho de su padre y comenzó a hablar de la ley judía hasta que la conversación derivó hacia las leyes del perdón. Cuando se mencionó que una persona que pide perdón tres veces se merece el perdón, el hijo mencionó el nombre del viajero que estaba angustiado. En seguida el rabino respondió:

No puedo perdonarle. Él no sabía quién era yo. Ese hombre ofendió a un hombre corriente. Dejemos que el viajero vaya a él y le pida perdón.

Nadie puede perdonar los crímenes que han cometido contra otras personas. Por tanto, resulta ridículo pensar que cualquier persona que esté viva puede perdonar a alguien que sufre por el asesinato de seis millones de personas.

De acuerdo con la tradición judía, el propio Dios sólo puede perdonar los pecados cometidos contra Él, pero no los cometidos contra los hombres.

CHRISTOPHER HOLLIS

Los límites del perdón, ya sea completamente autobiográfico o parcialmente novelesco, es un libro conmovedor e intenso. Si mi tarea fuera hacer una crítica literaria de él lo alabaría profundamente. Pero lo que me han pedido es que refleje mi opinión desde un punto de vista concreto. ¿Hizo bien el autor al negarse a pronunciar una palabra de compasión al nazi moribundo que le había confesado el terrible asesinato de un niño judío?

El autor no declara sentirse arrepentido por su negativa. Pero sus dos amigos judíos, que ahora están muertos, pensaban que hubiera sido un grave error

haber sentido compasión por el nazi. Sólo el seminarista polaco pensaba lo contrario y ha perdido todo contacto con el autor, de modo que ya no podemos saber hasta qué punto ha evolucionado su pensamiento. Pero podemos deducir de la visita que el autor hace a la madre del SS que su ánimo no está tranquilo. De hecho, no está muy claro el objeto de su visita o qué propósito suponía que tendría esa visita, ya que no tenía la intención de contar a la madre la verdad sobre su hijo. Pero el hecho es que su comportamiento con ella representa una prueba inequívoca de que se sentía inseguro, perturbado e intranquilo.

Me preguntan qué tendría que haber hecho el autor bajo esas especiales circunstancias. En primer lugar, déjame aclarar que esa pregunta es completamente diferente a «¿Qué hubiera hecho yo?» Me resulta imposible contestar a esta segunda cuestión. Confieso que no tengo capacidad para resistir la tentación de hacerlo, pero realmente no puedo decir si hubiera tenido la suficiente fortaleza como para afrontar unos horrores incomparablemente mayores a todos los que he tenido que enfrentarme jamás. Podemos decir que los hombres que sufren por su fe deberían ser mártires. Pero nadie puede afirmar que en el día del Juicio tendría el suficiente valor para serlo.

Pero no dudo de que en el desafío al que fue sometido el autor debería haber dicho una palabra de compasión. La teología sobre este punto es clara y, tal y como el seminarista polaco afirmó con acierto, no existe ninguna diferencia entre judíos y cristianos. Aquí las diferencias no importan. La ley de Dios es la ley del amor. Nos han creado para amarnos los unos a los otros y cuando la ley del amor se rompe la naturaleza de Dios fracasa. Cuando esos vínculos se quiebran hay que soldarlos de nuevo lo más pronto posible. Tenemos la obligación de perdonar a nuestro prójimo aunque nos haya ofendido setenta veces siete.

Por otra parte, todos hemos nacido con el pecado original. (Entiendo que los judíos ortodoxos no lo admiten exactamente así, pero su repudia demuestra que, efectivamente, ellos lo creen así tanto como los cristianos.) De hecho, uno no puede pensar de otro modo, ya que el pecado original, a diferencia de otras doctrinas cristianas, es una clara necesidad del pensamiento. Los hombres nacen en el pecado y cuando el pecado desafía a Dios no puede existir el perdón si no se produce un profundo arrepentimiento. Nos dicen que nos neguemos a condenar a los demás. «No juzguéis y no seréis juzgados.» Nuestro deber es señalar las limitaciones de nuestro entendimiento y afirmar que si conociéramos todos los detalles de la situación también tendríamos que considerar la posibilidad de que la culpa fuera más nuestra de lo que en un principio pudiera parecer.

Pero estas reflexiones, a menudo apropiadas, carecen de importancia en este caso. En esta historia, el soldado de las SS ha cometido un crimen detestable. Tal

vez sea importante para él recordar las razones que le llevaron a unirse a las SS, la terrible corrupción de la propaganda nazi a la que había sucumbido, la disciplina militar de la que era esclavo cuando cometió su crimen, pero todo eso no son más que meras explicaciones. No son excusas. En ningún momento intenta excusarse. Es culpable de cometer un horrendo crimen y lo confesaba abiertamente. Ni siquiera el autor tenía dudas de la sinceridad de su arrepentimiento. Por tanto, por muy difícil que resulte, no cabe duda de que debería haber dedicado una palabra de compasión indicativa del reconocimiento de su sinceridad.

Es cierto que la penitencia implica una intención de reparar a la persona ofendida y, si las circunstancias hubieran sido diferentes, habría sido razonable pedir al soldado, aunque sabemos que era imposible que devolviera la vida al pequeño que había matado o que encontrara a alguno de sus parientes cercanos, que al menos intentara prestar algún servicio a los judíos como prueba de la sinceridad de su arrepentimiento. ¿Quién puede afirmar si podía o debía haberlo hecho en caso de vivir? La pregunta carece de sentido, ya que iba a morir en pocas horas. Pero aunque el autor no estuviera seguro de que el soldado se fuera a comportar así, deberíamos concederle el beneficio de la duda.

Dios lo compensará. Por tanto, yo estoy a salvo.

Tampoco resulta fácil ver, tal y como confesó el autor, las razones que llevaron al soldado a entrevistarse y a confesarse con un judío, salvo que estuviera sinceramente avergonzado de sus actos.

Por supuesto, yo sólo estoy afirmando lo que en mi opinión significa la ley moral. No pretendo sugerir que la obediencia a esa ley y bajo esas circunstancias fuera fácil ni tampoco quiero aprobar cualquier condena personal. Pero, seguramente, la ley moral fue refrendada por Cristo cuando estando en la cruz rezó por el perdón de sus propios asesinos. También es cierto que todavía continuaba la persecución y asesinato de los judíos y que el autor esperaba que lo mataran en cualquier momento. Pero debo creer que, precisamente por eso, y considerándolo desde el punto de vista moral, resulta más fácil perdonar.

Los dos amigos judíos del autor, Arthur y Josek, le indicaron que tal vez tenía derecho a perdonar las ofensas que se cometen contra él pero que no tenía autoridad para perdonar las ofensas que se cometen contra los demás. Pero como este acto no era meramente un suceso personal entre un oficial de las SS y un niño judío, sino que era un incidente dentro de una campaña general de genocidio, el autor era tan víctima (o estaba a punto de serlo) de esa campaña como lo era el niño y, como tal, tenía derecho a perdonarlo. Su perdón no podía ser casual, dada la naturaleza de los hechos, ni una palabra vacía de alguien que perdonaba sin que le importara quién era el autor de un lejano crimen del que era indiferente.

El perdón tampoco tiene que ver con negar el castigo. En este caso, como el soldado de las SS estaba a punto de morir, la cuestión del castigo no se tie-

ne en consideración pero, en caso de haber sobrevivido, el hecho de que hubiera sido perdonado de espíritu no significa que no habría que aplicarle el apropiado castigo.

Sería interesante entender las razones que llevaron al soldado nazi a confesarse con un judío. El joven había recibido una educación católica, pero abandonó la religión cuando se unió a las Juventudes Hitlerianas. Resulta sospechoso que en verdad recuperara la fe en su lecho de muerte, o que al menos deseara recuperarla. Si ése fuera realmente su deseo, si hubiera llegado a pensar que al menos había una posibilidad de una vida futura y de que le esperaba un juicio, entonces habría sido más razonable confesarse con un sacerdote. Si no hubiera ningún sacerdote con el que asegurarse de que el veredicto de Dios sería justo y si su arrepentimiento fue sincero, no tendría por qué temer que Dios no fuera a ser misericordioso.

De todas formas, ¿de qué modo iban a mejorar las cosas, cómo iba a aliviar su alma, confesándose con un judío desconocido? El judío no podía concederle la absolución. No resulta fácil comprenderlo pero, psicológicamente, los pecadores que se encuentran en el lecho de muerte a menudo desean aliviar su alma contando su historia a alguien. ¿Quién tendría un corazón tan insensible como para no escuchar su historia en circunstancias normales?

El auténtico problema estriba en si el judío y el nazi eran dos criaturas de Dios que formaban parte de la misma comunidad humana o si eran dos seres diferentes, enfrentados irrevocablemente por la guerra. Si los judíos aceptan la segunda interpretación entonces podemos asegurar que los nazis son los responsables de ello y que no pueden quejarse de que los judíos lo acepten. No obstante, de todo esto se desprende que cualquier tentación de pensar lo contrario sería la consecuencia inevitable de una fe monoteísta que proclama que todos los hombres, hasta los más aborrecibles, son criaturas de Dios: la creencia cristiana dice que por ellos su Omnipotente Creador no se negó a morir y la creencia judaica afirma que son criaturas de Dios.

Es comprensible que los judíos que estaban en los campos de concentración llegaran a afirmar con la amarga ironía que nos relata el autor que Dios estaba de permiso. Sin embargo, su fe religiosa seguramente rechazaba esta blasfemia y demandaba que, en cierto modo y a pesar de lo difícil que era darse cuenta de ello, «no hay que burlarse de Dios» y que, como dijo Job: «aunque me mate, seguiré confiando en Él».

Hombre, ¿Qué te ocurre y por qué te desesperas?

Dios te perdonará a pesar de tu desesperación.

Según una vieja leyenda medieval, los Apóstoles se reunieron en el cielo para volver a repetir la última Cena. Había un sitio vacío hasta que Judas entró por la puerta. Dios se le acercó, le besó y dijo: «Te estábamos esperando».

RODGER KAMENETZ

Querido Simon Wiesenthal:

Creo que el silencio, en esas circunstancias, era la mejor respuesta. Como prisionero condenado a morir, no tenías total libertad para expresarte, ya fuera para perdonar o para condenar, o para ambas cosas, dada la situación. Esta persona, a pesar de la forma en que te trató en el hospital, necesitaba escuchar tus críticas antes de que la conversación derivara en el tema del perdón. Pero ¿cómo podías saber la forma en que iban a recoger tus palabras o qué consecuencias habrían tenido para tu supervivencia? Estabas coaccionado: lo mejor era guardar silencio.

Eso me lleva a considerar lo que más me molesta de esa situación: no te hablaba como persona. Te hablaba desde su perspectiva, como judío. No como *un* judío, una persona de raza judía, como un ser individual con una vida, una historia, con una angustia de tu persona, sino meramente como un *judío*. Cualquier judío hubiera valido para cumplir su propósito.

Y eso demuestra que no te concede ningún respeto. Y en la condición en la que te encontrabas entonces, el respeto era algo muy valioso. No puedo encuadrar a nadie en una categoría hasta que no lo he conocido personalmente. Ése es el insulto que se oculta en su modo de abordar la cuestión. En efecto, él se daba cuenta de todo el daño que había hecho, y se sentía culpable, pero su conmoción no le llevaba más allá de un tormento por su alma y por su época (y por nuestra época también). No podía verte como una persona porque te veía como un judío.

Tú lo veías como una persona individual, como un ser humano. Y eso te honra. Si él también te hubiera considerado así, se podría haber empezado a hablar del perdón.

EL CARDENAL FRANZ KÖNIG

Arzobispo de Viena

Al leer tus experiencias he sentido una profunda conmoción. Tu historia es estremecedora y no sólo por los horrores que tuviste que presenciar como prisionero de un campo de concentración. Me resulta igual de estremecedor tu relato sobre tu etapa de estudiante en la universidad. El recurrente símbolo del girasol en tu historia, por un lado demuestra una gran brillantez literaria y, por otro, requiere una interpretación psicológica que no me atrevería a hacer.

En cuanto a la complicada pregunta que finalmente diriges al lector (si actuaste correctamente con el soldado de las SS que te «confesó» su participación en una horrible matanza de judíos y te pidió que le perdonaras por poderes) no quisiera entrar en cuestiones generales que tratan de la justicia, la misericordia, el pecado, etc. Sin embargo, me gustaría responder a tu respuesta:

Aunque un individuo no puede perdonar las ofensas que se han cometido contra *otros*, ya que no tiene competencia para ello, la pregunta de si uno *puede* perdonar permanece sin respuesta. Para los cristianos, la respuesta se encuentra en los Evangelios. La cuestión de si existe un límite para el perdón Jesucristo la respondió negativamente.

La diferencia entre si es *posible* perdonar y se *podría* perdonar sigue sin resolver la cuestión de si se *debe* perdonar. Debes saber que prestaste un gran servicio al moribundo al escucharle a pesar de tu desagrado, al mostrarle compasión, al darle una oportunidad de confesar sus crímenes y de expresar su arrepentimiento; lo que significa que reconociste su conversión espiritual. Tenemos razones para creer que el soldado moribundo todavía creía en Dios y que, a través de confesión personal, hizo todo lo que pudo dadas las circunstancias con la esperanza de conseguir la misericordia de Dios. Aunque te marchaste sin pronunciar una sola palabra de perdón, en cierto modo el moribundo sintió que lo aceptaste. De otro modo, no te habría legado todas sus pertenencias personales.

Considerando la situación por la que atravesabas y recordando todo por lo que tuviste que pasar, un perdón explícito habría rebasado los límites de nuestro concepto de humanidad. No obstante, tuviste una magnífica oportunidad para realizar un acto casi sobrehumano de bondad en medio de un mundo infrahumano y salvaje lleno de atrocidades. El hecho de que no aprovecharas esa oportunidad puede ser lo que todavía te atormenta en tu lucha por comportarte como un ser humano.

Resumiendo, permíteme concluir mi respuesta con un pasaje del libro de los *Salmos*: «Si guardas, ¡OH SEÑOR, los delitos, ¿quién, OH SEÑOR, podrá subsistir?» (130.3). Te agradezco profundamente la confianza que me has demostrando enviándome este manuscrito.

HAROLD S. KUSHNER

No estoy seguro de que exista el concepto de perdonar a los demás, aunque sí creo que existe el concepto de ser perdonado. Ser perdonado significa sentir que se descarga de nuestros hombros el peso del pasado, sentir que se ha lava-

do la mancha de nuestros errores. Ser perdonado es sentir que uno es libre de afrontar el futuro sin cargar con el precedente de quién hemos sido y de lo que hemos hecho en el pasado.

Mi imaginación, enviciada por las metáforas propias del lenguaje informático, piensa que la mente humana posee un «mecanismo retroactivo». Cada vez que tenemos que tomar una decisión, no sólo sopesamos las alternativas, sino que también tenemos en cuenta el recuerdo de cómo respondimos en el pasado ante situaciones similares. Una vez que dicho recuerdo se encuentra en nuestro consciente, éste nos dice: «éstas son las opciones y esto es lo que elegiste otras veces». De ese modo, Maimónides[8] y Erich Fromm[9] opinan que cuando el faraón del *Éxodo* dice no a Moisés, lo más probable es que la próxima vez también dé una respuesta negativa a sus demandas y, por tanto, será más difícil que cambie su discurso de forma afirmativa, ya que su mecanismo retroactivo le sigue diciendo: «Eres una persona que dice no a ese tipo de peticiones».

Si pensamos que nuestro comportamiento en el pasado estuvo equivocado, ese mensaje se borra cuando nos perdonan, despojando nuestra percepción de que todavía somos quienes solíamos ser y permitiendo convertirnos con entera libertad en una nueva persona.

Ser perdonado es un milagro. El perdón desciende directamente de Dios y nos llega cuando Él elige concederlo, no cuando nosotros lo decidimos. Por esa razón, en el Amidah,[10] los judíos rezan tres veces al día para que se produzca el milagro del perdón de Dios. Decir que Dios perdona no es hacer una afirmación sobre Él, sobre Su estado emocional. El perdón de Dios es algo que se produce en nuestro interior, no dentro de Él, y nos libera de la vergüenza del pasado con el fin de convertirnos en personas diferentes y así poder elegir y actuar en el futuro de otra manera.

8. **Maimónides** (1135-1204): filósofo y físico judío nacido en Córdoba. También se le conoce como el rabino Moshe ben Maimon o por Rambam. Después de la conquista de Córdoba por las almohades, emigró a Egipto donde fue rabino de El Cairo y físico de Saladino, sultán de Egipto y Siria.

Conocido como «El Segundo Moisés», su principal aportación al judaísmo fue la *Mishnah Torah*. *(N. del t.)*

9. **Fromm, Erich** (1900-1980): psicoanalista alemán conocido como una de las figuras más importantes del psicoanalismo moderno, en especial, por su aplicación de la teoría del psicoanálisis a los problemas sociales y culturales. *(N. del t.)*

10. **Amidah**: oración recitada en la religión judaica. También conocida como *Tefillah* («oración») o como *Shemoneh Esreh*, son una serie de oraciones que se recitan de pie y que originariamente contenía dieciocho bendiciones. En la actualidad, durante la semana se recitan diecinueve bendiciones, incluidas trece peticiones por la restauración del bienestar. En los Sabbath y en los días de fiesta esas peticiones se sustituyen por otras oraciones especiales. *(N. del t.)*

Ése fue el gran error del nazi que aparece en *Los límites del perdón*. Pidió perdón a alguien que no tenía el poder (por no decir el derecho) de otorgarlo. Si quería morir sintiéndose perdonado, debería haberse dicho a sí mismo: «Lo que hice fue terrible y estuvo mal y me avergüenzo de mí mismo por mi comportamiento. Rechazo la parte de mi ser que cometió una falta semejante. No quiero ser una persona capaz de realizar cosas semejantes. Todavía sigo vivo, aunque no sé por cuánto tiempo, pero el nazi que mató al niño está muerto. Ya no vive dentro de mí. Renuncio a él». Y si Dios eligió concederle el milagro del perdón, debería sentir que expulsó al nazi de su interior al igual que nuestro cuerpo expulsa un objeto extraño, algo que no es parte de nosotros, y moriría siendo una persona diferente a la que fue.

Por supuesto si se hubiera arrepentido de su crimen antes y no cuando estaba a punto de morir, habría tenido la oportunidad de sentir el poder purificador del arrepentimiento afrontando la misma situación y actuando de forma diferente. Pero, por desgracia, llevar a un judío para que le absuelva por todo lo que había hecho a los demás judíos, nos deja con la duda de si, en realidad, no habrá actuado según la mentalidad nazi de que los judíos son menos que seres humanos, entidades que se pueden intercambiar, en lugar de verlos como seres humanos únicos, a la manera de esas personas que pecan cuando odian a todos los negros, blancos, cristianos, judíos o alemanes por lo que otros negros, blancos, etc., pueden haberles hecho.

Eso es lo que significa ser perdonado. ¿Qué significa perdonar? Una mujer de mi congregación vino un día a verme. Es una madre soltera, divorciada, que trabajaba para mantenerse a ella y a sus tres hijos. Me dijo:

Desde que mi marido nos abandonó, cada mes libro una batalla para poder pagar las deudas. He tenido que decir a mis hijos que no tenemos dinero para ir al cine, mientras él está viviendo holgadamente con su nueva esposa. ¿Cómo me puedes pedir que le perdone?

Yo le respondí:

No te pido que le perdones porque piense que lo que hizo fuera aceptable, ya que no lo fue. Fue algo egoísta y mezquino. Te pido que perdones porque no se merece vivir en tu cabeza, ni mucho menos que, por su culpa, te conviertas en una mujer enojada y amargada. Me gustaría verlo emocionalmente fuera de tu vida en la misma medida en que ya lo está físicamente, pero veo que todavía piensas en él. Cuando te acuerdas de él con resentimiento no le haces ningún daño: el daño te lo haces a ti —le respondí.

Cuando perdonamos no lo hacemos por los demás, como hizo el nazi, que quería que Wiesenthal lo perdonara por él. El perdón se produce en nuestro interior. Representa despojarse de la sensación de dolor y, lo que es más importante, despojarse del papel de víctima. Para un judío, perdonar a los nazis

no significaría decir, ya que Dios lo prohibe: «Lo que hicisteis fue comprensible, entiendo los motivos que os llevaron a cometer vuestros crímenes y no os odio por ello». El perdón significaría: «Lo que hicisteis fue absolutamente despreciable y no merecéis que os considere seres humanos. Pero me niego a daros la oportunidad de que me defináis como una víctima. Me niego a que vuestro odio ciego defina la forma de vivir en mi condición de judío. No te odio, te rechazo». Y entonces, el nazi seguiría encadenado a su pasado y a su conciencia, pero el judío sería libre.

LAWRENCE L. LANGER

No tengo la más remota idea de cómo habría reaccionado si hubiera estado en el lugar de Simon Wiesenthal, ni tampoco creo que la cuestión sea legítima. Jugar a representar un papel en la realidad del holocausto trivializa el serio problema del juicio y del perdón que plantea *Los límites del perdón*. En mi opinión, la discusión debería centrarse en la petición del soldado de las SS y en la respuesta que le dio Wiesenthal.

El asesinato en masa de los judíos europeos es un crimen imperdonable. En su propia descripción el soldado de las SS ya proporciona los detalles: agolpan a hombres, mujeres y niños judíos dentro de un edificio; lanzan a su interior varias granadas de mano y le prenden fuego. Después, los soldados alemanes disparan a los judíos, incluidos los niños, que intentan escapar de las llamas o que saltan por las ventanas. *¿Puede* alguien arrepentirse de un crimen tan abominable? No veo la manera. La auténtica prueba de la integridad espiritual del soldado vino en el momento de disparar. En ese instante todavía era un hombre moralmente libre (asumiendo que no hubiera tomado parte en anteriores crímenes). Cuando aceptó disparar en lugar de desobedecer la orden de sus superiores, no pasó la prueba y él mismo se cerró para siempre las puertas del perdón. Esto no debería suceder así en otros crímenes, pero el asesinato en masa de los judíos europeos no es un crimen cualquiera.

No importa lo que los criminales (los hombres y mujeres que planearon, autorizaron, colaboraron y perpetraron esos actos) dijeran después. El crimen del holocausto sigue siendo imperdonable. ¿Cómo se puede perdonar a un criminal por un crimen imperdonable?

En mi opinión, al negarse a perdonar al culpable, Wiesenthal reconoció de forma inconsciente el lazo indisoluble que une al criminal con su crimen. Aun-

que muchos habrán alabado la sinceridad del arrepentimiento del soldado de las SS, no tenemos ninguna forma de comprobar su autenticidad. Todo lo que tenemos son los recuerdos que nos narra Wiesenthal, una voz reproducida, no un testimonio auténtico. Los largos monólogos del soldado no pueden ser literales, sino que son aproximados. Por eso, el misterio de sus sentimientos internos sigue envuelto en los vendajes que le cubrían el cuerpo. Wiesenthal no dialoga con él, algo que hubiera revelado muchas cosas. Él se limitó a escuchar.

Wiesenthal dialoga con sus compañeros judíos y con un seminarista llamado Bolek. Estas conversaciones nos aportan un indicio importante al dilema que tratamos aquí: el *lenguaje* del intercambio de ideas ayuda a formarnos una opinión sobre sus súplicas de perdón más que el propio crimen que ha cometido. Por ejemplo, Bolek reprende a Wiesenthal por haberse negado a concederle el perdón: «¿A quién tenía que haber acudido el soldado? Ninguno de los que había ofendido seguía vivo». Cuando llamamos «ofensa» al asesinato de padres e hijos judíos indefensos, degradamos el crimen al campo de las transgresiones familiares y perdonables y nos quitamos la carga de tener que afrontarlo en todo su horror.

Wiesenthal, tal vez inconscientemente, pone en boca de Bolek multitud de tópicos bastante cuestionables: «Cuando uno se encuentra cara a cara con la muerte, no miente»; «él no tenía la oportunidad de expiar los pecados que había cometido»; el demostró un «genuino y sincero arrepentimiento por sus fechorías». Creo que cualquiera que sea capaz de etiquetar el asesinato de judíos indefensos como «fechoría» sacrifica su derecho a hacer comentarios sobre la materia. Atrapado en su retórica teológica, el seminarista teje alrededor de los indescriptibles detalles del crimen un manto de exculpación y provoca que la responsabilidad pase del criminal a la víctima. Wiesenthal, por supuesto, y no Bolek registra esas palabras para el lector y eso nos lleva a la cuestión de la autoridad narrativa en el texto de *Los límites del perdón*, una tarea que requeriría una investigación aparte.

El «criminal desaparecido» es uno de los legados más peligrosos y lamentables del holocausto. Irónicamente, cuando el soldado pide perdón a un judío descarga el peso de una decisión moral de sí mismo sobre una de sus víctimas potenciales. Por desgracia, esta dinámica se recoge en muchos de los testimonios que aportaron los supervivientes del holocausto quienes, a falta de auténticos malhechores como el soldado moribundo, a veces se culpaban *a sí mismos* por hechos o consecuencias de las que eran completamente inocentes. Desde mi punto de vista, la petición del soldado de las SS revela su completa incapacidad de comprender la naturaleza de su crimen: parece un último y desesperado intento de escapar a su culpa, aunque nunca sabremos qué arcanos motivos le movían. Puede que él tampoco los supiera.

Palabras como «ofensa» o «fechoría» se extienden en el universo del discurso sin pensar en lugares como Auschwitz y Majdanek, donde florecieron las cámaras de gas y los hornos. La larga lista de términos relacionados con la exoneración (reparación y expiación, arrepentimiento y absolución, culpa y perdón) reflejan un valiente aunque equivocado y, en última instancia, fallido intento por implantar un vocabulario familiar a un suceso que ha sobrepasado los límites del lenguaje jurídico convencional. El trabajo de Jean Améry en el que recoge sus experiencias en manos de la Gestapo y en Auschwitz, *Jenseits von Schuld und Sühne* (Más allá de la culpa y la reparación) no sólo adapta la obra de Nietzsche *Más allá del bien y del mal* (*Jenseits von Gut und Böse*) a los tiempos modernos sino que también nos invita a reconsiderar la terminología con la que debemos evaluar el crimen más espantoso del siglo XX.

En lo más profundo de las entrañas del Infierno de Dante se encuentra un pecador cuya presencia debe haber confundido a los lectores del poeta, ya que creían que este pecador seguía vivo. De hecho lo estaba, pero el poeta se inventa la herética idea de que hay unos actos tan abominables que condenan el alma del pecador a la perdición eterna antes de que muera. De ahí que la posibilidad de un crimen que no admite el arrepentimiento y que, por tanto, resulta imperdonable, no es nueva, aunque Dante no podía saber que esta característica en su diseño del Infierno podría anunciar el terrible callejón sin salida en el que nos encontramos a la hora de juzgar las atrocidades que van más allá de la culpa y la expiación.

Imagino hoy al soldado de las SS frente a una fosa común en Chelmno o en Treblinka o en Babi Yar y diciendo: «Lo siento. Me arrepiento de lo que hice». Sus palabras se deslizarían por entre los cientos de miles de cuerpos sin vida o por entre las cenizas, y después se sumergirían hacia las profundidades, donde harían eco entre las imperdonables almas de los que están eternamente condenados por haber consentido que se cometieran esos actos monstruosos. Ahí es donde debemos empezar a buscar los culpables y ahí debe acabar nuestra búsqueda.

Los límites del perdón debería incitarnos, como siempre me ha hecho a mí, a cambiar el curso de nuestra discusión. La cuestión vital que plantea este texto no es si Wiesenthal debería haber perdonado al soldado de las SS, sino por qué el soldado, cuando era joven y contra los deseos de su padre, se afilió a las Juventudes Hitlerianas; por qué, de nuevo presumiblemente contra los deseos de su padre, se alistó *voluntariamente* a las SS (en aquellos tiempos era una elección libre); por qué después participó en esa liga de asesinos sin protestar, incluido el episodio que narra en su lecho de muerte; y, lo que es más importante, por qué tuvo que esperar hasta su agonía para pensar que había llegado la hora de

arrepentirse y pedir perdón. Sobre todo esto, el soldado de las SS hábilmente *guarda silencio*.

Estas son las cuestiones, planteadas implícitamente en la narración de Wiesenthal, que debemos considerar. Simon Wiesenthal era, y lo sigue siendo, inocente de cualquier culpa.

PRIMO LEVI

Los acontecimientos que evocas sucedieron en un mundo que se agitaba en sus cimientos y en un ambiente completamente impregnado por el crimen. Bajo esas condiciones no siempre es fácil, de hecho quizás es imposible, asignar un valor absoluto a lo que está bien y a lo que está mal: en la naturaleza del crimen se encuentra la capacidad de crear situaciones o conflictos morales, callejones sin salida en los que la negociación o el compromiso son las únicas condiciones que nos permiten salir de ellos, condiciones éstas que, sin embargo, infligen otra herida más en la justicia y en uno mismo.

Los actos de violencia o de ofensa son irreparables: es muy probable que la opinión pública pida una sanción, un castigo, un «precio» por el dolor. También es posible que el precio a pagar sirva de algo, puesto que repara o desanima una nueva ofensa, pero la ofensa inicial no desaparece y el «precio» siempre (aunque sea «justo») es una nueva ofensa y un nuevo motivo de dolor.

Una vez dicho esto, creo que puedo afirmar que hiciste lo correcto, en esa situación, al negarte a perdonar al moribundo. Hiciste lo correcto porque eso fue el mal menor: sólo podías haberle perdonado con una mentira o provocando en tu interior una terrible violencia moral. Pero, por supuesto, la negación no es la respuesta a todo y resulta sencillo comprobar por qué te marchaste con muchas dudas: en un caso como el que nos ocupa es imposible decidirse de forma categórica entre el sí y el no. Siempre queda algo que decir por un lado u otro.

En tu caso, puesto que eras un *Häftling*, es decir, una víctima predestinada y puesto que en ese momento te veías como un representante de todos los judíos, habrías cometido una falta al perdonar a tu hombre y, quizás, todavía hoy sentirías un remordimiento más profundo del que sentiste al no perdonarle.

¿Qué hubiera significado ese perdón para el nazi y qué hubiera significado para ti? Probablemente mucho para el primero, una especie de consagración, una purificación que habría liberado su tardía conciencia religiosa del terror al

castigo eterno. Pero creo que para ti no tendría ningún significado: en efecto, no habría significado «no eres culpable de ningún crimen», ni tampoco «has cometido un crimen contra tu voluntad o sin saber lo que hacías». Por tu parte, habría sido una expresión carente de sentido y, en consecuencia, una mentira.

Me gustaría añadir lo siguiente: la figura del soldado de las SS tal y como la presentas en tu libro no parece rehabilitada desde el punto de vista moral. Todo esto nos llevaría a creer que si no fuera por el temor de una muerte segura, se habría comportado de una forma completamente distinta: no se habría arrepentido hasta mucho más tarde, con la caída de Alemania, o tal vez nunca. El hecho de «llevarle a un judío» me parece infantil e insolente a la vez. Me parece infantil porque se parece mucho a los niños indefensos que suplican ayuda: es muy posible que, influido por la propaganda, pensara que los «judíos» son seres anormales (mitad diablos, mitad hechiceros, capaces en cualquier caso de realizar hechos sobrenaturales). ¿Acaso no creía Himmler algo parecido cuando ordenó la suspensión de las masacres en los campos con la esperanza de que la «Internacional Judía» ayudara a Alemania a cerrar la paz con Occidente?

Y me parece insolente porque, una vez más, el nazi utiliza a los judíos como herramientas, sin darse cuenta del peligro y de la conmoción que podría haber supuesto su petición para el prisionero: su comportamiento, analizado en profundidad, está teñido de egoísmo, ya que se detecta en él un intento de descargar en los demás su propia angustia.

DEBORAH E. LIPSTADT

Teshuvah, arrepentimiento, derivada de la palabra hebrea «regreso», es una forma judaica de pedir perdón a aquellos a los que hemos ofendido. Es más que arrepentimiento, pero sirve para reconciliarnos con Dios y con todos los que nos rodean. El judaísmo cree que Dios, más que aceptar al arrepentido, *desea* que la persona regrese. El *teshuvah*, realizado de manera apropiada, se traduce en que un pecador regresa a su reformada relación con Dios y con los seres humanos, del mismo modo que Dios regresa al pecador. En el *Talmud* podemos leer: «Allá donde se encuentran los que han experimentado el *teshuvah*, los *zadik* (personas rectas) no pueden llegar.» El hecho de que un pecador arrepentido sea más recto que un *zadik* puro parece que no tiene sentido. Maimónides ofrece una interesante interpretación sobre el *teshuvah* que podría so-

lucionar este problema. Citando el pasaje del *Génesis*, después de que Adán y Eva comieran de la fruta prohibida Dios les dice: «Ahora Adán es uno de nosotros [*c'echad memenu*] ya que conoce la diferencia entre el bien y el mal".

La explicación de que los humanos son como dioses después de pecar parece desconcertante. En la *Mishnah Torah* Maimónides interpreta ese pasaje de modo diferente. Explica que existe un período llamado *echad* que lo traduce como «único» y traduce *memenu* como «desde dentro de sí mismo». «Ahora Adán es *echad* (único). *Memenu* (Desde dentro de sí mismo) conoce la diferencia entre el bien y el mal.» La especie humana es única en el mundo, ya que en su interior usa su propia inteligencia y razona para distinguir el bien del mal.

De modo que aquellos que han cometido una falta y realizan *teshuvah* han alcanzado un nuevo nivel: *desde dentro de sí mismos* conocen la auténtica diferencia entre el bien y el mal. Esta capacidad única y humana de conocer la diferencia entre el bien y el mal es la que posibilita que el *teshuvah* nos transforme. Pero el arrepentimiento no es algo simple. Antes de que podamos evaluar la respuesta que desde la perspectiva judía le dio el prisionero al soldado es necesario diseñar los distintos aspectos que forman parte del arrepentimiento.

En primer lugar, hay que pedir perdón a la parte agraviada. Este encuentro personal es *sine qua non* cuando se trata de pecados entre dos seres humanos. Hace varios años, en el programa *60 minutos*, Mike Wallace entrevistó a Chuck Colson, jefe de los *Fontaneros de Nixon* en la Casa Blanca, la unidad de juego sucio de la era Watergate. Wallace preguntó a Colson, que mientras estaba en prisión se convirtió al cristianismo, si había sentido la necesidad de acudir a la gente a la que había arruinado y de pedirles perdón. «No», fue la respuesta de Colson, «en mi corazón, ya estoy en paz con Dios.» Es una actitud sorprendentemente distinta al *teshuvah*, que exige acudir en primer lugar a la parte agraviada. El judaísmo cree que la mejor manera de que la víctima se reponga y de que el ofensor experimente un cambio profundo es a través de la interacción humana. Sólo después se podrá estar en paz con Dios. Al forzar un encuentro cara a cara con la parte ofendida, la tradición judaica enseña que el pecado no es un acto deforme generalizado sino algo completamente específico que se hace contra una persona o un grupo de personas. Si yo peco, no puedo acudir a cualquier persona que tenga un remoto contacto con la persona que he herido y rogarle a esa tercera parte que me perdone.

Después de confrontar a la persona contra las víctimas de nuestro pecado y de intentar corregir el mal, debemos volvernos hacia Dios. Entonces se confiesan verbalmente los pecados, se expresa la vergüenza y el arrepentimiento por haberlos cometido y se decide no volver a actuar de esa manera. Pero eso todavía no nos coloca en nivel superior o absoluto del proceso, *teshuvah gemurah*, o *teshuvah* completo. Esto se consigue cuando el individuo se encuentra en

la misma situación que cuando cometió su falta y, sin embargo, decide no volver a repetir sus pecados. La persona todavía tiene capacidad para volver a cometerlos. Esto es, su fuerza no se ha apagado ni tampoco ha perdido su capacidad. No obstante, elige no volver a repetirlos.

Finalmente, es importante distinguir entre *teshuvah*, arrepentimiento, y *kaparah*, expiación. La expiación sólo se obtiene cuando uno afronta las consecuencias de sus propios actos. Alguien se podría preguntar: ¿no es suficiente con el arrepentimiento? ¿Por qué es necesario también el castigo? El judaísmo se fundó en el concepto de que los hechos tienen sus consecuencias: los buenos actos te reportan la bendición y los malos actos te reportan el castigo. Cuando el rey David pecó intentando asesinar al marido de Betsabé con el fin de quedarse con ella, tuvo posteriormente que realizar el *teshuvah*. (Su auténtico arrepentimiento se recoge en el libro de los *Salmos* 51, escrito después de que cometiera su ignominioso crimen.) Sin embargo, fue castigado por sus actos. Sólo entonces, recobró su relación con Dios.

Por tanto, la cuestión por la que cabría preguntarse no es si el prisionero *debía* perdonar al soldado de las SS, sino si el prisionero *podía* perdonarlo. El prisionero podía haber dicho al soldado que le perdonaba personalmente, ya que era diferente a sus otros compañeros de las SS que no demostraban ningún remordimiento. Pero este judío no podía ofrecer al soldado la expiación. El SS no le había hecho nada de manera específica. Los judíos que habían sido incendiados por este soldado no habían autorizado a nadie para que los perdonara en su nombre.

El dilema del prisionero tiene algunas connotaciones contemporáneas. A menudo, los no judíos preguntan a los judíos: «¿No es hora de que "vosotros los judíos" perdonéis a los alemanes que participaron en los crímenes? ¿No es hora de que olvidéis?». (Es interesante observar que esta pregunta se realiza a los pocos que sufrieron las consecuencias de la persecución, incluso a los que sufrieron una persecución de una naturaleza mucho menos espantosa.) Cuando me lo preguntan, yo respondo que todavía no me he encontrado a un culpable que busque mi perdón. Los ciudadanos alemanes, austríacos y de otros países que tomaron parte en el holocausto no tienen culpa directa de lo que sucedió. Puede que tengan cierta responsabilidad nacional y que su país cargue con un borrón en su historia, pero no tienen culpa directa. Pero, lo que es más importante, ¿si me encontrara con un culpable directo que me pide perdón, quién soy *yo* para perdonar? *Yo* no puedo hablar en nombre de los que han sufrido su pecado; de forma particular, en nombre de los que han sido asesinados.

Por último, resulta imposible saber con seguridad si el soldado realizó un *teshuvah* completo. Este hombre de las SS que estaba postrado en su lecho de

muerte no tenía la capacidad de repetir sus terribles crímenes. ¿Se habría sentido tan compungido si no se hubiera encontrado en el umbral de la muerte? También conviene recordar que su aparentemente sincera lucha con su pasado no le exime de la responsabilidad de soportar el castigo por sus actos. Y aunque el prisionero le hubiera ofrecido el perdón de manera verbal, eso no hubiera significado una limpieza automática de su historial. Dicha expiación sólo se produciría cuando el culpable hubiera afrontado las consecuencias de su acto y cuando hubiera demostrado por medio de su posterior comportamiento que había regresado al «lugar» que ocupaba antes de cometer su terrible crimen.

FRANKLIN H. LITTELL

La *culpabilidad*, ésa es la cuestión. El problema del asesino moribundo era que los únicos seres humanos que le podían perdonar estaban muertos.

Historias como ésta se repiten en todos los debates sobre el holocausto, sobre sus responsables y sobre sus cómplices espectadores. El problema de la culpabilidad individual se asocia fácilmente al problema de la culpabilidad colectiva. La cuestión de la culpabilidad moral aparece inevitablemente como consecuencia de que la culpabilidad política todavía está por examinar.

Los cristianos creen que, en última instancia, sólo la intervención divina puede clarificar y aliviar un alma culpable. También creen que Dios ama a un penitente atormentado. Sin embargo, ninguna persona ni ninguna nación «practicará el mal» y luego «volverá junto al Señor» sin un fuerte sentido del pecado y de la culpa.

Durante más de cuatro décadas, desde que Rafael Lemkin acuñara el término «genocidio», los avances que se han realizado en ambos campos (el moral y el político) han sido muy lentos. Pero hasta la fecha, los progresos que han realizado los eruditos y los estadistas al crear estructuras que impidan y castiguen la matanza de grupos étnicos, religiosos y culturales han sido mayores que los avances hechos por la iglesia a la hora de crear la energía moral y religiosa que invite a perseguir el genocidio y a reforzar las leyes contra él.

Los líderes políticos parecen tener menos temores a la hora de ejercer un poder que permita reprimir la extensión del genocidio que los líderes religiosos que proclaman el pecado y la culpa de los responsables y de sus espectadores. Tal vez esto sucede porque, de nuevo, los jefes de la iglesia de la «cristiandad» no han dejado que su imaginación los transporte al momento de claridad del SS que se encontraba en su lecho de muerte.

Mientras tanto, el mundo civilizado, aislado por los trámites de la ley se esfuerza por encontrar vías legales que le permita castigar a los criminales que sean culpables de genocidio. Este principio se observó en Nuremberg y entró a formar parte del Derecho Internacional en la Convención del Genocidio. Ahora, se están realizando los primeros esfuerzos por castigar a los culpables de genocidio en las ruinas de Yugoslavia.

Muchos podrían objetar que esa vía es muy complicada. Pero siempre se producen lapsos de tiempo entre las diferentes etapas que lleva traducir la culpabilidad moral y religiosa en culpabilidad civil y jurídica. En primer lugar hay que comprender que algunas perversidades no son como un terremoto o una inundación: son malvadas y alguien las cometió. Después, se produce un lapso de tiempo hasta que la comunidad se convence de que si alguien las hizo, esa persona debería recibir un castigo (y que los que estén dispuestos a hacerlo personalmente desistan de su idea). A esa fase le sigue otro lapso hasta que se define el crimen y se decreta un castigo a los responsables. Por último, existe otro lapso de tiempo hasta que las leyes escritas se aplican con toda su fuerza.

Ésta ha sido la evolución de la historia de los asesinatos, de la poligamia, de los duelos, del feudalismo, del infanticidio, de la esclavitud y de docenas de actos en mayor o menor medida malvados que antes de que se vieran como crímenes y se trataran como asuntos de materia criminal sólo se consideraban pecados. En vez de desalentarnos por la impotencia ante los terribles genocidios que se cometieron en Ruanda, Burundi, «Bosnia» y en cualquier otro lugar, debemos armarnos de valor y pensar que el mundo entero se siente conmocionado por ellos. Nos encontramos en la fase del último «lapso», cuando la ley se plasma por escrito pero su aplicación es parcial y esporádica.

En los primeros tiempos los soberanos no tenían dudas ni escrúpulos a la hora de aplicar la justicia. Los artífices de las sociedades primitivas siempre recurrían a apilar el mayor número posible de cadáveres con el fin de ostentar su poder sobre los demás. Después llegó una fase en la que a la gente civilizada no le gustaba lo que oía pero se sentían incapaces de hacer nada para limitar y/o castigar el crimen. «Así son las cosas» era la opinión general y fatalista, y hasta hace pocas generaciones ambos bandos habrían utilizado esa misma expresión durante los terribles crímenes que se cometieron en las ruinas de Yugoslavia. Ahora los espectadores de esas matanzas se sienten conmocionados, y eso es un signo de progreso.

En un futuro no muy lejano, se cerrará el último lapso y el asesinato de personas (muy extendido antes de que se acuñara el término «genocidio») será perseguido por la ley y los criminales que rompan las leyes en este sentido serán castigados.

En el frente moral y religioso, el progreso es menos evidente.

¿Cuál es el grado de culpabilidad de los eclesiásticos alemanes, austríacos, croatas, franceses, ucranianos y bálticos que o bien estaban de parte de los criminales o, al menos, eran cómplices espectadores del genocidio del pueblo judío? ¿Cuál es el grado de culpabilidad de los eclesiásticos americanos que deseaban permanecer como espectadores durante el holocausto?

Hasta ahora, las autoridades cristianas han tomado una posición defensiva. Sólo en algún caso aislado, como en la Declaración de la Iglesia Protestante de Rhineland de enero de 1980, las autoridades sociales y/o legales cristianas de Europa y América han ido más allá de las expresiones piadosas de arrepentimiento por sus «instrucciones contra el judaísmo» y, a veces, por sus «prejuicios raciales» contra los judíos. De ese modo, la doctrina cristiana que explica el Pecado y la Culpa se ajusta a una idea relativamente pagana del error o del juicio equivocado.

Las Iglesias cristianas todavía no se han enfrentado a la realidad de que durante el holocausto se abrió una profunda brecha entre el lenguaje cristiano tradicional y su actual manera de actuar. La culpabilidad que recae sobre la cristiandad va más allá de la suma de los errores individuales y ha sumido a la fe en una crisis de credibilidad. Entre las personas ajenas a los hechos, se ha fortalecido el cinismo y el ateísmo. Entre los comulgantes y los constituyentes, prevalece la incertidumbre y la desconfianza. Las declaraciones de las autoridades eclesiásticas no tienen una especial autoridad sobre sus miembros, por no decir entre las naciones en general.

Eso nos lleva, conscientemente o no, al factor más importante de la ley y el orden: hasta los déspotas o los dictadores más despiadados no pueden gobernar sin, al menos, una complicidad pasiva por parte de los que están subyugados. Otro aspecto de la ley y el orden: no se puede perseguir o castigar ningún crimen si no existe una profunda convicción de que resulta inmoral cometerlo. Para conseguir un nivel superior de interacción humana, debe existir un progreso en dos frentes: uno, en la ejecución de la ley por parte de los verdaderos administradores del poder público; dos, a través de una profunda conciencia individual o colectiva de la naturaleza de una honesta elección entre el bien y el mal, entre inocencia y culpabilidad.

HUBERT G. LOCKE

El silencio se extiende como un manto sobre esta angustiosa experiencia que has compartido con nosotros, señor Wiesenthal. Cuando el nazi moribundo

acude a ti e intenta pedirte perdón, tú guardas silencio. En ese momento nos dices: «Se hizo un extraordinario silencio en la habitación». Más tarde, cuando visitas a su madre, te quedas junto a su retrato en silencio y finalmente dejas a la anciana sin haber respondido a sus súplicas. Al permanecer en silencio, ocultaste a su madre la verdad sobre su hijo (dicho en tus propias palabras: «Sin quebrantar ...el último consuelo de la anciana: su fe en la bondad de su hijo»). Por una parte, con tu silencio aprobaste la verdad del soldado sobre sí mismo y, por otra, conservaste en silencio la verdad de una madre sobre su hijo. En tu silencio se manifiestan la revelación y el encubrimiento. ¿Es posible que dijeras más con tu silencio que si hubieras hablado?

Preguntas si hiciste bien o mal al guardar silencio ante la demanda de perdón del nazi moribundo. Te preguntas si fue un error no haber contado a su madre toda la verdad. También nos preguntas a los lectores qué es lo que hubiéramos hecho en caso de haber estado en tu lugar. Sólo los que están seguros de poder responder a tu pregunta tienen la arrogancia de dar contestación a las dos primeras. De hecho, puede que el silencio sea la mejor respuesta (nuestro silencio a tu silencio) con la esperanza de que al escuchar atentamente tu experiencia podamos aprender de ella en lugar de moralizar sobre tu postura.

¿Por qué los mortales somos tan reacios a guardar silencio, y pensamos que hay que examinar cada experiencia con una disección, una discusión y un análisis; que por medio de las palabras conocemos la naturaleza de las cosas? Existe la convicción de que adquirimos conocimientos por medio de la razón, que haciendo preguntas y sopesando las evidencias y considerando las diferentes alternativas y solicitando pruebas y debatiendo todas las posturas y las interpretaciones, en cierto modo llegamos a conocer las «verdaderas» respuestas a los misterios de la vida. Muchos de los celebrados progresos que ha hecho el hombre se han conseguido porque estamos aferrados a la razón pero, de pronto, nos enfrentamos ante una situación como la que nos has planteado y nuestra respuesta (mi respuesta, al menos) no es otra que el estremecimiento. Me siento incapaz de preguntar sobre las agudas cuestiones morales y éticas que influían sobre tu persona en esa situación, y me limito a sentir el escalofrío que me recorre el cuerpo cuando trato de imaginarme en una situación parecida a la que tuviste que pasar. No, no puedo responder a tu pregunta sobre el bien y el mal. Tu silencio fue tu respuesta y, tal vez, también debería ser la nuestra.

Hay muchas cosas que el silencio podría enseñarnos si fuéramos capaces de aprender a escucharlo. Una de sus principales lecciones es que puede haber preguntas que no tienen respuesta y puede haber otras preguntas cuyas respuestas se apartarían de la fuerza moral de la cuestión. Hay temas que quizás siempre deberían quedar sin respuesta; cuestiones que deberían caer como un gran peso sobre nuestra conciencia para que, de ese modo, nos sintiéramos continuamente en

la obligación de enfrentarnos a su insistente impulso. Hay cuestiones que no tienen respuesta, ya que pertenecen al alma, son temas demasiado horribles como para que el ser humano las responda, demasiado demoniacas como para llegar a una resolución profunda y racional. Con nuestro silencio, tal vez declaramos muchas cosas: confesamos nuestra humanidad. Admitimos que no somos dioses y que carecemos, hasta donde seamos capaz de admitir, de la capacidad de proporcionar entendimiento y seguridad para cada momento inexplicable de la vida.

Quizás deberíamos negarnos a responder a tu pregunta por otra razón. El verbo latino «responder», implica el significado de «asegurar» o «prometer o jurar» o «comprometerse». Este verbo sugiere algo más que el mero ejercicio intelectual que nos has regalado. Implica que si creemos que tenemos las respuestas o una respuesta, también aseguramos que lo que proponemos en cierto modo resolverá el dilema moral. También sugiere que nosotros, los que respondemos, nos comprometemos a dar validez a la exactitud (me atrevería a decir la veracidad) de nuestra respuesta. Una respuesta implica nuestra disposición a atestiguar o a afirmar, mediante nuestra responsabilidad y nuestro compromiso personal, la veracidad de nuestra afirmación. No me atrevería a dar una respuesta a no ser que también esté dispuesto a actuar. Y ésta es una razón suficiente para guardar silencio.

Tu experiencia fue parte de un momento en la historia, tal y como se observa cuando incluso Dios guardó silencio. Estoy muy impresionado por tu relato de la conversación con Arthur cuando te habla de la anciana del gueto. Cuando le pidieron noticias para saber el día en que podríais salir del campo de concentración o para saber si seríais ejecutados dice que, en realidad, no hay noticias, ya que Dios se encuentra de permiso. Tal vez hubo un momento (que tú y millones como tú vivisteis) en el que todo lo que ocurría iba más allá del entendimiento, hasta el punto que incluso Dios guardó silencio. Si Dios guardó silencio: ¿cómo podemos atrevernos a hablar?

ERICH H. LOEWY

Nadie que nunca haya estado en una situación tan inconcebible como la de Simon Wiesenthal puede juzgar los acontecimientos que se relatan en *Los límites del perdón*. Cualquier juicio que podamos ofrecer sobre esa situación sería una auténtica demostración de orgullo. Yo tuve la suerte de poder escapar de los nazis en 1938. Y aunque lo que yo viví fue, por utilizar un eufemismo, terriblemente desagradable, no admite comparación con lo que sufrieron todos los que vivieron encerrados por culpa de los nazis, aunque también por culpa

de la policía y de las Iglesias de los países occidentales. Por tanto, mis comentarios no tienen la intención de juzgar una situación que va más allá de cualquier juicio que se base en las normas comunes de convivencia, sino que son una forma de examinar problemas éticos más comunes.

La relación a la que nos enfrentamos no se produce simplemente entre un poderoso agresor y una indefensa víctima. Tampoco se produce entre una antigua víctima y un antiguo agresor que han intercambiado, por decirlo de alguna manera, los papeles de poderoso y de débil. En la auténtica situación el contexto no ha cambiado: Wiesenthal sigue siendo un prisionero, una víctima del poder codicioso que lo rodeaba. Pero en el contexto particular en el que Wiesenthal vive esta historia (en la habitación de un SS herido) la situación es, por el momento, diferente: es el agresor el que, de manera significativa, ahora es el más débil, dependiendo psicológicamente de su anterior víctima y, en cierto sentido, suplicándole. No obstante, su súplica se encuadra en un extraño contexto: aunque se encuentra debilitado, el soldado de las SS puede recurrir en cualquier momento a abrumadoras fuerzas militares capaces de aplastar a Wiesenthal. Por eso, para Wiesenthal suponía un grave riesgo negarse a hacer lo que el débil soldado de las SS quería. La relación entre ambos es extremadamente compleja ya que la fuerza y la debilidad de los actores, en esta situación, puede cambiar en cualquier momento.

Pienso que el comportamiento que mantiene Wiesenthal durante la «confesión» del soldado de las SS no se describe con suficiente detalle: evidentemente, fueron muchas horas de agonía para ambos. Sí que se insiste en el tema final de perdonar o no perdonar. Pero lo que importa aquí, y lo que merece una mayor atención, son los aspectos humanos de la situación. Un agresor ciego y fatalmente herido suplica a una de sus (potenciales) víctimas y esa víctima, afrontémoslo, siente lástima de él. Su compasión (algo inconcebible dadas las circunstancias, sobre todo cuando uno piensa de dónde viene Wiesenthal y a dónde tiene inevitablemente que volver) se manifiesta y, en cierto sentido, se pone en el lugar de otro ser que también sufre, aunque ese ser haya infligido un sufrimiento inhumano a personas que son como el propio Wiesenthal. Llega a tocar al moribundo (sólo de pensarlo se me hiela la sangre), le aparta una mosca que molestaba al soldado y se queda en la habitación. Por su comportamiento, Wiesenthal acepta tácitamente que el soldado de las SS disfrute de una compañía que, cuando se descubre la verdad, debería negarse eternamente a semejante tipo de personas. Ésa es una forma de aceptación, de aceptación de humanidad, si no de perdón, e incluso de comprensión. Uno se pregunta si esa aceptación humana, en lugar de unas palabras vacías de perdón, no iba más allá de lo que el soldado realmente quería o esperaba. Dado que, a pesar de todo lo que había hecho, el soldado de las SS seguía siendo a los ojos de Wie-

senthal un ser humano, pienso que hay algo que éste podría haber hecho. Creo que el hecho de que Wiesenthal se sentara junto a su cama, tocara al soldado y le espantara las moscas demuestra la medida del hombre. Pienso que ése es el elemento más importante de esta historia y quizás el único que, cuando ya se ha dicho y hecho todo, puede consolar al soldado más de lo que se podría haber esperado o, en un sentido estrictamente racional, más de lo que se merecía.

Wiesenthal, por supuesto, no podía perdonar al soldado: nadie puede perdonar a los demás por algo que no han sufrido directamente. Creo que tampoco es tarea de Wiesenthal indicarle que busque el perdón de Dios. Wiesenthal no es un predicador ni tampoco un rabino y, dadas las circunstancias, sugerirle que Dios podría tener misericordia de él podría irritarle en lugar de confortarlo. El soldado de las SS, aunque era católico, eligió no confesarse con un sacerdote ni recibir una absolución. Decidió hablar con una víctima y buscar el perdón humano de alguien que para él representaba a todos los que había herido. El perdón de Dios o el perdón divino es otra cosa. Todo lo que podía hacer Wiesenthal era ignorar su petición.

La relación de Wiesenthal con la madre requiere otro tipo de análisis. Resulta evidente que Wiesenthal actuó motivado por la profunda preocupación que le producía la veracidad o la falsedad de lo que le contó el soldado de las SS sobre su vida, así como por la compasión que le producía una madre desconsolada y herida. Poco después de la guerra Wiesenthal se somete a un penoso viaje (tan penoso como sólo lo pueden entender aquellos que conocen las condiciones en las que se encontraba la Alemania de la posguerra) y se encuentra con una viuda que vive en un frío y devastado edificio. Observa que tiene una fotografía de su único hijo en la pared, un hijo cuya historia familiar corrobora la madre: se unió a las SS, y desde que se convirtió en un nazi fue un extraño para su padre. A pesar de eso, según su madre, siempre fue un buen muchacho que nunca hizo daño a nadie. Cuando le preguntan sobre él, Wiesenthal miente: nunca conoció personalmente a su hijo y sólo escuchó su nombre a través de la ventana de un tren que transportaba soldados heridos. Alguien señaló que fue un error mentir a la madre: si hubiera sabido la verdad, se habría acostumbrado a ella, podría recibir consuelo de la Iglesia y se habría aliviado con el perdón divino. No puedo estar de acuerdo con esto: podía perfectamente no ser religiosa o, aunque lo fuera, ese consuelo no habría significado nada para ella. Igual de sólido hubiera sido el argumento de que saber la verdad de su hijo podría conducirle a la desesperación y, tal vez, al suicidio. Wiesenthal eligió, humana y creo que sabiamente, esconder la verdad.

¿Qué podemos aprender de todo esto? Creo que la racionalidad sin compasión y la compasión sin racionalidad no sirven de nada cuando se trata de resolver problemas éticos. Si la compasión por sí sola hubiera consolado a Wiesenthal, podría

haber llegado a conceder el perdón con facilidad algo que, de hecho, no sólo estaba fuera de lugar sino que resultaba verdaderamente imposible. La razón por sí sola implica que el sufrimiento del soldado era merecido e inspiraba a que Wiesenthal lo tratara de forma inhumana. La razón impedía que el sentimiento de compasión oscilara de la degeneración al sentimentalismo y la compasión impedía que la inmutable razón derivara en un acto menos humano. Por lo que respecta a la madre, podemos decir que, por un lado, la razón (ayudada quizá por un deseo de venganza) podía hacer que Wiesenthal dijera la verdad. La compasión impedía abofetear a la madre con la verdad desnuda y la razón permitía a Wiesenthal mantener a raya su compasión. Sin la razón, la compasión podía haberle llevado a mentir y a transformar a un villano de las SS en un héroe. Puesto que había mantenido algún contacto personal con su hijo, quizá Wiesenthal ayudó a que la mujer pudiera soportar su pena. El humanitarismo, de nuevo, fue mutuo.

Bajo esas circunstancias, no puedo afirmar que Wiesenthal o su comportamiento fuera equivocado. Si alguna vez, Dios no lo permita, me encuentro en una situación similar, sólo espero tener la fuerza para actuar de manera similar. Pero me temo que no podría.

HERBERT MARCUSE

Creo que hubiera hecho lo mismo que tú, es decir, negarme a la petición del SS. Siempre me ha parecido inhumano y una parodia de la justicia que el verdugo pida perdón a la víctima. Uno no puede, y no debe, ir matando y torturando alegremente y luego, cuando ha llegado su hora, simplemente pedir, y recibir, perdón. Desde mi punto de vista, ese comportamiento perpetúa el crimen.

Por cierto, la cuestión trasciende el problema judío. Si yo fuera miembro del Frente de Liberación Nacional, ¿debería perdonar a un sargento de los Marines que mata y tortura a uno de mis amigos, a mi esposa o a mis hijos? ¿Está alguien capacitado o autorizado para perdonar?

¡Todavía recuerdo la conmoción que sentí cuando leí que, tras el asesinato de Rathenau,[11] su madre se acercó a la madre del asesino y se encaró con ella!

Creo que el perdón fácil de esos crímenes perpetúa la propia maldad que trata de aliviar.

11. **Rathenau, Walter** (1867-1922): político y economista alemán. Tras la Primera Guerra Mundial Rathenau representó a Alemania en las conferencias de Cannes y Génova. Murió asesinado por nacionalistas alemanes que se oponían a su política de intentar que Alemania reparara los daños causados por la Primera Guerra Mundial. *(N. del t.)*

MARTIN E. MARTY

«¿Qué habría hecho yo?»

La pregunta final del autor tiene la intención de provocar un dilema moral en nuestra conciencia. La palabra que sobresalta, inquieta y acusa es «yo». Aquí no cabe imperativos categóricos ni principios universales. ¿Qué habría hecho *yo*? Ortega nos lo recuerda: «Yo soy yo y mis circunstancias». Sin embargo, mis circunstancias son completamente distintas a las suyas. Por tanto, es difícil imaginar una respuesta a esta cuestión.

Casi doscientos años después de que los romanos martirizaran a los primeros cristianos, a nosotros, a los niños cristianos, nos enseñaron que debíamos estar preparados para sufrir. También debíamos estar dispuestos a presenciar la muerte. Es extraño el impacto que puede tener una historia después de dos milenios. Así debe ser también para los descendientes de los judíos el recuerdo del holocausto. Los astutos profesores solían recordarnos que los martirios todavía continúan. Incluso cuando estábamos en la escuela, los cristianos morían por su fe en Rusia, Alemania y en todas partes. Cuando estaba en el tercer curso, un cristiano llamado Dietrich Bonhoeffer que luego murió en uno de los campos de concentración de Hitler, escribía un libro sobre esa disciplina. En la primera línea decía que cuando Dios llama a alguien, lo llama para morir.

Sin duda, cuando era niño, me preparé intelectualmente bajo esa disciplina. No estoy seguro de que si mis circunstancias hubieran llegado a tal extremo habría estado preparado. Yo, que paso miedo en la silla del dentista y me acobardo ante el menor dolor, ¿sería capaz de soportar la tortura? Yo, que me he preparado para mirar al pasado o para perdonar las injusticias y las penalidades de cada día, ¿estaría dispuesto a contemplar la muerte? «¿Qué habría hecho?» No lo sé. Pero la pregunta del autor me obsesiona por más que intento evadirla.

El dilema inicial «¿qué habría hecho?» se convierte en «¿qué debería haber hecho?» Pero para encontrar una respuesta a esta cuestión me tendría que identificar de nuevo con el autor y sus circunstancias, algo que me resulta del todo imposible. Ni siquiera los compañeros del autor fueron capaces de complacerle con su consuelo. ¿Cómo podría atreverme, entonces, a responder directamente? Para ello necesitaría ponerme casi en la misma situación en la que se encontraban ellos. Necesitaría compartir la experiencia que vivían los compañeros del autor. ¿Acaso existe una única solución, un simple «tenías» o «debías»? Su comisión de consejeros parecía sugerir que así era. Actuar de una manera determinada sería negar al pueblo judío. Actuar de otra sería afirmarlos. Prefiero su

eterna duda a su consuelo. Decir que todas las personas que pertenecen a un determinado grupo deben actuar de una manera específica es negar la personalidad individual de cada uno, programarlo, privarlo de su humanidad.

Viktor Frankl, el psiquiatra que sobrevivió a los campos de exterminio, ha reflexionado sobre la cuestión de la excepcionabilidad que se vivió en aquel momento. ¿Por qué los prisioneros, sabiendo que podrían morir ese mismo día, buscaban un consuelo y compartían el pan? Nunca halló una respuesta a su pregunta, pero observó que existe un tipo de libertad que nunca podrá desaparecer: la libertad de elegir nuestra propia actitud ante cualquier circunstancia. El autor eligió adoptar la actitud de perplejidad y confusión. Eligió estar atormentado por el resto de su vida. Nadie puede afirmar que su elección fuera peor que la de sus consejeros, por mucho que estuvieran seguros de sí mismos y de lo que ello significara para su pueblo.

Hablando de pueblo y de circunstancias, debemos señalar otro aspecto. Yo soy cristiano, y esta cuestión se encuentra dentro del marco de la experiencia que vivió Wiesenthal. Por tanto, la pregunta parece querer decir: «¿Qué habría/debería haber hecho un judío?». No imagino otra razón por la que me han pedido que responda a este simposio que la del hecho de ser cristiano. Así pues, deduzco que la pregunta es: «¿Qué opina un cristiano?». Sobre ese punto sólo puedo responder con mi silencio. Los que no somos judíos, y especialmente los que somos cristianos, no deberíamos aconsejar sobre el holocausto a sus herederos durante los próximos doscientos años. Y aun entonces, no deberíamos tener nada que decir.

Con ello no quiero decir que haya que hacer una distinción cualitativa del holocausto respecto a todos los demás genocidios de la historia. Eso sería deshonrar la memoria de todas las víctimas en cualquier parte. Los actuales armenios, las tribus de África, los pueblos del subcontinente asiático: todos han sufrido el mismo odio y la misma locura que los judíos. Puede que estadísticamente lo sufrieran en menor escala, pero no podré entender el holocausto si afirmo que lo que sufren otros pueblos es menos significativo o menos importante. Pero sucede que el holocausto está ligado a «nuestra» historia, a la historia religiosa de Oriente y Occidente. Esta circunstancia nos obliga a guardar silencio. El fácil consejo de un cristiano convertiría la vida y la muerte de millones de personas en un asunto banal.

Por tanto, debo olvidar las circunstancias del autor y quedarme con la esencia de la cuestión. ¿Existe alguna situación en la que la ofensa sea tan grave y desmedida que deba negarme a perdonar ante lo que parece ser un auténtico arrepentimiento? Mi respuesta sería que, en cada situación que me pueda imaginar, obtendré más beneficio del perdón que de la negación. Sin embargo, debo preguntar de qué tengo miedo o qué me preocupa y qué es lo que me

hace dudar, lo que me hace tener que aclararme la garganta, lo que me hace sospechar de esa respuesta.

En primer lugar, tengo miedo a conceder una «absolución fácil», como dicen los personajes de *Los límites del perdón*. El Herodes de W. H. Auden hace una parodia sobre una interpretación del perdón cristiano. Observa que en cada esquina los chicos que venden periódicos proclaman que a él le gusta cometer pecados y que a Dios le gusta perdonarlos, de modo que así el mundo está perfectamente dispuesto. Sin embargo, en realidad no es así. No se podría absolver de la horca a los criminales y a los asesinos asegurándoles que se puede conseguir el perdón de los demás de forma sencilla. El silencio del autor en el hospital fue una medida de precaución contra la facilidad de dicha absolución.

Un segundo temor: se dará menos importancia a los crímenes contra un pueblo si una persona empieza a perdonarlos individualmente en nombre de todos. Por tanto, la cuestión que se plantea es si los modernos alemanes que expresen arrepentimiento deberían sentirse perdonados. También debo plantear la cuestión de si vale de algo prolongar el sentimiento de culpabilidad de la gente. Como miembro de la raza blanca, me dirán que siempre debería sentirme culpable y humillado por lo que los americanos hicieron en el pasado cuando mataron a los indios y esclavizaron a los africanos. Y, en cierta medida, así me siento. Me siento lo *suficientemente* culpable *por mis propias faltas respecto a las masacres de indios* y de negros y respecto a las demás personas. ¿Existe un límite en la bondad que puedo obtener de mi humillación, del desprecio que siento por mí mismo, de la pérdida de mi orgullo en las características positivas de mi herencia? ¿El nazismo no surgió, en cierto modo, de una actitud negativa y rencorosa? ¿No debería haber un medio para que la historia de un pueblo recuperara algunos momentos, algunos modelos, algunos motivos que pudieran darle dignidad y grandeza a su historia?

La tercera razón por la que guardaría silencio: si se concede aleatoriamente una absolución fácil y general, ¿no nos olvidaremos pronto de divulgar la historia? Theodor Adorno y Alexander Solzhenitsyn nos han recordado que olvidarse de divulgar la historia es privar a los que la sufrieron en el pasado del significado de sus actos. Pero hay muchas maneras de contar la historia. La ambivalencia de Wiesenthal permanece en nuestra memoria porque se ha tomado la molestia de contárnosla. Igual sucedería con otros pasajes si hubiera un cronista que los divulgara.

No queremos que haya una cómoda absolución, un pueblo indiferente o una víctima olvidada. ¿Qué es lo que queremos? Trato de encontrar el perdón del mundo. Mientras mis colegas escriben sobre la fenomenología del mal o sobre la voluntad, yo pretendo descubrir lo que significaría el perdón. Como cristiano, me dicen que Dios es un ser misericordioso, pero yo también necesito ser un hermano indulgente. La misericordia ayuda a la aparición de los to-

talitarismos tanto como el perdón fácil. Si se ha de perdonar, ha de ser a través de los pueblos. Debemos darnos cuenta de que existen posibilidades hasta en la vida de las personas más viles, que somos nosotros los que podemos negar o conceder la gracia. En ningún momento pretendo decir que este punto de vista sea así porque soy cristiano. Fenomenológicamente hablando, este concepto de la gracia lo comparten gente de todas las creencias y gente que no profesa ningún tipo de fe. En la práctica, no es algo que se produzca con frecuencia en suelo cristiano. Pero eso no significa que las cosas no puedan cambiar.

Si yo perdono a la vista de un sincero arrepentimiento y una nueva actitud, eso me convierte en una persona libre. Wiesenthal trabaja sobre la base de su incertidumbre y eso es lo que le motiva. Pero puedo llegar a preocuparme solo de mi turbación y no fijarme en la de los demás. Perdonar y ser perdonado son experiencias que me permiten ser libre. No puedo decir que fuera a ser más libre o más creativo que Wiesenthal. Y lo digo porque no puedo decir lo que él debería haber hecho, sino lo que me gustaría pensar que habría hecho.

CYNTHIA OZICK

Apuntes de una reflexión sobre Los límites del perdón

1. LA FORMA DE USAR A JESÚS

El soldado de las SS recibió una educación católica. Cuando era niño «ayudaba en la iglesia». ¿No debería impedir la educación cristiana que un niño se convierta en un miembro de las SS? ¿La frase «El soldado de las SS recibió una educación católica» no es tan contradictoria que las palabras suenan como un trabalenguas?

Pero esas palabras no eran ningún trabalenguas: el soldado de las SS *tuvo* una educación católica.

¿La costumbre de rendir pleitesía a un Maestro (un Maestro representado con forma humana y considerado omnipotente) facilitó su admiración al Führer?

2. LAS FUENTES DE LA PIEDAD

La piedad no se «siente», como si fuera un instinto reflejo. La piedad se enseña. ¿Cuál es la fuente original de la piedad? ¿Qué nos enseña? El segundo mandamiento, el que rechaza los ídolos.

Cada ídolo es una sombra de *Molech*,[12] el dios que pedía carne humana para alimentarse. El devoto, cuanto más rendía culto al ídolo, más despiadadamente devoraba la comida que le ofrecía. El mandamiento contra los ídolos es, por encima de todo, un mandamiento contra el sometimiento y se dicta en nombre de la piedad.

Molech está presente allá donde no se atiende al segundo mandamiento. En ausencia de éste, comienza la persecución de las víctimas.

El segundo mandamiento es más explícito que el Sexto, que simplemente nos dice que no debemos matar. El segundo mandamiento nos dice que debemos oponernos a las matanzas que se cometen en nombre de las creencias.

¿Dijo la Iglesia de Alemania que «Hitler era Molech»?

El apetito de Molech por sus víctimas era insaciable. Empieza por alimentarse sólo de judíos y termina devorando a los muchachos que servían en su iglesia.

No existen los ídolos inocentes. Cada ídolo reprime el sentimiento de piedad humana. Ésa es la razón de su existencia.

3. VENGANZA Y PERDÓN

¿El ser humano que vive obsesionado por la moral está más inclinado a la venganza o al perdón?

¿Qué es la venganza, qué es el perdón?

A menudo nos dicen que lo veamos así: la venganza nos embrutece y el perdón nos purifica.

Pero también puede producirse el fenómeno contrario. Los rabinos dicen: «El que sea misericordioso con el cruel sentirá indiferencia por el inocente». Por tanto, el perdón también puede embrutecer.

Se podría objetar: «Sólo si se concede la absolución. El perdón no condona o excusa. El perdón permite la redención, hacer borrón y cuenta nueva, un nuevo comienzo. El perdón nos estimula para comenzar de nuevo. El perdón da pie a la renovación».

Esto es así si hay una próxima vez. «Te perdono», solemos decir a los niños que ensucian la alfombra, «pero la próxima vez no lo vuelvas a hacer». La próxima vez dejarán fuera las botas embarradas. El perdón, con su capacidad

12. **Molech**: En el Antiguo Testamento, deidad asociada a *Baal*, posiblemente como dios sol o del fuego, pero que se diferenciaba de *Baal* en que era casi malévolo. El culto a Molech implicaba sacrificios humanos, ordalías y automutilaciones. En estos sacrificios se ofrecían los niños a Molech, especialmente los niños primogénitos que los padres sacrificaban en la hoguera. El significado hebreo de Molech es «rey» o «consejero». Era un dios semítico y en la Biblia se le menciona como un dios canaíta a quien los israelíes adoraban en secreto. *(N. del t.)*

extensiva, se lo habrá enseñado. El perdón es un maestro eficiente. Y, mientras tanto, las manchas ya se habrán lavado.

Pero el asesinato es irreparable. El asesinato es irremediable. En el asesinato no existe una «próxima vez». Aunque el perdón nos disuade de perpetrar una nueva serie de asesinatos (y no existe una demostración histórica de que esto ocurriera en la Alemania nazi), ¿puede hacer que regresen los últimos muertos de nuevo a la vida?

Hay manchas que el perdón no puede lavar. El perdón, que permite la redención, sólo se puede aplicar a una condición que sea susceptible de poder remediarse.

Se podrá objetar: «Si el perdón no puede lavar un asesinato, tampoco lo puede hacer la venganza. Si el perdón no puede reparar, mucho menos lo hará, con toda seguridad, la venganza, ya que ésta compensa el mal con otro mal añadiendo, de ese modo, una nueva mancha al mundo».

Pero es un error. La venganza no compensa un mal con otro. La venganza no puede compensar, reparar, igualar o equilibrar. Si pudiera hacerlo, entonces la venganza sobre un asesino de masas significaría matar a todos los miembros de su familia y a una gran parte de su nación. Y aún así, las víctimas seguirían sin recobrar la vida.

Lo que llamamos «venganza» no es más que el acto de llevar al mal ante la justicia pública: sin tratar de reparar el mal, sin tratar de imitarlo, sin cometer un nuevo mal, sino asegurándonos de que el mal nunca llegue a ser conmutado; ni siquiera que parezca estarlo.

¿Justicia «pública»? Sí. Mientras el mal siga actuando, tratar de apartar la mirada de él o evitarlo como si no existiera, no es más que un acto de complicidad. Y, de la misma manera, cuando hayan pasado tres o cuatro décadas y el mal haya penetrado en la historia, no reparar en él u olvidarlo sería otro acto de complicidad. Permitir que el mal provoque la amnesia colectiva de su propia generación, o de la próxima generación, equivale a condonarlo.

Se podrá objetar: «Ahí lo tenéis, llamando justicia pública a la venganza porque no indulta al mal. Pero el perdón tampoco lo indulta. ¿Qué importa si a veces parece que condona? El hecho es que no lo hace. Ya has demostrado que hay algunas manchas que el perdón no puede limpiar. Sin embargo, ahora dices que la venganza, al igual que el perdón, ni condona ni destierra el mal. ¿En qué se diferencia, por tanto, el perdón de la venganza?».

En lo siguiente: el perdón es despiadado. Hace olvidar a la víctima. Niega a la víctima el derecho a la vida. Empaña el significado del sufrimiento y de la muerte. Ahoga el pasado. Cultiva la sensibilidad del asesino al precio de la sensibilidad de la víctima.

Lo que siempre se ha calificado como «venganza», es decir, una especie de justicia que lleva al mundo hacia la naturaleza del mal (y por «naturaleza del mal» no me refiero a su aspecto filosófico o metafísico, sino a la conducta exacta del que lo comete: lo que se hizo, cuándo y dónde, quién y contra quién lo hizo) esta llamada venganza se excita en las hogueras de la piedad. Esta llamada venganza (justicia, en su atuendo apropiado) genera fuego y, tras el fuego, piedad.

> Por un instante olvidé dónde estaba y entonces escuché un zumbido. Una mosca revoloteaba sobre la cabeza del herido, el cual no podía ni verla ni tampoco podía verme apartarla con mi mano.
>
> Gracias suspiró a pesar de todo. Y por primera vez, me di cuenta de que yo, un indefenso subhumano, había ayudado a aliviar el sufrimiento de un igualmente indefenso superhombre. Así, sin pensar, sin darle la menor importancia. (pág. 39)

Aquel joven que luego resultó ser Simon Wiesenthal, y que luego se convirtió en «El Cazador de Nazis», aparta una mosca de las heridas de un nazi moribundo «sin pensar; sin darle la menor importancia». Una mano movida de forma involuntaria por la piedad. En ese momento, veía al nazi como la víctima de una mosca.

La venganza, sólo la venganza siente piedad por la víctima.

Se podrá objetar: «¡Eso es demagogia! ¿Y si hubiera perdonado al nazi *no* le habría apartado la mosca?».

Ni siquiera lo habría advertido. Cualquiera que perdone al asesino está ciego ante el mayor torrente de sangre. ¿Cómo puede, por tanto, ver siquiera una pequeña gota?

El perdón es el auténtico acto despiadado. El rostro del perdón es dulce para el agresor, pero resulta severo para las víctimas.

4. SENSIBILIDAD MORAL, RESPONSABILIDAD MORAL

Fijémonos en el nazi moribundo. ¿No es diferente de los demás? Al menos, muestra las marcas de la conciencia, del remordimiento, del mal que le aqueja. No se muestra arrogante, no pretende justificarse. Le desagrada todo lo que ha presenciado, siente repugnancia por todo lo que ha cometido. Es un hombre cuya moral ha sufrido un cambio. ¿No merecía recibir la muerte (por usar la vieja palabra cristiana) confesado? *Él* es un penitente, de igual modo que otros no lo son. ¿Debe tratarse al penitente igual que al impenitente? ¿Debería considerarse exactamente igual a una bondad revivida, a una recobrada limpieza de corazón que a la impertinencia de una bestia sin regenerar?

Fijémonos ahora en la bestia. Se regocija de su brutalidad. Nunca le abruman los remordimientos. Cuando hace memoria, incluso treinta años después de sus carnicerías, se sigue regocijando con ellas. Su mente, confusa por su propia mentalidad, es una pantalla radiante y secreta en la que continuamente se renuevan y se repasan los triunfos de su viejo y perdido poder bárbaro sobre los débiles. Entonces fue un gran hombre. Era como un ángel y, de hecho, servía al Ángel de la Muerte. Tenía muchas vidas en sus manos mientras pisaba con sus botas los cuellos de los condenados. Como entonces nunca sintió remordimientos, ahora tampoco se plantea olvidar las viejas sensaciones ni los recuerdos pasados.

Pero el nazi moribundo tiene grandes remordimientos. De hecho, posee un temperamento moral. Se siente inteligentemente arrepentido. Sabe que para él no puede existir la expiación, pero entiende lo que significa, entiende la fuerza de la contrición. Es un hombre que posee una fuerte intuición dentro de su propia naturaleza moral. Es un hombre con conciencia.

¿No debería haber una especie de reconocimiento, alguna mitigación de su condena, para un hombre con conciencia? Condenamos a la bestia: es un bárbaro y lo condenamos como condenamos a todos ellos. ¿Cómo podemos, entonces, atrevernos a condenar al hombre con conciencia, como si no hubiera ninguna diferencia entre él y el bárbaro?

Condenamos al hombre inteligente que posee conciencia porque él *marca* la diferencia;[13] porque en su corazón no hay un salvaje, sino que él mismo eligió convertirse en uno, y no ofreció resistencia. No es que careciera de conciencia, sino que la ahogó. No es que careciera de sensibilidad, sino que la embruteció. No es que careciera de humanidad, sino que la atemperó.

La bestia se apresura a alimentar a Molech, porque para él Molech no es una falsa divinidad, sino un Encantador y Auténtico Señor, el Maestro que le enardece. En su exaltación hace acopio de niños. No posee ningún tipo de conciencia que lo pueda parar, ninguna educación moral, ninguna reflexión moral. Tal vez nunca sirvió en su iglesia. ¿Acaso sabe lo que es la maldad?

El hombre inteligente que posee conciencia también recolecta niños y no importa que lo hiciera sin excitación. La conciencia, la educación, la reflexión: nada puede pararlo. Sigue acumulando cada vez más muertes. Conoce lo que es la maldad. Ha estado recolectando durante tanto tiempo que ya conoce quién es Molech y ambos se convierten en íntimos. Es un hombre moralmente sensible y hace acopio de niños para saciar el estómago de acero del ídolo.

El soldado de las SS moralmente sensible sigue recolectando más y más y más niños.

13. La raíz de este pensamiento se la debo al profesor Melvin L. Plotnisky, de la Universidad de Indiana. *(N. del t.)*

Su infancia honesta como acólito en la iglesia queda atrás: sigue recolectando. Recolecta y recolecta, siempre poseído por un temperamento moral meticuloso y refinado: tan meticuloso y refinado que conoce el poder sacro del perdón, y sabe cómo pedirlo.

Descubrí una cita que le atribuyen a Hannah Arendt:[14] «El único antídoto contra la irreversibilidad de la historia es la facultad de perdonar». Un juego de palabras, en última instancia. Sin embargo, ni siquiera ella, la mayor figura de la filosofía en su época, puede desempeñar el papel del Lázaro de la historia.

Graham Greene explica el concepto católico del infierno que, a diferencia de la idea medieval de la eterna conflagración, supone una separación eterna de Dios.

Dejemos que el soldado de las SS muera sin recibir absolución.

Dejemos que vaya al infierno.

Que la mosca llegue a estar junto a Dios antes que él.

JOHN T. PAWLIKOWSKI

Para responder adecuadamente las cuestiones que plantea Simon Wiesenthal en *Los límites del perdón* es posible que tengamos que sobrepasar los límites de la capacidad humana. Sin embargo, podremos llegar a conseguirlo si somos capaces de entender la diferencia significativa que existe entre *perdón* y *reconciliación*. Por desgracia, en la mentalidad popular, y tal vez también en la del propio Wiesenthal, estos dos conceptos se confunden con facilidad. Cuando Wiesenthal se niega a pronunciar la palabras de perdón que el nazi moribundo desea escuchar, uno tiene la sensación de que en su corazón casi anhela hacerlo. El diálogo con el sacerdote, que era su compañero de prisión, así como su conversación con sus colegas del campo de concentración, Arthur, Adam y Josek, junto con su falta de inclinación a destruir la imagen del «buen muchacho» que tenía la madre del soldado nazi me hace pensar que su silencio público no expresa completamente sus sentimientos más íntimos.

Su voluntad de perdonar desde el interior de su ser se manifiesta, sin duda, en el comentario que hace al principio de su narración cuando plantea la cuestión: «¿Estamos todos los hombres hechos realmente de la misma mate-

14. **Arendt, Hannah** (1906-1975): socióloga y analista política estadounidense de origen alemán. En 1934 huyó del nazismo y se instaló en Estados Unidos, donde fue reconocida por sus trabajos sobre los totalitarismos y sobre los problemas de los judíos. *(N. del t.)*

ria?» (pág. 18). Aunque Wiesenthal expresa una respuesta un tanto ambigua a esta pregunta, uno se queda con la impresión de que en cierto modo reconoce la existencia de una cualidad básica de todos los hombres que es común tanto para la «víctima» como para el «ejecutor» si bien debemos seguir condenando públicamente el crimen del ejecutor. Y su inclinación a reconocer que en la voz del soldado había «un trasfondo afectuoso cuando hablaba de los judíos» (pág. 41) confirma completamente esta impresión.

La manifestación pública del perdón es la reconciliación. Para llegar a ella se necesita un proceso más largo y complejo, especialmente en un caso como el que nos ocupa, en el que piden a Wiesenthal que se reconcilie públicamente con el soldado nazi a través del gesto y de la palabra en nombre de todas las víctimas. La reconciliación supone varias etapas: arrepentimiento, contrición, aceptación de la responsabilidad, curación y, finalmente, reunión. Dadas las limitadas circunstancias en las que se encuentra Wiesenthal se observa claramente que la reconciliación con el soldado nazi era imposible. No se pueden atravesar todas las etapas de un plumazo. Es necesario demostrar que ha experimentado todos los cambios que van más allá de la mera manifestación verbal. El soldado nazi, tal y como yo lo veo desde la descripción de Wiesenthal, no busca un simple perdón en el sentido más limitado de la palabra, sino que también busca una reconciliación, no sólo con Wiesenthal como persona individual sino, a través de él, con toda la comunidad judía en general.

En mi opinión, Wiesenthal hizo lo correcto al negarse a conceder dicha reconciliación, ya que le hubiera otorgado al soldado lo que el teólogo Paul Tillich denomina «una fácil absolución». Habría que discutir si Wiesenthal podía haber dicho o hecho algo que le pudiera proporcionar al soldado moribundo una especie de limitado perdón personal, si bien el hecho de que el nazi pareciera considerar a Wiesenthal como «un símbolo de toda la comunidad» en lugar de un ser humano individual complica notablemente el asunto. Sin embargo, si Wiesenthal hubiera distinguido con más claridad la diferencia entre perdón y reconciliación, podría haber encontrado una manera de ofrecer al joven una especie de perdón, siempre y cuando dejara bien claro que bajo esas circunstancias era imposible conseguir la reconciliación con todas las víctimas del pueblo judío. Si Wiesenthal hubiera obrado así, podría haber aliviado la incertidumbre que parece arrastrar desde su encuentro con el nazi moribundo hasta el mismo final de la historia. A pesar del terrible crimen que cometió el soldado, del cual parece ser profundamente consciente, Wiesenthal habría podido así responder positivamente al concepto de vínculo humano, si bien debía guardarse de cualquier sentimiento prematuro de reconciliación con el soldado.

Además del dilema moral sobre el perdón y la reconciliación que subyace permanentemente en *Los límites del perdón*, hay otras dos cuestiones que me pa-

recen dignas de una mayor reflexión. La primera se refiere a la reacción de Arthur ante el comentario que hizo una mujer anónima en la radio señalando que «Dios está de permiso» (pág. 18) y cuando se preguntaba si era concebible una intervención divina en nombre de las víctimas. Para Arthur esto parece suponer una especie de idea de la liberalización. Wiesenthal señala que era la primera vez que él y sus amigos reían desde que habían llegado al establo. Pero, en realidad, no era así. Su reacción a la observación «teológica» de la mujer fue muy displicente: «Avísame cuando regrese» (pág. 18).

Desde nuestra actual perspectiva, podemos afirmar que tanto Arthur como Wiesenthal tenían, en parte, razón. En efecto, el holocausto no iba a marcar el final de la fe en Dios ni de los debates sobre Su existencia. Era demasiado fácil culpar a Dios por no haber aceptado su responsabilidad divina con suficiente seriedad y por no haber frenado en seco a los nazis. Pero, por otro lado, la brusca respuesta de Wiesenthal nos sirve para recordar que buscar fáciles respuestas teodiceas al holocausto tiene el mismo efecto que aplicar la «fácil absolución» a la reconciliación. La lucha por encontrar una señal comprensible de presencia divina es un proceso mucho más complicado de lo que Arthur o Simon parecen pensar. Tal y como Elie Weisel ha señalado de forma inteligente en alguno de sus escritos muchas de las víctimas del holocausto no podían dejar, a pesar de todo, que Dios desapareciera sin más de sus vidas. Sin embargo, tal y como Irving Greenberg y otros autores han señalado con acierto, una apreciación más profunda del papel de Dios durante el holocausto, y después de él, supondría la aceptación de una continua relación («momento de fe») de ausencia/presencia, en lugar de una permanente ausencia, tal y como apuntaba la mujer de la radio. Y eso también incluiría una nueva definición de lo que significa la intervención humana y divina en el mundo. El control de Dios y las posibilidades de intervención divinas ya no pueden interpretarse según las versiones bíblicas y clásicas de las versiones judaicas y cristianas.

Después de leer *Los límites del perdón* uno tiene la sensación de que la enigmática respuesta que Wiesenthal da a sus amigos durante el debate sobre Dios a la luz del comentario que hizo la mujer acerca de Su ausencia temporal, representa un papel más importante en su encuentro con el soldado nazi de lo que en primera instancia se podría suponer. Parece ser que la incapacidad de Wiesenthal para resolver el problema de la presencia divina, cuya importancia niega externamente pero que internamente podía atormentarle más de lo que admite, era en parte la causa de su vacilante aproximación al soldado nazi. Si no hubiera estado personalmente tan lejos de resolver sus propios problemas con Dios sobre el holocausto, habría una pequeña posibilidad de que hubiera tenido la fuerza interior para tender su mano al nazi moribundo en un gesto de misericordia sin pretender perdonarle en nombre de todos los judíos.

Mi último comentario tiene que ver con un doloroso tema: las relaciones entre judíos y polacos que se detallan en *Los límites del perdón*. Sin embargo, y por difícil que resulte, debemos hablar de ello. En *Los límites del perdón*, Wiesenthal es perfectamente consciente del sufrimiento, potencial y real, de una nación que formaba parte del plan preconcebido por los nazis. Por ejemplo, reconoce que «los polacos y los ucranianos formaban un estrato especial entre los autodenominados superhombres alemanes y los infrahumanos judíos, y hacían votos para que no llegara el día en que ya no quedaran más judíos» (pág. 20). No obstante, este retrato global de las relaciones entre polacos y judíos puede alimentar el estereotipo de los polacos y de Polonia como un semillero de antisemitismo. Hace un comentario diciendo: «Un sabio dijo una vez que los judíos eran la sal de la vida», y añade: «... los polacos pensaban que su tierra se arruinaría víctima de la saturación. Por eso, comparados con los judíos de otros países, tal vez estábamos mejor preparados para soportar lo que los nazis nos tenían reservado» (pág. 61).

No pretendo cuestionar que la sociedad polaca entre las dos guerras mundiales se caracterizara por un antisemitismo generalizado cuya raíz estaba en las imágenes clásicas de Jesús y en las modernas teorías nacionalistas. Por supuesto que dicho antisemitismo merece todo el repudio, tal y como han hecho en los últimos años los obispos polacos, pero hay otro aspecto en la realidad polaca que uno no descubrirá en la lectura de *Los límites del perdón*. Se trata del movimiento *Zegota*, la única organización cuyo fin era salvar a los judíos durante el holocausto. En ella había personas honestas, cristianas y socialistas, cuyo número sobrepasaba el de cualquier otra organización de cualquier nación de Europa. También tenemos la historia de una larga, razonable y constructiva presencia de judíos en la sociedad polaca. Y, finalmente, se encuentra el hecho de que Polonia era el hogar de la mayor comunidad de judíos europeos durante el periodo de entreguerras, una comunidad extremadamente compleja que abarcaba desde los ortodoxos a los socialistas, los marxistas y los sionistas. Ninguno de esos «hechos» disminuyen, en absoluto, el horror del antisemitismo polaco incluidas, obviamente, las dolorosas experiencias personales que Wiesenthal nos narra en *Los límites del perdón*. Pero existen elementos que todavía están por descubrirse sobre las auténticas relaciones que en conjunto había entre los polacos y los judíos.

DENNIS PRAGER

Soy un judío religioso que he llegado a admirar a muchos cristianos y a apreciar a la cristiandad. He llegado a verla como un camino santo hacia Dios pa-

ra los no judíos (esto no es una pequeña metamorfosis teológica de un judío que ha crecido en el mundo de la *yeshiva*[15] ortodoxa) y me asusta pensar en las consecuencias que acarrearía vivir en una América descristianizada. Sin embargo, tras más de una década de debates semanales con cristianos y tras íntimas conversaciones con amigos cristianos me he convencido de que, aparte de la divinidad de Jesús, la mayor (y quizás la más importante) diferencia entre el judaísmo y el cristianismo, o quizás sólo entre la mayoría de los cristianos y de los judíos, es su diferente apreciación del concepto del perdón y, en última instancia, de cómo reaccionar ante el mal.

Cuando se publicó la primera edición de *Los límites del perdón* me intrigó profundamente el hecho de que todos los judíos que respondieron pensaban que Simon hizo bien al no perdonar al nazi arrepentido de sus asesinatos y que los cristianos pensaban que hizo mal. He comprendido que la razón de ello no era que el holocausto fuera una catástrofe que afectara particularmente a los judíos, sino que la diferencia estribaba en la naturaleza de las respuestas judías y cristianas ante el mal, concepto éste que está relacionado con el concepto tan distinto que tienen del perdón. No sé muy bien qué era más importante, si la manera diferente de enfocar el perdón o la manera diferente de enfocar el mal.

Primero, el perdón. Tal y como manifestaron los compañeros de fatigas de Wiesenthal y los colaboradores judíos que respondieron en la primera edición, el elemento más importante para los judíos en el tema del perdón es que una persona que hiere a otra debe pedir perdón a su víctima y que sólo la víctima puede perdonarlo. El propio Dios no puede perdonar a la persona que ha pecado contra un ser humano hasta que esa persona haya recibido el perdón de su víctima. Por tanto, *nunca se puede perdonar a un asesino*, ya que las únicas personas que lo pueden perdonar están muertas, para siempre. Dios podría perdonar a un asesino que se encuentre bajo unas condiciones excepcionales de contrición (entre las cuales, creo que debería incluirse que el asesino entregue su vida), pero en lo que concierne a las personas, *el asesinato es imperdonable*. Ni siquiera los padres pueden perdonar al asesino de un niño. Asumir que los padres puedan perdonar el asesinato de un hijo sería considerar a éste como una propiedad, en lugar de un ser humano autónomo.

Esta creencia judaica de que sólo las víctimas pueden perdonar y que, por tanto, el asesinato es imperdonable pone de manifiesto el hecho de que es el acto más terrible que puede realizar un ser humano (aunque existen varias categorías de pecado dentro del propio asesinato: por ejemplo, el asesinato acompañado de tortura es peor que otras formas de asesinato). El asesinato destruye los propios cimientos sobre los que Dios creó el mundo. Por esa ra-

15. **Yeshiva**: en la religión judaica «academia» o «doctrina». *(N. del t.)*

zón, después del Diluvio, Dios entregó a la humanidad el tercer mandamiento (los dos primeros nos piden que seamos fecundos y nos multipliquemos y que no comamos las extremidades de los animales vivos) que dice: «Aquel que derrame la sangre de un hombre también verá la suya derramada». La base moral de la civilización es no tolerar el asesinato: para la *Torah*, permitir que todos los asesinos vivan es una forma de consentir el asesinato.

Por el contrario, la tolerancia del asesinato es el elemento que caracteriza a un mundo en decadencia. Sin embargo, y mientras escribo este ensayo en la última década del siglo XX, mi país, especialmente su elite, ha llegado a tolerar el asesinato. De otra manera no se explica el hecho de que en Estados Unidos de América no se castigue más que con once años de prisión. No sólo perdonamos a la mayoría de los asesinos (cuando salen de prisión se dice han «pagado su deuda a la sociedad»), sino que lo hacemos aunque no estén arrepentidos de sus crímenes. La élite cultural de sociedad occidental ve el asesinato como un acto desafortunado de comportamiento «antisocial» y busca la rehabilitación del asesino, no su castigo (por no hablar de su muerte).

¿Es éste el comportamiento de una sociedad profundamente influenciada por el concepto cristiano de perdonar a todos? ¿O es que estamos una sociedad cuya élite secular ha rechazado los principios judaicos y cristianos de absolutos morales? Probablemente haya una combinación de ambos.

En la obra *The Killing of Bonnie Garland*, un libro que, a su manera, resulta tan desolador como *Los límites del perdón*, el psiquiatra William Gaylin describe cómo los sacerdotes católicos acogieron a un asesino (un estudiante católico hispano que había golpeado a su novia hasta la muerte) bajo su seno e hicieron todo lo posible para que no fuera condenado. Aunque puedo imaginarme a un grupo de médicos seculares o de trabajadores sociales judíos adoptando tal comportamiento, no puedo imaginarme a un grupo de rabinos, ni siquiera a los más liberales, actuando de esa manera.

De hecho, he comprobado mi tesis en la vida real.

Como ya apunté, durante diez años he trabajado como moderador en un programa de radio semanal en el que mis invitados son un ministro protestante, un sacerdote católico y un rabino, y en donde cada semana los contertulios son diferentes. En aquella época, se produjo la famosa violación y apaleamiento de una mujer que hacía gimnasia en el Central Park de Nueva York por parte de una banda juvenil. Después de su detención, un *cardenal* de la Iglesia católica de Roma acudió a la prisión con el único fin de llevar un mensaje a los chicos: «Dios os ama».

Me sentí tan furioso que manifesté públicamente la necesidad de que alguien escribiera un artículo titulado: «Cómo conseguir una visita personal de un cardenal». Pensé en todos los buenos católicos de Nueva York que dedican

su vida a los pobres y a los enfermos y que darían casi todo lo que tienen por conseguir una visita personal de un cardenal de su Iglesia. Pero los afortunados beneficiarios de dicha visita fueron un pandilla de matones y violadores sádicos que se habrían convertido en unos asesinos si no fuera por las maravillas de la medicina moderna (abandonaron a la mujer para que se desangrara hasta la muerte).

En mi programa, me pregunté en voz alta si mi furia contra el cardenal (una buena persona, por tanto omitiré su nombre) era consecuencia de una reacción como persona o como judío. Tuve que asumir esta última posibilidad, ya que prácticamente todos mis oyentes católicos estaban de acuerdo con el cardenal, y todos mis oyentes judíos estaban de acuerdo conmigo. Pero decidí probar mi tesis con el clero. Durante cuatro semanas, les pregunté lo que hubieran dicho a esos criminales si se hubiera encontrado con ellos. Todos y cada uno de los clérigos católicos y protestantes, liberales y conservadores, se hicieron eco de las palabras del cardenal. Todos y cada uno de los rabinos, reformistas, conservadores y ortodoxos dijeron que no irían a ver a los jóvenes, pero que si les obligaban a ello, les expresarían su repugnancia, les dirían que deberían ser severamente castigados y que deberían pasar el resto de su vida intentando reparar su mal. Y, desde luego, no les dirían que Dios los ama.

El concepto cristiano del perdón y, como se ejemplificó en el caso de los violadores, el concepto católico del amor de Dios (durante toda mi vida dedicada al estudio y a la docencia del judaísmo, jamás escuché que Dios amara a una persona malvada) me ha llevado a la conclusión de que el cristianismo y el judaísmo, o quizás sólo los cristianos y los judíos, tienen diferentes puntos de vista sobre el mal y sobre qué decisión tomar ante él. Tal vez sería necesario poner otro ejemplo.

Bajo el régimen totalitario soviético, tanto los judíos como los católicos soviéticos estaban oprimidos. De hecho, hacia el final de la Guerra fría, los cristianos soviéticos estaban más oprimidos que los propios judíos soviéticos. Gracias a los esfuerzos que hizo la comunidad judía de todo el mundo para ayudar a los judíos soviéticos, en la década de los ochenta ningún judío soviético fue incinerado por practicar el judaísmo, mientras que un gran número de cristianos soviéticos fueron encarcelados por practicar el cristianismo. ¿Por qué los miles de millones de cristianos que hay en el mundo no protestaron mientras que trece millones de judíos hicieron que el nombre de los judíos soviéticos se conociera por todo el mundo?

Creo que se debe a cuatro razones: la doctrina cristiana del perdón ha mermado la ira cristiana contra sus opresores. La idea de que uno debe rezar por sus enemigos ha pasado a significar: «Reza por ellos, no luches contra ellos». La creencia de que Dios nos ama a todos, sin importar lo malvado que seas,

imposibilita que un cristiano creyente rechace a la gente malvada y, por tanto, les resulta muy difícil luchar contra ellos (asumo que los que aman a los asesinos de masas no desean verlos muertos tanto como los que los odian). El interés que han puesto los cristianos por salvar almas para la otra vida ha hecho que presten menos atención a los cuerpos de los que residen en este mundo.

Así, en 1982, cuando la figura más conocida del protestantismo, el reverendo Billy Graham, fue a la Unión Soviética, en lugar de ponerse del lado de sus torturados correligionarios, se puso repetidas veces de parte de las autoridades soviéticas, manifestando en las iglesias: «Dios te otorga el poder de ser un mejor trabajador, un ciudadano más leal, porque en *Romanos* 13 nos dicen que obedezcamos a las autoridades». Si un rabino hubiera pronunciado un discurso similar en una sinagoga soviética (algo de todo punto inimaginable), lo habrían expulsado de la comunidad judía.

Nada de esto que digo pretende denigrar a los cristianos. De hecho, hago responsables a los cristianos del mayor experimento social de la historia: la fundación de Estados Unidos. Tampoco es un panegírico a los judíos. Su preocupación por luchar contra el mal a menudo les ha llevado a abrazar terribles ideologías como el marxismo y su miríada de retoños nihilistas. Sólo pretendo explicar por qué para los judíos resulta tan obvio que perdonar a un hombre que ha incinerado a familias enteras vivas es un error moral y por qué para los cristianos es igualmente obvio que se le debería conceder el beneficio del perdón.

DITH PRAN

El dilema que plantea Simon Wiesenthal penetra hasta el mismo corazón del problema del perdón. ¿Podemos perdonar, como seres humanos, a la gente que provoca tanto sufrimiento?

Como testigo y superviviente de los campos de exterminio de Camboya, nunca podré perdonar u olvidar lo que los principales líderes de los Jemeres Rojos[16] me hicieron a mí, a mi familia o a mis amigos. Es imposible. Culpo di-

16. **Jemeres Rojos** (también Khemer Rojos): denominación que asigna, especialmente en Occidente, a los miembros del Partido Comunista Khemer de Camboya, fundado en 1960 y dirigido por Pol Pot. En 1975 se hicieron con el poder y comenzaron una dura represión contra sus opositores. Nacionalizaron la agricultura, los campos de arroz y cometieron múltiples actos de genocidio. La invasión de Camboya por Vietnam (1979) significó la instalación de un gobierno pro-vietnamita y el retorno de los Jemeres Rojos a la guerrilla. En 1982 se unieron a

rectamente a los doce líderes, los cerebros que estaban detrás de toda esa trama, quienes ordenaron la muerte de millones de personas, incluidos minusválidos, niños, religiosos, intelectuales y todo aquél que supusiera una amenaza para sus ideas. Mi padre murió de hambre, mis tres hermanos fueron asesinados, junto con mis sobrinos, mis sobrinas y mis primos. Mis amigos de toda la vida y los compañeros con los que trabajé en los campos de exterminio fueron raptados y asesinados. En los campos de trabajo vivíamos constantemente con la sombra del miedo. No sentían compasión por nosotros. Nos encerraban en jaulas con tigres y sin posibilidad de escape. Lo único que podíamos hacer era rezar a Dios.

Cuando hablo de no perdonar a los doce líderes de los Jemeres Rojos, incluyo también a Pol Pot, Khieu Samphan, Leng Sary y a todo su séquito. Ellos eran los que habían planeado librar a la población jemer de elementos indeseables como las personas que no podían trabajar, la gente con ideales, o cualquiera que pretendiera transformar Camboya en una sociedad agradable. No sólo mataron a millones de personas, sino también destruyeron instituciones como la familia, la religión y la educación. Sólo podíamos rendir pleitesía a Angka, el politburó de los Jemeres Rojos.

Dejando aparte al líder de los Jemeres Rojos, creo que puedo perdonar a los soldados, a los brazos ejecutores que, de hecho, perpetraron los asesinatos, aunque nunca podré olvidar lo que hicieron. Si estuviera en el lugar de Simon Wiesenthal, yo perdonaría al soldado. ¿Por qué? Siempre me pareció que los soldados no tenían opción. La mayoría de ellos venían de la jungla, carecían de estudios y eran muy pobres. Les enseñaron a matar. Les lavaron el cerebro. Y lo que es más importante, les obligaron a asesinar. Si no hubieran seguido las órdenes del líder de los Jemeres Rojos, no sólo habrían sido ejecutados, sino que también habrían matado a toda su familia. Tenían miedo a morir.

No pretendo decir que lo que hicieron estuviera bien, ni tampoco trato de excusarlos, pero al menos comprendo por qué lo hicieron. Creo que la clave del perdón es la comprensión. Lo que nunca podré entender es por qué los líderes de los Jemeres Rojos hicieron todo aquello. ¿Cuál era su propósito? ¿Dónde estaba su humanitarismo? Tenían la opción de parar las matanzas, de dar a la gente algo más que una cucharada de arroz para comer, de acabar con las catorce o dieciséis horas al día, siete días a la semana de trabajos forzados. Tuvo que producirse una invasión vietnamita para que cesaran las atrocidades.

Nunca podré perdonar u olvidar lo que los líderes de los Jemeres Rojos hicieron a mi familia. Si no hubiera sido por ellos, ¿mis hermanos habrían sido

otras fuerzas de oposición para formar un gobierno de coalición. Opuestos a las elecciones de 1993, propiciadas por la ONU, lanzaron una campaña de terror para disuadir a los votantes, objetivo que no lograron. *(N. del t.)*

asesinados brutalmente? No. Camboya había disfrutado de muchos años de paz antes de la guerra civil y de la victoria final de los Jemeres Rojos. Si no fuera por sus líderes, ¿mi padre habría muerto de hambre? No. Había mucha comida en Camboya. El líder de los Jemeres Rojos decidió quitársela a la población.

Necesitamos considerar por separado a los auténticos culpables de sus instrumentos, a los cerebros del plan de los ejecutores. No podemos etiquetar a todos por igual. Hay una enorme diferencia entre el líder de los Jemeres Rojos y los individuos que siguieron sus órdenes. Sí, ninguno de ellos tenía moral, pero media un abismo entre la forma de actuar de alguien que intencionalmente conspira para destruir a un pueblo y la de alguien que no sólo es estúpido y le han lavado el cerebro, sino que teme tanto a la muerte (lo cual es muy humano) que se ve obligado a cometer un crimen.

No puedo juzgar moralmente a Simon Wiesenthal por salir silenciosamente de la habitación después de que el soldado le pidiera perdón. Pero creo que su postura le produce inquietud, ya que nos pregunta a los demás lo que hubiéramos hecho en su lugar. Creo que el perdón es algo muy personal. Estoy seguro de que mucha gente no estará de acuerdo conmigo en esto. Pero, en última instancia, todos tenemos que responder ante Dios de nuestras acciones y tenemos que vivir con nosotros mismos.

TERENCE PRITTIE

Las personas que están a punto de morir esperan una consideración especial de los demás. Normalmente, se sienten terriblemente asustados y profundamente desdichados. Es un reflejo perfectamente normal y humano pedir perdón por nuestros pecados cuando se acerca la muerte. Lo que resulta completamente insólito en el libro de Simon Wiesenthal es que un soldado de las SS moribundo pidiera absolución a la gente que había perseguido. Este hecho, obviamente, plantea un problema enormemente complejo.

En primer lugar, tenemos el problema de la conciencia del soldado nazi. Si solamente quería «confesión», podía habérsela pedido a un sacerdote de su propia religión. Podía haber implorado el perdón de Dios y así, probablemente, habría recibido la clásica respuesta de que la compasión de Dios es infinita, sin importar si su arrepentimiento es real. Cualquiera que haya luchado en los campos de batalla sabe que, ante la amenaza del peligro, el arrepentimiento parece ser completamente real. Los hombres que se encuentran bajo el fue-

go de las balas y que nunca han rezado antes suplican y prometen «ser buenos» en el futuro si Dios los complace y los rescata de una muerte segura. La certeza y no la mera posibilidad de la muerte es la única que puede reforzarnos a pedir clemencia. Eso es lo que buscaba el soldado de Wiesenthal.

Para el judío a quien dirigía sus ruegos el problema es completamente distinto. El judío se enfrentaba a la muerte cada día. Sabía que todo lo que podía esperar era acoger la muerte con valentía y mantener la fe en su propia identidad hasta el final. Si yo hubiera sido ese judío, me habría sentido ofendido por las súplicas del SS. Lo hubiera considerado como un intento de conseguir una fácil «salida» y el hecho de que me donara sus pertenencias lo habría acogido como un gesto histriónico y burlesco.

Un judío que sufre una persecución sólo puede perdonar los agravios que se han cometido personalmente contra él. No puede, de ningún modo, perdonar un genocidio. Encuentro que perdonar a un hombre que ha contribuido a incinerar a hombres y mujeres vivos es completamente repugnante, y no lo puedo ver de otra forma más que como una parodia del perdón, algo que se ha concedido simplemente porque da la casualidad de que se está muriendo. Perdonar a este soldado de las SS habría significado, por derivación, perdonar a todos los asesinos de las SS cuando estén en su lecho de muerte.

El soldado nazi tendría que haber buscado el perdón de Dios, no el perdón del hombre. Más allá de pecar contra un puñado de seres humanos condenados, pecó contra todos los principios de la humanidad. Era un asunto entre él y su Creador, no entre él y un único y extraviado judío sacado de una partida de trabajo y obligado a escuchar su «confesión».

¿El judío debería haberle dicho esto mismo? Sería mucho esperar que un atormentado y confundido prisionero de un campo de concentración haga las veces de filósofo. Posiblemente, tampoco podía actuar de padre confesor. En cualquier caso, demostró una admirable moderación al escuchar la terrible historia del soldado de las SS sin expresar su horror y su desprecio ante semejante crueldad. Al marcharse de la habitación sin pronunciar una sola palabra, se comportó de la manera más sensible, más lógica y, básicamente, más decentemente posible.

JOSHUA RUBENSTEIN

A medida que nos acercamos al final del siglo más violento de la historia del hombre, parece inútil detenernos a considerar el caso de un nazi mortalmente herido que está dispuesto a confesar su asesinato de varios judíos a otro judío

con el fin de morir en paz. En la actualidad, al incidente que describe Simon le han seguido miles de masacres similares, desde Camboya hasta Ruanda, desde Indonesia hasta Bosnia. Se han celebrado juicios contra los autores del terror y la tortura y hasta se han creado más comités para documentar los crímenes de los gobiernos citados, pero el número de confesiones voluntarias y sinceras es muy pequeño. De hecho, esas confesiones son tan escasas que un reciente y dramático ejemplo, el del oficial naval argentino que describió su participación en las matanzas de prisioneros políticos cuando los arrojaban desde los aviones al fondo del mar, nos hace reparar en el hecho de que todavía hay en Latinoamérica miles de asesinos que han escapado con sus crímenes y duermen plácidamente en su cama, de igual modo que muchos asesinos nazis envejecieron cómodamente junto al calor de sus familias.

El encuentro de Simon con el nazi herido me trae a la memoria un incidente de la guerra en el que se vio envuelto Heinrich Himmler, el *Reichsführer* de las SS y jefe de la policía alemana. En 1943 y hablando con un grupo de oficiales nazis en Poznan, Himmler reconocía lo difícil que debía ser cometer asesinatos en masa y su figura recordaba a un ser humano normal:

> La mayoría de vosotros sabrá lo que se siente cuando se reúnen 100 cuerpos, cuando se reúnen 500 o cuando se reúnen 1.000. Tener que soportar todo eso y, a la vez (aparte de las excepciones debidas a la debilidad humana) tener que conservar la compostura, hace que nuestro trabajo resulte extremadamente difícil

Las quejas de Himmler reflejan el sentimentalismo por las emociones humanas que cautiva a los regímenes totalitarios. Hitler era vegetariano. Los nazis no eran bestias sin sentimientos. Eran bondadosos con sus madres, generosos con sus hijos, cariñosos con sus esposas. Fue necesario apelar a una necesidad histórica para matar a millones de personas. El truco era permanecer como un ser humano decente y normal, tal y como Himmler explicaba con orgullo a sus subordinados.

No puedo evitar pensar en el discurso de Himmler cuando me planteo el dilema de Wiesenthal. Siento una total indiferencia por las súplicas de perdón del soldado nazi. Parecen estar más motivadas por la proximidad de la muerte y por la gravedad de las heridas que por la dimensión de sus crímenes. Según la historia que nos relata, el nazi se describe a sí mismo como una persona sinceramente horrorizada por la masacre, aunque él mismo participara en ella. Por añadidura, recuerda que se sintió invadido por el malestar, como si todos los años que pasó en las Juventudes Hitlerianas y en las SS (un inmenso banquete de odio y violencia demagógica) no le hubieran preparado convenientemente para esa intensa y terrible prueba de hombría aria. Al menos Himmler era lo suficientemente inteligente como para reconocer lo difícil que

debía ser asesinar a miles de personas. No se habría molestado por los recelos iniciales del joven nazi frente a la casa en llamas. Eso sólo confirmaría a Himmler que este joven oficial de las SS todavía era un «ser humano decente» que no aceptaba que las «debilidades humanas» interfiriera en los asesinatos masivos. Él consiguió superar esas debilidades. Las dudas del joven confirmaban que era un «alemán civilizado». Su participación en la masacre confirmaba que, además, también era un nazi.

Hoy sabemos, si es que entonces Simon lo ignoraba, que no castigaban a los soldados alemanes que se negaban a matar a gente inocente. El joven nazi no tenía por qué obedecer la orden de quemar y disparar a hombres, mujeres y niños desarmados. La fe que hacía tanto que había abandonado podía haberla recuperado antes de matar, en lugar de hacerlo después, en el umbral de su propia muerte. Podía haberse disparado a sí mismo en el pie. Podía haber sentido náuseas o haber padecido un incontrolado vómito, tal y como sintieron multitud de aliados y de reporteros la primera vez que presenciaron a una pila de cuerpos descompuestos. Para nosotros, en el calor de nuestros pacíficos hogares, es inútil sugerir que este nazi podía haber evitado mancharse las manos de sangre. Pero es aún más absurdo sugerir que después de diez años de militancia en las Juventudes Hitlerianas y en las SS, incluidos dos años de terrible batalla en el frente oriental, no fuera capaz de saber lo que le esperaba.

Este nazi en particular creció en un hogar católico, con unos padres normales y cariñosos. Durante su adolescencia no fue un delincuente, ni un sádico natural o un individuo salvaje y sin sentimientos. En aquella época, la sociedad alemana estaba experimentando un extravío moral. Sin embargo, en cualquier caso, la gente todavía podía tomar decisiones por sí mismas. La elección que tomó este joven nazi traiciona sus auténticos compromisos. Nadie le obligó a afiliarse a las Juventudes Hitlerianas. De hecho, lo hizo por encima de la voluntad de sus padres. Y nadie le forzó a alistarse a las SS. Otros alemanes, con antecedentes similares y bajo la misma presión social, se unieron a la Rosa Blanca, un grupo antinazi clandestino, o se negaron a cumplir el servicio militar. Todos fueron ejecutados. Tenemos el extraordinario ejemplo de Heinz, el hermano menor de Reinhard Heydrich,[1] quien fuera un nazi entu-

1. **Heydrich, (Tristan Eugene) Reinhard** (1904-1942): político nazi y segundo de a bordo, tras Himmler, en la gestión de las SS y la Gestapo. Tenía la responsabilidad de controlar los territorios ocupados por la Alemania nazi. En 1941 estuvo al frente de la administración de los territorios de Bohemia y Moldavia y en cinco semanas ejecutó a 300 checos. Actuó de manera similar en Noruega, Holanda y Francia, lo que le valió el apelativo de «El Carnicero». El 27 de mayo de 1942, mientras viajaba por la carretera que une Berlín y Praga, la resistencia checa disparó y bombardeó su coche. Murió al día siguiente en el hospital de Praga. Los alemanes, en venganza, arrasaron la ciudad de Lidice y asesinaron a todos sus habitantes. *(N. del t.)*

siasta. Una vez que comprendió el auténtico significado de la Solución Final (que el propio Reinhard Heydrich ayudó a diseñar), falsificó un centenar de pasaportes para ayudar a escapar del Reich a los judíos alemanes antes de suicidarse en 1944 por temor a que la Gestapo descubriera sus actividades. Finalmente, tenemos constancia de un oficial de las SS llamado Kurt Gerstein que usó su acceso a la información para tratar de alertar al mundo de los planes de Hitler para exterminar a los judíos. Estos alemanes sintieron un profundo remordimiento por los crímenes que habían cometido y corrieron verdadero riesgo en nombre de los perseguidos.

La confesión y el remordimiento no son garantía suficiente para conseguir el perdón. Aunque este nazi estuviera a punto de morir y no tuviera la energía ni la oportunidad de hacer algo bondadoso, tal y como otros alemanes arrepentidos hicieron, su agónico deseo de obtener el perdón de un prisionero judío vulnerable y asustado era un acto de egoísmo e insensibilidad, así como un acto de contrición equivocado.

El sentido de la humanidad requiere un respeto a la justicia y a la misericordia. Cuando Simon ayuda al herido a beber agua o le aparta una molesta mosca de su cara, esos gestos espontáneos reflejan instintos que podían haber desaparecido dentro de la vida del campo de concentración. El nazi cometió asesinatos en masa. Simon fue bastante misericordioso con él. Además, conceder el perdón hubiera supuesto una traición a él mismo y a todo el sufrimiento de su familia y de todos los que le rodeaban. Después de todo, era la primera y quizás la última vez que se enfrentaba a un nazi completamente desesperado y eso pudo confundirlo.

DOROTHEE SOELLE

Tengo dos respuestas contradictorias a la pregunta que Simon se hace a sí mismo y, a la vez, a nosotros. Esta contradicción se encuentra en la propia narración de Wiesenthal (entre su «No, no puedo perdonarte, no puedo perdonar al agradable joven alemán y al asesino de las SS» y «Sí, creo que tu remordimiento es sincero, *absolvo te*, puedes ir en paz») en su partida en silencio, en las preguntas a los otros prisioneros y en la visita a la anciana madre. En todo momento subyace la presencia del no y la necesidad de encontrar el sí.

Tal vez, como alemana, al menos tengo derecho a decir algo distinto al no. Como cristiana, tanto si lo quiero como si no, soy una heredera de la tradición judía y no puedo apartarme del sí. Me gustaría contar una conversación que

tuve con un profesor de literatura alemana. Tal vez eso aclare un poco lo que quiero decir. A finales de los años sesenta, supe que este profesor, a quien respetaba y admiraba profundamente por su sensibilidad y espíritu receptivo, no sólo había sido un nazi sino que también había participado en una quema de libros. Yo no pude comprenderlo y fui a su apartamento para conocer la verdad. ¿Por qué lo hiciste? ¿Quién lo ordenó? ¿Sabías qué libros quemabas? ¿Eran de Alfred Döblin o acaso de Kafka? Quería conocer hasta el último detalle. Fueron una horas terribles. No pretendió protegerse, pero insistió en la diferencia entre quemar libros y ejecutar personas (algo que, naturalmente, fue el problema subyacente durante toda nuestra conversación).

Cuando le pregunté de qué lado estaba ahora se echó a llorar. Luego murmuró algo que no pude comprender. Sólo entendí implícitamente la palabra «perdón». Después sucedió algo completamente insólito, algo que nunca antes me había ocurrido. Se tiró al suelo, se arrodilló, juntó sus manos y luego las encogió en un gesto de súplica. Yo no podía seguir sentada por más tiempo. No quería marcharme, de modo que me arrodillé a su lado y rezamos en voz alta el Padrenuestro: ... y perdónanos nuestras ofensas.

Nunca antes había conocido lo que era el remordimiento. Años más tarde, aprendí lo que significa la palabra *teshuvah* para la tradición judía: liberación, un cambio en nuestra actitud, un nuevo comienzo. Una leyenda judía dice que el *teshuvah* se creó antes incluso que la Creación, junto con la *Torah*, el nombre del Mesías y otros misterios. Supuestamente, no existe persona, tiempo o lugar donde el *teshuvah* no sea posible.

Eso es lo que pensé mientras leía a Simon Wiesenthal. ¿No se estaba produciendo un *teshuvah* en este joven nazi moribundo? Si eso fuera así, entonces Wiesenthal no tenía por qué haber mentido más tarde a su madre. Tanto el asesino como su madre no estaban solos en sus monólogos. Dios estaba allí. Además de esperar a la madre del joven, Él también esperaba al asesino.

Tal vez yo habría dicho: No, no puedo perdonarte. Pero tal vez habría dicho lo contrario. *Oremus*.

ALBERT SPEER

Afligido por un inexplicable sufrimiento, horrorizado por los tormentos de millones de seres humanos, reconocí mi responsabilidad por todos mis crímenes en los Juicios de Nuremberg. Con el veredicto de culpabilidad, el tribunal sólo condenó mi culpa legal. Más allá de ella se encuentra el compromiso

siasta. Una vez que comprendió el auténtico significado de la Solución Final (que el propio Reinhard Heydrich ayudó a diseñar), falsificó un centenar de pasaportes para ayudar a escapar del Reich a los judíos alemanes antes de suicidarse en 1944 por temor a que la Gestapo descubriera sus actividades. Finalmente, tenemos constancia de un oficial de las SS llamado Kurt Gerstein que usó su acceso a la información para tratar de alertar al mundo de los planes de Hitler para exterminar a los judíos. Estos alemanes sintieron un profundo remordimiento por los crímenes que habían cometido y corrieron verdadero riesgo en nombre de los perseguidos.

La confesión y el remordimiento no son garantía suficiente para conseguir el perdón. Aunque este nazi estuviera a punto de morir y no tuviera la energía ni la oportunidad de hacer algo bondadoso, tal y como otros alemanes arrepentidos hicieron, su agónico deseo de obtener el perdón de un prisionero judío vulnerable y asustado era un acto de *egoísmo e insensibilidad*, así como un acto de contrición equivocado.

El sentido de la humanidad requiere un respeto a la justicia y a la misericordia. Cuando Simon ayuda al herido a beber agua o le aparta una molesta mosca de su cara, esos gestos espontáneos reflejan instintos que podían haber desaparecido dentro de la vida del campo de concentración. El nazi cometió asesinatos en masa. Simon fue bastante misericordioso con él. Además, conceder el perdón hubiera supuesto una traición a él mismo y a todo el sufrimiento de su familia y de todos los que le rodeaban. Después de todo, era la primera y quizás la última vez que se enfrentaba a un nazi completamente desesperado y eso pudo confundirlo.

DOROTHEE SOELLE

Tengo dos respuestas contradictorias a la pregunta que Simon se hace a sí mismo y, a la vez, a nosotros. Esta contradicción se encuentra en la propia narración de Wiesenthal (entre su «No, no puedo perdonarte, no puedo perdonar al agradable joven alemán y al asesino de las SS» y «Sí, creo que tu remordimiento es sincero, *absolvo te*, puedes ir en paz») en su partida en silencio, en las preguntas a los otros prisioneros y en la visita a la anciana madre. En todo momento subyace la presencia del no y la necesidad de encontrar el sí.

Tal vez, como alemana, al menos tengo derecho a decir algo distinto al no. Como cristiana, tanto si lo quiero como si no, soy una heredera de la tradición judía y no puedo apartarme del sí. Me gustaría contar una conversación que

tuve con un profesor de literatura alemana. Tal vez eso aclare un poco lo que quiero decir. A finales de los años sesenta, supe que este profesor, a quien respetaba y admiraba profundamente por su sensibilidad y espíritu receptivo, no sólo había sido un *nazi* sino que también había participado en una quema de libros. Yo no pude comprenderlo y fui a su apartamento para conocer la verdad. ¿Por qué lo hiciste? ¿Quién lo ordenó? ¿Sabías qué libros quemabas? ¿Eran de Alfred Döblin o acaso de Kafka? Quería conocer hasta el último detalle. Fueron una horas terribles. No pretendió protegerse, pero insistió en la diferencia entre quemar libros y ejecutar personas (algo que, naturalmente, fue el problema subyacente durante toda nuestra conversación).

Cuando le pregunté de qué lado estaba ahora se echó a llorar. Luego murmuró algo que no pude comprender. Sólo entendí implícitamente la palabra «perdón». Después sucedió algo completamente insólito, algo que nunca antes me había ocurrido. Se tiró al suelo, se arrodilló, juntó sus manos y luego las encogió en un gesto de súplica. Yo no podía seguir sentada por más tiempo. No quería marcharme, de modo que me arrodillé a su lado y rezamos en voz alta el Padrenuestro: ... y perdónanos nuestras ofensas.

Nunca antes había conocido lo que era el remordimiento. Años más tarde, aprendí lo que significa la palabra *teshuvah* para la tradición judía: liberación, un cambio en nuestra actitud, un nuevo comienzo. Una leyenda judía dice que el *teshuvah* se creó antes incluso que la Creación, junto con la *Torah*, el nombre del Mesías y otros misterios. Supuestamente, no existe persona, tiempo o lugar donde el *teshuvah* no sea posible.

Eso es lo que pensé mientras leía a Simon Wiesenthal. ¿No se estaba produciendo un *teshuvah* en este joven nazi moribundo? Si eso fuera así, entonces Wiesenthal no tenía por qué haber mentido más tarde a su madre. Tanto el asesino como su madre no estaban solos en sus monólogos. Dios estaba allí. Además de esperar a la madre del joven, Él también esperaba al asesino.

Tal vez yo habría dicho: No, no puedo perdonarte. Pero tal vez habría dicho lo contrario. *Oremus*.

ALBERT SPEER

Afligido por un inexplicable sufrimiento, horrorizado por los tormentos de millones de seres humanos, reconocí mi responsabilidad por todos mis crímenes en los Juicios de Nuremberg. Con el veredicto de culpabilidad, el tribunal sólo condenó mi culpa legal. Más allá de ella se encuentra el compromiso

moral. Después de veinte años de cárcel en Spandau, nunca podré perdonarme por apoyar de manera imprudente y poco escrupulosa a un régimen que llevó a cabo el asesinato sistemático de judíos y de otros pueblos. Mi delito moral no está sujeto al estatuto de las prescripciones legales, y ya no podrá borrarse durante el resto de mi vida.

¿Deberías perdonar tú, Simon Wiesenthal, aunque yo no pueda perdonarme a mí mismo? Manès Sperber opina que si ese soldado de las SS hubiera logrado sobrevivir y conservara la convicción de su arrepentimiento no lo condenarías: pues bien, el 20 de mayo de 1975, nos sentamos uno frente a otro durante más de tres horas en tu Centro de Documentación de Viena, un encuentro precedido de un semestre de correspondencia. De hecho, fue *Los límites del perdón* lo que me condujo hasta ti: «Hiciste bien», te respondí entonces, «nadie está autorizado para perdonar. Pero mostraste empatía al emprender aquel penoso viaje hasta Stuttgart en 1946. Demostraste sentir compasión cuando no contaste a la madre los crímenes de su hijo. Esta bondad humanitaria también se refleja en la carta que me diriges y te estoy muy agradecido por ello.» También demostraste clemencia, humanidad y bondad cuando nos sentamos uno frente a otro en ese 20 de mayo. No hurgaste en mis heridas sino que, con sumo cuidado, trataste de ayudarme. No me reprochaste nada o te enfrentaste a mí preso de la ira. Te miré a los ojos, unos ojos donde se reflejaban todos las víctimas que murieron asesinadas, ojos que han sido testigos de miserias, degradación, fatalismo y agonía de nuestros compañeros seres humanos. Y, sin embargo, tus ojos no reflejaban odio. Seguían siendo cálidos, tolerantes y llenos de compasión por el sufrimiento de los demás. Cuando partimos, escribiste una dedicatoria en mi copia de tu libro manifestando que yo no traté de negar aquellos dramáticos sucesos, sino que había reconocido mi responsabilidad en su auténtica dimensión.

Mi conciencia me llevó hasta ti. Tú me prestaste mucha ayuda, igual que hiciste con el soldado de las SS cuando no retiraste tu mano o cuando no le reprochaste sus crímenes. Todo ser humano tiene que soportar una carga. Nadie puede cedérsela a otro. Pero, para mí, desde aquél día, se ha hecho mucho más ligera. La gracia de Dios me ha tocado a través de ti.

MANÈS SPERBER

No puedo afirmar con seguridad cómo habría reaccionado de haber estado en el lugar de Simon Wiesenthal. Tal vez, presa de un falso sentido de la bondad, habría cedido a la debilidad y hubiera pronunciado las palabras de per-

dón que tanto deseaba escuchar el soldado nazi. Por otro lado, puede que hubiera actuado de la misma manera que hizo Wiesenthal... Sin embargo, dejando aparte la psicología de cada uno, es cierto que incluso en una situación como ésa cada individuo actúa según su propia personalidad. En cuanto a la cuestión de conciencia que se plantea a cada lector en el epílogo de *Los límites del perdón*, uno debe ante todo establecer el siguiente principio: podemos perdonar una ofensa, aunque sea la falta más terrible que se pueda cometer contra nosotros. Si eso sucede realmente así, la cuestión del perdón resulta superflua. Aquí no se puede discutir por qué y a través de qué procesos internos podemos llegar a perdonar. Aparte del perdón que la víctima pueda otorgar, existe el perdón por parte del malhechor, un fenómeno que se produce con mucha frecuencia. En efecto, existe una sensación psicológica de que es imposible olvidar eternamente. Por tanto, es una cuestión de «desactualización» más o menos constante.

¿Debemos olvidar antes de poder perdonar? ¿Resulta posible retener en nuestra memoria una ofensa y, no obstante, llegar a perdonarla? ¿Cuáles son las condiciones que se han de dar para que se produzca esa situación?

La primera respuesta puede parecer que peca de cinismo: el perdón y la reconciliación más segura y duradera se produce cuando los descendientes de los malhechores y los de las víctimas se funden en una unidad colectiva e inquebrantable (en una familia, en una tribu, en un pueblo, en una nación). Hace cien años, Ernest Renan señaló que la existencia de las naciones dependía del perdón. Cada nación representa una amalgama de tribus que durante años, o quizás cientos de años, se han infligido unas a otras todo tipo de sufrimientos y de desdichas. Cada nueva generación descubre la verdad sobre su espantoso y demoledor pasado, pero eso no destruye la conciencia de un destino común.

Una segunda y trágica posibilidad, que se acerca bastante a nuestro caso en cuanto que el crimen sólo lo comete una de las partes, es el de la extrema humillación y la persecución despiadada. Con el fin de no tener que arriesgar sus vidas, las víctimas o sus descendientes se someten a sus malhechores y admiten que sus mentiras y sus excusas son ciertas, con el consiguiente dominio, al menos temporal, de la tiranía y la opresión totalitaria.

En ambos casos se produce una «desactualización» intencionada con el fin de liberar al presente y, más especialmente, al futuro de la pesada carga del pasado. En este caso ¿el perdón precede al crimen o viceversa? En cada caso la respuesta puede ser diferente. Aquí se suele aplicar el viejo principio judío: *kulo chayav* (todos somos culpables). Y como todos somos culpables, todos podemos ser libres. El castigo sería demasiado terrible, ya que pondría en peligro la existencia de la humanidad, y la humanidad no puede desaparecer.

Sin duda, alguno podría formular el problema de otra manera: ¿son los propios malhechores los que olvidan? ¿Y olvidan antes de que se hayan arrepentido y de que hayan confesado su crimen? Sin una confesión y un sincero arrepentimiento su olvido no es más que una continuación de su crimen. Por tanto, no debemos conceder el perdón sin asegurarnos antes de que el culpable siempre recordará su culpa. Desde este punto de vista, el problema ético al que se enfrentan los judíos y los alemanes no es, en absoluto simple, sino que queda completamente claro: antes de tener el derecho a perdonar, debemos estar completamente seguros de que los alemanes no han olvidado y de que están dispuestos a hacer todo lo posible para no olvidar los crímenes que cometieron en su propio nombre. Los dos pueblos están unidos trágicamente por los terribles acontecimientos, al igual que el joven nazi que se encontraba en su lecho de muerte y el prisionero Wiesenthal. Y Wiesenthal estará unido a él hasta el mismo día de su muerte. Aunque sus crímenes y sus sufrimientos hacen muy difícil que algún día lleguen a vivir juntos en eterna armonía, ahora ya nada puede separarlos.

Yo siempre rechacé, en la teoría y en la práctica, la idea de la culpabilidad colectiva, pero creo que existe algo llamado responsabilidad nacional o estatal. En este respecto, las reparaciones que hizo la República Federal Alemana a Israel y a las víctimas supervivientes de los crímenes nazis están completamente justificadas y son muy importantes. No reponen nada, ni pueden invertir los acontecimientos, pero para los alemanes existe una necesidad psicológica de reparar su culpa. Pero eso no responde a la cuestión: ¿cómo podemos perdonar a aquellos que hacen imposible que les perdonemos (en la medida en que deseemos perdonar) ya que, por su parte, han decidido comportarse como si ya no supieran lo que es perdonar y olvidar?

Aunque el joven soldado de las SS era culpable, era diferente a los organizadores de los campos de exterminio y a los cómplices del genocidio. En su obediencia a los líderes criminales aumentaba cada vez más su culpabilidad, ya que se ponía política e incondicionalmente a su entera disposición. De eso no cabe ninguna duda, pero no es menos cierto que, al final, dirigió su acusación contra sí mismo. Como persona acusada de cometer crímenes lo condenamos y lo rechazamos, pero como acusador debemos señalar que se colocó a sí mismo entre las víctimas.

No obstante, Simon Wiesenthal tenía todo el derecho a perdonarle, aunque nunca en nombre de los mártires, ya que ni antes ni ahora han confiado a nadie para esa misión. Pero si ese joven soldado hubiera sobrevivido, si todavía siguiera entre nosotros y permaneciera firme en ese sentimiento de culpabilidad que lo torturaba en las últimas horas de su vida (y que hasta incluso puede que lo transformara), ¿Wiesenthal lo habría condenado? Creo que no. Y pienso que yo tampoco lo condenaría hoy.

Los corruptos autócratas forzaban a sus súbditos a una complicidad de la que sólo podían escapar aquellos que siguieran los dictados de su propia conciencia arriesgando, de ese modo, su propia vida. Por tanto, había millones de personas culpables. No nos neguemos a perdonar a esas personas cuya culpabilidad era la fuente irrefrenable de una conciencia torturada. En este caso, no puede haber un argumento contrario al perdón o, lo que es más, contrario a una reconciliación basada en la piedad.

ANDRÉ STEIN

«En nuestro mundo, ya nada obedecía a las leyes de la vida [...] La única regla que seguía manteniendo una base fiable de enjuiciamiento era la ley de la muerte [...] El resultado de todo ello era una pasividad mental y [...] la clara expresión de nuestra desesperación» (pág. 60).

Estas palabras de Simon Wiesenthal dejan poco lugar a la controversia sobre sus propios actos. La vida diaria predeterminaba *in extremis* lo que pertenecía o no a sus recursos morales y psicológicos. Cualquier otra especulación hecha *a posteriori* sobre si debía perdonar al asesino de las SS es éticamente cuestionable. En la absurda cultura del campo de concentración todo estaba impregnado de su propio y prematuro final, todas las decisiones eran necesariamente la consecuencia de una deliberada sucesión de intenciones aleatorias. Nada se daba por sentado sobre la base de un conocimiento previo. Cualquier acto, decisión o acatamiento de una orden podría suponer fácilmente tanto la afirmación de la vida como la afirmación de una amenaza. Nada tenía sentido. Las víctimas eran despojadas de su propio destino. A menudo daba lugar a un trance al que Simon llamaba «pasividad mental» en el que tomar cualquier decisión podía llevarte a la destrucción. Puesto que en ese universo concentrado no quedaba nada de la antigua vida de los judíos, el silencio de Simon fue una decisión que él no eligió. Eso es algo que no debería cuestionarse desde la perspectiva de la realidad cotidiana y con la distancia de medio siglo.

En mi opinión, la historia de Simon plantea importantes cuestiones sobre el papel de Karl en este asunto. ¿Tenía derecho a pedir perdón? ¿Podemos creer en la autenticidad de su arrepentimiento? ¿Debería pedir perdón cualquier persona que haya perpetrado crímenes contra la humanidad? Si perdonásemos

a los criminales de guerra, ¿cómo afectaría esos gestos de cuestionable generosidad a la memoria de los supervivientes y de las víctimas?

Me siento consternado ante el afán que demuestran muchas personas de perdonar a los infanticidas, a los torturadores y a los violadores mientras culpan directamente a la ideología asesina, a la propaganda y, como en el caso de Karl, a una vulnerabilidad propia de la juventud.

Esa petición de perdón me hace recordar las palabras que Arthur, el compañero de Simon, le dirigió en el campo de concentración cuando Simon le pidió su opinión: «[...] habrá gente que nunca te perdone por no haberle perdonado [...] pero, en cualquier caso, nadie que no haya pasado por nuestra experiencia podrá entenderlo completamente». La cita revela dos verdades: la primera, que aquellos que arrojan una piedra a Simon demuestran tener una mayor afinidad con el asesino moribundo que con las víctimas. Y segunda, que cuando presionan para que perdone al joven nazi, están viendo el nazismo a través de un falso cristal humano. No olvidemos que, con veintiún años, Karl ya era lo suficientemente mayor como para saber qué es lo que estaba eligiendo. Podía haberse guiado por las doctrinas de su fe y por los valores morales de su familia. En su lugar, optó por unirse a un mito seductor que le dio unos poderes que nadie podía tener. Participó en un asesinato. Acabó teniendo remordimientos de conciencia, pero no hizo una sola acción que demostrara un auténtico remordimiento o arrepentimiento. Por tanto, su confesión en el lecho de muerte suena, de algún modo, hueca.

No me siento conmovido por su «dolor moral» más de lo que se sintieron los compañeros de Simon o, por consiguiente, más que el propio Wiesenthal. Cuando leí su historia sentí compasión por las víctimas y por Simon, que en este drama fue coaccionado por la arrogancia de un asesino nazi al que le asustaba morir en pecado.

El auténtico arrepentimiento debe incluir empatía hacia la víctima y hacia todos los demás que comparten su vulnerabilidad. En cambio, Karl pidió a la enfermera que le trajera un judío (cualquier judío) para que pudiera confesarse, conseguir su absolución y morir en paz. La petición era absurda. No es ninguna prueba de arrepentimiento esperar que un judío que languidecía en un campo de concentración nazi mostrara algo de generosidad hacia un compañero de aquellos que probablemente le iban a matar. Lo que en realidad se demuestra es que Karl todavía pensaba que los judíos eran un objeto. El hecho de que cualquier judío pudiera hacer ese milagroso rescate espiritual es una evidencia de que, para Karl, Simon no era un ser humano igual, sino un instrumento de salvación. Justo antes de morir, se entromete todavía más en la vida de Simon al dejarle todas sus pertenencias, como si estuviera diciendo: «Iré a verte desde mi tumba y no dejaré que olvides que no me concediste mi último

deseo». De ese modo, Karl consiguió convertirse en un intruso de su conciencia. De hecho, la revisión de *Los límites del perdón* cincuenta años después de que se produjeran los acontecimientos demuestra su eterna presencia en la vida de Simon.

En cuanto a Simon, no podemos reprocharle nada desde el punto de vista moral por no ser capaz de decir: «Te perdono». De todos modos, si hubiera pronunciado esa frase habría mentido. El silencio se convirtió en el auténtico medio de comunicación. Simon había escuchado la historia del soldado pensando en los muertos o en los que casi lo estaban: Eli, su madre, sus compañeros. Y, sin embargo, escuchó y respetó la historia del joven. Al final, su silencio fue una afirmación inequívoca: «He escuchado lo que hiciste y ya sé cómo te sientes. Puedo ver lo asustado que estás ante la posibilidad de morir con remordimientos de conciencia. Y esto es todo lo que puedo hacer. No te estoy diciendo cuánto te aborrezco, ya que las llamas de mi odio me consumirían antes de que pudieran alcanzarte. No puedo perdonarte no sólo porque no tenga el poder de hablar en nombre de tus víctimas, sino también porque me has obligado a escuchar tu historia. Para mí eso es como una maldición».

Simon realizó un acto de caridad con Karl al no hablarle de esa manera. Y también demostró tener solidaridad consigo mismo al no conceder más de lo que estaba en su mano. No trató al soldado como a un monstruo que ha cometido crímenes horribles. En su lugar, respetó la humanidad de un hombre que había perdido su condición de humano.

¿Podemos, en realidad, solicitar el perdón para los que han cometido crímenes contra la humanidad? ¿No deberíamos advertir que si no hay misericordia para los que se proponen cometer actos malvados, ni siquiera en su lecho de muerte, podría hacer que cayeran en la tentación de matar? Las consecuencias de participar en un genocidio deben incluir la muerte con la conciencia culpable.

Este tipo de advertencia podría significar algo para los que dudan entre practicar el bien o el mal y para los que insinúan que los supervivientes serán más nobles. Debemos dejar de dictar posturas morales a los supervivientes. Lo contrario de no perdonar no es la crueldad ni el ensañamiento. Es una manera de aliviar y de honrar nuestro dolor y nuestra angustia.

Aquellos que no pudieron perdonar a Simon Wiesenthal por haber tomado una decisión que no eligió deberían dejar de atormentarle. Es muy fácil invocar a la ética judeocristiana en nombre del perdón desde la distancia de una vida mundana. Al leer esa clase de veredictos morales me pregunto cómo algunos pueden defender que Simon perdonara al nazi moribundo a la vez que juzgan a Simon. El propio Simon parecía pensar que el perdón era una posibilidad. ¿Está fuera de su desesperado alcance permanecer limpio en un mundo moralmente corrompido? ¿Tiene que ser mejor que los humanos?

Estoy familiarizado con la situación de Simon. En mi libro *Broken Silence: Dialogues from the Edge*, describo cómo un detective nazi pretende obtener la santidad del útero de mi tía Sari a cambio de nuestras vidas. Cuando Sari se dio cuenta de que el hijo que llevaba era del detective le espetó: «O nos dejas vivir o mataré a tu hijo nonato». Nos encubrió de mala gana. ¿Por qué no siento un gramo de generosidad hacia ese violador de inocentes que intercambiaba seres humanos por puro placer? Cada vez que pienso en el precio que puso a mi tía para salvar la vida de cuatro niños y dos madres sólo puedo sentir ira. Muchos de los que leyeron este trágico ejemplo de heroísmo y autosacrificio alzaron la voz contra mi tía: «Ella no tenía derecho a comprar vuestra supervivencia a ese precio». Al igual que hicieron otros muchos, los «jueces» de mi tía sólo se fijaron en la postura moral que adoptó la víctima.

No sé lo que hubiera hecho en el lugar de Simon. Para mí tiene sentido su decisión de guardar silencio y lo considero como una victoria moral de la «subhumana» víctima. Después de toda la deshumanización sufrida, todavía tenía una postura moral que podía adoptar: negarse a jugar a su macabro juego.

No estoy en paz con la decisión de Simon de dejar que la madre de Karl siguiera convencida de la bondad inmaculada de su hijo. Simon tenía contraído el compromiso con las víctimas pasadas y futuras de decir la verdad. Y la madre de Karl tenía la responsabilidad de estar por encima de su dolor personal y de decir al mundo lo que su hijo había hecho. Podía advertir a los padres de la necesidad de convencer a sus hijos para que eviten el mal. Al permanecer en silencio y asustada, debe cargar con su parte de culpabilidad y de conciencia colectiva. No debemos olvidar que millones de personas murieron en manos de una nación de buenos hijos. Cada mujer que se obstina en guardar una prístina imagen moral de su hijo es una colaboradora de su crimen.

Por tanto, debemos dejarnos de emociones basadas en convencionalismos morales sobre la edad de los criminales y de sus padres. Recurrir a la juventud de Karl y a la avanzada edad de su madre resulta moralmente sensiblero. La magnitud del crimen y la amplia participación popular en él no deja lugar a otra consideración más que la del bienestar de los supervivientes, la sagrada memoria de las víctimas y la prevención de futuros genocidios. La voz de una honesta y arrepentida madre de un asesino de las SS debería tener gran credibilidad. Los padres de Karl no están libres de culpa por su afiliación a las SS. Y al mantener oculta la verdad, Simon permitió que la madre de Karl viviera una repugnante mentira. Como niño que sobrevivió al holocausto y que perdió a sesenta parientes a manos de «buenos chicos que no matarían a una mosca», me siento indignado por esta versión de la conspiración de silencio.

NECHAMA TEC

Nada más terminar de leer *Los límites del perdón* pensé que de haber estado en el lugar de Wiesenthal, no habría absuelto al SS moribundo de sus horrendos crímenes. Sabía, casi de manera intuitiva, que el perdón no era posible.

A mi reacción emocional personal le siguió un torrente de argumentos que, de manera individual y colectiva, defendían varias posibilidades, diferentes explicaciones y diversas justificaciones, compitiendo entre ellos por ganar mi atención. Esta avalancha de ideas me llevó a comprender que debería cambiar mi postura inicial de negarme a perdonar. Me di cuenta de lo compleja que era la situación. También vi que mi respuesta final podría estar influida tanto por mi propio pasado como por mi actual marco social. ¿Podría yo, una superviviente del holocausto que durante la ocupación nazi pasó varios años en un gueto y que durante tres años me hice pasar por católica, ponerme en la posición de Wiesenthal? ¿Hasta qué punto puedo predecir cómo habría actuado en su lugar? ¿Puedo verdaderamente imaginarme en un campo de concentración donde la vida y la muerte estaban tan precariamente entrelazadas sin haber experimentado los horrores que se viven allí?

Yo también me he enfrentado al problema del perdón. Cuando imparto clases sobre el holocausto, a veces me pregunto cómo me siento respecto a los alemanes. De vez en cuando, entre esas preguntas, termino por plantearme la cuestión del perdón. Alguno de mis alumnos, particularmente los más jóvenes, me preguntan si he perdonado a los que cometieron los crímenes contra los judíos.

Recientemente, un reportero de la BBC que me había entrevistado para un programa de radio y televisión, quería saber si los judíos en general y los tribunales británicos en particular deberían dejar de perseguir a los que atentaron contra el pueblo judío. Después de todo, argumentaba, esos crímenes sucedieron hace ya mucho tiempo. Además, los culpables del genocidio ahora son ancianos y su salud es débil. ¿Deberían las autoridades dejar de acosar a esos frágiles ancianos y perdonarles por sus pecados pasados? El reportero planteó esta cuestión pensando en un hombre en concreto. Este hombre, que ahora tiene ochenta y cuatro años, vive en el Reino Unido. Durante la Segunda Guerra Mundial, cuando desempeñaba el cargo de jefe de la policía en Bielorrusia, participó voluntariamente en el asesinato en masa de los judíos. Hace poco tiempo, las autoridades comenzaron a reparar en él y decidieron llevarlo ante un tribunal. El reportero de la BBC quería saber si yo apoyaría la liberación de ese hombre. Después de todo, el hombre era un anciano y estaba enfermo y sólo le quedaban unos cuantos años de vida.

Mi tajante no fue seguido de una explicación. En primer lugar, como seres humanos que somos, debemos predecir las consecuencias de nuestros actos y aceptar la responsabilidad que nos puedan acarrear. En segundo lugar, y más importante, no tengo derecho a perdonar los crímenes que se han cometido contra los demás. Sólo los que fueron agraviados, en este caso los judíos que murieron asesinados, tienen derecho a perdonar, no yo.

No pretendo ser original, sino que me hago eco de las palabras de los diferentes compañeros de prisión a los que Wiesenthal consultó. Uno de ellos, Josek, decía: « [...] no estás en situación de perdonarle [al soldado de las SS] por lo que hizo a los demás» (pág. 58). Otro amigo, Arthur, da más explicaciones sobre el tema: «Un superhombre le pide a un subhumano que haga algo so brehumano. Si le hubiese perdonado, no te lo habrías perdonado en toda tu vida» (pág. 59). Otro amigo, un polaco católico, llega voluntariamente a la misma conclusión cuando dice: « Sólo puedes perdonar las ofensas que se cometen contra ti» (pág. 69). Finalmente, y a pesar de todas sus dudas, Wiesenthal piensa que «el perdón es un acto de voluntad y sólo la víctima tiene autoridad para tomar la decisión» (pág. 80). Y, sin embargo, después de que Wiesenthal hiciera esta afirmación, parece de nuevo dudar de su decisión cuando pide al lector que reconsidere la situación y que tome su propia decisión.

Una vez que he repetido lo que yo creo que hubiera hecho, me niego a olvidar la cuestión. Deseo saber más cosas y comprender el contexto de las reacciones de Wiesenthal, reacciones que van más allá del mero hecho de no perdonar. ¿Cómo se desarrolló este extraño encuentro? ¿Cómo podemos evaluar, con tanta distancia de tiempo, de lugar y de conocimientos, la reacción de Wiesenthal?

El perdón lo pedía un hombre que había cometido crímenes terribles. En su lecho de muerte, el hombre sufría tanto física como emocionalmente y pensaba que el perdón aliviaría su sufrimiento. No tenemos pruebas de que, después de que el hombre cometiera los crímenes que atormentaban su conciencia, dejara de cometer otros delitos o de que fuera a dejar de cometerlos en el futuro. Wiesenthal parece sugerir que el sentimiento de culpa del soldado de las SS era fruto de la proximidad de su muerte. La culpa que sentía por el asesinato de una familia judía no parecía incluir a los judíos en general. Tampoco demostró sentir ningún tipo de compasión por el prisionero judío que tenía frente a él. El hecho de que el soldado de las SS quisiera que un judío le absolviera por sus crímenes pasados demuestra una falta de sensibilidad por la propia situación de los judíos. El soldado moribundo hace al judío una petición que él mismo sabe que no es razonable.

De forma egoísta y egocéntrica, el soldado nazi sólo piensa en su propio sufrimiento. Así, afirma compadeciéndose de sí mismo: « [...] esos judíos mu-

rieron rápidamente, no sufrieron como yo. Aunque ellos no eran tan culpables como yo» (pág. 49). Ni siquiera es capaz de ver que los judíos a los que asesinó eran víctimas inocentes, no eran culpables de ningún delito. Incluso en su lecho de muerte, parece negar a los judíos su humanidad. Y es la autocompasión la que le impulsa a imponer una carga más al prisionero del campo de concentración que está sentenciado a morir. El nazi sabe perfectamente que su petición causa mucho dolor a su indefenso oyente. Él dice: «Sé que te estoy pidiendo demasiado, pero sin tu respuesta no puedo morir en paz» (pág. 50).

Wiesenthal sabe que el moribundo siente lástima de sí mismo y que le invadía la autocompasión. Él señala: «Se dio cuenta de que sentía compasión por él. ¿Pero tenía algún derecho a que los demás sintieran piedad? ¿Una persona así se merece que alguien sienta compasión por ella? Tal vez pensaba que al sentir lástima de sí mismo encontraría compasión en los demás...» (pág. 49).

La autocompasión del soldado de las SS podía haberle cegado ante las necesidades de los demás. No es capaz de darse cuenta de las necesidades del judío que se encontraba frente a él y con quien quería compartir sus anhelos más íntimos. De hecho, ni siquiera quiere saber quién es el judío. El nazi se da perfecta cuenta de ello cuando dice: «No sé quién eres, sólo sé que eres judío y para mí eso es suficiente» (pág. 50). Pero ¿por qué debería importar la condición de judío de Simon? Porque el soldado de las SS no ve a su interlocutor como un individuo, como una persona. Sólo lo ve como a un judío, como a un representante de todos los judíos, de una masa, de una raza, pero no como a un ser humano. Tal vez para este nazi todos lo judíos eran iguales y su individualidad no importaba. Esta actitud se ajusta a la ideología nazi que define a todos los judíos como seres inferiores, como no humanos.

Wiesenthal se mostró poco dispuesto a permanecer con el moribundo. Quería marcharse poco después de haber llegado. Sin embargo, se quedó. Él lo explica así: «Mi instinto se negaba a seguir escuchando ese arrepentimiento tardío. Quería salir de allí. Aquel hombre debió darse cuenta de ello, ya que [...] me agarró por el brazo. Ese gesto fue tan patéticamente desesperado que, de repente, sentí lástima por él. Me quedaría, aunque quisiera marcharme» (pág. 38).

Aunque el soldado sabía que el prisionero quería salir de allí insistió en que se quedara. Pero en ningún momento el nazi se disculpó por esta imposición. El nazi, insensible a las necesidades de los demás, estaba sumido en sus propios deseos. Tal vez, si no hubiera estado tan poseído por la autocompasión, podría haber tenido en cuenta otras opciones. Podría haber demostrado la autenticidad de su arrepentimiento haciendo algo por los demás. Si hubiera sido menos ególatra podría haber pensado en llamar a un alto mando de las SS. Podría haberle dicho a este superior lo abominable que era el asesi-

nato de los judíos. Podía haber rogado a sus compañeros alemanes que seguían vivos y en plena actividad, que cesaran de matar a gente inocente. Resumiendo, en vez de atormentar a un prisionero judío con los relatos de sus crueles atentados podría haber hecho un esfuerzo para prevenir futuros crímenes. Pero no hizo nada de eso. En su lugar, parecía tratar de competir en sufrimiento cuando insistía en que ellos sufrieron menos cuando murieron de lo que lo hacía él.

El nazi parece ignorar que el sufrimiento de los judíos lo provocó él y los que eran como él. Ignoraba que la situación en la que se encontraban los judíos era fruto del entrenamiento que había recibido para tratarlos de cierta manera. Ni siquiera en su lecho de muerte abandonó la ideología racista que formaba parte de su ser. El soldado de las SS se preocupaba de su propio sufrimiento, de su alma, de lavar su conciencia y de su posible salvación, sin tener en cuenta todo lo demás. ¿Qué importa su propia salvación? ¿Iba a ser su confesión con un judío anónimo más eficaz que expresar a su Dios el verdadero remordimiento de conciencia?

¿Cómo se comportó el prisionero judío? Aunque Wiesenthal quería marcharse, se quedó. Me sorprende la fuerza moral que parece conservar a pesar de estar rodeado por tanto deterioro físico y moral. Tiene mucho mérito que Wiesenthal considerara el perdón como una opción.

El perdón no es un acto simple y sencillo. El perdón es muy variable y tiene diferentes gradaciones. Puede estar sujeto a diferentes grados de consentimiento. Al igual que perdonar, no perdonar también puede tener diferentes escalas. En el caso de Wiesenthal, su negativa a perdonar se manifestó por medio del silencio.

Wiesenthal piensa que el silencio puede significar muchas cosas. Yo estoy de acuerdo. También coincido en que el silencio puede ser más elocuente que las palabras. Después de haber comentado sobre los diferentes atributos que tiene el silencio, Wiesenthal dice: «¿Mi silencio junto al lecho del nazi moribundo fue correcto o incorrecto?» (pág. 80). Pero Wiesenthal no explica lo que significa un silencio correcto o incorrecto. Sólo nos dice de forma indirecta que el silencio de Wiesenthal junto a la cama del SS moribundo expresaba que no había lugar al perdón. Esta es una definición negativa. ¿Qué otro mensaje podía encerrar su silencio? ¿Qué quería transmitir aparte de su negativa a perdonar? Tal vez, haber tenido la oportunidad de que el nazi moribundo le escuchara.

Sin embargo, al negarse a perdonar, sintió que no había podido reconfortar a un moribundo. Y como parece que Wiesenthal interpreta su silencio de esta manera, piensa que ésa es la realidad de la situación. Por lo que a él respecta, eso es lo que ocurrió.

Creo que en esas circunstancias, la reacción de Wiesenthal fue muy caritativa. Permaneció allí, escuchando al moribundo, aunque todo aquello le produjera repugnancia. Sintió lástima por el soldado de las SS aunque aborrecía los horribles crímenes de este hombre. Dice mucho en favor de Wiesenthal y de sus compañeros que, entre la devastación que rodeaba al campo de concentración, fueran capaces de considerar la importancia moral del perdón. En lugar de burlarse de la preocupación que invadía a Wiesenthal, le escucharon pacientemente.

A Wiesenthal le atormentaba haber abandonado al soldado moribundo sin haberle dicho una palabra. Personalmente opino que su silenciosa partida y su prolongada estancia con el SS moribundo fueron actos de caridad. Wiesenthal no parece darse cuenta de que al quedarse a escuchar al moribundo le estaba haciendo más fáciles sus últimas horas. Es más, el hecho de que Wiesenthal fuera ambivalente en sus acciones y de que todavía dudara de haber actuado de forma apropiada sólo pone de manifiesto su decencia y, de igual modo, nos demuestra su superioridad moral. Por contra, el alemán moribundo demostró que era indiferente a los problemas que no afectaban directamente a su persona.

JOSEPH TELUSHKIN

¿Era sincero el arrepentimiento del joven nazi? Todo parece indicar que sí. Y además, se estaba muriendo. ¿Si hubiera entrado un médico con una receta milagrosa que hubiera hecho que el joven se recuperara, seguiría sintiéndose desolado por el sentimiento de culpabilidad? ¿Si el ejército alemán le hubiera ofrecido el equivalente nazi al Corazón Púrpura por su valentía en combate, habría rechazado el premio? Quién sabe.

Es cierto, el joven asesino manifestó su arrepentimiento, pero era un arrepentimiento mezclado con autocompasión, denunciando sin rubor que él, que había asesinado a mucha gente, era demasiado joven para morir y afirmando que « [...] esos judíos [a los que ayudó a incinerar] murieron rápidamente, no sufrieron como yo» (pág. 49). Y entonces, recordando que estaba hablando con un judío, que el propósito de su confesión era obtener el perdón de ese judío, el joven nazi añade: «... aunque no eran tan culpables como yo». ¡Una frase brillante! Lo que no acaba de quedar muy claro es lo que quiere decir con que los judíos asesinados fueran culpables y que él, uno de sus asesinos también fuera culpable, pero que la culpa de los judíos no era tanta como

la suya. De repente, una confesión que parecía sincera, se mete en un terreno resbaladizo. Un hombre más honesto y bondadoso (en realidad, el tipo de persona que probablemente nunca cometería un asesinato como ése) habría dicho: «No me merezco sufrir por lo que he hecho, pero los judíos no merecían semejante sufrimiento. Eran víctimas inocentes de mis camaradas y de mí mismo».

Moshe Maimónides nos enseña que sólo podemos conocer el auténtico arrepentimiento de una persona si el penitente se encuentra en la misma situación en la que estaba cuando pecó y entonces se abstiene de volver a repetirlo. Pero, por supuesto, era imposible que este joven pudiera tener esa oportunidad. Sabemos que él *manifestaba* su arrepentimiento por sus terribles crímenes pero, por desgracia, eso es todo lo que conocemos.

¿Qué opinión nos merece, por tanto, la silenciosa respuesta de Wiesenthal a la petición de perdón del joven nazi? Yo estoy de acuerdo con él. ¿Cómo podría Wiesenthal perdonar los crímenes que se cometieron contra los demás? Tal vez, y sólo tal vez, si a este joven le hubieran enseñado desde su infancia que los actos irrevocables como el asesinato no se pueden reparar con palabras, no habría estado tan dispuesto a matar a gente inocente. De hecho, lo que condena todavía más a este nazi es saber, como sabemos ahora, que no castigaban a los soldados alemanes que se negaban a participar en las matanzas. Deberían perdonarse, por supuesto, la mayoría de las faltas que comete la gente, *siempre y cuando* el arrepentimiento del malhechor sea sincero e intente hacer todo lo posible por reparar su mal. Pero la diferencia entre perdonar el 97 por ciento de las faltas que se puedan reparar y perdonarlas todas es significativa. La matanza y tortura de inocentes es la maldad final y, por virtud de su muerte, los únicos que pueden perdonarla no pueden hacerlo. Este nazi quería morir con la conciencia si no limpia, al menos más limpia. Pero ¿qué méritos hizo para disfrutar de semejante privilegio?

Si ningún ser humano puede perdonar a este nazi, ¿lo puede hacer Dios? Como decía un filósofo judío de la Edad Media: «Si yo conociera a Dios, sería Dios». No obstante, algunas doctrinas judías sugieren que Dios no perdonaría a un hombre así. Un conocido texto del *Talmud* nos enseña que el Yom Kippur, el Día de la Expiación, sólo nos exime de los pecados cometidos contra Dios. En cuanto a las ofensas cometidas contra los demás seres humanos, sólo se puede conseguir la expiación apaciguando a la parte agraviada. Por otro lado, hay doctrinas judías que afirman que si un asesino acepta su castigo y está auténticamente arrepentido, con su muerte consigue cierto grado de expiación para el otro mundo.

¿Cómo trataría Dios a este asesino? Mi presuntuosidad tiene límites: no conozco los designios de Dios. Sin embargo, en años recientes, me he sentido

atraído, por medio de un inusual encuentro, por el concepto de *gilgul*, de la reencarnación. Tal vez Dios devuelva algún día al joven a este mundo y llegue a vivir una vida en la que se resistirá a cometer crímenes y hará mucho bien. Me gustaría creer que una vida de mucho bien tal vez reparase una vida llena de crímenes.

Pero es Dios el que debe hacer estos cálculos. En este mundo, me sentiría más inclinado a pensar que las distintas religiones se pondrán de acuerdo en la necesidad de enseñar a sus seguidores, desde la misma infancia, la importancia de los principios morales, enseñarles que el perdón es casi siempre una virtud pero también enseñarles que la crueldad es un mal y el asesinato de gente inocente es un mal imperdonable. En otras palabras, enseñar a la gente el camino más duro y el más válido desde el punto de vista moral: arrepentirse de un mal irrevocable *antes*, no *después* de cometerlo.

TZVETAN TODOROV

¿Qué debería haber hecho Simon? ¿Qué hubiera hecho yo si me hubiera encontrado en su lugar? Me gustaría responder primero a la primera cuestión. El único que puede perdonar es el que ha sufrido el daño. Por analogía, la extensión del individuo al grupo me parece ilegítima: no se puede perdonar por poderes, de igual modo que no se puede ser una víctima por asociación o defender la existencia de una culpa colectiva. Por tanto, el asesinato, por definición, no puede perdonarse: la parte ofendida ya no se encuentra entre nosotros para poder hacerlo. Debería añadir que, puesto que no soy cristiano creyente, nunca he considerado la absolución como un elemento esencial de la vida. La justicia y la moralidad son mucho más importantes para mí.

Por tanto, intentaré ir un poco más allá y formular la cuestión en mis propios términos: ¿Cómo debemos juzgar al hombre descrito por Wiesenthal y qué debemos pensar de él? Su culpa es incuestionable. El problema que se nos presenta es si deberíamos tener en cuenta su arrepentimiento y sus remordimientos. La experiencia demuestra que la gran mayoría de los criminales nazis no se arrepintieron de sus acciones. En Nuremberg, Speer fue el único que se declaró (parcialmente) culpable. En el juicio de Auschwitz de 1963, sólo las antiguas víctimas se sintieron afligidas; los antiguos verdugos no parecieron sentirse atormentados por los remordimientos de conciencia. Lo mismo ocurrió con los responsables de otras atrocidades, en otros países que padecían el totalitarismo, o incluso en la actualidad, en la antigua Yugoslavia: los guar-

días de los campos de concentración, al igual que sus superiores, se declararon no culpables. En este respecto, el soldado de Wiesenthal es diferente y, sólo por resaltar la excepción, se merece un tratamiento distinto: no la absolución, desde luego, sino el reconocimiento de haberse embarcado en una actividad específicamente humana que consiste en cambiar para bien (lo que Rousseau llamaba «nuestra perfección»).

Tampoco podemos ignorar el hecho de que estamos planteándonos estas cuestiones hoy, más de cincuenta años después de los acontecimientos. No estamos viendo una acción que sucede en el presente, sino el lugar que ocupa en nuestra memoria una acción pasada. ¿Qué podemos hacer con las atrocidades que se cometieron en el pasado? ¿Cómo podemos ponerlas al servicio de nuestra educación moral? Los crímenes nazis son de una naturaleza que hacen imposible confundir los valores: esos crímenes realmente existieron y no son, de ninguna manera, relativos. Sólo por esa razón, debemos preservar su recuerdo. El segundo paso en esta instrucción consistiría, pues, en abandonar la tendencia a identificar el puro y simple mal con el Otro, y el bien con nosotros, así como reconocer, como dijo Romain Gary, que la inhumanidad es parte del ser humano. Rechazar el relativismo no significa abrazar una separación maniquea entre el bien y el mal. La interacción complementaria de estos dos aspectos del juicio moral es, en mi opinión, la única que nos permite hacer un uso juicioso del pasado en el presente con el fin de luchar no sólo contra los males de ayer, sino también contra los males de hoy.

ARTHUR WASKOW

No necesito dirigirme a Simon Wiesenthal, sino que tengo la intención de preguntarle al nazi: ¿Que significaría para mí «perdonarte»?

En primer lugar, alguien (tú) ha quebrantado la Unidad Final rompiendo los canales que la mantenían unida: las conexiones a través de las cuales los seres humanos y la tierra comparten el mundo. Has quebrantado los Cuatro Mundos que conforman Un Solo Mundo (los Cuatro Mundos, que nuestros grandes místicos, los cabalistas,[18] usaban como un completo y práctico mapa de la Realidad de Dios: el Mundo de los Hechos, de las Relaciones, del Conocimiento y del Ser. Cuando estos cuatro mundos funcionan en armonía, hay

18. **Cabalista**: persona que profesa la cábala, que es un conjunto de los comentarios místicos y esotéricos judíos de los textos bíblicos y de su tradición oral. *(N. del t.)*

una plenitud física y una participación material, amor emotivo, comunicación intelectual y la sensación espiritual de una presencia compartida dentro de la Presencia Divina. Para *mí* y para *mi* pueblo, *tú* has destrozado a cada uno de esos mundos.

Por tanto, necesitas que me una a ti para restablecer esta Unidad en cada uno de los Cuatro Mundos. Es necesario que me reúna *contigo* para volver a conectar los fragmentos de la Unidad quebrantada, tal vez en un sagrado y eterno modelo de Unidad. Hacer esta reconstrucción *contigo* es «perdonar». A través de ella, *tú y yo* nos desharemos del dolor físico, del trastorno emocional, de la disyunción emocional y de separación espiritual de mi ser y del ser de mi pueblo. *Tú y yo* volveremos a un punto de equilibrio y de ecuanimidad.

Sin embargo, no puedo hacerlo. Y te diré por qué: no hay ninguna manera de que repares el daño físico causado a los judíos que asesinaste, por no hablar de aquellos a los que ayudaste a organizar y celebrar su tortura y su asesinato. Para *ti* no hay *ninguna* posibilidad de reparar el terrible daño que has infligido en las relaciones que han llevado a que el pueblo judío todavía siga luchando para poder confiar, conectar y gobernarse de manera responsable con su recién estrenado poder en el mundo. Y, en términos espirituales, no hay posibilidad de que repares nuestra sensación de que Dios estaba escondido.

Puedo hacer esas reparaciones por mí mismo (al menos las que afectan a las Relaciones y al Espíritu). Los judíos somos capaces de unirnos y de conseguirlo por nosotros mismos, pero no contigo. No puedes tomar parte en esas tres reparaciones. Por tanto, no puedo «perdonarte».

Sólo hay uno de esos Cuatro Mundos en el que puedo acercarme a estar «contigo»: el Mundo del Conocimiento: Idea, Intelecto.

Para mí, eres como un maestro de todo lo que es posible. De ti aprendo que las bombas H pueden arruinar el mundo, que en cada una de ellas hay un Auschwitz instantáneo y portátil aguardando a que alguien prenda su mecha. De ti aprendo que el sadismo puede ser tecnológico y se puede producir en masa. De ti aprendo que el uso imprudente de la nueva tecnología puede envenenar el aire, el suelo y el agua de la tierra, puede extinguir muchas especies, sin necesidad de que exista odio, sino sólo envidia de los demás. De ti aprendo lo que los medios de comunicación pueden hacer a un muchacho con unos padres buenos y cariñosos.

De ti aprendo a ver al crudo y demoledor Poder (una característica de Dios) que hay en el mundo, en las manos del hombre.

Por tanto, de ti, contigo, aprendo la necesidad de hacer todas las siguientes *tikkunin* (reparaciones).

- La necesidad de fomentar un sentido más amplio de la comunidad entre los pueblos y entre las especies de la tierra.
- La necesidad de crear una forma de intelecto que conlleve una unión en la que el conocimiento sea un acto semejante a hacer el amor, tal y como se recoge en la palabra hebrea *yadeya*.
- La necesidad de colocar a Dios no Allá Arriba, en un trono real, sino Aquí, entre todos nosotros, entre nosotros dos, dentro de nosotros.
- Incluso la necesidad de volver a unir físicamente al Pueblo de Israel, despertar nuestros cuerpos a través de las sagradas danzas y de los gestos, avivar nuestra relación física con nuestra patria y con el mundo, repasar el Cantar de los Cantares en un alegre florecimiento de pasión terrenal.

Puedo aprender de ti la necesidad de hacer todas estas cosas, pero no puedo hacerlas contigo. Puedo hablar contigo, pero no puedo tocarte, amarte o rezar contigo. Te doy las gracias por ser mi maestro y te dejo solo en los tres Mundos del Cuerpo, del Corazón y del Espíritu: solo, incomunicado, un extraño en un extraño rincón del mundo que tú mismo has desconectado del Flujo de la Vida.

HARRY WU

Leer la historia autobiográfica de Simon Wiesenthal me trae a la memoria un torrente de recuerdos sobre mis vivencias en los campos de trabajo de China. En seguida me sentí transportado a los diecinueve años que pasé en la cárcel y me permití recordar alguno de los acontecimientos que viví con los responsables de mi detención y con los guardias de la prisión.

En 1957, a todos los estudiantes de la universidad, el Instituto de Geología de Pekín, nos obligaron a participar en lo que llamaban «jornadas de lucha» en las que nos hablaban de nuestras tendencias «capitalistas» y de nuestro historial. Una mujer llamada camarada Ma, dirigía esas jornadas con ánimo de venganza. En abril de 1959, insistió en que cada uno de nosotros declarásemos nuestra aportación a los esfuerzos del Partido por rectificar los errores pasados. Convocó una serie de reuniones para que expresáramos nuestro punto de vista sobre la Campaña de las Cien Flores.[19] Durante el pri-

19. **Campaña de las Cien Flores**: campaña promovida por Mao Tse Tung en 1957 en la que invitaba a los intelectuales anticomunistas a criticar al gobierno del Partido con el fin de obtener mejoras en la sociedad. Pronto se extendieron las críticas a cada aspecto del gobierno chino, y profesores y estudiantes llegaron a criticar a sus miembros. A comienzos de julio de ese mismo año, las críticas se hicieron tan feroces que Mao decidió poner fin a la campaña y

mer encuentro, me las arreglé para evitar expresar mi opinión personal sobre el tema.

Durante la segunda reunión, pedí que me excusaran de las jornadas para ir a un partido de béisbol, ya que en aquella época, yo era el capitán del equipo de la universidad. Cuando intenté zafarme de la tercera reunión, la camarada Ma se puso furiosa y se negó a dejarme marchar. Desde ese momento, mi destino ya no estaba en mis manos. La camarada Ma me había elegido y no cesaba de acusarme de tendencias «antiderechistas».

El 27 de abril de 1960, me llamaron para que acudiera a otra sesión. Mi corazón dio un vuelco cuando vi escritas en la pizarra las palabras: «Reunión para hablar del derechista Wu Hongda». La persona que estaba a cargo de mi educación política en mi departamento se levantó y anunció: «Yo denuncio, separo y expulso al derechista Hongda, que repetidas veces se ha negado a ser un buen estudiante socialista y ha elegido seguir como enemigo de la revolución». Esa noche, me llevaron a la prisión local y allí comenzaron mis diecinueve años de prisión.

Más tarde me enteré de que más de cien profesores y cuatrocientos estudiantes del Instituto de Geología fueron acusados de derechistas y arrestados. La camarada Ma fue la principal responsable de mi detención y de la de todos los demás.

Durante los diecinueve años que pasé en prisión, a menudo sufrí malos tratos de manos de guardias y de oficiales de la cárcel. Me golpearon y me degradaron y todavía hoy padezco lesiones por los abusos que me infligieron. En 1962, me trasladaron al campo de trabajo de Tuanhe. Allí las condiciones eran tan penosas que intenté escapar con dos amigos. Nuestro fracaso dio lugar a terribles castigos. Me confinaron en una celda que tenía un metro y ochenta centímetros de largo, noventa centímetros de ancho y un metro de altura, algo más grande que un ataúd. Durante tres días no me dieron comida ni agua. Cuando el capitán al mando vino el séptimo día a escuchar la «confesión» de mi crimen, me dio una patada en un costado y se marchó. Al noveno día, cuando estaba demasiado débil para comer, el capitán ordenó a los guardias que me introdujeran un tubo por la garganta para alimentarme. Finalmente, me liberaron de mi confinamiento.

Sin embargo, había momentos en los que los guardias de la prisión demostraban amabilidad y eso me ayudaba a sobrevivir ante tanta brutalidad. Recuerdo un invierno en 1962 (el invierno más frío que he pasado) en el que me encerraron en la Sección 585 de Qinghe. Estábamos acurrucados

pronto se produjo el efecto contrario, llegándose a perseguir y a censurar todas las voces en contra del Partido Comunista de China. *(N. del t.)*

intentando entrar en calor dentro de nuestras finas colchas. De repente, escuché la voz de un nuevo guardia, el capitán Cao, que nos pidió que saliéramos. Nos arrastramos fuera del barracón y nos colocamos junto al muro exterior. Esperábamos oír alguna nueva forma de trabajos forzados que añadir a nuestra horrible existencia. Pero, en su lugar, el capitán Cao anunció que recibiríamos una ración extra de comida. También nos animó a que cada día camináramos bajo el Sol para recuperar fuerzas. Cada día, mientras daba mis pequeños paseos el capitán Cao solía animarme: «Lo estás haciendo muy bien. Pronto te encontrarás mejor. Es suficiente por hoy. Regresa y descansa».

No sé por qué el capitán Cao demostraba tanta consideración con nosotros. En realidad, sus actos eran pequeños, pero para nosotros, que durante meses e incluso años no habíamos visto el menor signo de cortesía, aquello significaba mucho. ¿Cómo podían el capitán Cao y la camarada Ma coexistir en la misma sociedad?

Cuando me liberaron en 1979, me vi obligado a visitar a la camarada Ma en Pekín. La habían ascendido por su leal servicio a jefe de la Sección de Asuntos Políticos del Centro Geológico de Pekín. Cuando me encontré con ella no sentí la necesidad de hacerle ningún reproche o de acusarla por el error que cometió conmigo. Sólo quería que viera que había sobrevivido y que no había caído en la desesperación o en el suicidio. Nunca se disculpó conmigo o me pidió perdón. «Ya está pasado, ya está pasado», me dijo. «Todo lo que ocurrió pertenece al pasado. Todo el país ha sufrido, nuestro Partido ha sufrido. Se han cometido errores terribles. Estoy muy contenta de que hayas vuelto. Podemos trabajar juntos en el futuro.»

La miré y en ese momento pensé que la camarada Ma era el prototipo de personas que el Partido había creado. Ella creía en todo lo que el Partido había hecho en el nombre de su pueblo. Aquel día, mientras la observaba, sentí un breve momento de triunfo. No has podido destruirnos, pensé en ese momento.

Respecto a la historia del señor Wiesenthal y comparándola con la mía, debo decir, en primer lugar, que me resulta imposible creer que un miembro de la República Popular de China me pidiera perdón, tal y como hizo el soldado nazi con el prisionero judío. En China, nunca se comprendió que lo que los comunistas hicieron a su propio pueblo fue moralmente perverso. Era muy habitual encontrarse con personas como la camarada Ma. No tenían consideración con el bienestar de un individuo. No se podía asignar ningún valor a la vida humana porque, simplemente, los líderes del país no la valoraban. En aquella época para sobrevivir en China uno tenía que renunciar a su propia conciencia y a su humanidad.

El capitán Cao era una aberración de su época. Todavía hoy, no sé cómo pudo haber existido y actuado de esa manera sin ser arrestado y castigado.

Por contra, la sociedad que fundaron los comunistas fue diseñada para extirpar de cada persona cualquier resto de humanidad. Al igual que hizo el señor Wiesenthal, yo no habría perdonado al soldado nazi, pero habría sido capaz de decirle: «Entiendo por qué eres parte de una sociedad repulsiva y viciada. Eres responsable de tus propias acciones pero cada uno de los miembros de esta sociedad comparte la misma responsabilidad que tú».

Colaboradores

SVEN ALKALAJ es el embajador de la República de Bosnia-Herzegovina en Estados Unidos y la primera persona que ocupa este cargo. Anteriormente fue un importante empresario de «Energoinvest» en Sarajevo, la compañía más importante de Bosnia-Herzegovina. Nacido en 1948, es descendiente de una conocida familia judía de Sarajevo cuyo linaje data de la Edad de Oro sefardí en España.

JEAN AMÉRY era uno de los críticos y ensayistas más importantes de Europa. Tras la proclamación de las Leyes de Nuremberg huyó de su Viena natal y se unió a la Resistencia de Bélgica. Posteriormente fue apresado por la Gestapo y enviado a varios campos de concentración. Tras la guerra, fijó su residencia en Bélgica hasta su muerte en 1978. Su obra *Jenseits von Schuld und Sühne* es un análisis de su propia experiencia como víctima y superviviente del holocausto.

SMAIL BALIĆ, una autoridad en lenguas orientales, en historia arábigo-islámica y en cultura bosnia, nació en Mostar en 1920 y obtuvo su doctorado en la Universidad de Viena. Vivió en Viena durante muchos años, donde fue profesor de Lengua Turca en la Escuela Superior de Comercio. Actualmente es

profesor en el Departamento de Teología Islámica en la Universidad de Sarajevo. Por medio de sus trabajos trata de fortalecer la identidad nacional y cultural de su pueblo, los musulmanes de Bosnia. Es autor de *Das unbekannte Bosnien* (La Bosnia desconocida).

MOSHE BEJSKI nació en Polonia y durante la Segunda Guerra Mundial estuvo recluido en diferentes campos de concentración. Emigró a Palestina en 1945, donde trabajó como director del *Youth Aliyah Department* en Europa y en el Norte de África. Después de obtener un doctorado en Derecho por la Universidad de la Sorbona, se convirtió en juez del Tribunal Supremo de Israel. Durante más de tres décadas presidió la *Comission for Recognition of Righteous Gentiles* de Yad Vashem.

ALAN L. BERGER es el *Raddock Eminent Scholar* y jefe del *Holocaust Studies* en la Universidad Atlántica de Florida en Boca Ratón. Anteriormente fue profesor de Religión en la Universidad de Syracuse, donde fundó el programa sobre Estudios Judíos. Entre sus obras se encuentran *Crisis and Covenant* y *Judaism in the Modern World*.

ROBERT MCAFEE BROWN es profesor emérito de Ética y Teología en la Pacific School of Religion. También ejerció en el Union Theological Seminary, en el Macalaster College y en la Universidad de Stanford. Es autor de *Theology in a New Key*, *Elie Wiesel, Messenger to All Humanity* y *Spirituality and Religion and Violence: A Primer for White America*.

HARRY JAMES CARGAS es autor de treinta y un libros, en los que se incluyen *A Christian Response to the Holocaust*, *Conversation with Elie Wiesel*, *Voices from the Holocaust* y *Reflections of a Post-Auschwitz Christian*. Es el único católico que ha participado en la International Advisory Board de Yad Vashem. Es vicepresidente de la Annual Scholars Conference on the Holocaust y también es miembro de la junta directiva del Catholic Center for Holocaust Studies. Es profesor emérito de Lengua y Literatura en la Webster University en St. Louis, Missouri.

ROBERT COLES es profesor de Psiquiatría y Humanidades Médicas en la Harvard Medical School y James Agge Professor de Ética Social en la Universidad de Harvard. Ha publicado varios trabajos sobre la pobreza infantil, por los que ha recibido un Premio Pulitzer y también ha escrito numerosos libros sobre la «vida interior» de los niños. Es autor de *Children of Crisis* (cinco volúmenes), *The Moral Life of Children*, *The Spiritual Life of Children*,

The Call of Stories: Teaching and the Moral Imagination y *The Call of Service: A Witness to Idealism*.

EL DALAI LAMA, Tenzin Gyatso, Su Santidad el Decimocuarto Dalai Lama del Tíbet, es el líder espiritual de los budistas de todo el mundo y venerado como profesor y hombre de paz. En 1959 huyó a la India tras la invasión y ocupación del Tíbet por parte de China. Como líder espiritual y político del pueblo tibetano, se ha convertido repetidas veces en un defensor de la política de no violencia y de compasión ante la agresión. Fue galardonado con el Premio Nobel de la Paz en 1989.

EUGENE J. FISHER es director asociado del Secretariat Ecumenical and Interreligious Affairs de la Conferencia nacional de Obispos Católicos. Obtuvo un doctorado en Cultura Hebrea de la Universidad de Nueva York y ha escrito y publicado más de una docena de libros sobre el mundo judeocristiano entre los que se incluye *Spiritual Pilgrimage: Pope John Paul II on the Jews and Judaism*, en una edición conjunta con Leon Klenicki, que obtuvo el *National Jewish Book Award* en 1995.

EDWARD H. FLANNERY es un sacerdote católico romano con residencia en Providence, Rhode Island. Sirvió como miembro de la National Conference of Catholic Bishops' Secretariat for Catholic-Jewish Relations y en el comité ejecutivo de la National Christian Leadership Conference for Israel. El padre Flannery es el autor de *The Anguish of the Jews*.

EVA FLEISCHNER es profesora emérita de Religión en la Universidad de Montana State. Es miembro del Church Relations Commitee of the U.S. Holocaust Memorial Council y del Advisory Board of the U.S. Catholic Conference, Office of Catholic-Jewish Relations y autora de *The View of Judaism in German Christian Theology* y de *Auschwitz: Beginning a New Era?*

MATTHEW FOX es presidente de la recién creada University of Creation Spirituality en Oakland, California. Es autor de numerosos libros sobre la espiritualidad y la cultura, entre los que se incluyen The *Reinvention of Work*, *Original Blessing* y *The Physics of Angels*, este último junto al científico Rupert Sheldrake. Durante veintiocho años sirvió como sacerdote católico en la orden de los dominicos. En la actualidad es un sacerdote episcopaliano.

MARK GOULDEN, periodista y editor británico, comenzó su carrera profesional como reportero y editor en varios periódicos y revistas. Durante treinta

y seis años fue presidente de la editorial W.H. Allen and Co. y ha recibido numerosos premios y menciones por su trabajo en causas humanitarias. También fue un pionero de la aviación civil británica. Murió en 1980.

HANS HABE, nacido en Hungría, comenzó su carrera literaria como reportero y editor en Viena. Su obra más importante, *The Mission*, es una novela documental sobre la Conferencia de Evian de 1938 en la que trataba de solucionar el problema de los refugiados que provocaron las persecuciones nazis. Tras la Segunda Guerra Mundial, fue editor jefe de *Die Neue Zeitung* (Munich). Ganador del Premio Herzl, entre sus trabajos se incluyen *Poisoned Stream* y *Proud Zion*. Murió en 1977.

YOSSI KLEIN HALEVI creció en Nueva York y es hijo de un superviviente del holocausto. Actualmente reside en Israel, donde escribe para la revista *The Jerusalem Report*. Publicó una autobiografía titulada *Memoirs of a Jewish Extremist*.

ARTHUR HERTZBERG es Bronfman Visiting Profesor of Humanities en la Universidad de Nueva York y profesor emérito de Religión en el Dartmouth College. El rabino Hertzberg es autor de varios libros entre los que se incluyen *The Zionist Idea*, *The French Enlightenment and the Jews*, *The Jews in America* y *Judaism*. También es un colaborador frecuente del *New York Times* y del *New York Review of Books*.

THEODORE M. HESBURG, Civil Service Commission, en 1987 se convirtió en presidente emérito de la Universidad de Notre Dame después de dirigir la institución durante treinta y cinco años. Paralelamente a su carrera en la educación superior, la vida en el servicio público del doctor Hesburgh incluye quince nombramientos presidenciales así como el servicio a la Iglesia bajo el mandato de cuatro papas. Recibió la Medalla de la Libertad por su interés en los asuntos de paz y de desarrollo y es miembro de la junta directiva del U.S. Institute for Peace.

ABRAHAM JOSHUA HESCHEL, el notable teólogo y filósofo, nació en Varsovia y durante muchos años trabajó como profesor por toda Europa antes de trasladarse a Estados Unidos en 1940. Fue elegido como el sucesor de Martin Buber en el Frankfort Lehrhaus, un instituto para instruir a adultos en la educación judaica. Enseñó filosofía judaica, ética y misticismo en el Jewish Theological Seminary of America hasta su muerte en 1972. El rabino Heschel participó activamente en el movimiento por los derechos civiles, marchando con el reverendo Martin Luther King, Jr., y en los encuentros judeocristianos

antes del Concilio Vaticano II. Su original filosofía de la religión se refleja en sus libros: *Man Is Not Alone*, *God in Search of Man*, *The Prophets*, *The Sabbath* e *Israel: An Echo of Eternity*.

CHRISTOPHER HOLLIS, escritor y periodista británico, fue un antiguo miembro del Parlamento. Durante la Segunda Guerra Mundial sirvió en la R.A.F. Entre sus obras publicadas se encuentran *Church and Economics*, *The Papacy* y *Holy Places: Jewish, Christian and Muslim Monuments in the Holy Land*. Murió en 1977.

RODGER KAMENETZ es poeta y autor de *The Jew in the Lotus*, un relato sobre el diálogo entre los judíos y los budistas. Es director de Estudios Judaicos en la Universidad de Lousiana State en Baton Rouge.

EL CARDENAL FRANZ KONIG, nombrado cardenal en 1958, anteriormente ejerció como arzobispo de Viena. Teólogo y erudito, es autor de *The Bible in View of World History* y de la obra en tres volúmenes *Christus und die Religionen der Erde*.

HAROLD S. KUSHNER es Rabino Laureado del Templo de Israel en Natick, Massachusetts. Es autor de trabajos tan importantes como *When Bad Things Happen to Good People*, *When Children Ask About God* y *To Life! A Celebration of Jewish Being and Thinking*. Estudió en el Jewish Theological Seminary y en la Universidad de Clark.

LAWRENCE L. LANGER es profesor emérito de Inglés en el Simmons College de Boston. Entre sus obras se encuentran *The Holocaust and the Literary Imagination*, *Holocaust Testimonies: The Ruins of Memory*, *Art from the Ashes: A Holocaust Anthology* y *Admitting the Holocaust: Collected Essays*.

PRIMO LEVI nació en Turín, fue químico y, a la vez, un distinguido escritor que ganó casi todos los premios más importantes en su nativa Italia. Fue arrestado por ser miembro de la Resistencia Antifascista y deportado a Auschwitz en 1944, donde pasó varios años hasta que el campo de concentración fue liberado. La experiencia de Levi en el campo de exterminio es la materia de sus dos memorias, *Se questo e un homo* y *La tregua*. También es autor de *Il sistema periodico*, *Sommersi e i salvati*, *Lilit e altri raconti* y *Se non ora, quando?* Murió en 1987.

DEBORAH E. LIPSTADT es Dorot Professor of Modern Jewish and Holocaust Studies de la Universidad de Emory en Atlanta, Georgia, y autora de *Beyond*

Belief: The American Press and the Coming of the Holocaust 1933-1945 y *Denying the Holocaust: The Growing Assault on Truth and Memory*.

FRANKLIN H. LITTELL estudió Historia con Clair Francis Littell, Teología con Reinhold Niebuhr e Historia de la Iglesia con Roland Bainton y Kenneth Scott Latourette. Es profesor emérito de Religión en la Universidad de Temple y desde 1986 ha sido Distinguished Visiting Professor en varios centros, el más reciente en Richard Stockton College de New Jersey. Ha escrito cerca de dos docenas de libros, entre los que se incluye *The Crucifixion of the Jews*, así como varios cientos de artículos.

HUBERT G. LOCKE, recientemente retirado como decano y profesor del Graduate School of Public Affairs en la Universidad de Washington en Seattle. Es cofundador (junto a Franklin Littell) y vicepresidente de la Annual Scholars Conference on the Holocaust. Entre sus obras se incluyen *Exile in the Fatherland: Martin Niemoeller's Letters from Moabit Prison* y *The Church Confronts the Nazis*.

ERICH H. LOEWY, doctor en Medicina, es profesor y Alumni Chair de Bioética en la Universidad de California en Davis. Es autor de *Ethical Dilemmas in Modern medicine: A Physician's Viewpoint* y *Suffering and the Beneficient Community*.

HERBERT MARCUSE, que impartió filosofía en la Universidad de Columbia, en Harvard, en Brandeis y en la Universidad de California en San Diego, fue uno de los analistas más perceptivos de la sociedad industrial y ejerció una gran influencia sobre la Nueva Izquierda. Nació en Berlín, abandonó Alemania y se fue a Estados Unidos en 1934. Allí trabajó con la U.S. Office of Strategic Services y con el Departamento de Estado durante la Segunda Guerra Mundial. Sus trabajos más destacados son *Eros and Civilization*, *One Dimensional Man*, *Soviet Marxism* y *Reason and Revolution*. Murió en 1979.

— MARTIN E. MARTY enseñó Historia de la Religión Americana en la Universidad de Chicago desde 1963 e hizo una serie de estudios comparativos de los diferentes movimientos que se producen en el mundo tales como los fundamentalismos y los nacionalismos étnicos. También es editor jefe de *The Christian Century* y autor de varios libros, incluyendo los tres volúmenes de *Modern American Religion*.

CYNTHIA OZICK ha recibido numerosos premios por sus novelas, sus relatos cortos y sus ensayos. Recientemente publicó la novela *Fame & Folly: Essays* y *The Puttermesser Papers*. Ella es miembro de la American Academy of Arts and Letters y sus obras se han traducido a casi todas las lenguas.

JOHN T. PAWLIKOWSKI, sacerdote de la orden de los servitas, es profesor de Ética Social en la Catholic Theological Union de Chicago. Sirvió en el U.S. Holocaust Memorial Council desde su fundación en 1980. Es miembro de la Catholic Bishops' Commission for relations with Jews y autor de *The Challenge of the Holocaust for Christian Theology* y de *Jesus and the Theology of Israel*.

DENNIS PRAGER ha conducido un debate radiofónico en Los Angeles desde 1982 y ha impartido numerosas conferencias sobre problemas morales, personales y religiosos. Desde 1985 ha publicado su propia revista trimestral, *Ultimate Issues*. Entre sus libros se incluyen *The Nine Questions People Ask About Judaism* junto a Joseph Telushkin, *Why the Jews? The Reason for Antisemitism* y *Think a Second Time: 43 Essays on 43 Subjects*.

DITH PRAN relató su vida en la conmovedora película *The Killing Fields*. Trabajó como corresponsal de guerra para el *New York Times* junto con Sydney Schanberg cubriendo la guerra civil de Camboya entre 1972 y 1975. Fue arrestado por los Jemeres Rojos y enviado a los campos de trabajo, donde soportó cuatro años de hambre y torturas antes de escapar primero a Tailandia y luego a Estados Unidos. En 1976 Schanberg recibió el Premio Pulitzer en nombre de ambos. Pran es reportero gráfico del *New York Times* y continúa luchando para publicar la situación por la que atraviesa el pueblo camboyano y para llevar a los líderes de los Jemeres Rojos ante los tribunales.

TERENCE PRITTIE, notable escritor y periodista británico, fue reportero del *Manchester Guardian* en Alemania Occidental entre 1946 y 1963. Posteriormente, trabajó como asesor político en los asuntos de Oriente Medio para la BBC y para otras agencias. Es autor de *Germans Against Hitler* y *Willy Brandt: Portrait of a Statesman*. Murió en 1985.

JOSHUA RUBENSTEIN es el director de la región noreste de Amnistía Internacional en Estados Unidos y miembro de la Kathryn W. And Shelby Cullom Davis Center for Russian Studies en la Universidad de Harvard. Es autor de *Soviet Dissidents: Their Struggle for Human Rights* y *Tangled Loyalties: The Life and Times of Ilya Ehrenburg*.

DOROTHEE SOELLE es una teóloga que imparte clases en su Alemania natal y en el Union Theological Seminary de Nueva York. Entre sus publicaciones se encuentran *Choosing Life*, *Of War and Love*, *Political Theology* y *Beyond Mere Obedience*. Es la primera teóloga en ser premiada con la *Theodore Heuss Medal* por su «coraje civil y democrático».

ALBERT SPEER fue una de las figuras destacadas del nazismo y uno de los planificadores del Tercer Reich y del Ministerio de Armamento de Hitler desde 1942 a 1945. En los Juicios de Nuremberg, admitió su responsabilidad por los crímenes nazis y fue condenado a veinte años de cárcel, donde escribió dos libros: *Erinnerungen* y *Spandauer Tagebücher*. Murió en 1981.

MANÈS SPERBER, escritor y editor francés, nació en Galicia, Polonia, y se educó en Viena, donde estudió psicología con Alfred Adler. Cuando los nazis llegaron al poder escapó a Francia. Trabajó para la editorial francesa Calmann-Levy y más tarde comenzó su dedicación a la literatura, escribiendo en alemán y en francés. Entre sus trabajos se incluyen *Verbrannte Dornbusch*, *Tiefer als der Abgrund*, *La baie perdue*, *Le talon d'Achille* y *Alfred Adler et la psychologie individuelle*. Murió en 1984.

ANDRÉ STEIN es profesor de Comunicaciones Humanas en la Universidad de Toronto. También practica la psicoterapia con los supervivientes del holocausto. Es autor de *Broken Silence: Dialogues from the Edge*, *Quiet Heroes: True Stories of the Rescue of Jews in Nazi-Occupied Holland* y *Hidden Children: Forgotten Survivors of the Holocaust*.

NECHAMA TEC es profesora de Sociología en la Universidad de Connecticut. Es autora de seis libros, entre los que se incluyen *Defiance: The Bielski Partisans* (ganador del *International Anne Frank Special Recognizion Prize*), *Dry Tears: The Story of a Lost Childhood* y *When Light Pierced the Darkness: Christian Rescue of Jews in Nazi-Occupied Poland*.

JOSEPH TELUSHKIN es el rabino de la Synagogue of Performing Arts en Los Ángeles y autor de *Jewish Literacy* y, más recientemente, de *Words That Hurt. Words That Heal*. Es coautor, junto a Dennis Prager, de *The Nine Questions People Ask About Judaism* y *Why the Jews? The Reason for Antisemitism*. Actualmente vive en Nueva York.

TZVETAN TODOROV, nacido en Bulgaria en 1939, ha vivido en Francia desde 1963. Es director de investigaciones del Centre National de Recherches de París y ha publicado muchos libros sobre literatura y sociedad, entre los que se encuentra *Face á l'extrême*. Es un escritor y crítico reconocido internacionalmente y ha sido profesor visitante en Columbia, Yale y Berkeley.

ARTHUR WASKOW es rabino y fundador de ALEPH: Alliance for Jewish Renewal. Es autor de *Godwrestling-Round 2*, *Seasons of Our Joy* y *Down-to-Earth Judaism: Food, Money, Sex, and the Rest of Life* y coautor de *Tales of Tikkun*.

HARRY WU fue encarcelado durante diecinueve años en un campo de trabajo en Laogai por el gobierno de la China comunista. Ahora escribe y da conferencias por todo el mundo sobre los campos de trabajo desde su cuartel general en Oakland, California. Sus libros, *Laogai, Bitter Winds* y *Troublemaker*, exponen las difíciles condiciones por las que tuvo que pasar en su China natal. Entre los premios que ha recibido destacan el China Democracy Honor Award, el Lawyers Commitee for Human Rights Award, el Peace Abbey Award y el Hungary Freedom Fighter Federation Award.